

EDAD  
CIÓN



HYPATIA.



PR5841

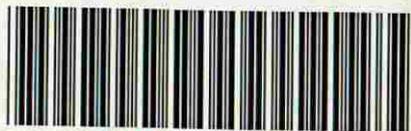
.W7

H5

V.1

C.1

010774

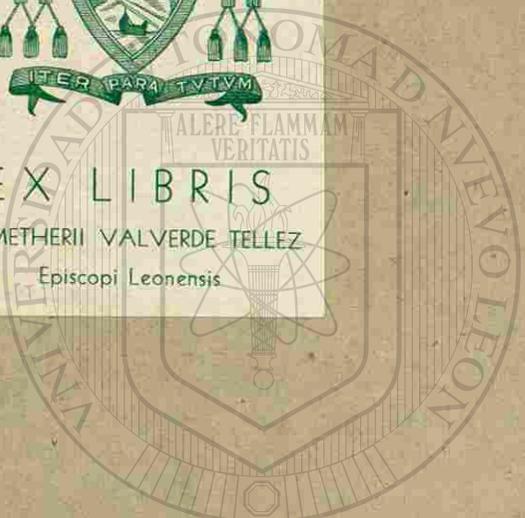


1080022146

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

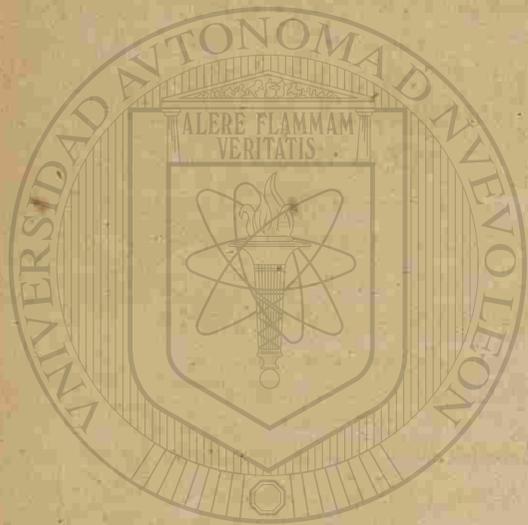


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





# HIPATIA,

Ó LOS ULTIMOS

## ESFUERZOS DEL PAGANISMO EN ALEJANDRIA.

NOVELA HISTÓRICA DEL SIGLO V,

POR SU EMINENCIA

EL CARDENAL WISEMAN,

ARZOBISPO DE WESTMINSTER.

Traducida directamente del inglés al  
castellano.

PRIMERA EDICION MEXICANA DE LA UNIDAD CATOLICA

Dedicada á las madres de familia.

TOMO I

MEXICO.

IMPRENTA LITERARIA, FERNANDEZ

1861.



Capilla de Monsina  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Universitaria  
Biblioteca Valde...

47000

PRS841

W7

H5

V.1



Propiedad del editor.



FONDO EMETERIO

VALVERDE Y TELLEZ

00074

# HIPATIA.

## CAPITULO PRIMERO.

### LA SOCIEDAD MORIBUNDA.

En el piso superior de una casa situada en la calle del Museo de Alejandria, y construida con arreglo al antiguo modelo ateniense, habia una pequeña habitacion elegida por la persona que la ocupaba, no precisamente á causa de la tranquilidad del sitio, sino quizá por otros motivos, pues aunque estaba á bastante distancia de las esclavas que trabajaban, charlaban ó reñian en los soportales del patio de las mugeres, se oian en él distintamente el ruido de los carruajes, las voces de los transeuntes, los rugidos, bramidos y silbidos que sa-

010774

lian de la casa de fieras, situada en la acera opuesta de la calle. El atractivo de aquel cuarto consistía tal vez en que desde su ventana se veían los jardines del Museo, los cuadros de flores, las fuentes, las estatuas, paseos y cenadores, donde por espacio de setecientos años se había oído la voz de los sábios y poetas de Alejandría. Los de una y otra escuela habían paseado, enseñado, cantado sucesivamente en aquel lugar á la sombra de aquellos castaños y de aquellas palmeras. Los jardines parecían aún conservar el recuerdo de todas las riquezas del pensamiento y del canto griego desde la época en que Tolomeo Filadelfo se había paseado por ellos con Euclides y Teócrita, Calimaco y Licofron. A la izquierda del jardín se elevaba la parte oriental del Museo con su galería de pinturas, sus salones de estatuaria, sus cátedras y sus cátedras; en una de las alas inmensas del edificio estaba la famosa librería, fundada por el padre de Filadelfo, y que en tiempo de Séneca, aun después de la destrucción de una gran parte de ella, á consecuencia del asedio de Alejandría por las tropas de César, conte-

nia cuatrocientos mil manuscritos. Allí, pues, sobresalía entre los demás edificios aquella maravilla del mundo, reflejando en sus blancos tejados los rayos brillantes del sol, nunca empañados por la lluvia; y mas allá la vista, dejando atrás multitud de nobles edificios, alcanzaba á distinguir el hermoso azul del mar.

La habitación de que hablamos estaba adornada con el mas puro estilo griego, no sin cierta afectación de severo arcaísmo en las formas y en las medias tintas de los frescos que hermozeaban las paredes con escenas de la antigua mitología ateniense. Sin embargo, el aspecto general, á pesar del resplandeciente sol que entraba al través de los mosquiteros que cubrían las ventanas del patio, convidaba á la tranquilidad y al reposo; el cuarto no tenía ni alfombra, ni hogar, ni armarios; sus únicos muebles eran un lecho-sofá, una mesa y una silla de brazos, todos de formas tan delicadas y graciosas como los que se ven pintados en los vasos antiguos de un periodo muy anterior al de que tratamos. Pero probablemente el que hubiera entrado en él aquella mañana,

no habria podido dirigir una mirada ni al mueblaje, ni á las pinturas, ni á los jardines del Museo, ni á la perspectiva del azulado mar que se descubria en fontananza; sus ojos se habrian fijado solamente en un tesoro que poseia, en comparacion del cual todo lo demas era de ningun valor. Porque en la ligera silla de brazos, leyendo un manuscrito que habia sobre la mesa, estaba sentada una muger como de veinticinco años, evidentemente la diosa tutelar de aquel pequeño santuario, vestida en perfecta consonancia con el arcaismo del sitio, con una sencilla túnica, blanca como la nieve, trabajo de las mugeres de Jonia, que desde la garganta le caia hasta los piés, y de aquella severa y graciosa hechura, segun la cual, la parte superior de la túnica vuelve á caer desde el cuello á la cintura, formando una especie de capotillo y dejando descubiertos los brazos y el extremo de los hombros. No tenia mas adorno en su persona que los dos cordoncillos de púrpura en la frente, que marcaban su categoria como ciudadana romana, sandalias de oro en los piés, y la redecilla de oro que le caia desde la cabeza hasta

el cuello cubriendo el pelo, cuyo color y brillo apenas se distinguian de los del mismo metal. Era aquel un cabello que la misma Atene habria envidiado por su color y su abundancia. Su rostro, brazos y piés pertenecian al tipo mas severo de la antigua belleza griega, mostrando en todas partes el gran desarrollo de los huesos cubiertos de esa piel firme, mórbida, torneada, que los antiguos griegos debian al continuo uso de los unguentos, de los baños y del ejercicio muscular. Tal vez parecia que aquellos limpidos ojos azules tenian una expresion de tristeza demasiado exagerada; tal vez habia demasiado orgullo en aquellos labios apretados, demasiada afectacion en la estudiada severidad de su postura mientras leia, postura, al parecer, copia de algun antiguo bajo relieve. Pero la gracia sin igual y la hermosura de todas sus facciones, escusaba y aun ocultaba estas faltas; y en ella se encontraba á primera vista una marcada semejanza con los retratos ideales de Atene que adornaban las paredes de la estancia.

Acaba de levantar los ojos del manuscrito y está mirando con semblante

animado hacía los jardines del Museo; mueve sus hermosos labios; habla consigo misma. Oigamos.

—Sí, las estatuas están rotas, los cenadores silenciosos, los oráculos mudos; y sin embargo, ¿quién dice que ha muerto la antigua fé de los héroes y de los sabios? Lo bello no puede morir. Si los dioses han abandonado sus oráculos, no han dejado por eso las almas de los que aspiran á unirse con ellos; si han cesado de guiar á las naciones, no por eso han dejado de comunicarse á sus elegidos; si desdeñan la adoraciones de la grey vulgar, no desprecian las de Hipatia.

Sí, creer en la antigua religion mientras todos se apartan de ella; creer, á pesar de los desengaños; esperar contra toda esperanza; mostrarse superior al vulgo viendo ilimitados abismos de gloria viva en esos ritos que para él han llegado á ser oscuros y sin sentido; luchar hasta el fin contra las supersticiones nuevas y vulgares de un siglo corrompido, y en favor de la fé de mis antepasados, de los antiguos dioses, de los antiguos héroes, de los antiguos sabios que sondearon los misterios del cielo y

de la tierra, y acaso vencer, ó á lo menos recibir mi recompensa. ¿Ser admitida en las filas celestiales de los héroes, elevarme hasta los dioses inmortales, hasta las potencias inefables, subiendo, y subiendo siempre por siglos y eternidades hasta encontrar, en fin, el reposo, y confundirme en la gloria del Ser Absoluto y sin nombre! . . .

Su rostro, que se habia iluminado durante este soliloquio, se cubrió de una nube de temor y disgusto al notar que desde la pared de enfrente la estaba mirando una vieja judía, arrugada y corcovada, vestida con el lujo mas esplendente del estilo bárbaro.

—¿Por qué me persigue esa vieja? hace un mes que la veo en todas partes. Diré al prefecto que averigüe quién es y que me libre de ella antes que pueda fascinarme con sus malditos ojos. Gracias á los dioses que se va. ¡Oh! ¡necia, necia de mí! Me jacto de filósofa, y creo contra la autoridad del mismo Porfirio; creo, sí, en el mal de ojo y en la mágia. Pero ahí esta mi padre paseando en la librería.

En efecto, en aquel momento entró el anciano padre de Hipatia. Era tam

bien griego, pero de un tipo mas comun y mas inferior que el de su hija. Su tez morena, su aire severo y gracioso, sus facciones delicadas y consumidas por la meditacion, guardaban perfecta consonancia con el grave y sencillo manto filosófico que llevaba como señal de su profesion. Apenas entró, se puso á pasear impacientemente por el cuarto como embebido en intensa meditacion.

—Ya lo hallé. . . . No, otra vez se me escapa. . . . esto es contradictorio. . . . Miserable de mí. Si hemos de creer á Pitágoras, el simbolo deberia ser una série de potencias del 3; y sin embargo; este maldito factor binario viene á echar por tierra todos mis cálculos. ¿No sacaste tú la suma una vez, Hipatia?

—Siéntate, padre mio, y come, no has tomado alimento en todo el dia.

—¿Qué me importa el comer? Me he empeñado en formular lo informulable; lo he de hacer aunque me costase la cuadratura del círculo. Aquel que vive en una esfera superior á las estrellas, ¿cómo quieres que á cada momento se detenga en la tierra?

—¡Ah! dijo con amargura Hipatia;

¡pluguiese al cielo que pudiéramos vivir sin alimento, imitando á los dioses inmortales! Pero mientras estemos en esta cárcel de la materia, debemos llevar nuestra cadena. Sí, y aun llevarla con gracia si tenemos buen gusto y convertir el vil alimento del cuerpo en simbolo del alimento divino de la razon. En el aposento inmediato tienes preparadas frutas y lentejas con arroz, y pan si no lo desprecias demasiado.

—¡Comida de esclavos! contestó el padre. Bien, comeré aunque me cause vergüenza. Pero oye, ¿no te lo he dicho? Esta mañana han venido seis nuevos pupilos á la escuela de matemáticas. Nuestros prosélitos se aumentan: todavía podemos vencer.

Hipatia suspiró.—¿Cómo sabes, dijo, que no han venido á buscarte con la intencion que llevaban Cricias y Alcibíades á la escuela de Sócrates, esto es, para aprender una virtud meramente política y mundana? Es singular que los hombres se contenten con arrastrarse por la tierra y ser hombres, cuando podrian elevarse á la categoria de dioses. ¡Ah, padre mio! ese es mi mayor dolor: ver á los mismos que por la ma-

ñana me han oído en la cátedra como si quisieran adorar cada palabra que salía de mi boca, rodear por la tarde la litera de Pelagia, y entretenerse por la noche, porque bien sé que así lo hacen, con los dados, el vino y otras cosas peores. ¡Pensar que la misma Palas ha de ser vencida diariamente por Venus Pandemos, que Pelagia haya de tener más influencia que yo! No es esto decir que yo me incomode por una persona semejante; no hay cosa en la tierra que pueda turbar la tranquilidad de mi ánimo; pero si pudiese detenerme en este mundo para aborrecer, la aborrecería, sí, la aborrecería.

Y su voz tomó un tono que indicaba que á pesar de la tranquilidad de espíritu de que se jactaba y de la elevada impasibilidad que decía poseer, odiaba á Pelagia con odio bastante humano y mundanal.

En aquel momento interrumpió la conversacion la entrada precipitada de una joven esclava, que con voz agitada dijo:—Señora, el prefecto. Hace cinco minutos que su carro se ha detenido á la puerta y está subiendo las escaleras.

—Necia, contestó Hipatia con cierta

afectacion de indiferencia. ¡Y eso crees que podría alterarme? Tú, en verdad, hija del vulgo, es natural que te turbes; pero el filósofo está siempre dispuesto para todo. Que entre.

Abriose la puerta, y precedido por el olor de media docena de perfumes diferentes, entró un hombre de facciones delicadas, lujosamente ataviado en traje senatorial, y con los dedos y el cuello cubiertos de joyas.

—El representante de los Césares tiene el honor de presentarse ante el santuario de Atene Polias, y se regocija de ver en su sacerdotisa el mejor y el más amable retrato de la diosa á quien sirve. . . . No lo digas á nadie; pero verdaderamente no puedo menos de hacerme pagano cuando me encuentro bajo la influencia de tus ojos.

—La verdad es poderosa, dijo Hipatia levantándose y saludando al prefecto con una sonrisa y una reverencia.

—Sí, eso dicen. . . . pero tu excelente padre ha desaparecido: es un hombre modesto, demasiado modesto, pues que se cree inepto para oír secretos de Estado. Sin embargo, la verdad es que yo no he venido sino á consultar tu talento.

¿Cómo se ha portado en mi ausencia esta turbulenta canalla de Alejandría?

—La plebe ha comido, ha bebido, y se ha casado, todo como de costumbre, según creo, contestó Hipatia en tono lánguido.

—¿Y se ha multiplicado sin duda alguna? Qué me place; con eso el imperio perderá menos si yo crucifico una docena ó dos, como estoy resuelto á hacer en el primer motin que haya. Es realmente un gran consuelo para un hombre de Estado que las masas estén convencidas de que merecen la cruz, y que por lo mismo traten de evitar cuidadosamente que la justicia despueble una provincia. ¿Pero como va la escuela?

Hipatia movió tristemente la cabeza.

—¡Ah! los niños siempre serán niños. . . . yo tambien me confieso culpado. *Video meliora proboque, deteriora sequor.* No te muestres inexorable con nosotros. . . . Cualquiera que sea nuestra conducta en la vida privada, te obedecemos en público; y si te proclamamos reina de Alejandría, debes tener con tus cortesanos y guardias alguna tolerancia. No, no suspires; jamás me consolaria de haberte hecho suspirar. De todos

modos, tu mas temible rival ha emprendido un viaje al desierto en busca de la ciudad de los dioses, mas allá de las Cataratas.

—¿De quién hablas? preguntó Hipatia con una ansiedad que nada tenia de filosófica.

—¿De quién he de hablar sino de Pelagia! He hallado á esa lindísima y envilecida criatura en el camino de Tebas, trasformada en una perpétua Andrómaca de casto amor.

—¿Y quién es su amante?

—Una especie de gigante godo. ¿Qué hombres se creian entre esos bárbaros! Yo temí que me aplastara bajo uno de sus piés de elefante á cada paso que daba con él.

—¿Cómo? preguntó Hipatia; ¿tu excelencia se dignó hablar con semejante salvaje?

—Si he de decirte la verdad, llevaba consigo otros cuarenta robustos compatriotas suyos, que podrian haber dado que hacer á un pobre prefecto; fuera de que siempre es bueno mantener amistad con esos godos. Despues del sacco de Roma, despues de haber sido Atenas limpiada como un panal por un enjam-

bre de avispas, la cosa se va poniendo seria. En cuanto á ese gran bruto, parece que es allá en su tierra de elevada categoría; se jacta de descender de no sé qué raza antropófaga de dioses; y apenas se hubiera dignado hablar á un pobre gobernador romano, si su fiel y amorosa amante no hubiera intercedido por mí. Sin embargo, el tunante entiendo de buena educación, y celebramos nuestro tratado de amistad con nobles libaciones. . . . pero no debo hablarte de esto. Te diré solamente que al fin me deshice de ellos; les dije todas las mentiras geográficas que he oído y muchas más, con lo cual estimulé grandemente su apetito para proseguir su necia expedición, y nos separamos. Así, pues, la estrella de Venus ha llegado al ocaso y la de Palas está en su periodo ascendente. Dime ahora: ¿qué debo hacer con Cirilo?

—Justicia.

—¡Ah, hermosa Minerva! no pronuncies esa horrible palabra fuera de la cátedra. En teoría, todo eso es muy bueno, pero en la práctica de este pobre é imperfecto mundo terrenal, un gobernador debe contentarse con hacer lo que

pueda. En abstracta justicia, yo debería crucificar á Cirilo, á sus diáconos, á sus visitantes de distrito, todos en una fila sobre las colinas de arena fuera de la ciudad. Esto es sencillísimo; pero como otras muchas cosas sencillas y excelentes, es también imposible.

—¿Temes al pueblo?

—Sí, hermosa Hipatia: ¿no sabes que ese infame demagogo tiene de su parte á toda la plebe? Me espondría á que se reprodujesen aquí los motines de Constantinopla; y confieso que esa idea me estremece; no la puedo soportar.

Hipatia suspiró.—¡Ah! si tu excelencia comprendiese que el éxito del gran duelo depende solamente de tus esfuerzos! No pienses que la batalla se ha de dar entre el paganismo y el cristianismo. . . .

—¡Bah! si eso fuera, ya sabes que soy cristiano y que represento á un emperador cristiano lleno de santidad, aun prescindiendo de su augusta hermana. . . .

—Entiendo, interrumpió Hipatia levantando con impaciencia su hermosa mano. . . . ni entre la filosofía y la barbarie: la lucha será también entre la aristocracia y la plebe, entre la riqueza,

la elegancia, el arte, el saber, todo lo que engrandece las naciones, y la grey salvaje de proletarios, la gente innoble é ignorante destinada á trabajar y á servir á los nobles. El imperio romano mandará ú obedecerá á sus esclavos? Esta es la cuestion que tú y Cirilo tenéis que debatir, y la lucha debe ser á muerte.

—No estrañaria que así fuese, contestó el prefecto encogiéndose de hombros. A cada momento cuando salgo de palacio temo que algun loco me rompa la tapa de los sesos.

—Es natural; ¿y cómo no ha de serlo en una época en que los emperadores y los varones consulares se arrastran al pié de la tumba de un constructor de tiendas ó de un pescador, y besan los huesos descarnados del mas vil de los esclavos? ¿Cómo no ha de serlo en un pueblo, cuyo Dios es el Hijo crucificado de un carpintero? ¿Cómo podrán el saber, la autoridad, la antigüedad, el nacimiento, la categoría, el sistema del imperio, que se ha desarrollado sostenido por la ciencia acumulada de siglos y siglos, cómo podrá todo esto proteger tu vida un momento contra la furia de

cualquier mendigo que cree que el Hijo de Dios murió por él lo mismo que por tí, y que es tu igual, si no tu superior, á los ojos de su plebeya é iliterata deidad?

—Mi elocuente filósofa, todo eso puede ser, y tal vez es muy cierto; convengo en que hay muchos inconvenientes prácticos de esa especie en la nueva... quiero decir, en la católica creencia; pero el mundo está lleno de inconvenientes. El sabio no debe reñir con su fé por ser desagradable, así como no riñe con sus dedos cuando le duelen; tiene que conformarse y procurar pasarlo lo mejor posible. Solamente quisiera que me dijese cómo podria conservar la paz.

—¿Y dejar que fuese destruida la filosofía?

—Eso no sucederá mientras viva Hipatia para iluminar la tierra; y en cuanto á mí, prometo que te daré campo ancho y gran proteccion, como lo prueba el haber venido á visitarte públicamente, á visitarte en este momento, cuando me están esperando en la audiencia de ciento á cuatrocientos majaderos, grandes y pequeños, para atormentarme.

Así, pues, aconsejame. ¿Qué debo hacer?

— Ya lo he dicho.

— ¡Ah! sí, en el terreno de los principios; pero ahora no estamos en la cátedra, y prefiero un consejo práctico. Por ejemplo, Cirilo me escribe (el cielo le confunda, no me dejará cazar en paz una semana siquiera) que los judíos han urdido una trama para asesinar á los cristianos. Aquí tengo el precioso documento, mírale. No me importa ni que los judíos quieran matar á los cristianos, ni que los cristianos maten á los judíos. Pero debo adoptar algunas medidas á consecuencia de esta carta.

— No soy de la misma opinion.

— ¡Cómo! ¿y si sucediera algo? ¿no comprendes cuánto se escribiría á Constantinopla contra mí?

— Que escriban, ¿qué importa, si tu conciencia está tranquila?

— ¡Conciencia tranquila! ¡Bah! ¡perderé mi prefectura!

— El mismo peligro corres de un modo que de otro. Suceda lo que quiera, serás acusado de favorecer á los judíos.

— Y en realidad no dejará de tener algun fundamento la acusacion, porque sin su benévolo auxilio el tesoro de la

provincia estaria siempre exhausto. Si esos cristianos quisieran prestarme su dinero, en vez de construir con él hospitales y casas de asilo, mañana, sin que yo me opusiera á ello, podrian quemar todo el barrio de los judíos. Pero ahora....

— Pero ahora, tu escelencia no debe hacer caso de esa carta. El tono en que está escrita te lo prohíbe por tu propio honor, por honor del imperio. No debes tratar con un hombre que habla del pueblo de Alejandría como del rebaño que el rey de los reyes ha encomendado á su direccion y vigilancia. ¿Quién manda en Alejandría, tú ó ese orgulloso obispo?

— En realidad, querida Hipátia, yo he abandonado el cuidado de informarme de lo que pasa.

— Pero él no, y se dirige á tí como persona de autoridad sobre las dos terceras partes de la poblacion, no vacilando en indicar que esa autoridad procede de un origen mas elevado que la tuya. La consecuencia es clara: si su autoridad es de un origen mas alto, puede oponerse á la tuya; y si le respondes, confiesas que eres inferior á él,

es decir, admites en principio la justicia de todas las extravagantes reclamaciones que pueda dirigirte.

—Pero algo le he de decir; de otro modo me espongo á ser apedreado en las calles. Vosotros los filósofos, por mas superiores que seais á los dolores del cuerpo, no debéis olvidar que nosotros los pobres mundanos tenemos huesos que pueden romperse.

—Entonces le dirás, y esto solamente de palabra, que como los informes que te ha enviado son el resultado de sus noticias particulares, y no le conciernen como obispo, sino que se refieren á un asunto cuyo conocimiento te pertenece como magistrado, no puedes tomarlo en consideracion sino cuando te los dirija como persona particular, presentando una justificacion en forma ante tu tribunal.

—¡Magnífico! reina de los diplomáticos como de los filósofos. Voy á obedecerte. ¡Ah! ¿por qué no serás Pulqueria? Pero no, porque entonces Alejandría quedaria sumida en la oscuridad, y entonces Orestes perderia la felicidad suprema de besar esta mano que Palas

cuando la hizo debe haber tomado del taller de Afrodita.

—Recuerda que eres cristiano, contestó Hipatia sonriéndose.

Despidióse el prefecto, y atravesando el salon exterior, que estaba ya lleno de los aristocráticos pupilos y visitantes de Hipatia, se abrió paso saludando á todos, y llegó á su carruaje pensando interiormente con placer en la seca respuesta que pensaba dar á Cirilo, y consolándose con el único texto de la Escritura que le parecia verdaderamente inspirado: “bastante es por hoy el mal que se ha hecho.”

A la puerta habia una multitud de carros, esclavos que tenian los quitasoles de sus amos, y pilluelos del mercado, tan comunes en Alejandría entonces, como despues en todas las grandes ciudades, los cuales, á pesar de los escorrones que recibian de los guardias del prefecto, no cesaban de mirarlo, calculando qué especie de glorioso personaje podria ser Hipatia, y qué especie de gloriosa vivienda la suya, cuando era visitada por el escelso prefecto de Alejandría. Tambien habia entre la multitud plebeya muchos rostros des-

contentos y sombríos, mucha gente que murmuraba abiertamente de que el prefecto fuese con tanto aparato á visitar la casa de una muger pagana, antes de oír las demandas de los pobres en el tribunal ó de rezar sus oraciones en la iglesia.

Estaba subiendo Orestes en su currículo, cuando vió bajar las escaleras de la casa de Hipatia á un jóven de elevada estatura, y tan lujosamente vestido como él mismo, y dirigirse negligente-mente hácia el negrillo que le aguardaba con el quitasol.

—¡Ah! ¡Rafael Aben-Ezra, mi excelente amigo! ¿Qué propicia deidad... mártir, quiero decir... te trae á Alejandria, precisamente cuando mas te necesito? Sube á mi lado y hablaremos un poco mientras me llevan al tribunal.

El jóven á quien se dirigian estas palabras se adelantó lentamente, saludando con humildad afectada, humildad que sin embargo no podia ocultar, ni en realidad trataba de hacerlo, la expresion de desprecio y de indolencia pintada en su rostro; y preguntando en tono indolente:

—¿Y con qué benévolo objeto se digna el representante de los Césares hacer tanto honor al mas humilde de sus... &c., &c.? La penetracion del lector comprenderá lo demás.

—No te asustes, no voy á pedirte dinero, contestó Orestes con amable sonrisa, mientras que el judío subia al currículo.

—Me alegró saberlo, porque verdaderamente un usurero es bastante para una familia. Mi padre reunió el caudal que tengo, y yo gastándolo creo hacer todo lo que puede exigirse de un filósofo.

—¡Magnífico tiro de caballos blancos de Nisa! ¿no es verdad? y entre todos los cuatro no hay mas que uno calzado.

—Sí... pero los caballos son una carga, segun veo, como todo lo demás. Ya caen malos, ya se desbocan, ya le quitan á uno la tranquilidad de una manera ó de otra. Además, vengo aburrido con las comisiones que he tenido que desempeñar en Cirene para compra de perros, caballos y arcos por cuenta de ese Nemrod episcopal llamado Sinesio.

—¡Hola! ¿y para una vida tan activa como siempre?

—¿Activa? no me ha dejado descansar.

sar un minuto en tres dias que he estado con él. A las cuatro de la mañana ya está levantado, y siempre con una salud infernal; y desde aquella hora no cesa de cultivar la tierra, de correr, de cazar, de perseguir las bandas de merodeadores negros, de predicar, de pedir dinero, de bautizar, de escomulgar, consolar á las ancianas, proporcionar dotes á las jóvenes, escribir sobre filosofia, y dentro de media hora sobre veterinaria: luego la noche la pasa escribiendo poesía, y á la madrugada vuelta á montar á caballo; y á todo esto sin hablar más que del deseo que tiene de retirarse del torbellino del mundo. ¡Libreme el cielo de estos torbellinos de dos piés.... A propósito, en el mismo buque en que he venido ha llegado tambien una hermosa joven de mi nacion, con un cargamento que creo convendrá á tu excelencia!

—Hay muchas jóvenes hermosas de tu nacion que me convendrian sin cargamento ninguno.

—¡Ah! las jóvenes de mi nacion siempre han tenido gran partido desde los dias de Jeroboan, hijo de Nebat! Pero te hablo de la vieja Miriam, á quien co-

noces. Ha prestado dinero á Sinesio para combatir á los negros; y realmente ya era tiempo, porque han quemado todos los pueblos en muchas millas á la redonda de la provincia. Pero al mismo tiempo que esa atrevida vieja socorria á Sinesio, ha querido hacer un buen negocio; ha ido al Atlas, ha comprado todas las cautivas y algunos de sus hijos é hijas por cuentas y hierro viejo, y ha venido con un cargamento tan hermoso de beldades líbicas como puede desear un prefecto de buen gusto.

—¿Supongo que tú habrás escogido ya, amigo Rafael?

—No tal. Las mugeres son una plaga, segun pudo convencerse de ello Salomon hace mucho tiempo. Yo empecé como él por tener el harem mas selecto de Alejandria; pero armábasen tantas disputas, que un dia salí y las vendí todas, excepto una que era judía y que conservé por no dar que decir á los rabinos. Despues probé á vivir solamente con una como hizo Salomon; pero mi jardin cerrado y mi fuente sellada exigia que estuviese siempre enamorado de ella, de suerte que me presenté á los jurisconsultos, la concedí una buena

pension para mantenerse, y ahora me encuentro completamente libre y dispuesto á auxiliar á tu excelencia con mi buen gusto y con la esperiencia que pueda poseer en este punto.

—Gracias, digno judío; yo todavía no me encuentro tan aburrido como tú, y enviaré á buscar esta tarde á esa vieja. Ahora hablemos de negocios políticos. Cirilo me ha escrito que vosotros los judíos habeis urdido un complot para asesinar á los cristianos.

—No tendria nada de extraño: celebraria mucho que fuera verdad; y bien considerado, es muy probable que lo sea.

—¡Por los inmortales.... santos! ¿estás loco?

—¡No lo permitan los cuatro arcángeles! Ese no es asunto que me concierne. Todo lo que puedo decirte es que mi pueblo es un gran necio como el resto del mundo, y que tiene esa intencion. Por lo demás, no logrará llevarla á cabo, y eso es cuanto te interesa; pero, si contra mi opinion crees que el asunto vale la pena de tomar informes, dentro de ocho dias tengo que ir á la sinagoga para mis asuntos, y preguntaré á

algun rabino lo que hay sobre el particular.

—¡Hombre indolente! ¿Pues no sabes que tengo que contestar á Cirilo hoy mismo!

—Razon mas para no hacer preguntas á ningun judío. Puedes contestar sin riesgo de mentir, que no sabes nada de ese asunto.

—Bien considerado, la ignorancia es una gran defensa para los hombres públicos. Por consiguiente, no te precipites por traerme noticias.

—Te aseguro que no me precipitaré.

—Dentro de diez dias ó así....

—Exactamente, cuando todo haya concluido.

—Y nada pueda remediarse. ¿Qué consuelo es á veces el decir: no ha podido remediarse!

—Es la raiz y la médula de toda la filosofia. El hombre práctico, como un pobre diablo, procura remediar este mal y el otro, y atormenta su caletre discutiendo medios, procurando preveer, tratando de evitar. Pero el filósofo dice tranquilamente, no puede remediarse; si debe ser, será; si es, ha debido ser; nosotros no hemos hecho el mundo y

no somos responsables de lo que en él sucede. Esta es la suma y sustancia de la verdadera sabiduría, y el epítome de todo cuanto se ha dicho y escrito sobre el asunto, desde Filon el judío hasta Hipatia la gentil. Pero ahí viene Cirilo bajando las escaleras del Cesáreo. ¡Hermosa presencia! aunque de gesto avinagrado. Viene rodeado de sus servidores. ¡Qué cara de tunante tiene aquel alto! Hablan en secreto: déles el cielo buenos pensamientos.

—Amen, dijo Orestes con sarcasmo y lo hubiera dicho de mejor gana si hubiera podido oír lo que Cirilo decía á Pedro, aquel hombre alto cuyo aspecto tanto había disgustado á Rafael.

—¿Dices que viene de casa de Hipatia? ¿Cómo es eso, si acaba de llegar esta mañana á Alejandría?

—No hace media hora que he visto su cuadriga á la puerta, al dirigirme aquí por la calle del Museo.

Y habría además otros veinte carruajes.

—La calle estaba atestada. Mira: carruajes, literas, esclavos y gente de posición. ¿Cuándo veremos ese concurso donde debe estar?

Cirilo no contestó, y Pedro prosiguió.

—Donde debe estar, enfrente de tus puertas en el Serapeo.

—El mundo, el demonio y la carne tienen sus adoradores; y mientras existen lugares en que se les dé culto, no hay que esperar que los que los frecuentan vengan á nosotros. Mientras esas escuelas de iniquidad estén abiertas, y los grandes y poderosos acudan á ellas á aprender excusas para su tiranía y ateísmo, continuarán los príncipes de este mundo con su corte de parásitos, gladiadores y usureros influyendo en Alejandría, en vez de los obispos y sacerdotes del Dios vivo.

Llegó á Pedro su vez de guardar silencio; y mientras los dos con su séquito atraviesan la grande esplanada que miraba al puerto y desaparecen en las pobres y miserables calles del barrio de los marineros, les dejaremos desempeñar la misión de caridad á que Cirilo se encamina como ministro del Altísimo, y nos detendremos á oír la conversacion de los dos amigos que iban en el dorado carrículo, tirado por cuatro caballos blancos.

—Buena brisa se levanta de esta par-

te del faro, Rafael, dijo el prefecto: buena para los buques que llevan el trigo.

—¿Han salido ya?

—¿Pues no? envié la primera flota hace tres días y el resto sale hoy del puerto.

—¡Ah! ¿entonces no sabes nada de Heracliano?

—¿Heracliano? ¿Qué diablos tiene que ver el conde de Africa con mis buques que llevan trigo?

—Nada, verdaderamente; y á mí no me importa gran cosa. Solamente se sabe que iba á rebelarse..... pero ya hemos llegado á tu puerta.

—¿A qué? preguntó Orestes alarmado.

—A rebelarse y atacar á Roma, contestó Rafael.

—¡Justos dioses!..... ¡Justo Dios, quiero decir! ¡un nuevo contra tiempo! Entra, entra, y refiere esas noticias á este pobre gobernador. Habla bajo, por amor del cielo: espero que esos tus naves de esclavos no te habrán oído.

—Nada mas fácil que arrojarles al canal si han oído algo, dijo Rafael atravesando negligentemente salones y corredores en pos del prefecto.

El pobre Orestes no se detuvo hasta

que llegó á un pequeño aposento retirado de uno de los patios interiores. Hizo entrar al judío detrás de él, cerró la puerta, se arrojó en una silla de brazos, puso las manos en las rodillas, inclinando el cuerpo hácia adelante, y comenzó á mirar á Rafael con espresion ridícula de terror y perplejidad.

—Dime todo lo que hay, dímelo al momento.

—Te he dicho todo lo que sé, contestó Rafael sentándose tranquilamente en un sofá y jugando con el mango de su puñal adornado de joyas. Creia que estabas en el secreto; de otro modo no te hubiera dicho nada. Ya sabes que ese asunto no me interesa.

Orestes, como todos los hombres débiles y afeminados, especialmente romanos, tenia instintos feroces, y estos instintos se despertaron entonces.

—¡Furias del infierno! ¡Maldito esclavo! ¿hasta dónde piensas llevar tus libertades? ¿No sabes quién soy yo, infame judío? Dime todo lo que hay, ó por vida del emperador que te he de hacer arrancar la carne con tenazas ardiendo.

El rostro de Rafael tomó cierta es-

presion rebelde, que mostraba que aun habia en sus venas algo de la antigua sangre judía bajo aquella superficie de afectada indolencia neoplatónica. Sonriose de un modo desagradable y contestó:

—Entonces, mi querido prefecto, serás el primer hombre de este mundo que ha obligado á un judío á hacer ó decir lo que no quiere.

—¡Lo veremos! gritó Orestes. ¡Hola, esclavos! Y comenzó á dar palmadas para llamar á su gente.

—Cálmese tu esclencia, dijo Rafael levantándose. La puerta está cerrada, el mosquitero cubre la ventana, y este puñal está envenenado. Si algo me sucediere, agraviarás á todos los prestamistas judíos y morirás dentro de tres dias con mucho dolor, sin poder asistir á la cita con la vieja Miriam, perdiendo una amable compañía y dejando tus negocios y los de la prefectura en grave desarreglo. ¡No será mucho mejor sentarse y oír filosóficamente lo que tengo que decirte como un verdadero discípulo de Hipatia, sin tratar de obligarle á uno á referir lo que realmente no sabe? Orestes, despues de haber mirado en

vano si habia por donde escaparse, se volvió á sentar tranquilamente en su silla; y cuando los esclavos llamaron á la puerta, habia recobrado su serenidad filosófica lo bastante para mandar llamar, en vez de los verdugos, á un page con vino.

—¡Ah! vosotros los judíos, dijo tratando de echar á risa lo que habia pasado, continuais siendo tan perversos como en tiempo de Tito.

—Los mismos, mi querido prefecto. Ahora bien, vamos al punto importante, á lo menos para los gentiles. Heracliano vá á rebelarse, segun me ha dicho Sinesio; ha preparado un armamento para atacar á Ostia; ha detenido la salida de su cargamento de trigo, é iba á escribirte para que detuvieses la del tuyo con el fin de matar de hambre á la ciudad eterna con sus godos, su senado, su emperador y todos sus habitantes. Ahora tú sabrás si debes acceder ó no á esta sencilla petición.

—Eso dependerá de los planes que Heracliano tenga.

—Se entiende. No era de erperar que sirvieses sus miras, á no ser que el asunto valiera la pena.

Orestes quedó abismado en profunda meditación.

—Pues claro está, dijo al fin sin saber lo que decía. Despues, temiendo haberse descubierto demasiado, miró ferozmente al judío.

—¿Y cómo sabré yo si eso que me dices no es una trama infernal de tu gente? Dime cómo lo has sabido, ó por Hércules (Orestes había ya olvidado que era cristiano), por Hércules y por los doce dioses....

—No uses espresiones indignas de un filósofo. Mis noticias han venido por un conducto muy sencillo y muy bueno. Heracliano queria negociar un empréstito con los rabinos de Cartago, los cuales, ó por miedo ó por lealtad, ó por ambas cosas, se negaron á prestarle dinero. Heracliano sabia, como saben todos los gobernadores cuando piensan bien en ello, que es inútil acosar á un judío, y se dirigió á mí. Yo no presto dinero, porque es cosa antifilosófica, pero le recomendé á la vieja Miriam, que es capaz de hacer negocios con el mismo diablo. No sé si Miriam le habrá prestado ó no lo que necesita; pero de todas maneras tenemos su secreto;

y si quieres mas noticias, la vieja, que se muere por una intriga casi tanto como por el vino de Falerno, te las podrá dar.

—Bien veo que á pesar de todo eres un buen amigo.

—¿Quién lo duda? Y ahora ¿no es mas fácil y mas agradable este método de saber la verdad que el de hacer que me desnellen un par de esclavos negros, obligándome por despecho á no decir mas que mentiras? Pero aquí viene tu Ganimedes con el vino; llega á tiempo para calmar tus nervios y comunicarte el espíritu de adivinacion.... á la diosa del Buen Consejo, mi querido prefecto. ¡Qué vino este!

—Siriaco legítimo, fuego y miel al mismo tiempo; catorce años cumplirá en la próxima vendimia, amigo Rafael. Salte afuera, Hipocorisma. Mira no sea que esté escuchando á la puerta ese bribonzuelo. Me engañaron sacándome por él dos mil monedas de oro hace dos años. Me dijeron que no tenia mas que trece, y ya necesita barbero. Volviendo á nuestra conversacion, ¿en qué piensa Heracliano?

—Piensa en cobrar el premio de la muerte de Estilicon.

—¿No es bastante ser conde de Africa?

—Supongo que alega tambien los servicios de los últimos tres años.

—Es verdad, salvó el Africa.

—Y por consiguiente á Egipto. Así es que tú le eres deudor lo mismo que el emperador.

—Querido amigo, mis deudas son ya tantas, que me es imposible pensar en pagarlas. ¿Pero qué premio quiere?

—La púrpura.

Orestes se estremeció y despues se quedó pensativo. Rafael le estuvo observando un rato, y despues dijo:

—Ahora, mi noble amigo, ¿puedo marcharme? He dicho todo lo que tenia que decir, y si no voy á casa á almorzar ahora mismo, no tendré tiempo de ver á la vieja Miriam y arreglar nuestro negocio con ella antes de anocheecer.

—Espera: ¿qué fuerza tiene?

—Unos cuarenta mil hombres, segun dicen. Los Donatistas están todos con él; y si puede llevarlos á alguna parte donde cambien sus garrotes por acero....

—Está bien, vete. Con cien mil ya podria llevar el negocio adelante, dijo

para si mientras Rafael se marchaba; pero no los reunirá. Sin embargo, ¿quién sabe? ese hombre tiene cabeza de César.... ¿Y el necio de Atalo que me hablaba de unir el Egipto al imperio de Occidente!.... No, no será así tampoco; cualquiera cosa es buena menos el ser gobernado por un idiota y dos hipócritas. El mejor dia espero ser escomulgado por alguna ofensa hecha á la devocion de Pulqueria.... Heracliano, emperador de Roma.... y yo dueño y señor á este lado del mar.... Lanzaremos á los Donatistas contra los Ortodoxos para que se corten mútua y pacíficamente el cuello.... no tendré que temer de la vigilancia de Cirilo ni de sus cartas á Constantinopla.... pero todo eso me va á costar tanta incomodidad....

Diciendo estas palabras, Orestes pasó á darse su tercer baño templado.

## CAPITULO II.

### LOS LAUROS.

En el mismo día y á la misma hora en que ocurrían los sucesos mencionados en el anterior capítulo, el jóven monge Filemon estaba sentado á trescientas millas de Alejandria sobre el borde de una elevada cadena de rocas cuyas cimas estaban cubiertas de arena. Detrás de él el desierto se extendía, sin vida, interminable, reflejando su amarillento resplandor sobre el limpio azul del horizonte; á sus piés la arena corría de barranco en barranco ó de colina en colina, ó bien se arremolinaba formando una nube amarilla segun el impulso del aire del desierto. Acá y allá, en la superficie de las rocas que cerraban el valle por el lado opuesto, se veían sepulcros subterráneos, antiguas canteras con obeliscos y medias columnas todavía en pié como los obreros las habían dejado muchos siglos antes. La arena se iba amontonando al rededor de ellas y en sus capiteles; todo era silencio y desolacion alrededor: era aquella la tum-

ba de una nacion muerta en una tierra moribunda. Allí, sin embargo, estaba meditando, lleno de vida, de salud y de belleza un jóven Apolo del desierto. Su único vestido era una piel de cordero sujeta á la cintura con una correa; sus largos y negros rizos que no habían sido cortados desde su niñez, ondulaban y relucían al sol, y el abundante vello que le cubría la barba y las megillas revelaba la primavera de una vigorosa edad. Sus manos callosas y su piel tostada por el sol anunciaban que estaba acostumbrado al trabajo; sus ojos brillantes y su ceño denotaban atrevimiento, imaginacion, pasion, pensamiento, aunque sin esfera de accion en aquel lugar. ¿Qué hacía aquel hermoso jóven entre las tumbas?

Tal era acaso tambien su pensamiento, cuando pasándose la mano por la frente como para desvanecer algunas ideas molestas, se levantó suspirando y empezó á caminar entre las rocas examinando cada abertura y cada barranco en busca de combustible para el monasterio de que procedía.

Pobre, como era el material que buscaba, consistiendo principalmente en

los miserables arbustos del árido desierto ó en algun fragmento de madera abandonado entre las ruinas, iba siendo cada vez mas escaso alrededor de los lauros del abad Pambo en Scetis; y Filemon tuvo que alejarse mucho mas que nunca para reunir la cantidad que todos los dias llevaba al monasterio.

De repente, á la vuelta de un montecillo, descubrió un espectáculo nuevo para él. Era un templo abierto en la roca arenisca, en frente una plataforma cubierta de maderos y de herramientas de carpintería, y acá y allá un esqueleto blanqueando entre la arena, tal vez de algun trabajador muerto durante su trabajo en una de las infinitas guerras de la antigüedad. El abad, su padre espiritual, y tambien el único padre que habia conocido, pues los recuerdos de su niñez no pasaban mas allá de los lauros y de la celda del anciano, le habia prohibido estrechamente entrar y aun aproximarse á aquellos restos de la antigua idolatría; pero un ancho camino guiaba á la plataforma desde arriba, y la abundante provision de combustible era demasiado tentadora para no pasar adelante.... Bajaria, recogeria

unos cuantos palos y luego volveria á dar al abad la noticia del tesoro que habia encontrado, y á consultarle si deberia ó no volver allá. Bajó, pues, atreviéndose apenas á levantar los ojos hácia las imágenes pintadas de encarnado y azul que todavía brillaban en aquella soledad, resistiendo las injurias de aquel aire seco. Pero era joven, y la juventud es curiosa: Filemon se santiguó y exclamó: ¡Señor, aparta de mí este espectáculo de vanidad!.... Y sin embargo, miró.

¿Y quién hubiera podido no mirar aquellas cuatro estatuas colosales de reyes, sentadas, inmóviles y severas, con sus enormes manos descansando sobre las rodillas, en eterno reposo, como si sostuvieran la montaña sobre sus magestuosas cabezas? Filemon se sintió sobrecogido de cierto pavor, y no se atrevia á recoger la leña que habia á sus piés: tan fijamente parecia que le miraban con sus grandes ojos.

Alrededor de sus rodillas y de sus tronos habia grabados caracteres místicos, simbolo tras simbolo, línea tras línea. Allí estaba la antigua ciencia de los egipcios que Moisés, el hombre de

Dios, habia aprendido. ¿Por qué él no habia de aprenderla tambien? ¿Qué terribles secretos no se ocultarian tal vez bajo aquellas palabras sobre el mundo, sobre lo pasado, lo presente y lo futuro, secretos de que Filemon conocia solo tan pequeña parte? Aquellos reyes los habian sabido todos; sus ásperos labios parecia que iban á moverse dispuestos á hablarle. . . . ¡Oh! ¡si pudieran hablar una vez siquiera! . . . y sin embargo, aquella sonrisa severa con que parecia que le espresaban su desprecio al mirarle desde la altura de su poder y de su ciencia, trastornaba al pobre jóven y no se atrevió á mirarlos mas.

Pasó adelante y entró en los salones del templo, en una especie de abismo de tibia y verde sombra que se prolongaba por lo interior columna tras columna, hasta perderse todo en las mas densas tinieblas. A pesar de la oscuridad, Filemon descubrió en todas las paredes y en todas las columnas magníficos arabescos y cuadros de historia, triunfos y trabajos; filas de cautivos en trages estraños y fantásticos, llevando estraños animales como tributos de tierras desconocidas; grupos de mugeres

coronadas de guirnaldas, celebrando banquetes, teniendo cada una en la mano la fragante flor del loto, mientras los esclavos les llevaban vino y perfumes, y sus hijos se sentaban en su regazo, y sus maridos á su lado; comparsas de bailarinas vestidas de túnicas transparentes y ceñidas de dorados cinturones. . . . ¿Qué significaba todo aquello? ¿por qué habia existido? ¿por qué el mundo habia caminado de aquella suerte, siglo tras siglo, milenio tras milenio, comiendo, bebiendo y casándose, y sin saber mas, pues que sus antepasados habian perdido la luz siglos y siglos antes que nacieran los personages allí representados? . . . Y Cristo no habia venido sino muchos siglos despues que esas personas habian muerto. . . . ¿Cómo podian ellas saber? . . . Y sin embargo, todas estaban en el infierno. . . . Sí, todas aquellas mugeres con sus abundantes cabellos, sus guirnaldas, sus collares, sus flores, sus hermosos trages. . . . aquella que tal vez en vida se sonreia tan dulcemente, y vestia tan lujosamente, y tenia hijos y amigos, y jamas pensó en lo que iba á sufrir despues. . . . tambien estaba en el infierno ardiendo

para siempre. . . . Filemon miraba fijamente el suelo pedregoso como si quisiera penetrar con la vista sus secretos. . . . Los ojos de la fé los penetraban, y con ellos veía aquella muger retorciéndose los miembros entre las llamas, tostada, desollada, en eterna agonía, padeciendo dolores cuyo solo pensamiento le hacia estremecer. Una vez se habia quemado las manos con una hoja de palmera incendiada, y recordaba la clase de sensacion que habia experimentado. . . . Aquella muger padecia diez mil veces mas, y para siempre. . . . Figurábasele oír sus gritos é implorar en vano una gota de agua para humedecer su lengua. Solo una vez habia oido los alaridos de un ser humano: eran de un niño que bañándose en el Nilo habia sido arrebatado por un cocodrilo. . . . Sus quejidos débiles y lastimeros, á pesar de la distancia, habian resonado en su alma de un modo intolerable por muchos dias. . . . ¡Y pensar que millones de seres exhalaban para siempre quejidos semejantes bajo las bóvedas de fuego del infierno. . . .

Semejantes pensamientos eran la tentacion de un enemigo. Habia penetra-

do en el recinto donde el demonio conservaba todavía sus antiguos altares; habia permitido que sus ojos mirasen las abominaciones del gentilismo y el espíritu del mal se habia apoderado de su ánimo. Debía huir al monasterio y referírsele todo á su padre espiritual, que le daría el castigo merecido, rogaría á Dios por él y le perdonaría. . . . Pero, ¿podía decirsele todo? ¿Podía atreverse á confesarle la verdad entera, la insaciable curiosidad, el vivo deseo de penetrar los misterios del saber, de ver el mundo y sus grandes hombres, deseo que habia ido creciendo en él lentamente hasta tomar espantosas proporciones? ¡Ah! no podia vivir por más tiempo en el desierto. Aquel mundo que enviaba tantas almas al infierno, ¿era realmente tan malo como su padre le decia? Muy malo debía de ser cuando tales frutos daba de sí; pero él deseaba verlo y juzgar por sí mismo.

Llena su alma de estas ideas, vagas é informes como los pensamientos de un niño, siguió andando Filemon hasta que llegó al borde de la roca á cuyo pié estaba su morada.

Y eran agradables de ver aquellos so-

litarios lauros ó calles de toseas celdas ciclópeas, bajo la perpetua sombra del muro de rocas que las limitaba al Mediodía y teniendo al frente un bosquecillo de palmeras. Una gran caverna servia á los solitarios de capilla, despensa y hospital; y mas allá, en el valle inmediato, el terreno cultivado por la comunidad ofrecia mijo, maiz, habas, y era regado por un arroyuelo cuidadosamente dirigido.

Aquel jardin, como todo lo demás que habia en los lauros, excepto los siete piés de cada celda, era propiedad comun, y por tanto, objeto de los cuidados y de los placeres de todos. Todos habian trabajado en él, abandonándolo con el limo del Nilo, sacado en cestos de hojas de palma; todos habian cuidado de limpiarle de arena; todos habian recogido en él la pobre cosecha de que todos debian participar. Para comprar ropas, libros y ornamentos sagrados, cada monge trabajaba dia y noche; mientras se ocupaba el ánimo en celestes pensamientos, las manos tejian las hojas de palma para formar cestas, que un monge anciano cambiaba por los objetos necesarios en otros mas próspe-

ros y frecuentados monasterios de la orilla opuesta del rio. Filemon solia atravesar con él la corriente en una ligera canoa de papiro, y se entretenia en pescar mientras le aguardaba para trasladarle otra vez á los lauros.

Era una vida feliz, sencilla, tranquila la de aquellos lauros, toda arreglada por principios y métodos, que se consideraban sagrados, y que no sin razon se decian calcados en los de la Escritura. Cada hombre tenia allí alimento, vestido y abrigo, amigos y consejeros; vivia en una continua confianza en Dios, y tenia dia y noche ante sí la esperanza de una vida eterna, mas gloriosa que todos los sueños de los poetas. ¿Qué mas podia nadie desear? Aquellos monges habian buscado el retiro en que se hallaban, huyendo de ciudades, en comparacion de las cuales Gomorra podia pasar por casta; alejándose de un mundo infernal, corrompido, moribundo, de tiranos y esclavos, hipócritas y cínicos, para meditar tranquilos sobre el deber y el derecho, la muerte y la eternidad, el cielo y el infierno; para buscar una fe comun, un interés comun, esperanzas, placeres, obligaciones, dolores comu-

nes. . . . Cierto que muchos de ellos al huir á los desiertos de la Tebaida habian abandonado los puestos en que Dios les habia colocado. . . . Qué especie de puestos y qué especie de tiempos eran aquellos, lo veremos tal vez antes que termine esta historia.

—Tarde vienes, hijo mio, dijo el abad, concluyendo su cesto de palmas al acercarse Filemon.

—La leña anda escasa, y he tenido que ir muy léjos.

—Un monje no debe responder hasta que se le pregunte: no te preguntaba la razon. ¿Dónde has encontrado esa leña?

—Delante del templo, mas allá del valle.

—¿El templo! ¿Qué viste allí?

Filemon no respondió. Pambo le miró con sus ojos grandes y perspicaces.

—Tú has entrado en él y te has complacido en mirar sus abominaciones.

—Yo. . . . yo no hice mas que mirar.

—¿Y qué viste? ¿mujeres?

Filemon guardó silencio.

—¿No te he prohibido mirar á las mujeres? Una muger fué la primera que abrió las puertas del infierno, y desde entonces son el origen de todo mal.

¡Desgraciado jóven! ¿qué has hecho?

—Eran mugeres pintadas en la pared.

—¡Ah! dijo el abad, como si de repente se le hubiera quitado un gran peso de encima. ¿Pero cómo sabes que eran mugeres, cuando hasta ahora, á no ser que hayas mentido, lo que no creo de tí? no has visto la cara de una hija de Eva,

—Tal vez. . . . tal vez, dijo Filemon, no eran sino unos hermosos diablos.

—¿Y de dónde sacas que los diablos son hermosos?

—Iba yo el otro dia conduciendo en la lancha al padre Aufugo, cuando en la orilla del rio. . . . no muy cerca, vimos dos personas con el pelo tendido, vestidas de medio cuerpo abajo de negro, encarnado y amarillo. . . . y estaban cogiendo flores en la playa. El padre Aufugo volvió la vista á otro lado; pero yo. . . . yo no pude menos de pensar que eran los objetos mas hermosos que hasta entonces habia visto. Por eso le pregunté por qué volvía los ojos á otra parte, y me respondió que aquellos eran diablos de la misma especie de los que habian tentado al bendito Anton. Entonces recordé haber oido leer que Satanás habia querido seducir á Anton

en figura de una muger hermosa....  
Y así.... y así.... como las figuras  
que estaban pintadas en la pared se pa-  
recían tanto á aquellas.... creí que....

Y el inocente jóven, que pensaba ha-  
ber cometido un gran pecado mortal, se  
puso colorado, tartamudeó algunas pa-  
labras, y al fin guardó silencio.

—Dios te perdone, hijo mio, como  
yo te perdono, dijo el abad: desde hoy  
no saldrás de los límites del monasterio.

—¡No salir de los límites del monas-  
terio! Imposible.... no puedo.... si no  
fuera mi padre, diría no quiero. Nece-  
sito libertad, necesito ver por mí mismo,  
juzgar por mí mismo lo que es este mun-  
do, del cual habláis todos aquí con tanta  
amargura. No aspiro á sus pompas y  
vanidades; yo te prometo, padre mio, si  
quieres, no entrar jamás en un templo pa-  
gano, y ocultar mi cara en el polvo siem-  
pre que se me acerque una muger. Pero  
necesito ver mundo; quiero ver la iglesia  
metropolitana de Alejandría, y el patriar-  
ca y su clero. Si ellos punden servir á  
Dios en la ciudad, ¿por qué yo no? Mas  
puedo hacer allí que aquí por el servi-  
cio de Dios.... No que yo desprecie  
las virtudes de los santos varones de

este monasterio: tampoco soy ni seré in-  
grato jamás á los favores que te debo,  
padre mio.... oh, eso nunca.... pero  
deseo combatir por el Señor. Déjame  
marchar; no estoy disgustado de tí ni  
de los lauros, sino de mí mismo. Conoz-  
co que la obediencia es noble y digna,  
pero el peligro lo es tambien. Si tú has  
visto el mundo, ¿por qué no he de ver-  
le yo? Si tú has huido de él por haberle  
encontrado demasiado perverso para vi-  
vir en su seno, ¿no es de esperar que yo  
tambien le encontraré malo y volveré  
aquí espontáneamente para no dejarte  
ya nunca?... Y sin embargo, Cirilo y  
su clero no han huido á la soledad....

Filemon pronunció este discurso sin  
respirar, rápidamente, desesperadamen-  
te, y despues se calló, creyendo que el  
buen abad iba á levantar su báculo y á  
castigarle con él duramente. Si lo hu-  
biera hecho, el jóven se habria sometido  
con paciencia al castigo; y del mis-  
mo modo lo habria sufrido cualquiera  
otro individuo, aun el mas venerable  
del monasterio.... ¿Por qué no? Des-  
pues de una larga residencia entre los  
padres, y despues de largas meditacio-  
nes y oraciones, éstos deliberadamente

le habian elegido por su abad, es decir, *abba padre*, el mas ilustrado, el mas cuerdo, el mas virtuoso, y en este concepto debia ser obedecido por todos... Y obedecido era con una obediencia leal y racional, y sin embargo, absoluta; con obediencia que hubieran envidiado muchos reyes y muchos conquistadores, y que solo el sentimiento religioso podia producir... ¿Eran cobardes? ¿Eran serviles? Los soldados de las legiones romanas podian contestar á estas preguntas... y contestaban diciendo que temian mucho mas al monge desarmado de la Tebaida que á los bárbaros armados, fuesen godos ó vándalos, mauritanos ó españoles.

Dos veces el anciano alzó su báculo para herir á Filemon, y dos veces se detuvo en su propósito. Al fin, levantándose lentamente, dejó al jóven allí arrodillado; y caminando con los ojos fijos en el suelo, se dirigió con ánimo deliberado á la celda del padre Aufugo.

Todos en el monasterio honraban al padre Aufugo. Rodeábale un misterio que aumentaba el atractivo de su admirable santidad, de su dulzura y de su humildad casi infantil. Decíase (en las

raras conversaciones secretas que algunos monges tenian en sus solitarios paseos) que habia sido en el mundo un gran personaje; que habia dejado una gran ciudad, tal vez la misma Roma, para refugiarse en el desierto; y los sencillos monges estaban orgullosos en pensar que tenian en su compañía á un hombre que habia visto á Roma. A lo menos el abad Pambo lo respetaba: nunca habia sido castigado, ni siquiera reprendido: quizá jamás habia dado motivo para ello; pero al fin las reprobaciones eran el medio que se ofrecia á todos para que, sometiéndose á ellas, ejercitasen su humildad. ¿No era el abad un poco parcial con el padre Aufugo? Cuando Teófilo habia enviado desde Alejandría un mensajero con noticias que pusieron en consternacion á todo el monasterio, anunciando el saco de Roma por Alarico, ¿no le introdujo Pambo ante todo en la celda de Aufugo, y allí estuvo tres horas en consulta secreta antes de anunciar la tremenda nueva al resto de la comunidad? Y el mismo Aufugo, ¿no dió al mensajero cartas escritas de su puño, que contenian al parecer profundos secretos de

política mundana, desconocidos de todos? Así, cuando los santos varones, que á las puertas de sus celdas estaban ocupados en sus trabajos manuales, vieron al abad, despues de un arrebato desacostumbrado de descontento, dejar al culpado de rodillas y dirigirse á la celda del sábio Aufugo, pensaron que algun acontecimiento extraordinario y delicado habia ocurrido, y cada cual deseaba sin envidia tener los méritos que el padre Aufugo, para ser consultado y resolver la dificultad.

Por mas de una hora permanecieron Aufugo y el abad en la celda hablando con interés y en voz baja; despues se oyó un ruido solemne, como el de dos hombres que rezan entre lágrimas y suspiros; y todos los monges bajaron la cabeza, elevando sus corazones á Dios y pidiéndole humildemente que guiase sus acciones para el bien del monasterio, de la Iglesia y del mundo. Entretanto Filemon continuaba arrodillado é inmóvil esperando su sentencia. ¿Y quién puede decir lo que pasaba en su ánimo? Hay en el corazon humano abismos insondables, que el poeta por mas que pretenda no puede analizar, y que

debe contentarse con indicar por medio de los actos á que dan origen.

Al fin el abad Pambo salió grave y lentamente de la celda del padre Aufugo, y sentándose á la puerta de la suya dijo estas palabras:

—“Y el mas jóven dijo, padre, dame la parte que me toca de mi hacienda.... Y tomó el camino hasta que llegó á un país distante, y allí gastó sus bienes en la disipacion y el libertinaje.” Tú, hijo mio, saldrás del monasterio, pues que así lo deseas; pero antes ven conmigo y hablarás al padre Aufugo.

Filemon, como todos los demas, amaba al padre Aufugo; y cuando el abad se retiró y les dejó solos, no sintió temor ni vergüenza al descubrirle su corazon.... Larga y apasionadamente habló en respuesta á las preguntas del anciano, que sin rigidez ni solemnidad pedantesca interrumpió al jóven, y se dejó interrumpir por él amablemente, graciosamente, casi placentemente. Y sin embargo, su tono era melancólico al contestar al discurso de Filemon.

—Tertuliano, Orígenes, Cipriano, han vivido en el mundo, dijo el jóven. Todos esos y otros muchos mas cuyos

nombres honramos, cuyas oraciones pedimos, eran hombres instruidos en la ciencia de los gentiles y pelearon y trabajaron sin mancilla. ¿Por qué no he de poder yo imitarlos? Cirilo, el mismo patriarca, ¿no ha venido desde las cuevas de Nitria á sentarse en la silla patriarcal de Alejandría?

El anciano levantó la mano lentamente, y echando atrás los espesos cabellos del joven que tenia arrodillado á sus piés, le miró fijamente con blandos y compasivos ojos.

—¿Y tú quieres ver el mundo, pobre insensato, y tú quieres ver el mundo!

—Quiero convertirlo.

—Para eso es necesario ante todo que le conozcas. ¿Te diré lo que es ese mundo que te parece tan fácil de convertir? Aquí me tienes á mí, pobre y desconocido monge, ayunando, rezando por todo el resto de mis dias para que Dios tenga piedad de mi alma; y no sabes lo que he sido. Si lo supieras, te darías por contento con poder vivir aquí para siempre. . . . Yo soy Arsenio. . . . ¡Ah, loco de mí! Tú, hijo mio, no has oido jamas este nombre, ante el cual en otro tiempo se cubria de pali-

dez el semblante de las reinas y enmudecian sus labios. *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas!* Y sin embargo, aquel cuyo ceño hace temblar al mundo, ha temblado delante de mí. Yo he sido tutor de Honorio.

—¿El emperador de Roma?

—Sí, hijo mio. Allí vi ese mundo que tú deseas ver. ¿Y qué es lo que ví? Lo que tú verás: eunucos convertidos en tiranos de sus soberanos mismos; hombres revestidos de altas dignidades besando los piés de parricidas y de prostitutas; mentirosos elogiados por sus mentiras; hipócritas regocijándose en su hipocresía; los muchos vendidos y esterminados por la malicia, el capricho y la vanidad de los pocos; espoliadores de los pobres, despojados á su vez por otros mas ladrones que ellos; cada tentativa de reforma, fuente de peores escándalos; cada ejemplo de elegancia, origen de nuevas crueldades; los perseguidores de ayer perseguidos hoy á su vez con igual furor; cada espíritu infernal exorcizado volviendo con otros siete peores que él: mentira y egoísmo, soberbia y concupiscencia, confusión horrible, Satanás combatiendo con-

tra Satanás en todas partes, desde el emperador que se ostenta en su trono, hasta el esclavo que blasfema entre sus cadenas.

—El reinado de Satanás no subsistirá.

—En el mundo venidero; pero en este subsistirá y vencerá hasta que llegue su término. Estos son los últimos días de que han hablado los profetas, el principio de calamidades, tales como no se han visto jamás en la tierra. Las naciones se miran atribuladas; los corazones de los fuertes tiemblan al pensar en las cosas que van á sobrevenir en la tierra. Yo las preveo: un año y otro he observado como se van acercando cada vez mas terribles acontecimientos. Un año tras otro he observado cómo se acerca el negro torrente de los bárbaros del Norte, semejante á los remolinos de arena que alza el viento del desierto, que pasan una y otra vez hasta que al fin sepultan las caravanas. Yo he previsto esa calamidad, yo he rogado que se tratase de evitarla; pero como la antigua Casandra, ni mi profecía ni mis súplicas han sido oídas. Mi pupilo ha despreciado mis avisos; las disolucio-

nes de la juventud, las intrigas de los cortesanos han sido para él mas fuertes que la voz de Dios; y entonces he cesado de esperar; he cesado de orar por la gloriosa ciudad, porque he visto que su sentencia está ya dada. La he visto en espíritu, como San Juan la vió en sus revelaciones; he visto sus pecados y su ruina. Por eso he huido de ella secretamente una noche y me he enterrado aquí en el desierto para esperar el fin del mundo. Noche y día ruego al Señor que llame á sus elegidos y apresure la llegada de su reino. Todas las mañanas levanto mis miradas al cielo temblando, y sin embargo, con la esperanza de ver en él la señal de la venida del Hijo del Hombre, cuando el sol se ha de oscurecer, la luna convertirse en sangre, las estrellas caer, el firmamento hundirse, las fuentes del abismo brotar fuego bajo nuestros piés y llegar el fin de los tiempos. ¿Y tú quieres ir á ese mundo, del cual yo he huido?

—Si la cosecha está próxima, el Señor necesita segadores. Si los tiempos son tremendos, yo debo hacer en ellos tremendas cosas. Enviadme allí, y que el último día me encuentre donde deseo

estar, peleando en primera fila en los combates del Señor.

—Hágase su santa voluntad: irás. Ahí tienes cartas para el patriarca Cirilo. Te amará por mí, y también por tí mismo, porque creo que te granjearás su afecto. Vas de tu propia voluntad y con nuestro pleno consentimiento. El abad y yo hemos estudiado tu carácter por mucho tiempo, conociendo que en otra parte podías ser más útil al Señor que aquí: no hemos hecho más que probarte para ver en tu presteza para la obediencia si eras apto para el mando. Vete en paz, hijo mío, y Dios sea contigo. No codicies las riquezas mundanas; no comas carne ni bebas vino; vive como has vivido hasta aquí. No temas la faz del hombre, pero guárdate de contemplar la de la muger. Ven, el abad nos espera.

Filemon se levantó con lágrimas de sorpresa, de júbilo, de dolor, casi de miedo.

—Vamos, ven. ¿Para qué causar pena á nuestros hermanos con tantas despedidas? Toma de la despensa provision de dátiles secos y de mijo para una semana; el bote de papiro está amarrado

á la orilla: en él puedes bajar el río. El Señor nos dará otro cuando le necesitemos. Cuando hayas navegado cinco dias río abajo, pregunta por la entrada del canal de Alejandría. Una vez allí, cualquiera te guiará á casa del patriarca. Envíanos noticias de tu salud por algun digno mensajeros. Vamos.

Diciendo esto atravesaron juntos el valle y llegaron á la orilla del gran río. Pambo estaba allí ya, y sus blancos cabellos se veían brillar á la luz de la luna, que empezaba á levantarse, mientras con lentas y débiles manos trataba de botar al agua la ligera canoa. Filemon se echó á los piés del anciano, y deshecho en lágrimas le pidió le perdonara y le diese su bendicion.

—Nada tenemos que perdonar, dijo el abad. Sigue tu vocacion interior. Si es mundana, ella misma será tu castigo; si es del espíritu divino, ¿quiénes somos nosotros para oponernos á la voluntad del Señor? Adios, hijo mío.

Pocos momentos despues el jóven bajaba en su canoa por la rápida corriente á la dorada luz del crepúsculo. Un minuto mas, y la noche cubrió la escena con su oscuridad, viéndose tan solo el

pálido reflejo de la luna sobre las aguas del río y sobre las rocas, y los dos religiosos arrodillados en la playa, apoyada la cabeza del uno en el hombro del otro, como dos niños, y llorando y rezando juntos por aquel jóven, objeto querido de su avanzada edad.

### CAPITULO III.

#### LOS GODOS.

POR dos días el jóven monge siguió la corriente rápida del Nilo, dejando atrás ciudades á la derecha y á la izquierda, y volviendo la vista á las casas de campo que descubria á uno y otro lado, hasta que alguna vuelta del río se las ocultaba; y mas de una vez se le pasaron grandes deseos de saber qué tal parecerian aquellos edificios y jardines contemplados de cerca, y qué especie de vida llevaban los miles de personas que llenaban los muelles y caminaban á pie ó en carruaje, formando un cordón inmenso por las carreteras que seguian una y otra orilla. Evitó cuidado-

samente el encuentro con todos los botes que pasaban junto á él, desde la dorada barea del propietario y del mercader, hasta la débil canoa llena de jarros vacíos destinados á la venta en algun mercado del Delta. Acá y allá vió y saludó algunos monges, que echaban sus redes en algun sosegado remanso, ó que pasaban por el camino para trasladarse de un monasterio á otro; pero todas las noticias que recibió de ellos se redujeron á decirle que el canal de Alejandria estaba aun muchas jornadas mas abajo. Parecíale que no habia de concluirse nunca aquella monótona vista de dos elevadas riberas de arcilla, con sus esclusas y azudes y sus vergeles de palmeras: era casi infinita aquella monótona série de barras arenosas y bancos de limo, idénticos todos, presentando todos á la vista la misma línea, al parecer, de maderos ó piedras, pero en realidad, como observaba Filemon al acercarse, de cocodrilos que tomaban el sol ó de pelicanos dormidos. Sus ojos, cansados con la estrechez de los límites á que podia estender la mirada, ansiaban deleitarse en la ilimitada estension del desierto, en los vagos perfiles de las re-

pálido reflejo de la luna sobre las aguas del río y sobre las rocas, y los dos religiosos arrodillados en la playa, apoyada la cabeza del uno en el hombro del otro, como dos niños, y llorando y rezando juntos por aquel jóven, objeto querido de su avanzada edad.

### CAPITULO III.

#### LOS GODOS.

POR dos días el jóven monge siguió la corriente rápida del Nilo, dejando atrás ciudades á la derecha y á la izquierda, y volviendo la vista á las casas de campo que descubria á uno y otro lado, hasta que alguna vuelta del río se las ocultaba; y mas de una vez se le pasaron grandes deseos de saber qué tal parecerian aquellos edificios y jardines contemplados de cerca, y qué especie de vida llevaban los miles de personas que llenaban los muelles y caminaban á pie ó en carruaje, formando un cordón inmenso por las carreteras que seguian una y otra orilla. Evitó cuidado-

samente el encuentro con todos los botes que pasaban junto á él, desde la dorada barea del propietario y del mercader, hasta la débil canoa llena de jarros vacíos destinados á la venta en algun mercado del Delta. Acá y allá vió y saludó algunos monges, que echaban sus redes en algun sosegado remanso, ó que pasaban por el camino para trasladarse de un monasterio á otro; pero todas las noticias que recibió de ellos se redujeron á decirle que el canal de Alejandria estaba aun muchas jornadas mas abajo. Parecíale que no habia de concluirse nunca aquella monótona vista de dos elevadas riberas de arcilla, con sus esclusas y azudes y sus vergeles de palmeras: era casi infinita aquella monótona série de barras arenosas y bancos de limo, idénticos todos, presentando todos á la vista la misma línea, al parecer, de maderos ó piedras, pero en realidad, como observaba Filemon al acercarse, de cocodrilos que tomaban el sol ó de pelicanos dormidos. Sus ojos, cansados con la estrechez de los límites á que podia estender la mirada, ansiaban deleitarse en la ilimitada estension del desierto, en los vagos perfiles de las re-

motas colinas que había contemplado en su niñez, apareciendo misteriosamente al salir el sol y disipándose del mismo modo misterioso al anochecer, colinas detrás de las cuales habitaba un mundo de maravillas, de sátiros, dragones, antropófagos, elefantes, y hasta del ave fénix. Cansado y melancólico, y no pudiendo fijar su atención por más tiempo en los objetos exteriores, comenzó á reflexionar sobre sí mismo, y entonces recordó las palabras de Arsenio: ¿era su vocación un llamamiento de Dios ó una tentación mundana? ¿Cómo resolver este problema? Deseaba ver el mundo: este era un deseo carnal.... ¿pero no deseaba también convertirlo? ¿No había salido del monasterio con esa noble intención.... ambicionando el trabajo, la santidad, el martirio mismo, si era necesario que viniese, para cortar el nudo gordiano y salvarle de todas las tentaciones? ¡Ah! el martirio le ahorraría la multitud inmensa de trabajos y dificultades porque tenía que pasar para salir triunfante de ese mundo en el cual aun no había entrado. Oprimiósele el corazón y suspiró, echando de menos la tranquilidad del amado monasterio y la vis-

ta de rostros familiares. Pero la suerte estaba echada y no le era dado retroceder.

Al volver un recodo del río se halló delante de una barca, pintada de brillantes colores, en la cual iban hombres armados, vestidos de trajes toscos y extranjeros, y que se ocupaban con bárbara gritería en dar caza á un hipopótamo que aparecía en el agua. En la proa, uno de ellos, de gigantesca estatura, blandía con la mano derecha un arpon, mientras con la izquierda tenía la cuerda de otro, cuya cabeza se hallaba fija en el sangriento costado del hipopótamo, que echando torrentes de espuma, se sumergía unas cuantas varas en el río. Un viejo y canoso guerrero puesto al timón, conservaba constantemente la proa del buque hácia el monstruo, á pesar de las continuas vueltas que daba, y cuando huía, veinte ó más remos azotaban el agua persiguiéndole. Todo era en la barca actividad y animación, y no es de extrañar que la curiosidad de Filemon le indujera á acercarse demasiado, antes de descubrir bajo un vistoso pabellón, en la popa, una docena de pares de ojos negros y

lánguidos, que se dirigian alternativa-  
mente á la caza y á su persona. Aque-  
llos ojos pertenecian á unas jóvenes de  
lucientes cabellos, adornadas de gargan-  
tillas de oro y de ligeros trajes, que  
charlaban entre sí y se sonreian. File-  
mon se sonrojó sin saber por qué, y por  
medio del remo trató de alejarse de allí;  
pero como sus esfuerzos para huir de  
la influencia de aquellos ojos brillantes  
distrajeran su atencion de todo lo de-  
mas, no observó que el hipopótamo le  
habia visto, y que furioso con el dolor  
de sus heridas se lanzaba directamente  
contra la inofensiva canoa. La cuerda  
del arpon se enredó entonces en el cuer-  
po de Filemon, y en un momento él y su  
barquilla zozobraron, mientras el móns-  
truo se acercaba con la boca abierta y  
enseñando sus grandes y blancos col-  
millos.

Por fortuna Filemon, que habia teni-  
do siempre por costumbre bañarse, na-  
daba como un barbo; jamas habia cono-  
cido el miedo, y la muerte habia sido  
para él, lo mismo que para los demas  
monges sus compañeros, un objeto de-  
masiado frecuente de contemplacion,  
para que llevase consigo ninguna idea

de terror, ni aun en el momento en que  
parecia que iba á comenzar á vivir.  
Ademas, el monge era hombre y joven,  
y no tenia intencion de morir sin defen-  
darse. Así, pues, en breve se desem-  
barazó de la cuerda, y dejándose ir de  
repente á fondo, evitó el ataque del  
mónstruo; despues, sacando el cuchillo  
corto, única arma que llevaba, le atacó  
por detrás á cuchilladas, que aunque  
no muy profundas, iban teniendo cada  
vez mas de sangre las aguas del rio.  
Los bárbaros lanzaron gritos de júbilo,  
y el hipopótamo, volviéndose furiosa-  
mente contra su nuevo agresor, deshi-  
zo en menudos fragmentos la canoa de  
una sola dentellada. Sin embargo, aque-  
lla vuelta le fué fatal, porque la barea  
de los guerreros le seguia de cerca, y  
al presentarse descubierto, el fuerte  
brazo del gigante le arrojó el dardo,  
que atravesándole el corazon, le dejó  
muerto flotando sobre las aguas.

¡Pobre Filemon! El fué el único que  
guardó silencio en medio de aquella  
confusion de gritos de triunfo. Comen-  
zó á nadar tristemente al rededor de los  
restos de su canoa... y halló que no  
se hallaban en estado de sostener una

mosca. Miró á la orilla distante, pensando dirigirse á ella; pero se detuvo temiendo los cocodrilos.... miró á la barca, y pensó en aquellos ojos de basilisco.... Podía librarse de los cocodrilos; pero, ¿cómo evitar el encuentro de las mugeres?.... Esta reflexion le hizo dirigirse resueltamente hácia la orilla, cuando observó que le impedían el paso con la barca, desde la cual uno de los bárbaros le arrojó una cuerda y le subió á bordo entre las risas, las exclamaciones, los gritos de la tripulación, que esperaba como cosa natural que se hubiese aprovechado de su auxilio, y que no podía comprender la causa de su repugnancia á aceptarlo.

Filemon contempló asombrado á sus extraños huéspedes, su blanca tez, sus cabezas y rostros redondos, sus pómulos salientes, sus colosales estaturas, sus atléticas formas, sus barbas rojas, sus cabellos dorados formando un fantástico nudo sobre la cabeza; sus feos trajes, medio romanos, medio egipcios, medio extranjeros, manchados y estropeados en los asaltos y en las batallas, y adornados sin gusto y sin arte, pero con clásicas joyas, broches y monedas

romanas ensartadas á modo de collares. Solo el piloto, que se habia adelantado á ver el hipopótamo y á ayudar á subirlo á bordo, parecia conservar el verdadero y sencillo traje de su raza, botines de piel de venado, coraza de cuero entretelada, capa de piel de oso, cuyo único adorno eran las uñas de la misma fiera, y una franja de penachos grises, que parecian cabelleras humanas. El idioma en que hablaban era completamente ininteligible para Filemon, aunque para nosotros no es necesario que lo sea.

—Este es un noble y valiente muchacho, amigo Wulf, hijo de Ovida, dijo el gigante al héroe de la capa de piel de oso, y entiende el arte de llevar pieles en este clima abrasador casi mejor que tú.

—Yo conservo el traje de mis antepasados, Amalrico el Amal. Lo que fué bueno para saquear á Roma, tambien lo será para entrar en Asgard.

El gigante, que tenia yelmo, coraza y borceguíes senatoriales, y una especie de traje romano entre militar y civil, y llevaba al cuello como una docena de cadenas de oro y los dedos llenos

todos de joyas, volvió la cara á otra parte con gesto impaciente.

—¡Asgard, Asgard! Si tanta prisa tienes por llegar á Asgard, pregunta á ese muchacho cuánto dista de aquí.

Wulf hizo lo que Almarico le mandaba y dirigió su pregunta á Filemon, el cual no pudo responderle sino moviendo la cabeza.

—Pregúntale en griego.

—El griego es lengua de esclavos, haz que le hable un esclavo, no yo.

—¡Hola! que venga una de esas muchachas: Pelagia, tú que entiendes la lengua de este mozo, pregúntale cuánto hay de aquí á Asgard.

—Háblame con mas cortesía, héroe salvaje, contestó una voz dulce que salía de debajo del pabellon. A la belleza se la trata con mimo y blandura, no con imperio.

—Ven, pues, gacela mia, palmera mia, mi flor de loto, mi . . . ¿qué fué la última tontería que me enseñaste? Ven y pregunta á este rústico mancebo cuánto está de aquí esa maldita conejera de Asgard, á la cual parece que no hemos de llegar nunca.

Levantose la cortina del pabellon, y

sentada en blandos y lujosos almohadones, abanicada con plumas de pavo real y resplandeciente de rubíes y topacios, apareció á los ojos atónitos de Filemon una muger como de veintidos años, formada por el tipo mas voluptuoso de la belleza griega, y cuya tez trasparente dejaba descubrir el ligero azul de las venas al través de su lustroso color moreno. Sus pequeños piés, desnudos al pisar los almohadones, parecian mas perfectos que los de la misma Afrodita, y mas suaves que el pecho de un cisne. Su túnica de gasa descubria los contornos de su busto y de sus brazos, y desde la cintura abajo estaba envuelta en una tela de seda de color de naranja, bordada de guirnaldas de conchas y rosas. Su pelo negro caía esparcido sobre la almohada en mil rizos, sujetos con oro y joyas; sus lánguidos ojos brillaban como diamantes debajo de unas pestañas negras, y sus labios, plegados por naturaleza ó por hábito, parecian siempre en actitud de besar. Levantó negligentemente su mano, abrió con lentitud sus labios, y en el lenguaje ático mas puro y melodioso, hizo á Filemon la pregunta que su gigantesco amante de-

seaba. Después, sin dar tiempo á que el jóven monge contestase, dijo:

—¿Asgard? ¿Qué es Asgard?

—La ciudad de los dioses inmortales, respondió el anciano guerrero en tono spero.

—La ciudad de Dios está en el cielo, dijo Filemon á su intérprete, procurando evitar aquellas miradas brillantes y escudriñadoras.

Su respuesta fué acogida con una carcajada general por todos, menos por el gefe, que se contentó con encogerse de hombros.

—Tanto cuesta, creo yo, subir al cielo, como subir por el Nilo; y la misma probabilidad tenemos de llegar á él volando que navegando río arriba. Pregúntale, Pelagia, en dónde nace este río.

Pelagia obedeció... y aquí siguió una narración confusa de todas las imposibles maravillas de aquella tierra encantada que habia aprendido Filemon en su juventud y de las tradiciones igualmente quiméricas que los godos habian recogido en Alejandria. Segun ellas, el Nilo subia hasta el Cáucaso. ¿Dónde estaba el Cáucaso? Filemon no lo sabia.... En el Paraiso, en la India Etiópica....

en la Etiopia índica. ¿Dónde estaban ellos? Tampoco lo sabia Filemon ni nadie. El río corria por espacio de ciento cincuenta jornadas, atravesando desiertos habitados tan solo por serpientes voladoras y sátiros, y en que el calor abrasaba hasta las melenas de los leones....

—Buena caza habrá allí, aunque no haya mas, entre esos dragones, dijo Smid, hijo de Troll, maestro armero de la partida.

—Tan buena como la de Thor cuando cogió á la serpiente Midgard con la cabeza de toro, dijo Wulf.

—Después el río volvía hácia el Oriente por espacio de cien días mas de camino, rodeando la Arabia y la India y atravesando selvas llenas de elefantes y de mugeres con cabeza de perro....

—¡Tanto mejor, Smid! gritó Wulf regocijado.

—Allí estará barata la carne fresca, príncipe Wulf, ¿eh? dijo Smid. Debo prevenir saetas.

—Hasta llegar á las montañas de los Hiperbóreos, donde reinaba una eterna noche y el aire estaba lleno de plumas.... Uno de los tres brazos del río nacia allí.

Otro venia del Océano Austral, mas allá de las montañas de la Luna, donde nadie habia estado, y el tercero del país donde vivía el fénix, país cuya situacion era desconocida de todo el mundo. Además, el rio tenia cataratas é inundaciones, y mas allá de las cataratas no habia sino montes de arena llenos de diablos de un extremo á otro. En cuanto á la ciudad de Asgard, nadie habia oido hablar de ella.

Conforme iba hablando Filemon, y Pelagia interpretando bien ó mal lo que decia, se iban poniendo mas serios los rostros de los bárbaros, hasta que al fin el gigante mordiéndose la mano y dando una palmada en la rodilla, juró que no daría un paso mas rio arriba en busca de Asgard.

—No hagas caso del fraile, gritó Wulf. ¿Qué sabe ese pobre bestia de cosas como esas?

—¿Por qué no ha de saber un monge tanto como un gobernador romano? dijo Smid.

—¡Oh, los monges lo saben todo! exclamó Pelagia. Ellos suben el rio por espacio de cientos y miles de millas, y atraviesan desiertos pasando por entre

diablos y miónstruos, que devorarían á cualesquiera otros.

—¡Oh, santos varones! dijeron á una voz las demas jóvenes: todas esas maravillas las hacen con solo la señal de la cruz. Y se santiguaron; y aun se hubieran arrodillado delante de Filemon para pedirle su bendicion, si el miedo á los godos, sus amantes, no se lo hubiera impedido.

—Dices bien, Smid, dijo Amalrico: ¿por qué no ha de saber este monge tanto como el prefecto? Yo creo que el prefecto se burló de nosotros cuando dijo que Asgard no distaba sino diez jornadas.

—¿Por qué razon? preguntó Wulf.

—Yo nunca doy razones. ¿De qué serviría ser Amal é hijo de Odín, si tuviese uno que andar dando razones á cada paso como un miserable leguleyo romano? El gobernador tiene cara de embustero, y este monge por el contrario, por su traza parece un muchacho honrado, y prefiero creerle mejor que al otro. Por consiguiente, no hay mas que hablar.

—No me mires con esos ojos, principé Wulf: no es culpa mia; yo no he he-

cho mas que repetir lo que decia el monge, dijo Pelagia en voz baja.

—¿Quién te mira con malos ojos, mi reina? gritó enfurecido el Amal. Dímelo, y por el martillo de Thor juro....

—¿Quién habla contigo, estúpido amante mio? dijo Pelagia, que temia á cada paso una tormenta. Nadie aquí me mira mal: solo yo me enfado contigo porque no oyes bien y te metes en todo. Mira, si no eres bueno, me escaparé con el principe Wulf. ¿No ves que toda tu gente está esperando que le pronuncies un discurso?

El Amal se levantó y dijo:

—Wulf, hijo de Ovida, y vosotros, guerreros todos, oid: Si necesitamos riquezas, no las encontraremos entre montañas de arena; si queremos mugeres, no las hallaremos mas hermosas que estas entre dragones y diablos. No arrugues el ceño, Wulf: ¿por ventura querás casarte con alguna de esas muchachas de cabeza de perro, de que nos ha hablado el monge? Además, tenemos dinero y mugeres, y si deseamos divertirnos en la caza, mas vale cazar hombres que cazar fieras. Por tanto, lo mejor es

volver donde encontremos hombres que cazar, ya que por el camino que llevamos no hemos de encontrarlos. En cuanto á la fama y demas, aun cuando tenemos ya bastante, todavía hay mucha que adquirir en cualquiera de las costas del Mediterráneo. Podemos quemar y saquear á Alejandria. Cuarenta de nosotros bastan para matar á todos sus defensores en dos dias, y despues ahorcaremos á ese embustero de prefecto, que nos ha hecho venir hasta aquí con sus mentiras. No me repliques, Wulf: yo sabia que nos engañaba, pero como tú escuchabas con tanta boca abierta lo que decia, tuve que dejarme guiar por el paracer de los mas ancianos. Volvamos: enviaremos por alguna de las tribus; enviaremos á España por los vándalos, que ya están cansados de ese maldito Ataulfo: yo les llamaré; formaré con ellos un ejército y tomaré á Constantinopla. Entonces yo seré Augusto y Pelagia Augusta, y tú y Smid seréis los dos Césares, y haremos á este monge gefe del palacio, ¿eh? En fin, haré lo que querais como no sea dar un paso mas por este maldito canal de agua caliente. Amigos mios, preguntad á vues-

tras mugeres; yo preguntaré á la mía: las mugeres son todas profetisas.

—Cuando son honradas, murmuró Wulf entre dientes.

—Yo iré hasta el fin del mundo contigo, rey mio, dijo Pelagia suspirando; pero ciertamente me agrada mas Alejandria que esto.

El anciano Wulf se puso en pié con ademan feroz, y dijo:

—Amalrico el Amal, hijo de Odin, y vosotros, héroes todos, oid. Cuando mis padres juraron fidelidad á Odin y dieron el reino á los sagrados Amales, hijos de Æsir, ¿cuál fue su vínculo de union con vuestros padres? ¿No fué que caminariamos siempre al Mediodía hasta llegar á Asgard, la ciudad donde mora Odin eternamente, y entregar en sus manos el cetro de toda la tierra? ¿No hemos guardado nuestro juramento? ¿No hemos seguido á los Amales? ¿No dejamos á Ataulfo, que no queria continuar mas al Sur, por cumplir nuestra palabra, mientras ha habido un Amal que nos guiasa? ¿No te hemos sido fieles, hijo de Æsir?

—Nadie ha visto á Wulf, hijo de Ovida, faltar jamas á amigo ni á enemigo.

—Entonces, ¿por qué su amigo le falta á él? Si el toro se echa á descansar, ¿qué hará el resto del ganado? Si el lobo pierde la pista, ¿cómo la ha de conservar la manada de lobeznos? Si el Ingling olvida el canto de Asgard, ¿quién le cantará á los héroes?

—Cántalo tú, si te parece. Pelagia canta bastante bien para mí.

Aprovechó astutamente la ocasion Pelagia, y comenzó á cantar con acento suave, blando y voluptuoso:

Deja los remos por vida mia,  
A Alejandria volvamos ya.  
Entrega el barco á la corriente,  
Que blandamente nos llevará.  
La vida es corta, el tiempo vuela;  
Suelta la vela; descansarás  
En el regazo de quien te adora  
Y hasta la aurora te dormirás.

—¿Qué puedes contestar á eso, Wulf? esclamaron una docena de voces.

—Oid el canto de Asgard, guerreros de los godos, ese canto que tanto agradaba al rey Alarico. Yo le canté en su presencia en el palacio de los Césares, hasta que juró, no obstante ser cristiano

como era, caminar siempre al Mediodía en busca de la ciudad santa. Y cuando se fué al Walhalla (1), y los buques naufragaron en Sicilia; y cuando Ataulfo volvió las espaldas como un perro cansado y se casó con la hija de los romanos aborrecida de Odin y se dirigió de nuevo al Norte hácia la Galia, os canté todo aquel canto en Mesina hasta que jurásteis seguir al Amal por entre el fuego y el agua en busca de la morada de Odin, donde recibiremos la copa de sus manos. Oid, pues, guerreros godos.

—No quiero oír, gritó furiosamente el Amal tapándose los oídos con ambas manos. ¡Quiéres escitarnos otra vez á derramar sangre, precisamente cuando estamos mas tranquilos y cuando empezamos á conocer que la vida se ha hecho para otra cosa?

—Oid el canto de Asgard. — ¡Adelante! ¡á Asgard, á Asgard, hijos de los godos! gritaron otros: y en breves momentos el barco fué una babel de voces.

—¿No llevamos ya siete años de marchas y combates? decia uno.

(1) Al cielo de Olin.

—¿No hemos bebido, decia otro, diez veces mas sangre que la que se necesita para satisfacer á Odin? Si nos necesita, que venga él mismo y sea nuestro capitán.

—El príncipe Wulf es como su nombre (1), nunca se cansa; pero si él tiene piernas de lobo, esa no es razon para exigir que nosotros las tengamos tambien.

—¿No has oido lo que dice el monge? Que no podremos pasar de las Cataratas.

—Yo concluiré primero con él y con sus cuentos de vieja, y despues me entenderé con vosotros.

Y levantándose del travesaño en que estaba sentado, tomó con una mano un cuchillo y asió con la otra el cuello de Filemon. . . . Un momento mas, y todo habia concluido para el pobre monge.

Por la primera vez en su vida Filemon sintió en su cuerpo la mano de un enemigo, y una nueva sensacion corrió por todos sus nervios al sostener el ataque del anciano guerrero, cogiéndole con la mano izquierda de la muñeca

(1) Wulf significa lobo. (N. del T.)

que tenia levantada asiéndole con la otra del cinturón, y comenzando con él sin propósito determinado una lucha terrible, que por mas extraño que parezca, fué un espectáculo divertido para los circunstantes.

Las mugeres gritaban suplicando á sus compañeros que separasen á los combatientes, pero en vano.

—¡Dejadlos, dejadlos! ¡Buen combate! ¡magnífico! Encoge esas piernas, Yto; ¡no ves que van á caer sobre tí? Eso es justo, príncipe, no hay que usar del cuchillo: no tardará uno en caer. ¡Voto á todas las Walkirias, los dos han caído, y el príncipe debajo del otro!

Así era en efecto; y en un momento Filemon podria haber arrancado el cuchillo de la mano de su enemigo. Pero con grande asombro de los espectadores, hizo un poderoso esfuerzo para desprenderse de él, le soltó y se retiró tranquilamente á su asiento, asustado en su conciencia de la horrible sed de sangre que se habia apoderado de él al ver al anciano guerrero bajo su poder.

La admiracion impuso por un momento silencio á todos; tenian por cosa corriente que Filemon hubiera usado de

su derecho matando á su enemigo y arrancándole la cabellera, acontecimiento que habrian deplorado profundamente, pero que como hombres de honor no habrian tratado de evitar, contentándose con desollar vivo al vencedor, ó practicar con él alguna otra delicada ceremonia de esta especie, que pudiera servir para mitigar su pena y consolar el alma del difunto.

Wulf se levantó con el cuchillo en la mano y miró alrededor, tal vez para inquirir lo que de él se esperaba. Levantó luego su arma para herir á Filemon, el cual sin moverse de su asiento no hizo mas que mirarle tranquilamente á la cara.... Entonces el anciano guerrero, fijando la vista en la orilla del río, observó que el barco seguia con rapidez la corriente; y cuando se convenció de que indudablemente en vez de subir navegaban río abajo, tiró el cuchillo y se sentó resueltamente en su sitio, asombrando á los espectadores casi tanto como los habia asombrado Filemon.

—¡Cinco minutos de buen combate, y ninguno ha muerto! ¡qué vergüenza! exclamó Smid. Queremos ver correr la sangre, y vale mas que sea la tuya que

la de aquellos que son mejores que tú. Diciendo esto el armero de la compañía, se lanzó sobre el pobre Filemon.

El armero había manifestado los deseos de toda la tripulación del barco. La lucha había despertado sus instintos sanguinarios; querían sangre; y levantándose todos, no con la furia del celta ó del egipcio, sino con la fría y alegre crueldad del teuton, se apoderaron de Filemon con el objeto de desollarle, ó por lo menos de empalarle.

Filemon se sometió tranquilamente á su suerte, si sumisión puede llamarse aquel estado de absoluto asombro en que la novedad del caso le tenia. Su repentina salida del monasterio; el nuevo mundo de ideas y de acción en que había entrado; los nuevos compañeros con quienes se hallaba le tenían como estupefacto. El, que había prometido no mirar á las mugeres, se encontraba por efecto de circunstancias invencibles, en un barco lleno de las peores que podía haber hallado; y habiéndole así acaecido lo peor que en su concepto le podía acontecer, todo lo demás que pudiera sobrevenirle necesariamente había de mejorarle su situación. Por lo demás,

había salido para ver mundo y le estaba viendo; era preciso conformarse y recoger el fruto de sus deseos.

Y ciertamente le hubiera recogido antes de cinco minutos en una forma demasiado terrible, si Pelagia no hubiera gritado llena de compasión:

—Amalrico, Amalrico, no les dejes que le maten! ¡No puedo sufrir tal espectáculo!

—Los guerreros son hombres libres, querida mía, y yo no puedo intervenir en esto. ¿Pero qué te importa la vida de ese animal?

Antes que nadie pudiera detenerla, Pelagia se había levantado de sus almohadones y lanzado en medio de aquel círculo de fieras, gritando:

—¡Dejadle, dejadle, por amor mio!

—Hermosa jóven, no interrumpas la diversion de los guerreros.

En un instante Pelagia se quitó su manto y le arrojó sobre Filemon, quedando solo cubierta de la ligera túnica de gasa y esclamando:

—Veremos quién se atreve á herirle debajo de ese manto, aunque está teñido de azafran.

Los godos retrocedieron. Tenian á

Pelagia tan poco respeto como el resto de la sociedad; pero en aquel momento no era para ellos la Mesalina de Alejandria, era una muger; y fieles á su antiguo é instintivo respeto á las mugeres, se detuvieron, contemplaron sus ojos brillantes, en que estaban pintados el terror femeníl, la noble indignacion, la piedad, y se retiraron murmurando.

Sin embargo, todavía no estaba asegurada su victoria, cuando Pelagia sintió que una mano pesada se apoyaba en su hombro, y volviéndose vió á Wulf, hijo de Ovida.

—Retúrate, hermosa, dijo Wulf. Guerreros, reclamo á ese jóven, es mi prisionero. Podria haberle dado muerte si hubiera querido. No lo hice, y nadie le matará.

—Dánosle, príncipe Wulf: no hemos visto sangre hace muchos dias.

—Habrais visto rios de ella si hubierais tenido corazon para seguir adelante. Ese valiente muchacho es mio; me ha derribado en buena lucha y me ha perdonado la vida; quiero enseñarle á ser guerrero.

Y levantó del suelo al monge, que estaba tendido en él.

—Eres mi prisionero, le dijo. ¿Te gustan los combates?

—Filemon, no comprendiendo el idioma en que le hablaban, no pudo hacer mas que mover la cabeza.

—Dice que no, dice que no! ¡Es un cobarde; dánosle!

—Ya habia yo muerto reyes cuando vosotros no matábais todavía sino ranas. Oídme, hijos míos. El cobarde lucha con furor al principio y afloja al momento, porque su sangre tan pronto como se enciende se enfria. Pero el valiente cada vez se enardece mas, porque el espíritu de Odin descende sobre él. Yo he visto el modo de combatir de este muchacho, y os digo que con mis lecciones será todo un hombre.

Y Wulf llevó á Filemon á su asiento.

—Podemos tambien hacer que nos sirva, dijo Smid.

—Bien, contestó su nuevo protector: puede remar por nosotros, como nosotros hemos remado por él; y si hemos de volver para bajar al pozo de Hela despues de una muerte sin gloria, cuanto mas de prisa vayamos, mejor.

Y poniéndose á remar todos, dieron un remo tambien á Filemon, y le mane-

jó con tanta fuerza y desireza, que los que acababan de mostrarse sus enemigos, le felicitaron cordialmente por aquellas estimables cualidades.

CAPITULO IV.

MIRIAM.

Pocos dias despues de los sucesos referidos en el capítulo anterior, la esclava favorita de Hipatia entró en su cuarto una mañana con rostro alterado.

—Señora, la vieja judía, esa á quien tantas veces hemos visto mirando á tus ventanas desde la acera de enfrente, esa que nos asustó á todas el otro dia atreviéndose á entrar, porque seguramente es una hechicera terrible. . . .

—Bien. ¿qué?

—Está abajo y quiere hablar contigo. Yo no tengo cuidado, porque llevo un amuleto. ¿Le tienes tú tambien?

—¡Necia! Los que como yo están iniciados en los misterios de los dioses pueden desafiar á los malos espíritus y darles órdenes. ¿Crees que la favorita

de Palas Atene podrá temer los encantos ni la magia? Dile que suba.

La esclava se retiró considerando las altas pretensiones de su ama con un sentimiento de respeto mezclado de incredulidad, y volvió con la vieja Miriam, conservándose prudentemente detrás de ella, y procurando evitar aquella mirada de basilisco para no esponer á una prueba demasiado fuerte el poder del amuleto que llevaba consigo.

Miriam entró, y adelantándose hácia la orgullosa belleza, que permanecía sentada, se inclinó profundamente delante de ella, aunque sin apartar la vista de su semblante.

El rostro de la vieja era duro y arrugado, su boca ancha, sus labios delgados; pero lo que mas llamó la atención de Hipatia fueron los ojos negros como el carbon, que brillaban bajo las cejas grises de su semblante moreno entre dos rizos negros, que le caian de la frente entrelazados con monedas de oro. Hipatia no podia separar su vista de aquellos ojos; se puso encendida y empezó á sentir los impulsos de una cólera nada filosófica al ver que la vieja la miraba con instancia, como si supiera,

jó con tanta fuerza y desireza, que los que acababan de mostrarse sus enemigos, le felicitaron cordialmente por aquellas estimables cualidades.

CAPITULO IV.

MIRIAM.

Pocos dias despues de los sucesos referidos en el capítulo anterior, la esclava favorita de Hipatia entró en su cuarto una mañana con rostro alterado.

—Señora, la vieja judía, esa á quien tantas veces hemos visto mirando á tus ventanas desde la acera de enfrente, esa que nos asustó á todas el otro dia atreviéndose á entrar, porque seguramente es una hechicera terrible. . . .

—Bien. ¿qué?

—Está abajo y quiere hablar contigo. Yo no tengo cuidado, porque llevo un amuleto. ¿Le tienes tú tambien?

—¡Necia! Los que como yo están iniciados en los misterios de los dioses pueden desafiar á los malos espíritus y darles órdenes. ¿Crees que la favorita

de Palas Atene podrá temer los encantos ni la magia? Dile que suba.

La esclava se retiró considerando las altas pretensiones de su ama con un sentimiento de respeto mezclado de incredulidad, y volvió con la vieja Miriam, conservándose prudentemente detrás de ella, y procurando evitar aquella mirada de basilisco para no esponer á una prueba demasiado fuerte el poder del amuleto que llevaba consigo.

Miriam entró, y adelantándose hácia la orgullosa belleza, que permanecía sentada, se inclinó profundamente delante de ella, aunque sin apartar la vista de su semblante.

El rostro de la vieja era duro y arrugado, su boca ancha, sus labios delgados; pero lo que mas llamó la atención de Hipatia fueron los ojos negros como el carbon, que brillaban bajo las cejas grises de su semblante moreno entre dos rizos negros, que le caian de la frente entrelazados con monedas de oro. Hipatia no podia separar su vista de aquellos ojos; se puso encendida y empezó á sentir los impulsos de una cólera nada filosófica al ver que la vieja la miraba con instancia, como si supiera,

y quisiese emplear en ella la influencia que ejercian sus miradas.

Despues de un momento de silencio, Miriam sacó una carta del pecho y la presentó á Hipatia, haciendo otra profunda reverencia.

—¿De quién es esto?

—Tal vez la carta misma se lo dirá á la hermosa, á la afortunada, á la discreta señora, respondió la vieja en tono adulator y meloso. ¿Qué ha de saber la pobre judía de los secretos de los grandes personajes?

—¿De los grandes personajes?

Hipatia miró el sello que fijaba el cordon de seda de que iba rodeada la carta. Era de Orestes, y estaba escrita de su puño. . . . ¿Por qué habia elegido tan extraño mensajero? ¿Qué mensaje podia ser aquel que exigia semejante secreto?

Dió un par de palmadas, llamando á la esclava, y dijo:

—Que espere esa muger en la antecala.

Miriam salió de espaldas haciendo cortesías. Hipatia, al levantar la vista de la carta para ver si estaba sola, observó los ojos de Miriam fijos en ella y

cierta espresion en su rostro, que sin saber por qué, la hizo temblar.

—¿Qué necia soy! dijo: ¿qué me importa á mí de esa vieja hechicera? Pero veamos la carta.

“A la mas noble y mas hermosa maestra de filosofia, amada de Atene, su pupilo y esclavo, salud. . . .”

—¿Mi esclavo, y no dice su nombre!

“Hay quien cree que la gallina favorita de Honorio, que lleva el nombre de Ciudad-Imperial, medtará mas entregada al cuidado de un nuevo dueño; y el conde de Africa ha sido espedido por comision de sí mismo y de los dioses inmortales para dirigir por ahora el gallinero de los Césares, á lo menos durante la ausencia de Aaulfo y Placidia. Hay tambien quien considera que en esta ausencia el leon de Numidia podria venir á formar yunta con el cocodrilo de Egipto, para labrar entre los dos una hacienda que pueda estenderse desde las Cataratas hasta las columnas de Hércules, y que no dejaria de presentar atractivos aun para un ánimo filosófico. Pero la Arcadia es imperfecta si al labrador no le acompaña una ninfa. ¿Qué hubieran sido Dionisio sin

Ariadna, Ares sin Afrodita, Zeus sin Hero? Artemis tuvo su Endimion; solamente Atene se quedó soltera, y eso porque Efesto fué un amante demasiado brusco. No es así el que ahora ofrece á la representante de Atene la oportunidad de participar de un puesto, que ha de ganarse, porque de otro modo sería imposible, con el auxilio de su sabiduría. *Fonanta synetoisin.* Eros, invencible por siglos y siglos, ¿podrá ahora errar el tiro cuando tiene al alcance de sus flechas la caza mas noble del mundo?....”

El rostro de Hipatia, que se habia puesto pálido al recibir la última mirada de la judía, se coloreó de nuevo rápidamente conforme iba leyendo las líneas de esta singular epístola; hasta que al fin estrujándola entre las manos se levantó y corrió á la librería inmediata, donde estaba Teon meditando sobre sus libros.

—Padre, ¿me podrás decir qué significa esto? Mira la carta que Orestes se ha atrevido á enviarme por mano de una vieja judía.

Y desarrugando la carta delante de él, esperó en actitud orgullosa é impa-

ciente á que el anciano se enterase de su contenido.

Teon la leyó con cuidado y despues levantó la vista al parecer no muy descontento de lo que habia leído.

—¿Qué dices, padre? preguntó Hipatia casi en tono de reconvencion. ¿No te indigna el insulto que se hace á tu hija?

—Querida mia, contestó el padre, sin duda no has reparado que aquí te ofrece....

—Ya sé lo que me ofrece, padre: el imperio de Africa.... Me propone que descienda de las alturas de la ciencia, de la contemplacion de las glorias inmutables é inefables á los campos inmundos de la vida práctica y terrena, para mezclarme en intrigas políticas y tomar parte en las miserables ambiciones, delitos y falsedades del género humano.... Y el premio que me ofrece por todo esto, á mi, la inmaculada, á mi, Hipatia, es.... su mano. ¡Oh, Palas Atene! ¿no te sonrojas ante esta injuria hecha á tu hija?

—Pero, hija mia, un imperio....

—Por ventura, ¿el imperio del mun-

do podria devolverme, una vez perdido, el respeto de mí misma, mi justo orgullo? ¡Evitaria que mis megillas se cubriesen de rubor cada vez que recordara que habia llegado á ser propiedad y juguete de un hombre, para someterme á su gusto, criar sus hijos y ocuparme en los nauseabundos quehaceres domésticos? No podria ya gloriarme de mi misma pureza é independencia, toda entregada como estaria á un hombre, ¡y qué hombre! frívolo, disipado, sin corazon, que solo cultiva mi sociedad para recoger y aprovechar para fines mezquinos las migajas que caen del banquete de los dioses.... ¡Necia de mí, que he fomentado sus pretensiones!... Pero no, no tuve yo la culpa.... Creia que viéndole á nuestra puerta, la causa de los dioses inmortales ganaria mucho en honor y fortaleza á los ojos de la multitud.... He tratado de presentar en los altares del cielo ofrendas impuras.... y esta es mi recompensa. Voy á escribirle ahora mismo con su digna mensajera y á devolverle insulto por insulto.

—En nombre del cielo, hija mia, por amor de tu padre, Hipatia, mi orgullo,

mi alegría, mi única esperanza, ten compasion de mis canas!

Y el pobre viejo se arrojó á los piés de su hija y abrazó sus rodillas en actitud suplicante.

Hipatia le levantó afectuosamente, y echándole los brazos al cuello, le estrechó contra su corazon y vertió abundantes lágrimas sobre sus blancos cabellos; pero no dijo una palabra que indicase que habia cambiado de resolucion.

—Piensa en mi gloria, en tu gloria: piensa en mí.... no, en mí no; yo no me cuido de mí, añadió el anciano llorando tambien.... ¡Pero morir viéndote emperatriz!....

—Aun podria ser que antes de coronarme muriese de parto, como mueren muchas mugeres que no tienen fuerza para someterse á tormentos, propios tan solo de esclavos.

—Pero.... pero, dijo Teon poniendo en prensa su cerebro, á fin de buscar un argumento bastante opuesto á la naturaleza y al sentido comun para producir efecto en aquella hermosa fanática.... pero, ¿y la causa de los dioses? ¡Qué no podrias hacer por ella!... ¡Acuérdate de Juliano!

Hipatia dejó caer los brazos como abatida; y el pensamiento que iniciaba su padre brilló en su mente produciendo en su corazón una mezcla de deleite y de terror.... Recordó los tiempos de su rosada juventud, los templos.... los sacrificios, los colegios de sacerdotes.... los museos. ¿Qué no podía hacer? ¿qué transformación no podría verificar en Africa? Diez años de poder, y al cabo de ellos el aborrecido nombre cristiano quedaría olvidado, y la estatua colosal de Atene Polias, hecha de oro y marfil, ostentaría su triunfo sobre el puerto de una Alejandria pagana.... ¿Pero á qué precio debía conseguirse este objeto!

Hipatia se cubrió el rostro con las manos, y vertiendo amargas lágrimas se retiró á su cuarto, combatido su ánimo por encontrados afectos.

Su padre la miró ansioso y perplejo, y despues de un momento de duda la siguió. Estaba sentada junto á la mesa y tenia el rostro cubierto con las manos. Teon no se atrevió á distraerla; además del afecto que la tenia, además de la superior instruccion, de la gloriosa belleza de su hija, que formaban el encanto de su ancianidad, la creia dotada de

aquel poder sobrenatural y distinguida por los dioses con aquel favor á que él tan atrevidamente aspiraba. Se contentó, pues, con mirarla desde el umbral de la puerta, rogando en su corazón á todos los dioses y espíritus, y especialmente al genio protector de su hija, que la persuadiesen á adoptar una determinacion que él no podía aprobar, pero que tenia la debilidad de desear.

Al fin la lucha interior que sostenia Hipatia cesó, y la hija de Teon levantó de nuevo la cabeza, serena, bella y tranquila.

— Lo haré. Por amor de los dioses inmortales, por amor de las artes, de las ciencias, de la filosofía.... lo haré.... Si los dioses necesitan una víctima, aquí estoy dispuesta al sacrificio. Si por segunda vez en la historia de los siglos las naves griegas no pueden darse á la vela para su misión de civilización y conquista sin el sacrificio de una virgen, yo entregaré mi cuello al cuchillo. Padre, no me llames ya Hipatia: llámame Ifigenia.

— Entonces yo seré Agamemnon, dijo el anciano reanimado y tratando de

disipar con un chiste la tristeza de su hija. Sin duda me crees un padre muy cruel, pero....

—Por favor, padre, ten compasion de mí, como yo la he tenido de tí.

Y empezó á escribir su respuesta.

—He aceptado, dijo, su oferta condicionalmente.... Veremos si tiene valor ó no para cumplir esa condicion. No me preguntes cuál es: mientras Cirilo mande en la plebe de Alejandría, siempre será mas seguro para tí, padre mio, que puedas negar que sabes mi respuesta. Te diré solo para tu satisfaccion, que si él obra como tú quisieras que obrase, yo seguiré tambien tus deseos.

—¿Has sido demasiado severa? ¿Le has exigido algo que por consideracion á la opinion pública no pueda otorgar abiertamente, pero que pueda concederte á tí luego que....

—Precisamente. Si yo he de ser víctima, el sacrificador ha de ser por lo menos un hombre, no un cobarde y un esclavo de las circunstancias. Si cree en la fé cristiana, que la defienda contra mí, porque ella ó yo pereceremos. Pero si, como todo lo indica, no cree

en ella, que la abandone y se abstenga de proferir contra los dioses inmortales esas blasfemias que repugnan tanto á su inteligencia como á su corazon.

Hipatia llamó con una palmada á su doncella y le entregó en silencio la carta que habia escrito para Orestes. Despues cerró la puerta de su cuarto y trató de continuar sus comentarios sobre Plotino. Pero, ¡ah! ¿Qué eran para ella los brillantes sueños de la metafisica en aquella lucha práctica del corazon? ¿De qué le aprovechaba definir los procedimientos por medio de los cuales las almas de los individuos emanaban del alma universal, cuando su alma, sola y bajo su responsabilidad propia, tenia que decidir sobre un acto tan terrible de la voluntad? ¿De qué le servia escribir elegantes frases sobre la inmutabilidad de la suprema Razon, cuando la suya propia estaba sola luchando por su existencia en medio de un piélago ilimitado de dudas y oseuridad? ¿Cuán grande, claro y lógico le habia parecido todo media hora antes, y cuán irrisistiblemente habia ido deduciendo silogismo tras silogismo la no existencia del mal, no siendo este sino una forma

inferior del bien, uno de los innumerables productos de la gran mente que todo lo penetra, que no puede errar ni cambiar, pero que estraña y recóndita en sus operaciones, excita antipatía en todos los ánimos, menos en el del filósofo, que ha aprendido á conocer el vínculo que une el fruto amargo con la raíz perfecta de que ha nacido! ¿Podía ella ver á la sazón ese vínculo? ¿Podía ver la conexion entre la pura y suprema Razon y las horribles caricias del corrompido y cobarde Orestes? ¿No era aquel mal tambien puro sin ninguna mezcla de bien futuro ni presente?

Cierto que podría conservar su alma inmaculada en medio de todo; cierto que podría sacrificar la materia y ennoblecere el espíritu por este sacrificio.... Pero esto mismo, ¿no aumentaria su horror, su agonía, su mal? A lo menos para ella aquel era un mal, un verdadero mal. ¿Y los dioses lo exigian? ¿Eran justos en esto? ¿O acaso les era exigido á ellos por algun poder mas alto de que no eran sino emanaciones é instrumentos? Y ese poder mas alto, ¿no podría ser dominado por otro aun mas sublime, por algun inefable y absoluto ser

de que los cielos, la tierra, las criaturas eran victimas arrastradas en inevitable torbellino hacia el fin para el cual cada cosa hubiera sido creada? ¡Ah, y ella, Hipatia, habia sido creada para tal humillacion! Este pensamiento era intolerable. ¡No; no cumpliria tal destino; se rebelaria; como Prometeo, desafiaria á la suerte y lucharía!....

Con esta idea se levantó para evitar que llegase la carta á manos de Orestes.... Pero Miriam habia ya marchado con ella.

Hipatia se arrojó en el suelo y lloró amargamente.

Su agitacion, á la verdad, no se habria calmado si hubiera visto á la vieja Miriam entrar con su carta en una pobre casa del barrio de los judíos, abrirla, leerla y volverla á cerrar con maravillosa habilidad. Ni tampoco habria recibido gran consuelo si hubiera oido la conversacion que en una habitacion de verano del palacio de Orestes tenian en aquel momento este ilustre hombre de Estado y Rafael Aben-Ezra, que sentados en dos divanes uno enfrente de otro, esperaban su respuesta y mataban el tiempo jugando á los dados. ®

—¡Otra vez treses! Tienes el diablo en el cuerpo, Rafael.

—Así lo creo, contestó Rafael recogiendo las monedas de oro que había ganado.

—¿Cuándo vendrá esa bruja?

—Cuando haya leído tu carta y la contestación de Hipatia.

—¿Leído?

—Se supone. No la creas tan necia que vaya a llevar una carta sin saber lo que dice. Pero no te enfades; no dirá nada. Al contrario, creo que daría uno de aquellos carbones encendidos, que ella llama sus ojos, porque ese asunto prosperase.

—¿Por qué?

—Ya lo sabrá tu excelencia cuando venga la carta. Aquí está; oigo pasos en el corredor. Ahora, vamos otro lance antes que vengan. Apuesto dos contra uno a que exige que te hagas pagano.

—¿Qué jugamos? ¿Los negrillos?

—Lo que quieras.

—Ganados. Entrad, esclavos.

Hipocorisma entró con aire de disgusto.

—Esa furia judía está a la puerta con una carta, y ha tenido la desvergüenza

de decirme que no quiere que la entregue yo.

—Entonces que venga ella. ¡Vivo!

—¿Qué hago yo aquí entonces, si mi amo tiene secretos que yo no debo saber? dijo el muchacho.

—¿Quieres que te ponga una banda azul sobre esas blancas espaldas? gritó Orestes. Pues si quieres, a la mano tengo el látigo de hipopótamo.

—Pongámosle de rodillas aquí por un par de horas y que sus suaves espaldas nos sirvan de mesa para jugar a los dados, dijo Rafael. Esta era la costumbre que tú observabas con las jóvenes de Armenia.

—¡Ah! ¿Te acuerdas? ¡Y cómo gruñían por eso aquellos bárbaros papas! Hasta que al fin me ví precisado a crucificar un par de ellos, ¿eh? Aquello sí que era vivir. A mí me gustan esos países apartados del centro, donde nadie le pregunta a uno lo que hace, pero aquí... ¡Ah! Ya viene Canidia...

—¿Y la respuesta? Dámela, reina de las mensajeras.

Orestes la leyó y mudó de semblante.

—¿He acertado? preguntó Rafael.

—Fuera de aquí, esclavos, gritó

Orestes, y cuidado con escuchar á la puerta!

—¿Conque he ganado? volvió á preguntar Rafael.

Orestes le alargó la carta, y el judío leyó:

“Los dioses inmortales no aceptan devotos á medias; y el que quiera tener derecho á los consejos de su profétisa, debe saber que no la inspirarán mientras no se les devuelvan sus perdidos honores. Si el que aspira á ser dueño del Africa se atreve á pisotear la odiada cruz, y restituir el cesáreo á los nùmenes en cuyo obsequio fué edificado; si se atreve á proclamar con la palabra y con los hechos ese desprecio que su buen gusto y su razon le han inspirado hácia nuevas y bárbaras supersticiones, demostrará que es persona con quien puede tenerse á gloria el trabajar y el morir en favor de una gran causa. Pero hasta entonces....”

No decia mas la carta.

—¿Qué debo hacer? preguntó Orestes.

—Cogerle la palabra, dijo Rafael.

—¡Justo cielo! Seria escomulgado. Y... ¿y qué seria de mi alma?

—¿Y qué será en todo caso, escelente amigo? añadió Rafael con voz suave.

—Ya sé que vosotros los judíos pensais que nadie sino vosotros se salvará. ¿Pero qué diria el mundo? ¡Yo apóstata! No me atrevo, te digo que no me atrevo.

—Nadie te pide que apostates.

—¿Cómo no?

—Lo que te piden es que prometas apostatar. No será la primera vez que despues del matrimonio han dejado de cumplirse promesas hechas antes de contraerlo.

—No me atrevo, es decir, no quiero prometer. Ahora creo que esta será alguna intriga inventada por vosotros los judíos para ensañarme contra los cristianos á quienes aborreceis.

—Te aseguro que desprecio demasiado á todo el género humano para aborrecerle. Nunca sabrás cuán desinteresado ha sido mi consejo al proponerte este casamiento, y seria una inmodestia en mí el explicártelo. Pero creo que bien merece un pequeño sacrificio la mano de esa locuela. Con el auxilio de su clarísimo entendimiento y de la osadía de su corazón, podrias

resistir á todos los romanos, bizantinos y godos juntos. Y en cuanto á hermosura . . . la suya vale mas que la de todas las mugeres de Alejandria.

—¡Por Júpiter! Veo que la admiras demasiado, y sospecho que estás enamorado de ella. ¿Por qué no la ofreces tu mano? Te haré mi primer ministro, y entonces tendré el usufructo de su talento sin verme obligado á sufrir sus caprichos. ¡Por los doce dioses! Si te casas con ella y me ayudas, te haré lo que quieras.

Rafael se levantó é hizo al prefecto una profunda reverencia.

—Tu excelencia me confunde. Pero te aseguro que no habiendo cuidado hasta ahora de mas intereses que de los míos, espero seguir toda mi vida la misma conducta.

—Eso es hablar con franqueza.

—Exactamente; y ademas la que se case conmigo, quien quiera que fuere, será práctica lo mismo que teóricamente mi propiedad particular. . . . ¿Comprendes?

—Otra prueba de franqueza.

—En efecto; y dejando aparte que probablemente Hipatia no querria ca-

sarse conmigo, debo observar que no seria decoroso que el pueblo pudiera decir que yo el ministro tenia una esposa mas bella é inteligente que tú el señor, y sobre todo, una esposa que hubiera desechado los ofrecimientos de tu magnificencia.

—¡Por Júpiter! ¿Me ha rechazado de veras? Yo la haré que se arrepienta. Fui un necio en pedir lo que podia exigir por la fuerza. ¿De qué sirve, si no, el tener una guardia? Si por buenos medios no consiente, consentirá por malos. En este momento voy á enviar por ella.

—Hustre magestad, ese recurso será vano. No conoces la resolucion de esa muger. Ni el látigo ni las tenazas la obligarán á ceder á tu voluntad mientras viva; y estando muerta no te servirá de nada.

—Pero se irá jactando por toda Alejandria de que la he ofrecido mi mano y de que no la ha aceptado.

—No creo que haga tal cosa. Tiene demasiado talento para comprender que si lo hiciese, podrias tú informar al populacho cristiano de las condiciones que te imponia; y á pesar de todo el desprecio que manifiesta á los padeci-

mientos de la carne, no me parece que le agrade esponer su hermoso cuerpo á sér arastrado por las calles de Alejandria.

—Entonces, ¿qué te parece que haga?

—Nada. Dentro de dos ó tres días la abandonará el espíritu profético de que ahora se halla poseida; y al cabo de ese tiempo ella misma rebajará un poco el precio en que ahora se estima. No tengas cuidado; á pesar de todas sus infirmitades é impasibilidades, y de todas esas brillantes á que jugamos en Alejandria, un trono es un cebo demasiado lisonjero para que lo rechace ni aun la pitonisa Hipatia. Así, pues, déjala entregada á sus reflexiones, y vaya otro lance antes de separarnos.

—¡Oh, Rafael! Eres el mas excelente consejero que pudiera haber elegido un pobre diablo de prefecto como yo. Si yo tuviese como tú una renta heredada, tomaria el dinero y dejaria que las cosas se hiciesen por sí mismas.

—Ese es el mejor método de gobernar, dijo Rafael inclinándose y saliendo de la habitacion.

Al atravesar la puerta principal vió en la acera opuesta á Miriam, que sin

duda estaba esperándole. La vieja, sin aparentar que le habia visto, siguió andando paralelamente á Rafael, hasta que éste hubo vuelto la esquina. Entonces atravesó la calle y le asió del brazo diciendo:

—¿Se atreve ese majadero?

—¿A qué?

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Puedes suponer que la vieja Miriam lleva cartas sin saber lo que va dentro de ellas? ¡Piensa apostatar, ó no? Diminúo: soy discreta como la tumba.

—Parece que ha encontrado allá en un rincon de su corazon un pedazo de conciencia comido de gusanos, y no se atreve.

—¡Maldito cobarde! ¡Y yo que tenia tan magnifico plan! Antes de un año no habria en Alejandria un solo perro cristiano. ¿Qué teme ese necio?

—Las penas del infierno.

—De todos modos irá á él ese condenado pagano.

—Eso es lo que yo le insinué tan delicadamente como pude; pero, como el resto de los mortales, parece que desea ir allá por su camino y no por el de otros.

—¡Cobarde! ¿Y á quién elegiré yo ahora? ¡Ah! Si esa Pelagia tuviese tanto talento en toda su cabeza como Hipatia tiene en uno solo de sus dedos, la sentaría con su godó en el trono de los Césares. Pero....

—Pero tiene cinco sentidos y el juicio puramente necesario para valerse de ellos, ¿eh?

—No te burles de ella: yo la quiero mucho, á pesar de todo. Mi sangre se realzaba al ver qué bien entiende su negocio y cómo goza de su juventud, cual verdadera hija de Eva.

—Ciertamente, madre, que debes estar orgullosa de ella, porque ha sido tu pupila mas aprovechada.

La vieja murmuró para sí algunas palabras, y despues, volviéndose á Rafael, le dijo:

—Mira, te traigo un regalo.

Y se sacó del dedo una magnífica sortija.

—Pero, madre, siempre me estás regalando. No hace un mes que me has dado esta daga envenenada.

—¿Y por qué no te he de regalar? ¿No profesamos la misma religion? Toma, toma la sortija.

—¡Qué ópalo tan hermoso!

—Si, es un ópalo y tiene inscrito el nombre inefable, justamente como el anillo de Salomon. Tómalo; el que lo lleve no tiene que temer ni al fuego, ni al hierro, ni al veneno, ni al mal de ojo de muger alguna.

—¿Incluso el tuyo?

—Tómalo, te digo.

Y Miriam, cogiéndole la mano, le puso la sortija en el dedo, añadiendo:

—Ya está. Ahora estás libre. Llámame otra vez madre; no sé por qué, pero me gusta que me lo llames. Pero, Rafael Aben-Ezra, no te burles de mí, ni me llames bruja, como sueles. No me importa oír eso de cualquiera otro; estoy acostumbrada á ello; pero cuando tú me lo llamas me dan deseos de matarte. Por eso te he dado ese puñal; acostumbraba yo á llevarle conmigo, y he temido verme tentada á usarle algun dia.... No te rias de mí.... Puedo hacerme emperador ó primer ministro cuando menos lo pienses, y si quisiera....

—No lo permita el cielo, dijo Rafael riéndose.

—No te rias: ayer eché tu horóscopo, y no tienes motivos para reír. Te ame-

naza un gran peligro y una gran tentación, Rafael; pero si resistes á la tempestad que va á descargar sobre tí, podrás ser primer ministro, como te he dicho, ó emperado, si quieres. ¡Y lo serás, por los cuatro arcángeles, lo serás!

Y la vieja desapareció por una callejuela inmediata, dejando atónito á Rafael.

— ¡Por Moisés y los profetas! ¿Si querrá esta vieja casarse conmigo? ¿Qué puede haberle llamado la atención en mi negligente persona? De todos modos, Rafael, ya tienes un amigo en este mundo además de Bran, la perra de presa, y por tanto un nuevo motivo de incomodidad, porque los amigos quieren que se les corresponda con cariño y servicios al cariño que nos muestran y á los servicios que nos hacen. ¿Si será que la vieja ha caído en alguna trampa y quiere que la ayude á salir del mal paso?... ¡Pero qué milla completa de sol me aguarda desde aquí á mi casa!... Y por fortuna, no hay ni una litera que poder alquilar.... ¡Oh! ¿Cuándo se acabará esto? Treinta y tres años hace que padezco en esta Babilonia de necios y malvados, y con esta abominable salud

que tengo no será extraño que pase todavía otros treinta y tres.... Pero como no sé nada, ni espero nada, ni me cuido de nada, no quiero tomarme el trabajo de hacer un agujero en mi cuerpo, para que saliendo el alma por él vea si hay algo digno de verse fuera de aquí, y si en la otra orilla del sepulcro se vive menos estúpidamente que en esta.... ¡Cuándo acabaremos y descansaré yo en el seno de Abraham, ó en cualquier otro, con tal que no sea el de una muger!

## CAPITULO V.

### UN DIA EN ALEJANDRIA.

Entretanto Filemon, con sus huéspedes los godos, habia ido bajando por el rio, dejando atrás antiguas ciudades y ruinas. Al fin una tarde habian entrado en el gran canal de Alejandria, y despues de haberse deslizado toda la noche con felicidad por entre los bancos de arena del lago Mareotis, se habian encontrado al amanecer entre los

naza un gran peligro y una gran tentación, Rafael; pero si resistes á la tempestad que va á descargar sobre tí, podrás ser primer ministro, como te he dicho, ó emperado, si quieres. ¡Y lo serás, por los cuatro arcángeles, lo serás!

Y la vieja desapareció por una callejuela inmediata, dejando atónito á Rafael.

— ¡Por Moisés y los profetas! ¿Si querrá esta vieja casarse conmigo? ¿Qué puede haberle llamado la atención en mi negligente persona? De todos modos, Rafael, ya tienes un amigo en este mundo además de Bran, la perra de presa, y por tanto un nuevo motivo de incomodidad, porque los amigos quieren que se les corresponda con cariño y servicios al cariño que nos muestran y á los servicios que nos hacen. ¿Si será que la vieja ha caído en alguna trampa y quiere que la ayude á salir del mal paso?... ¡Pero qué milla completa de sol me aguarda desde aquí á mi casa!... Y por fortuna, no hay ni una litera que poder alquilar.... ¡Oh! ¿Cuándo se acabará esto? Treinta y tres años hace que padezco en esta Babilonia de necios y malvados, y con esta abominable salud

que tengo no será extraño que pase todavía otros treinta y tres.... Pero como no sé nada, ni espero nada, ni me cuido de nada, no quiero tomarme el trabajo de hacer un agujero en mi cuerpo, para que saliendo el alma por él vea si hay algo digno de verse fuera de aquí, y si en la otra orilla del sepulcro se vive menos estúpidamente que en esta.... ¡Cuándo acabaremos y descansaré yo en el seno de Abraham, ó en cualquier otro, con tal que no sea el de una muger!

## CAPITULO V.

### UN DIA EN ALEJANDRIA.

Entretanto Filemon, con sus huéspedes los godos, habia ido bajando por el rio, dejando atrás antiguas ciudades y ruinas. Al fin una tarde habian entrado en el gran canal de Alejandria, y despues de haberse deslizado toda la noche con felicidad por entre los bancos de arena del lago Mareotis, se habian encontrado al amanecer entre los

innumerables mástiles y en los poblados muelles del mayor puerto del mundo.

La bulliciosa multitud de extranjeros; el ruido de tantas frases pronunciadas en mil diferentes idiomas, desde el de la Crimea hasta el de Cádiz; los vastos montones de mercancías y de trigos, dejados al aire libre en aquel clima siempre seco; los enormes buques que cargaban trigo para Roma, y cuyos altos costados se elevaban piso sobre piso, como palacios flotantes, sobre los edificios del muelle interior; la vista de estos objetos y de otros cien mas hicieron al joven monge pensar que el mundo al primer aspecto no era una cosa tan despreciable. Enfrente de varios montones de frutas acabadas de sacar de los botes que las llevaban al mercado, se veían grupos de esclavas negras sentadas y riendo en el muelle, mirando con ansiedad y coquetería al rededor, en busca de un buen amo que las comprara. Ellas sin duda no creían empeorar cambiando los trabajos del desierto por los placeres de la ciudad. Filemon no podía apartar sus ojos de un espectáculo de vanidad, sin fijarlos en otro de la misma especie. El ruido y la multi-

tud de objetos nuevos le aturdian, y apenas tuvo fuerzas para aprovechar la primera ocasion de huir de sus peligrosos compañeros.

—¡Hola! rugió Smid el armero, corriendo detrás del fugitivo. ¿Conque te escapabas sin despedirte siquiera de nosotros?

—Detente, muchacho, y quédate á mi lado. Te he salvado la vida y me perteneces.

Filemon se volvió y dijo:

—Soy monge y pertenezco á Dios.

—En cualquier parte puedes pertenecerle: quiero hacer de tí un buen guerrero.

—Las armas de mi profesion no son carne y sangre, sino oracion y abstinencia, contestó el pobre Filemon, que comprendia cuánto mas necesarias le serian estas armas en Alejandría que en el desierto. . . . Dejadme marchar; no tengo vocacion para vuestra vida. Te doy gracias y te bendigo, príncipe; rogaré por tí, pero déjame marchar.

—¡Perro maldito! gritaron media docena de voces. Príncipe Wulf, ¿por qué no nos has dejado hacer con él lo

que pensábamos? Mira qué modo de agradecer tus beneficios.

—Me debe mi parte de diversion, dijo Smid, y voy á tomársela.

Smid tomó un martillo y se le tiró á la cabeza á Filemon: éste apenas tuvo tiempo para ladearse, y el arma pasó silvando junto á su oído, y fué á dar contra las rocas de granito que estaban detrás.

—¡Bien salvado el golpe! dijo Wulf friamente, mientras los marineros y las mugeres gritaban, y los oficiales del puerto y los ganapanes acudían al sitio de la contienda temiendo una catástrofe. Entonces Amalrico gritó con voz de trueno desde su bote:

—No hay que hacer caso, amigos míos; somos godos que vamos á visitar al prefecto.

—Godos y nada mas, añadió Smid; y al oír este ominoso nombre la multitud, procuró aparentar indiferencia, y se fué retirando hasta dejar solos á los guerrereros.

—Que se vaya ese muchacho, dijo Wulf subiendo las escaleras del muelle; y añadió murmurando: siempre que he puesto mi inclinacion en algun hombre,

me he llevado chasco, y no puedo esperar de este otra cosa.

Filemon, ya que se encontró en libertad de marcharse, creyó que el hacerlo no era asunto tan urgente, y que de todos modos debia despedirse de sus huéspedes. Volvió, pues, para hacerlo, y halló á Pelagia y á su gigantesco amante que entraban en un palanquín. Filemon se acercó con los ojos bajos y murmuró algunas palabras de cumplido.

—Háblame de ti antes de separarnos, dijo Pelagia con graciosa sonrisa. ¡Hablas el griego con tal perfeccion!.... Acento puro ateniense.... ¡Me gusta tanto el oír el acento de mi patria! ¡Has estado alguna vez en Atenas?

—Cuando era muy niño. Recuerdo... sí.... recuerdo....

—¿Qué preguntó Pelagia con interés.

—Recuerdo que vivía en una gran casa en Atenas, y que se dió una gran batalla y que vine á Egipto en un buque.

—¡Cielos! esclamó Pelagia, y se detuvo.... ¡Qué casualidad!.... Muchachas, ¿no decíais que se parecia á mí?

—No lo hemos dicho por ofenderte, sino por chanza, contestó una de las jóvenes.

—¡Se parece á mí! Ven á verme alguna vez; tengo algo que decirte.... Es preciso que vengas.

Filemon, interpretando mal el interes que le mostraba Pelagia, no pudo contener un gesto involuntario de repulsion. Pelagia añadió:

—No vayas á tener la presuncion ne-  
cia de sospechar.... ¿Crees que no tengo nada que hablar contigo sino frivolidades? Ven á verme, que puede tenerte cuenta: vivo en..... Y aquí pronunció el nombre de una de las mejores calles de Alejandría, nombre que Filemon, aunque resuelto á no aceptar la invitacion, no pudo olvidar.

—Deja á ese salvaje y ven, gritó el Amal desde el interior del palanquin. Supongo que no tratarás de entrar á monja.

—No, mientras tú vivas, dijo Pelagia sentándose á su lado y dirigiendo una mirada de despedida afectuosa á Filemon.

Pero Filemon estaba ya lejos de allí, afanándose por atravesar la apiñada multitud y buscar el camino que habia de conducirle á casa del patriarca.

—¡La casa del patriarca! exclamó el

primero á quien dirigió esta pregunta, y que era un hombrecillo flaco, moreno, de ojos negros y vivos, con un cesto de fruta á los piés, y que subido en un madero miraba con afectada sagacidad á los transeuntes. Sin duda que la sé; toda Alejandría tiene motivos para saber la casa del patriarca. ¿Eres monge?

—Sí.

—No lo pareces: yo por mi parte soy griego y filósofo, y aspiro á vivir conforme á los dictados de la pura razon.

—¿Y quién te ha enseñado filosofía? preguntó Filemon medio riéndose.

—Hipatia misma, la fuente de la sabiduría clásica. Yo, portero de su escuela, mientras guardo las capas y los quitasoles á la puerta sagrada de su aula, bebo su celestial sabiduría. Desde mi juventud he sentido en mí una alma superior á la del comun de los mortales: Hipatia me ha revelado el hecho glorioso de que soy una chispa de la divinidad, una estrella caída, amigo mio.... caída entre los senos de este bajo mundo.... Pero, en fin, te mostraré el camino de la casa del arzobispo: yo tengo gran placer en abrir los tesoros de la ciencia á los jóvenes modestos. En cam-

bio me ayudarás á llevar este cesto de fruta.

Y el porterillo, poniendo el cesto sobre la cabeza de Filemon, echó á andar delante.

Filemon le siguió reflexionando qué especie de filosofía seria aquella que podía alimentar la vanidad de un ente tan ridículo y mal trazado como su guía; pero el ruido de la calle, el perpétuo movimiento de la circulación en aquella afanosa multitud, las líneas de carros palanquines, asnos cargados, camellos, elefantes que encontraba, le hicieron pronto olvidarse de todo, dejando solo en su mente una vaga curiosidad, un gran temor al verse en aquella Babilonia, y un intenso, aunque inútil, deseo de gozar del reposo y silencio de su monasterio y de hallarse con personas conocidas.

Su guía le llevó por mas de una milla siguiendo la calle principal, que en el centro de la ciudad era cortada en ángulo recto por otra de igual magnificencia. A cada extremo de esta última, por cima de las cabezas de la corriente humana de transeuntes, se descubrían las arenas amarillas del desierto; y en-

frente de Filemon, al fin de la otra calle, se veía brillar el azulado puerto cubierto de innumerables mástiles.

Al fin llegaron al muelle del otro extremo y allí se presentó á los ojos atónitos de Filemon un vasto semicírculo de azulado mar franjeado de palacios y torres.... Detúvose involuntariamente, y su guía se detuvo tambien y miró al jóven para observar el efecto que le causaba el espectáculo de aquel gran panorama.

—Mira, mira nuestras torres, las obras de los gentiles, de los griegos. Mira al extremo izquierdo del semicírculo ese faro, maravilla del mundo; mira ese muelle de una milla de largo con sus dos puentes que unen los dos puertos; mira esta Esplanada y esta puerta del Sol bajo la cual nos hallamos; contempla el Cesáreo á nuestra derecha y enfrente esos obeliscos, uno de ellos la aguja de Cleopatra; mira inmediato á él el Museo, y mas allá el templo de Neptuno, y el Timonio, donde Antonio, derrotado en Accio, olvidó su desdicha en brazos de aquella reina. Dime, ¿pueden los cristianos hacer esto?

—Los cristianos son aún capaces de mayores maravillas, contestó Filemon

aparentando toda la indiferencia que le fué posible, pero en realidad atónito á la vista de aquellas admirables construcciones. Al fin, reponiéndose de su sorpresa, volvió á preguntar por la morada del arzobispo.

— Por aquí, por aquí, contestó el hombrecillo llevándole hácia el pié del obelisco.

Filemon vió entonces un nuevo edificio adornado de símbolos cristianos.

— ¿Es esta una iglesia? preguntó.

— Es el Cesáreo: temporalmente se ha convertido en iglesia cristiana, por condescendencia de los dioses inmortales, pero no por eso deja de ser el Cesáreo. Por aquí, bajando esta calle á la derecha, está la última morada de las Musas, el aula donde da sus lecciones Hipatia. . . . Aquí, enfrente del Museo, en esta magnífica casa, vive la favorita de Atene. Deja ahí el cesto.

El hombrecillo llamó entonces á la puerta, y dando la fruta á un portero negro que salió á recibirla, hizo una reverencia á Filemon y se dispuso á entrar y á dejarle en la calle.

— ¿Pero cuál es la casa del arzobispo? gritó Filemon.

— Cerca del Cerápeo: no tiene pierde. Cuatrocientas columnas de mármol, ahora arruinadas, coronan una eminencia. . . .

— ¿Pero cuánto está de aquí?

— Unas tres millas, cerca de la puerta de la Luna.

— ¡Cómo! ¿La puerta del otro lado de la ciudad por donde hemos entrado?

— Exactamente; ya que has venido hasta aquí, sabrás volver.

Filemon tuvo que hacer un grande esfuerzo sobre sí para contener los impulsos que le dieron de asir por el pescuezo al hombrecillo y estrellarlo contra la pared.

— ¡Es decir, infame pagano, exclamó al fin, que me has hecho andar seis ó siete millas fuera de mi camino!

— Buenas palabras, jóven, porque si me tratas mal, pediré auxilio. Estamos cerca del barrio de los judíos y vendrán como abispas aprovechando la ocasion de dar una buena paliza á un monge. Lo que he hecho ha sido con buen fin; primero, políticamente, ó sea segun la sabiduría práctica, para que me trajeses el cesto de fruta; segundo, filosóficamente, ó segun las intuiciones de la

razon pura, para que viendo la magnificencia de la gran civilizacion que tus compañeros tratan de destruir, comprendieses que eras un asno, una tortuga, una nada, y quisieras ser algo.

Filemon cogió al porterillo por el cuello de su estropeada túnica, y no soltó la presa por mas que el filósofo pretendia escurrirsele como una anguila.

—De grado ó por fuerza vendrás conmigo, le dijo, y me llevarás hasta la misma casa del arzobispo, en justo castigo de tu engaño.

—El filósofo domina las circunstancias sometiéndose á ellas, dijo el portero. Por otra parte, las necesidades de esta miserable existencia material me obligan á volver á la puerta de la Luna por mas fruta.

Volvieron, pues, atrás, el portero riéndose interiormente de Filemon, y éste reflexionando sobre lo que acababa de ver y oír.

Despues de haber caminado en silencio cerca de una milla, se volvió Filemon de repente á su guía, y como siguiendo el curso de sus pensamientos, le preguntó:

—¿Pero quién es esa Hipatia de quien tanto me has hablado?

—¿Quién es Hipatia, rústico? La reina de Alejandria en talento Atene; Hera en magestad; Afrodita en hermosura.

—¿Y quiénes son esas? volvió á preguntar Filemon.

El portero se detuvo; le miró desde los piés á la cabeza con aire de profunda compasion y de solemne desprecio, y ya volvia á ponerse en camino sin contestar, cuando sintió sobre sí el robusto brazo de Filemon.

—¡Ah! sí. . . ¿Me preguntas quién es Atene? La diosa dispensadora de la sabiduria: ¿quién es Hera? La esposa de Zeus, reina de los dioses celestes: ¿quién es Afrodita? La madre del amor. Llámense tambien Minerva la primera, Juno la segunda, Venus la tercera. . . Supongo que tampoco entenderás esto.

Filemon entendió lo bastante para conocer que Hipatia era una persona maravillosa y única en concepto de su guía, y añadió:

—Y esa Hipatia, ¿es amiga de patriarca? ®

El portero abrió desmesuradamente los ojos, se detuvo otra vez, miró de al-

to á bajo la imponente figura de Filemon, y dijo:

—Hipatia es amiga de la raza humana en general. El filósofo debe elevarse sobre el individuo á la contemplacion del universal.... Pero, ¡ah! aquí hay algo digno de verse, y las puertas están abiertas.

Y se detuvo en el pórtico de un vasto edificio.

—¿Vive aquí el patriarca? preguntó Filemon.

—Los gustos del patriarca son mas plebeyos. Vive, segun dicen, en una habitacion pequeña y modesta, conociendo que otra cosa no se ha hecho para él. ¡Esta la casa del patriarca! ¡Bah! Esta es mas bien sus antípodas, si en efecto los antípodas tienen una existencia cósmica, sobre la cual Hipatia abraza sus dudas. Este es el templo del arte y de la belleza; el trípode délfico de la inspiracion poética; el solaz de la terrestre turba; en una palabra, el teatro, el teatro que tu patriarca, si pudiera, convertiria mañana en.... pero la murmuracion no es digna del filósofo.... ¡Ah! Veo los ministriles del prefecto á la puerta; está sin duda dando sus dispo-

siciones, es decir, formando el programa de la funcion con arreglo al gusto del público. Todas las semanas, en tal dia como hoy, un bailarín del género mímico, ejecuta aquí sus habilidades con mucho aplauso, especialmente de los judios. Para gustos mas clásicos muchos de sus movimientos carecen de la verdadera severidad antigua, y aun generalmente hablando, pueden llamarse indecentes. Sin embargo, el cansado transeunte se divierte aquí y descansa: entremos y veamos.

Antes que Filemon pudiese manifestar su repugnancia á entrar en el teatro, sonó dentro un rumor estrepitoso, una parte de la multitud salió precipitadamente, y los ministriles del prefecto entraron.

—¡Es falso! gritaban muchas voces; es una calumnia de los judios: ese hombre es inocente.

—¡Pobrecito! exclamaba una muger llorando. Esta mañana le dije yo: ¡por qué no azotas á los muchachos, maestro Hierax! ¿no ves que si no los castigas no aprenderán? A lo cual me contestó que no podia ver una vara ó un látigo sin que le temblasen las espaldas.

—¡Socorro, socorro! decían otros; Hierax el cristiano ha sido preso y le están dando tormento.

Y la multitud, reforzada por centenares de personas que se le agregaron, se precipitó bajo las anchas bóvedas de la entrada, llevándose por delante al portero y á Filemon.

—Amigos míos, decía el porterillo tratando de aparentar cierta calma filosófica, aunque sus piés no tocaban al suelo y era llevado en volandas por los circunstantes, amigos míos, ¿de qué proviene este tumulto?

—Los judíos han acusado falsamente á Hierax de que trataba de armar un motin, ellos que todos los sábados se amotinan por venir á ver á este bailarín de su raza en vez de trabajar como hacen los buenos cristianos.

—¡Eh! diferencias de secta que el verdadero filósofo. . . .

El porterillo no pudo concluir la frase, porque abriéndose de repente la multitud que le sostenía, cayó al suelo y no se le volvió á ver por entonces.

Filemon, indignado de que tan ferozmente se tratara á un cristiano, y estimulado por las voces y exclamaciones

de los que le rodeaban, penetró por entre la turba y en breve llegó á las primeras filas; pero allí se encontró con fuertes puertas de hierro que impedían el paso, dejando ver, sin embargo, entre las barras la trágica escena del desgraciado Hierax, que suspendido de un palo, lanzaba lastimeros alaridos á cada golpe de las varas con que le azotaban sus verdugos.

En vano Filemon y los que iban con él golpearon la puerta; solo obtuvieron por respuesta risotadas de los esbirros del prefecto y maldiciones contra la plebe turbulenta de Alejandria, contra el patriarca, el clero, las iglesias y los santos. Entretanto los quejidos del paciente iban siendo cada vez mas débiles, y por último, despues de un estremecimiento convulsivo de todo su cuerpo, cesaron absolutamente.

—¡Le han muerto, le han martirizado! esclamaron muchas voces. Llevemos al patriarca tan triste nueva: él cuidará de obtener justicia.

La multitud, en efecto, salió arrasando á Filemon consigo y atravesando varias calles estrechas, hasta una especie de plazuela de edificios nuevos

y bajos, dominados por las cuatrocientas magestosas columnas del Serapeo. La yerba crecía ya sobre los arruinados capiteles y arquitrabes de aquel edificio, y debía llegar el día en que solo una de tantas magníficas columnas debía quedar para mostrarnos lo que los hombres de la antigüedad pensaron é hicieron.

Filemon al fin pudo librarse de la presión de las turbas, y sacando del pecho la carta que llevaba para el patriarca, la puso en manos de uno de sus familiares, el cual le hizo atravesar un corredor, subir una escalera y entrar en una habitación, donde le mandó esperar á que le llamara el prelado.

Aquella habitación tenía una puerta que daba á otra pieza interior, y estaba cubierta con una cortina. Al cabo de algunos minutos alzose esta cortina y Filemon se halló en presencia del patriarca.

El traje del prelado era vasto y sencillo así como la habitación en que se hallaba era modesta. Llevaba Cirilo la barba bien peinada, aunque sin afectación, y la varonil belleza de sus facciones, el brillo de sus ojos, lo espeso de

sus cejas, indicaban en él un hombre destinado á mandar y á ser obedecido. Estaba paseándose en su cuarto cuando entró Filemon, y suspendiendo el paseo y mirando al jóven de un modo penetrante, tomó la carta, la leyó y dijo:

—Filemon, un jóven griego: me dicen que has aprendido á obedecer. Si así es, sabrás también mandar. El padre abad me transfiere tu tutela. Ahora es á mí á quien tienes que dar obediencia.

—Obedeceré.

—Bien dicho. Parece que deseas ver el mundo. Quizá has visto ya hoy algo de él.

—He visto el asesinato de...

—Entonces has visto lo que has venido á ver aquí, lo que es el mundo, y la justicia y la misericordia que en él reinan. Habiendo visto eso, sospecho, á juzgar por tu traza, que no te pesará ver el castigo de los malvados y aun ser instrumento de la voluntad divina en ese castigo.

—Haré lo que mandes.

—¡Ah! pobre maestro! Su muerte te parece, oh jóven, el extremo de la ini-

quidad; pues bien, aguarda un poco, y verás cosas peores.

En aquel momento entró un diácono y dijo:

— Los rabinos de los judíos están abajo esperando. Les hemos hecho entrar por la puerta escusada, por temor de que el pueblo irritado....

— Bien hecho. Diles que suban. Pedro, añadió dirigiéndose á un familiar, lleva á este jóven con los parabolanos para que ayude al hermano Cleiofonte, que le enseñará bien. Dejádme solo.... Ahora veamos lo que tengo que hacer: cinco minutos de conferencia con estos judíos para exhortarlos á que procuren contener los excesos de su gente, sin lo cual no respondo de que los fieles irritados no se dejen llevar á otros excesos reprobables. Despues una hora para examinar las cuentas del hospital, otra para las escuelas, y media para los casos reservados de pobreza; otra media de oracion, y luego el servicio divino.... ¿Vienen ya esos judíos?

Y Cirilo se entregó á sus tareas con aquella energía incansable y aquel espíritu de abnegacion y de método, que á despecho de todas las acusaciones de

que era objeto, le conquistaba el amor y la obediencia de la multitud cristiana.

Así, pues, Filemon ingresó en la corporacion de los parabolanos, especie de visitadores de distrito; y en su compañía vió aquella tarde otra de las fases, la mas negra sin duda, del mundo que ansiaba ver. Miles de seres humanos de la antigua poblacion griega vivian en Alejandría en la mas espantosa miseria, sumidos en la pobreza, en la suciedad, en el desórden, en la ignorancia; feroces, descontentos, olvidados completamente de las autoridades civiles, hambrientos, corrompidos, y dando á conocer su existencia solo por medio de sanguinarios tumultos, que se reprimian tambien con crueldad. Entre esta poblacion, no sin rudeza tal vez, pero con intenciones piadosas, trabajaban los parabolanos noche y dia, y con ellos trabajó aquella tarde Filemon, proporcionando á unos alimento y vestido; llevando á otros al hospital; ayudando á llevar á otros al sepulcro; limpiando las casas infestadas, porque la fiebre era perenne en aquellos barrios, y consolando á los moribundos con la buena nueva del perdon celeste.

Era ya de noche cuando volvió á la celda que le habian destinado, y que se hallaba en un largo corredor, donde estaban tambien las de sus compañeros. Arrojos rendido de cansancio en una carriola ó cama pequeña de ruedas, y empezaba á ver en sueños á los godos danzando con los parabolanos, á Pelagia en figura de ángel con plumas de pavo real, á Hipatia con cuernos y piés herrados cabalgando á la vez en tres hipopótamos y dando la vuelta al teatro, y á Cirilo echando bendiciones desde una ventana, cuando le despertó el ruido de corridas y gritos en la calle. Incorporose en su lecho, y oyó:

— ¡Fuego, fuego! ¡la iglesia de San Alejandro está ardiendo!

Filemon se levantó; procuró recordar dónde estaba, y al fin, disipándose completamente su estupor, se echó encima la piel de cordero y salió al corredor á inquirir noticias.

El corredor estaba ya lleno de personas que habian acudido á despertar á los parabolanos, entre las cuales descollaba la figura de Pedro.

— ¡Fuego, fuego! ¡Socorro, que se

quema la iglesia de San Alejandro! gritaba la multitud dentro y fuera del edificio.

Todos salieron á la calle. Filemon, deslumbrado por la repentina transición de la completa oscuridad de su aposento á la claridad de la calle, alumbrada por la luna en un cielo puro y sereno, retrocedió un paso, y de este modo probablemente se salvó de la muerte; porque en aquel instante vió salir un bulto negro de detrás de una esquina, brilló ante sus ojos un largo puñal, y un clérigo que se hallaba á su lado cayó en tierra dando un gemido, mientras el asesino se retiraba por la misma calle de donde habia salido, perseguido de cerca por la multitud.

Filemon, que corria como un avestruz del desierto, se adelantó en breve á todos, menos á Pedro. Entonces vió destacarse de las esquinas y de los quicios de las puertas varios hombres, que al parecer se pusieron tambien en persecucion del asesino. De repente, despues de haber corrido unas cien varas, se detuvieron al llegar á una bocacalle: el asesino se detuvo tambien, y Pedro, sospechando alguna celada, acortó el

paso y asió el brazo de Filemon, diciéndole:

—¿No ves gente allí en la sombra?

Pero antes de que Filemon pudiese responder, salieron de la bocacalle treinta ó cuarenta hombres con los puñales en mano y recibieron á los fugitivos en sus filas. ¿Qué significaba aquello?

—He venido á ver el mundo, pensó Filemon, y me parece que voy viendo ya demasiado.

Pedro volvió piés atrás, y echó á huir con la misma presteza con que había corrido detrás del asesino; y Filemon le siguió considerando que la prudencia es la mejor parte del valor.

—Hay, dijo, gente armada al fin de la calle.

—¡Asesinos! ¡judíos! ¡conspiracion para asesinarlos! gritaron multitud de voces.

El enemigo en efecto se presentó á la vista adelantándose lentamente y en silencio; veíanse brillar los puñales á la claridad de la luna, y la multitud de los cristianos retrocedió guiada siempre por Pedro y seguida de mala gana por Filemon.

Apenas éste había retrocedido diez ó

doce varas, cuando oyó á sus piés una voz lastimera:

—¡Socorro, misericordia! no me dejeis aquí para que me asesinen: soy cristiana.

Filemon se detuvo y levantó del suelo una negra, llorando, temblando y con el vestido lleno de girones.

—He salido de casa cuando oí que se quemaba la iglesia, y los judíos me han herido y maltratado, dijo la pobre muger: me han roto y llevado el manto y la túnica; y antes de que pudiera salvarme, los cristianos han pasado corriendo por aquí y me han dejado caer en tierra. Ahora cuando vuelva á casa, si puedo volver, mi marido me dará de golpes. . . . ¡Pronto, pronto, retirémonos á esa callejuela, que nos matan!

En efecto, el grupo de hombres armados estaba ya junto á ellos y no había tiempo que perder. Filemon, prometiendo á la negra que no la abandonaría, la llevó hácia la callejuela que le había indicado. Pero sus perseguidores habían notado este movimiento, y mientras seguian por la calle principal, se destacaron tres ó cuatro del grumo para darles caza. La pobre negra iba co-

jeando, y Filemon desarmado volvía la cabeza atrás á cada instante. No tardó en ver brillar los puñales de sus enemigos; y encomendando su alma á Dios, se dispuso á morir como cristiano y como monge. Sin embargo, la juventud nunca pierde la esperanza: hizo entrar á la negra en un oscuro portal, donde su color podia contribuir mucho á mantenerla oculta; y apenas habia tenido tiempo para esconderse detrás de un pilar, cuando llegó el primero de sus enemigos. Filemon detuvo el aliento temblando. ¿Le veria su enemigo?—No moriré á lo menos sin defender mi vida, dijo para sí.—Pero no, el del puñal no le habia visto, y siguió adelante. Un momento despues llegó otro corriendo, vió á Filemon de repente, y asustado retrocedió. Este movimiento salvó al jóven, el cual, ligero como un gato, se lanzó sobre él, le tiró en tierra de un solo golpe, le arrancó el puñal y se levantó justamente á tiempo de herir con él la cara del tercer perseguidor. Este último, echándose mano á la parte herida, volvió piés atrás uniéndose á otro de sus compañeros; pero Filemon, animado con su victoria, persiguió á ambos asestán-

doles cinco ó seis golpes, mas que afortunadamente procedian de una mano poco práctica; y ellos, maldiciendo en una lengua desconocida, huyeron dejándole solo con la negra y el otro asesino, que aturdido del golpe, yacía todavía en el suelo.

Todo esto fué obra de un minuto. La negra se arrodilló en el portal y comenzó á dar gracias al cielo por su inesperada salvacion. Filemon estaba á punto de hacer otro tanto, cuando le ocurrió súbitamente una idea. Acercose al judío, le quitó el manto y se lo dió á la pobre negra, considerándolo como derecho de conquista. . . . En esto una gran turba de gente llenó la calle antes de que pudieran advertirlo. . . . Desesperados, iban sin embargo á huir; pero, ¡oh júbilo! á la luz de la luna Filemon conoció á Pedro.

—¡Hola, muchacho! ¿Estás salvo? Dios sea loado; te habiamos creído muerto. ¿Quién es ese? ¡Ah! un prisionero: nosotros traemos otro que salió de esta calle corriendo, y sin duda debe haber pasado por aqui.

—En efecto pasó, dijo Filemon, y este es su compañero.

Los dos asesinos fueron en breve atados codo con codo, y la multitud se dirigió de nuevo á la iglesia de San Alejandro con el objeto de apagar el incendio.

Filemon miró en derredor de sí en busca de la negra, pero habia desaparecido. No quiso por lo mismo decir nada de ella, sin embargo de que deseaba volverla á ver; y en vez de creerla ingrata por no haberse detenido á contar lo que habia hecho por ella, le agradecia que desapareciendo oportunamente hubiese evitado una mortificación á su modestia.

—¡Es singular! pensaba Filemon: no hace mas que cuatro dias que salí del monasterio con el propósito de no mirar á una muger, y ya he formado conocimiento con una multitud de mugeres. Es verdad que habiendo la Providencia enviado á este mundo tantas mugeres como hombres, es difícil huir enteramente de ellas; y quizá el Señor las crió con intencion de que fueran de alguna utilidad para el otro sexo.... No arguyas, pobre Filemon, no arguyas: la iglesia de San Alejandro está ardiendo. ¡Adelante!

Y adelante siguió la multitud confusa, compuesta de algunos monges, de los parabolanos y de populacho, llevando en el centro á los prisioneros judíos, que obstinadamente se negaban á responder á todas las preguntas que se les hacian sobre la conspiracion en que habian tomado parte.

—¡No ha de quedar mañana un judío en Alejandria! decia el populacho furioso: es preciso lanzarlos á todos de la ciudad como la peste que la inficiona.

En vano los monges procuraban calmar aquella efervescencia.

—¡Fuera los judíos! gritaba la multitud: nos han querido asesinar. No estaremos seguros mientras no nos veamos libres de ellos.

Al volver la esquina de una calle se abrieron las dos hojas de la puerta de un grande edificio, y por ella salió una larga fila de hombres cubiertos de resplandecientes armaduras, que formando en medio de la calle, descansaron en tierra sus lanzas dando un solo golpe y quedando inmóviles. La multitud que se adelantaba retrocedió un paso, y varias voces aterradas dijeron: ¡los estacionarios!

—¿Quiénes son esos? preguntó Filemon en voz baja.

—Los soldados, los soldados romanos, le contestaron en el mismo tono.

Filemon, que iba de los primeros había retrocedido también sin saber por qué al ver aquella súbita y terrible aparición; pero en seguida volvió á adelantarse todo lo mas posible.... ¡Aquellos eran soldados romanos! ¡los conquistadores del mundo!..... Los hombres cuyo nombre no había oído desde su niñez sino con pavor y admiración.... ¡Soldados romanos! ¡Al fin se veía cara á cara con ellos!

Su curiosidad, sin embargo, se vió repentinamente contenida, pues asiéndole del brazo uno que parecia oficial, á juzgar por los adornos dorados de su casco y coraza, levantó la espada con aire amenazador sobre su cabeza, y dijo:

—¿Qué significa esto? ¡Por qué no estais tranquilos en vuestras camas, canalla?

—La iglesia de San Alejandro está ardiendo, contestó Filemon.

—Tanto mejor, dijo el oficial.

—Y los judíos están asesinando á los cristianos, añadió uno de la turba.

—Pelead con ellos, respondió el oficial. Vamos adentro, muchachos; no es nada, no es mas que un pequeño alboroto.

Y la aparición se disipó inmediatamente, volviendo aquellos hombres cubiertos de acero á entrar por la puerta por donde habian salido, mientras la corriente popular, una vez removida aquella barrera, seguia adelante con mas impetuosidad que nunca.

Filemon siguió con la corriente, pero no sin cierto sentimiento de despecho. —¡Un pequeño alboroto! decia entre sí, repitiendo las palabras del oficial. De manera que la corporacion de los parabolanos, la iglesia de San Alejandro, el asesinato de los cristianos por los judíos, las persecuciones que sufría la fé católica, todo esto era insignificante para aquellos cuarenta hombres sclos en medio de miles de personas, y tranquilos con el convencimiento de su fuerza y del poder de la disciplina. Sentíase humillado por aquellos soldados, y se vió todavía mas cuando al cabo de haber caminado largo rato, una voz de muger gritó desde una ventana que no

era cierto que la iglesia de San Alejandro estuviere ardiendo; que ella habia subido al terrado de su casa, como lo habrian podido hacer los demas, si no hubieran sido tantos, &c., y que habia visto que la iglesia estaba sin novedad.

La multitud arrojó á la ventana por via de respuesta un par de pedradas, y en seguida hizo alto y comenzaron las indagaciones. Nadie habia visto la iglesia arder, ni hablado á persona que la hubiese visto; nadie sabia quién habia dado el primer grito de fuego. Además, la iglesia de San Alejandro distaba aun dos millas, y cuando llegase la multitud, si en efecto se habia quemado, debería estar ya reducida á cenizas: esto sin contar con las celadas que habian preparado los judíos en todas las calles que conducian á aquel templo. Pareció, pues, prudente retirarse por aquella noche; y los mas cautos, aquellos que guiados por un sentimiento piadoso habian acudido á salvar de las llamas un templo del Señor, luego que vieron que sus esfuerzos habian sido inútiles, se fueron separando poco á poco de la turba, á medida que esta retrocedia hácia el Serápeo. Allí los que quedaban halla-

ron nuevos grupos de populacho reunidos para informarles que habian sido engañados; que la iglesia de San Alejandro no se habia quemado; que los judíos eran los que habian esparcido la voz de fuego para aprovecharse de la confusion y matar á los cristianos; por último, que todo el barrio de los israelitas estaba armado y en marcha para caer sobre ellos.

Al oír esta última noticia, todo el mundo trató de defenderse, y retirándose á la casa del arzobispo y á las inmediatas, se cerraron y atrancaron las puertas, se colocaron vigilantes y se hicieron los preparativos de un sitio.

Una hora despues se oyó en lo alto de la calle un gran ruido de pasos; miles de cabezas salieron á las ventanas para observar al enemigo, mientras Pedro bajaba corriendo á las cocinas para hacer calentar las calderas, pues tenia gran confianza en la fuerza defensiva del agua hirviendo. La luz de la luna brilló despues sobre una larga fila de cascos y corazas. ¡Gracias al cielo! Eran los soldados.

—¿Vienen los judíos?

—¿Está la ciudad tranquila?

—¿Por qué no habeis impedido esta infamia? Mil ciudadanos de Alejandria caian asesinados mientras vosotros roncábais.

Estas y otra multitud de preguntas y exclamaciones como estas saludaron á los soldados al pasar.

—¡Cada mochuelo á su olivo! ¡A dormir, canalla vocinglera, ó pondremos fuego al corral! dijeron los soldados.

Un grito de indignacion y de desafio contestó á este atento discurso, y los soldados, que no querian habérselas con las piedras y el agua hirviendo, siguieron tranquilamente su camino.

El peligro habia pasado: sin embargo, la prudencia exigia que los que se hallaban fuera de su casa aguardaran la luz del dia para volver á ella; y así cada cual se acomodó donde pudo para pasar el resto de la noche. Filemon se tendió en un rícon y durmió como un niño, hasta que al rayar el dia le despertó uno de los parabolanos.

No todos, sin embargo, hicieron lo que Filemon. Entre aquella multitud habia algunos de la poblacion griega, antiguos gentiles, de pasiones feroces y de codicia desenfrenada, que habian

abrasado ostensiblemente la fé cristiana, pero que ni la conocian, ni la apreciaban, ni pretendian valerse de ella sino para satisfacer sus viciosos instintos. Estos eran los que promovian todos los disturbios, los que estaban siempre prontos á excitar los furores del populacho, nunca á olvidar sus miserias, y los que se ponian al frente de todo motin donde hubiera la menor probabilidad de robo y de saqueo. Varios de ellos, lobos con piel de oveja, se habian introducido en la corporacion de los parabolanos, para estar siempre en contacto con la multitud, de quien pensaban servirse; y otros, afectando un celo hipócrita por la causa de Dios, habian sabido ganarse hasta cierto punto la confianza del arzobispo, y mas de una vez se habian valido de su nombre para sus fines.

En una de las oscuras celdas del corredor de que antes hemos hablado, se reunieron á la sazón, mientras los demas dormian, Pedro, Teopompo, Clitias y otros, conocidos en los diversos barrios por haber excitado ya en otras ocasiones los excesos de la muchedumbre. Cirilo les habia llamado, como á otros muchos, é impuesto la obligacion

de calmar los ánimos; mientras él, después de haber dado aviso al prefecto de las maquinaciones de los judíos, trataba, en su conferencia con los rabinos, de exigir á éstos la promesa de que mantendrían la tranquilidad entre sus secarios.

—No hay que esperar nada de esos infieles, dijo Pedro: mirad cómo han cumplido la palabra que dieron sus gefes al santo patriarca.

—Tanto mejor, añadió Clitias: así ellos nos ofrecen la ocasion de acabar con todos de un golpe. Aprovechemos las circunstancias: la irritacion del pueblo es grande; si le decimos que es orden de Cirilo, mañana al romper el día caerá sobre el barrio judío, y á la tarde no habrá un israelita en toda la ciudad.

—Para obrar en nombre de Cirilo y no en el nuestro, se necesita mas precaucion que la que te figuras, dijo Pedro. Nadie creerá que el patriarca manda asesinar á personas indefensas, á mugeres, á niños, por mas que pertenezcan á una aborrecida secta.

—Paréceme que hay medio de conciliarlo todo, dijo Teopompo. Nosotros hemos sido llamados por el patriarca.

Esparciremos la voz de que habiendo faltado los rabinos á su palabra, de que habiendo querido los judíos asesinar á los cristianos, y no pudiendo contar con el apoyo del prefecto para defenderlos, Cirilo consiente, para evitar mayores males en lo sucesivo, que la multitud se encargue, no de matarlos, pero sí de expulsarlos de la ciudad. Diremos que la gloria de Dios exige que se invadan sus casas; que el patriarca prohíbe todo insulto personal, pero que entrega sus bienes al pueblo; y de este modo levantaremos treinta mil hombres, deseosos de hacer conocimiento con el oro y las joyas de los israelitas. Por lo demas, cada uno de nosotros conoce las casas adonde debe dirigirse.

—¿Y si Cirilo llega á saber?....

—Cuando lo sepa, lo cual es difícil, no podrá remediarlo, y al cabo se regocijará de encontrar la ciudad libre de enemigos tan terribles y molestos.

Luego que estos dignos compañeros arreglaron su plan y convinieron hasta en sus menores detalles, se separaron y salieron cada uno por su lado para prepararlo, no dudando del buen éxito, merced á la ignorancia y codicia de la

plebe alejandrina, al odio que inspiraban los judíos, y que ellos parecían que trataban de justificar con sus maquinaciones, y á la ciega obediencia con que se prestaban los cristianos á cumplir las órdenes que se les comunicaban como procedentes de su patriarca.

## CAPITULO VI.

### EL NUEVO DIÓGENES.

Hacia las cinco de la mañana del día siguiente, Rafael Aben-Ezra se hallaba tendido en la cama, unas veces bostezando y leyendo al mismo tiempo un manuscrito de Filon Judío, otras tirando de las orejas á su mastín, otras contemplando el chorro de la fuente, que se elevaba desde el patio hasta la altura de la ventana, é impacientándose porque todavía el muchacho que le servía no había entrado á decirle que estaba preparado el baño.

—¡Ah! ¡pobre de mí! decía meditando en alta voz. Héme aquí otra vez en el punto de partida. . . . ¡Cómo me libraré

de esa sirena de los gentiles? ¡Mala peste cargue con ella! Creo que voy á concluir por amarla. . . . y aun no estoy libre de inclinarme ya hacia ella un poco. En efecto, recuerdo que me puse absurdamente alegre cuando aquel majadero me dijo que no se atrevía á aceptar mi modesta oferta. ¡Ja. . . . ja! . . . . ¡qué delicioso sería ver á Orestes inclinándose ante maderos y piedras, y á Hipatia instalada en las ruinas del Serápeo como gran sacerdotisa de la Abominación de la Desolación! . . . Y ahora. . . . De todos modos, los cielos y la tierra son testigos de que he combatido con valor. . . . ¡Qué podía hacer un pobre hombre mas que tratar de casarla con cualquiera otro, con la esperanza de acabar de una vez? En fin, toda mariposa tiene su luz y todo hombre su destino. . . . Pero, ¡qué osadía y qué imaginación tiene la tontuela! Se ha propuesto sin duda ser otra Zenobia con Orestes por Odenato y Rafael Aben-Ezra, para hacer el papel de Longinos. . . y recibir en pago el hacha ó el veneno de Longinos. Ella no se cuida de mí; ese cruel y fanático arcángel me sacrificaría, y á otros mil como yo, para lavar

plebe alejandrina, al odio que inspiraban los judíos, y que ellos parecían que trataban de justificar con sus maquinaciones, y á la ciega obediencia con que se prestaban los cristianos á cumplir las órdenes que se les comunicaban como procedentes de su patriarca.

## CAPITULO VI.

### EL NUEVO DIÓGENES.

Hacia las cinco de la mañana del día siguiente, Rafael Aben-Ezra se hallaba tendido en la cama, unas veces bostezando y leyendo al mismo tiempo un manuscrito de Filon Judío, otras tirando de las orejas á su mastín, otras contemplando el chorro de la fuente, que se elevaba desde el patio hasta la altura de la ventana, é impacientándose porque todavía el muchacho que le servía no había entrado á decirle que estaba preparado el baño.

—¡Ah! ¡pobre de mí! decía meditando en alta voz. Héme aquí otra vez en el punto de partida. . . . ¡Cómo me libraré

de esa sirena de los gentiles? ¡Mala peste cargue con ella! Creo que voy á concluir por amarla. . . . y aun no estoy libre de inclinarme ya hacia ella un poco. En efecto, recuerdo que me puse absurdamente alegre cuando aquel majadero me dijo que no se atrevía á aceptar mi modesta oferta. ¡Ja. . . . ja! . . . . ¡qué delicioso sería ver á Orestes inclinándose ante maderos y piedras, y á Hipatia instalada en las ruinas del Serápeo como gran sacerdotisa de la Abominación de la Desolación! . . . Y ahora. . . . De todos modos, los cielos y la tierra son testigos de que he combatido con valor. . . . ¡Qué podía hacer un pobre hombre mas que tratar de casarla con cualquiera otro, con la esperanza de acabar de una vez? En fin, toda mariposa tiene su luz y todo hombre su destino. . . . Pero, ¡qué osadía y qué imaginación tiene la tontuela! Se ha propuesto sin duda ser otra Zenobia con Orestes por Odenato y Rafael Aben-Ezra, para hacer el papel de Longinos. . . . y recibir en pago el hacha ó el veneno de Longinos. Ella no se cuida de mí; ese cruel y fanático arcángel me sacrificaría, y á otros mil como yo, para lavar

con nuestra sangre los cimientos de algun nuevo templo dedicado á ídolos rotos.... ¡Oh, Rafael Aben-Ezra, qué necio eres!.... Bien sabes que dentro de un momento vas á ir, como de costumbre, á oirla en su cátedra.

Aquí llegaba Rafael de sus confesiones, cuando entró el page á anunciar, no el baño, sino á Miriam.

La vieja, que en virtud de su profesión tenia entrada libre en casa de todos los ricos y elegantes de Alejandría, llegó apresuradamente, y en vez de sentarse, como de costumbre, á conversacion, permaneció de pié é hizo seña al page para que saliera.

—¿Qué hay, madre? Siéntate. Pero, ah, ya veo. Hola, tunante, ¿cómo no has traído vino para la señora? ¿No lo sabes de siempre?

—Eso lo ha dejado á la puerta, como de costumbre, contestó el page con acento de dignidad ofendida.

—¡Sal de aquí, hijo de Satanás! dijo Miriam.

Y despues, volviéndose á Rafael, añadió:

—No es esta ocasion de beber vino,

Rafael. ¿Cómo estás en la cama? ¿No has recibido una carta?

—¿Una carta? Sí; pero tenia demasiado sueño para leerla: ahí está.... veamos.... ¿Qué es esto? ¿Un pasaje de Jeremías? “Levántate y huye, por tu vida, porque el mal viene contra toda la casa de Israel.”—¿Es esta carta del sumo pontífice? Siempre tuve al venerable padre por hombre sóbrio.... ¿Eh? ¿qué dices, Miriam?

—Necio, en vez de reirte de las palabras del profeta, levántate y obedécelas. Yo he sido quien te ha enviado ese billete.

—¿Y no puedo obedecer á los profetas en la cama? Mira, aquí estaba leyendo la Cábala, ó á Filon, que es aun mas estúpido, ¿qué mas quieres?

La vieja, no pudiendo contener su impaciencia, corrió hácia él apretando los dientes, le asió de un brazo y le sacó de la cama al suelo, sin que Rafael hiciera gran resistencia.

—Gracias, madre, por haberme librado del tormento que tengo todos los dias á estas horas; no sabes cuánto me cuesta hacer voluntad para salir de la cama.

—Rafael Aben-Ezra, ¡tan infatigado estás con tu filosofía, con tu paganismo, con tu holgazanería, con tu desprecio de Dios y de los hombres, que te sea indiferente el espectáculo de tu nación abandonada á sus enemigos y sus riquezas dadas á perros paganos? Te digo que Cirilo ha jurado que mañana á estas horas no habrá un judío en Alejandría.

—Tanto mejor para los judios si están, no digo tanto como yo, pero siquiera la mitad cansados de vivir en este bullicioso Pandemonium. ¡Pero cómo evitarlo? ¡Soy yo por ventura la reina Ester para que vaya á pedir al Asuero de la prefectura que me entregue el dorado cetro?

—Necio, si hubieras leído esa nota á tiempo, habrias podido ir y salvarnos, y tu nombre se hubiera repetido para siempre de generacion en generacion como el de un segundo Mordecai.

—¡Ay, madre! Asuero habria estado ó muy dormido ó muy borracho para escucharme. ¿Por qué no fuiste tú?

—¿Crees que no hubiera ido si me hubiera sido posible? ¿Me supones tan indolente como tú? A riesgo de mi vi-

da he venido aquí para salvarte, si es que hay tiempo ya para ello.

—Buéno: ¿me visto? ¿Qué se puede hacer ahora?

—Nada. Las calles están interceptadas por la plebe. ¿No oyes los gritos? Están atacando ya la otra parte del barrio.

—¡Cómo! ¿están matando á los judios? preguntó Rafael acabándose de vestir. Pues si á tanto llega el juego, tendré el mayor placer en defender mi vida y la de los míos. ¡Hola, muchacho! ¡mi espada y mi puñal!

—Oh, no, dicen que no se derramará sangre: que no ultrajarán á nadie con tal que les dejen saquear. El angel del Señor les confunda.

La conversacion fué interrumpida por la entrada precipitada de todos los criados llenos de terror; y Rafael, subiendo al piso superior, se asomó á la ventana y vió la calle cubierta de mugeres y niños llorando, mientras hombres viejos y jóvenes miraban el despojo de sus riquezas en una actitud demasiado prudente para ofrecer resistencia, pero demasiado varonil para quejarse.

Miriam, que habia seguido á Rafael,

se paseaba por el cuarto en un paraisimo de furor, excitándole en vano á que hablase ó hiciera algo por salvar sus bienes.

— ¡Déjame solo, madre! dijo al fin. Aun pasarán lo menos diez minutos antes que vengan aquí. Y entretanto, ¿qué mejor cosa puedo hacer que contemplar los progresos de este pequeño Exodo?

— Pero no como el primero. Entonces entre el ruido de los címbalos y de los cánticos nos dirigimos hácia el mar Rojo, llevando con nosotros las joyas de plata y oro y las riquezas que cada muger habia pedido prestadas á sus vecinos.

— Y ahora las devolvemos: bien considerado; esto no es mas que una restitucion. Debiamos haber dado oídos á Jeremías hace mil años, y no haber vuelto como necios á un país donde habiamos contraído tantas deudas.

— ¡Tierra maldita! esclamó Miriam. En mal hora nuestros padres desobedecieron al profeta. Ahora cogemos el fruto de nuestros pecados. Nuestros hijos han olvidado la fé de sus mayeres por la filosofía de los gentiles, y llenan sus habitaciones de ídolos paganos. . . .

Mientras esto decia dirigiendo alrededor una mirada de desprecio, una jóven salió huyendo de la casa inmediata seguida de un hombre medio borracho, que con una mano la tenia asida del cabello y pugnaba con la otra por arrancarle una cadena de oro que llevaba al cuello. A los gritos de la jóven acudió otro de los amotinados; tendió en el suelo al primero de una puñada, y tomando el collar que la jóven le ofrecia llena de espanto, le arrojó en tierra, escupió sobre él, lo pisoteó y continuó su camino gritando: ¡afuera los circunsisos! ¡afuera los blasfemos! mientras la pobre jóven se desmayaba entre los circunsistentes.

Rafael contempló esta escena pensativo, mientras Miriam se lamentaba de la destrucción de la preciosa joya.

— Ese hombre ha hecho bien, madre, dijo Rafael: si esos cristianos emplean tal metodo con nosotros, nos derrotarán siempre; porque desde el principio nuestra ruina ha sido la afición á riquezas terrenales.

— ¡Pero qué piensas hacer? dijo Miriam asiéndole del brazo.

— ¡Y tú? preguntó Rafael.

—Yo, dijo Miriam, nada tengo que temer: en el canal, á la puerta de jardín me aguarda un bote; me quedo en Alejandría; no hay en el mundo quien pueda obligar á la vieja Miriam á dar un paso contra su voluntad. Mis joyas están todas enterradas; mis esclavas están vendidas; salva lo que puedas y sígueme.

—Querida madre, ¿por qué te manifestas mas solícita por mi bien que por el de todos los demas hijos de Judá?

—Porque. . . . porque. . . . No, ya te lo diré en otra ocasion. Basta por ahora que sepas que amaba á tu madre y ella me amaba á mí. Ven.

Rafael guardó silencio y se puso de nuevo á observar los progresos del tumulto. Despues dijo:

—Miriam, hija de Jonatam. . . .

—Yo no soy hija de nadie; no tengo padre, ni madre, ni esposo, ni. . . . Llámame madre otra vez.

—Madre, ó como quieras que te llame, ahí en esa caja hay joyas y riquezas bastantes para comprar media Alejandría. Tómalas. Yo me voy.

—¿Conmigo?

—No, sino á correr mundos. Estoy

cansado de ser rico: ese salvaje amotinado entiendo la vida mejor que nosotros los judíos. Pienso hacer de la necesidad virtud y volverme pobre.

—¿Pobre?

—¡Bah! ¿por qué no? De grado ó por fuerza esa gente me dejará sin bienes. Así, pues, me voy: no tengo que despedirme de nadie. Esa perra es el único amigo que tengo en el mundo.

—Puedes escaparte conmigo á casa del prefecto y salvar la mayor parte de tus riquezas.

—Precisamente eso es lo que no quiero hacer. Detesto al prefecto, y á decir verdad, me voy inclinando demasiado hácia esa hermosura pagana. . . .

—¿Quién? gritó Miriam, ¿Hipatia?

—La misma, si no lo llevas á mal. Por eso me parece que el mejor modo de deshacer el encanto es espatriarme. Pediré paso en el primer buque que salga para Cirene é iré á Italia á estudiar con la espedicion de Heracliano. —Toma, toma mis joyas, que yo me voy; pronto, pronto: mis libertadores están ya á la puerta. ®

Miriam abrió la caja llena de diamantes, perlas, rubíes y esmeraldas, y ocul-

tó este tesoro entre su amplio ropaje.

—Vete, vete, añadió, huye de esa joven: yo me encargo de guardarte las joyas.

—Sí, ocúltalas como la madre tierra oculta las cosas en su seno para duplicarlas. Ya habrás tenido tiempo de hacerlo cuando nos veamos. ¡Adios madre!

—No para siempre, Rafael, no para siempre; prométeme por los cuatro arcángeles que si te ves en peligro ó en necesidad me escribirás á casa de Eudaimon.

—¿El filósofo porterillo de Hipatia?

—El mismo: él me dará tu carta; y te juro que cruzaré los montes de Kaf para salvarte. Yo te devolveré tus joyas; lo juro por Abraham, por Isaac, por Jacob; péguese mi lengua al paladar si no te doy cuenta de todo.

—No hagas promesas imprudentes, madre: si me canso de ser pobre, pediré prestadas á cualquier rabino unas cuantas monedas de oro y con ellas comerciaré. En realidad, no pienso que me devuelvas nada; y así es que si nada me devuelves no me llevaré chasco. ¿Por qué razon habia yo de imaginar que fueras?...

—Porque... porque... ¡Pero, Dios mio!... No, estará por aquí... ¡Espíritu de Elías! ¿Dónde está la ágata negra? ¿Dónde está la otra mitad del talisman de ágata negra?

Rafael se puso pálido.

—¿De qué sabias que yo tenia una ágata negra?

—¿De qué lo sabia? exclamó Miriam asiéndole del brazo. ¿Dónde está? ¡Todo se pierde si no la encuentro! ¡Necio! añadió soltando el brazo. ¿Se la has dado acaso á esa infiel?

—Por el alma de mi padre, misteriosa hechicera, que parece que todo lo ves: sí, eso es precisamente lo que he hecho.

Miriam cruzó las manos desesperada y esclamando:

—¿Se ha perdido!... No, yo la obtendré; sí, se la arrancaré del corazón. Me vengaré de ella: me vengaré de esa sirena, sí, y vénguese de mí el cielo si ella y sus hechizos viven de aquí á un año.

—¡Silencio, Jezabel! Pagana ó no, Hipatia es tan pura como la luz del sol. Le di la ágata porque la agradó el talisman que tenia.

—Le queria para encantarte con él, para arruinarte.

—Tú sin duda crees que todos son tan abyectos como las desdichadas que vendes y compras, y á quienes haces si es posible tan dignas del infierno como tú misma.

Miriam le miró con ojos centellantes. Por un momento buscó el mango de su puñal; y despues rompiendo á llorar y ocultando el rostro entre las manos, salió precipitadamente de la estancia.

En aquel instante un grande estrépito anunció que los amotinados acababan de echar la puerta abajo.

—Muchachos, dijo Rafael llamando á los esclavos: tomad cada uno lo que pueda y huid por la puerta del jardin.

Los esclavos ya le habian obedecido. Sonriose al notarlo, bajó las escaleras seguido de la perra, y no tardó en hallarse frente con la turba de mendigos y populacho.

—Bien venidos, amables huéspedes, les dijo: tened cuidado; esta perra es de bretaña, y si hace presa en alguno, mientras no la maten no suelta: ademas, este puñal está envenenado, y el menor arañazo basta para causar la

muerte. Así, pues, hagamos las cosas en buen orden: entrad; mi bodega y mi despensa están á vuestra disposicion; y si entre los ilústres personajes que aquí veo hay alguno que guste cambiar sus harapos por mi traje, estoy á su disposicion.

—Yo cambiaré contigo, perro judío, dijo uno de los mas sucios de la plebe.

—Gracias, amigo; entremos en esta habitacion.... Cuidado, cuidado; ese vaso de porcelana vale mil piezas de oro, pero si le rompeis no valdrá nada. Así, pues, dejo á vuestra consideracion lo que debeis hacer.

Y mientras la multitud sin hacerle caso se llevaba lo que podia y rompía lo que no podia llevarse, Rafael se quitó su traje, se puso la rota túnica de algodón y el sombrero de paja viejo y estropeado que le dió el mendigo, y atravesando impávido las turbas con la mano en el mango del puñal y seguido de la perra, desapareció.

## CAPITULO VII.

### LOS OFENSORES.

EN la mañana que siguió á la escena que acabamos de describir, estaba Filemon envuelto en su piel de cordero y sentado en una grada calentándose, como un verdadero hijo del desierto, al resplandor de un magnífico sol, que ponía candente la negra piedra hasta el punto de no poderse tocar con la mano desnuda. Observaba las golondrinas que revoloteaban entre las columnas del Serápeo, y pensaba en las muchas veces que había contemplado con placer su danza aérea, cuando giraban y se remontaban en el antiguo valle de Scetix. Multitud de ciudadanos con procesos, recursos y peticiones, entraban y salían de la sala de audiencia del patriarca. Pedro y el arcediano aguardaban á la sombra cerca de allí hasta que se reuniesen los parabolanos, y discutían con calor sobre los últimos sucesos, oyéndose de tiempo en tiempo los nombres de Rafael, de Hipatia y Orestes.

Llegó á la sazón un anciano eclesiástico, y saludando respetuosamente al arcediano, pidió que uno de los parabolanos le auxiliase, pues era preciso trasladar al hospital la familia de un sastre, atacada toda de fiebre.

El arcediano le miró, respondió: "bien," y siguió conversando con Pedro. El eclesiástico, inclinándose mas que la primera vez, manifestó que el auxilio requerido no podía dilatarse.

—Es muy fastidioso, dijo Pedro dirigiendo la vista á las golondrinas del Serápeo, que algunas gentes no tengan bastante influjo en sus parroquias para conseguir que las buenas obras se ejecuten sin necesidad de molestar á su santidad el patriarca.

El anciano eclesiástico tartamudeó una especie de excusa, y el arcediano, sin dignarse mirarle segunda vez, dijo:

—Búscadle un hombre, hermano Pedro: cualquiera servirá. ¿Qué hace ahí ese chico.... Filemon? Que vaya con el maestro Hieracas.

Pedro pareció no recibir la proposición favorablemente, y habló en voz baja al arcediano:....

—No; no puedo desprenderme de

ningun otro. Las personas importunas deben correr la suerte de estar bien ó mal servidas. Vamos, ahí estan nuestros hermanos; iremos todos juntos.

—Cuanto mas tiempo vayamos juntos mejor para el chico, dijo Pedro bastante alto para que Filemon, y quizá el anciano eclesiástico, le oyesen.

Filemon fué, pues, con ellos, y por el camino preguntó á sus compañeros en voz baja quién era Rafael.

—¡Un amigo de Hipatia!

Este nombre le asediaba donde quiera; y empezó, del modo mas indirecto y oculto que le fué posible, á pedir informes sobre la que lo llevaba. La precaucion era inútil; pues con solo oir mencionar aquel nombre, todos prorumpieron en gritos de reprobacion.

—Confunda Dios á esa sirena, á esa encantadora, maestra de hechizos y brujerías! Es la estraña muger á quien se refieren las profecias de Salomon.

—En mi sentir, dijo otro, es la precursora del Anteristo.

—Quizá sea la vírgen de quien está anunciado que debe nacer, observó uno de la comitiva.

—Eso no, yo respondo, dijo Pedro con una burla grosera.

—¿Y Rafael Aben-Ezra es su discípulo en filosofía? preguntó Filemon.

—Su discípulo en engaños, contestó otro. La realidad de la filosofía ha muerto hace tiempo; pero las personas principales hallan digno aun adorar su sombra.

—Algunos de los que frecuentan la casa de Hipatia adoran algo mas que su sombra, dijo Pedro. ¿Creeis que Orestes va allí tan solo por amor á la filosofía?

—No debemos ser tan duros en nuestros juicios, dijo el anciano eclesiástico: Sinesio, obispo de Cirene, es un santo, y sin embargo, quiere mucho á Hipatia.

—¿El un santo? exclamó Pedro. ¿Y tiene muger? ¿Y su insolencia llegó hasta decir al bienaventurado Teófilo, que no seria obispo si no se le permitia conservar la; y prefirió al don del Espíritu Santo los gozos carnales del matrimonio, ignorando las Escrituras, que afirman que los que son siervos de la carne no agradan á Dios? Como dice muy bien Siricio de Roma: “¿Acaso puede el Santo Espiritu de Dios morar en cuer-

pos que no sean santos?" No hay, pues, que admirarse de que una persona como Sinésio se arrastre á los piés de la querida de Orestes.

—¿Segun eso es muger perdida? preguntó Filemon.

—Debe serlo. ¿Tiene un pagano fé ni gracia? Y sin fé ni gracia, ¿qué es la rectitud sino impureza? ¿No dice San Pablo que Dios los ha entregado á un espíritu réprobo, fuente de injusticia, deshonestidad, codicia, malicia y demas que contiene el catálogo que conocéis? ¿Por qué, pues, me preguntas?

—¡Ay! ¿y ella es todo eso?

—¡Ay! ¿y por qué ay? ¿Cómo seria glorificado el Evangelio si los paganos excediesen en santidad á los hijos de Cristo? Debe ser, luego es. Si Hipatia parece poseer virtudes, no teniendo la gracia de Cristo, son solo vicios, engaños, es el diablo convertido en ángel de luz. En cuanto á la castidad, flor y corona de todas las virtudes, el que dice que, siendo aun pagana, la posee, blasfema contra el Espíritu Santo, cuyo peculiar y mas alto don es, y debe estar seguro del eterno anatema "¡Amen!"

Y Pedro, persignándose devotamen-

te, se separó con ira y desprecio de su jóven compañero.

Filemon era bastante avisado para conocer que la asercion es distinta de la prueba; pero el argumento de Pedro: "debe ser, luego es," aborraba un sin número de dificultades. . . . y no cabe duda que él bebia en muy buenas fuentes. Así, Filemon siguió su camino triste, sin saber por qué, con la nueva idea que habia formado de Hipatia, figurándosela á modo de una Mesalina, temible por sus hechizos, cuya habitacion estaba contaminada con mágicos ritos y almas pervertidas de hombres.

Justamente en aquel momenro Pedro y el resto de la comitiva tomaron una calle lateral, y Filemon y Hieracas se dirigieron juntos á su destino. Caminaron algun tiempo en silencio, subiendo por una calle y bajando por otra, hasta que Filemon, á falta de otra cosa mejor que decir, preguntó á dónde iban.

—Adonde me plazca. ¿No, jóven! Si siendo como soy un simple eclesiástico, he tenido que sufrir insultos de un arcediano, no los sufriré de tí.

—Te aseguro que no he querido insultarte.

—Ciertamente que no: vosotros aprendeis todos la misma treta, y los jóvenes la toman de los viejos con bastante anticipación. Palabras más blandas que mantea, y sin embargo, verdaderos puñales.

—¿Supongo que no te quejarás del arcediano y sus compañeros? dijo Filemon lleno de celoso respeto hacia el cuerpo á que pertenecía.

El eclesiásto no contestó.

—¿Cómo, señor! ¿no están en el número de los hombres más santos y piadosos?

—¡Ah!.... sí.... dijo Hieracas en un tono que parecía significar: ¡Ah!.... no....

—¿No opinas así? preguntó Filemon bruscamente.

—Eres joven.... eres joven. Espera hasta que hayas visto tanto como yo. Esta es una época degenerada, hijo mío, y que en nada se parece á los buenos tiempos antiguos, cuando los hombres padecían y morían por la fe. Hoy prosperamos demasiado; y hermosas mugeres se pasean con Magdalenas bordadas en sus adornos de seda, y Evangelios pendientes de su cuello. En mi juven-

tud morían por lo que ahora les sirve de adorno.

—Pero yo hablaba de los parabolanos.

—¡Ah!.... Muchos de ellos no tienen de tales más que el nombre. No vayas á decir que yo te lo he contado; pero sabe que muchas personas ricas ponen su nombre en la lista de los cofrades, únicamente para eximirse de pagar contribuciones, y dejan el trabajo á los pobres como tú. Todo es corrupción, hijo mío; te convencerás de ello. En cuanto á los predicadores.... El público solía decir.... y lo mismo decía el abad Isidoro.... que nadie me aventajaba en Pelusium tocante á buenas dotes para el púlpito; pero desde que he venido aquí, hace once años, que lo creas que no lo creas, no me han encargado un solo sermón en mi parroquia.

—¿Sin duda te chanceas!

—Como soy cristiano, que no. La razón no se me oculta. Aquí temen á los discípulos de Isidoro.... quizá porque han adoptado la manera sencilla de expresarse de aquel santo.... y los oídos son delicados en Alejandría. Se encuentran en estos parajes también algunas personas que no le perdonarán nunca

la parte que tomó en el asunto de esos tres miserables, Maron, Zósimo y Martiniano, y cierta carta suya. No es otra la causa del triste papel que hago aquí, mientras los lisonjeros y personas como Pedro prosperan y me tratan con desprecio. Pero así sucede siempre. Todos los obispos, excepto el bienaventurado Agustín (¡ojalá hubiese yo seguido el consejo de mi abad, é ido con él á Hipona!) han tenido sus aduladores y soplones, á cuya cabeza se pone generalmente el que piensa ocupar su lugar en cuanto muera, saltando por cima de los párrocos llenos de méritos y virtudes. Así va el mundo. ¡Si á lo menos existiese hoy la unidad que en los buenos tiempos de Diocleciano y Decio!

—¿De los perseguidores?

—Sí, hijo mío. . . . en los tiempos de la persecucion, cuando los cristianos morian como hermanos, porque como tales vivian. Poco de eso verás hoy, á no ser en algun remoto obispado, del que nadie oye hablar; pues en las ciudades reina gran pugna por los empleos y el poder. Cada cual está celoso de su vecino. Los presbíteros lo están de los diáconos, y con razon; los obispos del

metropolitano, y éste, tambien con razon, lo está á su vez de los obispos del Africa Septentrional. Es un cisma, un completo cisma.

Mientras hablaban, dos corpulentos negros se adelantaron y colocaron ante las gradas de una iglesia junto á la cual pasaban, un objeto nuevo para Filemon, á saber: una silla de manos, cuyas varas estaban embutidas de marfil y plata, y la parte superior eubierta con cortinas de seda color de rosa.

—¿Qué hay dentro de esa jaula? preguntó al anciano eclesiástico, cuando los negros se detuvieron para limpiarse el sudor que corria de sus frentes, y una esclavilla acudió con un quitasol y chinelas en la mano, alzando respetuosamente la orla de la cortina.

—Una santa.

Un zapato bordado, con una ancha cruz de oro en el empeine, salió delicadamente de debajo de la cortina, y la doncella arrodillada puso en él la chinela.

—¡Eso es! murmuró el eclesiástico. No basta servirse de cristianos como de acémilas. . . . Así solia decir el abad Isidoro; y á Iron, el litigante, dijo en su

cara que no comprendía cómo un hombre amante de Cristo, y conocedor de la ley de gracia que ha emancipado á todos los hombres, podía tener esclavos.

—Ni yo lo comprendo tampoco, dijo Filemon.

—Pero, como ves, en Alejandría pensamos de otra manera. Necesitamos, para subir las gradas del templo de Dios, añadir algo que proteja nuestros delicados pies.

—Se me había figurado que estaba escrito: Quitate los zapatos, porque el sitio en que entras es un lugar sagrado.

—¡Ah! Muchas cosas están escritas que nos parece conveniente no recordar. ¡Mira! ¡Es una de las más ricas y piadosas damas de Alejandría!

Y bajó de la silla de manos una mujer, á cuyo aspecto Filemon se quedó más atónito que cuando vió á Pelagia. Cualesquiera que fuesen los pensamientos que la riqueza y negligente gracia de los adornos de esta última hubiesen despertado en su alma, de seguro no habían inclinado su buen gusto griego á reír y llorar al mismo tiempo, como le sucedió con aquel modelo de la insulsa moda de una civilización artificial y

en decadencia que tenía ante sus ojos. El traje de la dama estaba relleno por detrás de una manera que escitaba en los desaseados chicos que se veían al rededor de las gradas saltando sobre sus dedos para ganar alfonsecos, la misma censura con que San Clemente había reprobado desde el púlpito á las damas de Alejandría de su época. El referido traje era de seda blanca, y tenía, desde la cintura hasta el tobillo, ciertas misteriosas figuras encarnadas y verdes, cuando menos de un pié de largas, que Filemon gradualmente descubrió eran representaciones de la parábola del Rico y de Lázaro, en el más bajo y feo estilo de un arte degenerado; mientras que colgaban de su espalda, sobre un brillante chal azul, un Job sentado, rodeado de sus tres amigos; memoria, dijo en voz baja el anciano eclesiástico, de una peregrinación que la dama había hecho uno ó dos años antes á Arabia, para ver y besar el mismo estercolero en que había estado sentado el patriarca.

De uno de los seis collares que adornaban su garganta, pendía un manuscrito de los Evangelios con ribetes do-

rados y manecillas de joyas; la elevada diadema de perlas que ceñía su cabeza, llevaba al frente una gran cruz de oro; en tanto que sus cabellos, por medio de la pomada, sobresalian rizados medio pie por cima de la cabeza, formando una confusión de dobleces y de bucles, que debieron costar á algunas infelices esclavas una hora de trabajo y quizá mas de una reprimenda aquella mañana.

Poco á poco, con risueño semblante é inclinados ojos, de tiempo en tiempo lanzando un suspiro de arrepentimiento, sacudiendo la cabeza y colocando la mano sobre su seno cubierto de joyas, subía la hermosa penitente las gradas, cuando alcanzó á ver al eclesiástico y al fraile; entouces, volviéndose á ellos con la mas profunda humildad, les rogó que le permitiesen besar la orla de sus vestidos.

—Mucho mejor harías, señora, dijo Filemon en tono bastante áspero, en besar la orla del tuyo. Llevas ahí dos lecciones que me parece no has aprendido aún.

Al instante su rostro se encendió en orgullo y furia.

—He pedido vuestra bendición y no un sermón. Este puedo tenerlo cuando me acomode.

—Y como te acomode, murmuró el anciano eclesiástico.

Ella subió las gradas, arrojando algunas monedillas á los haraposos chicos, y diciendo para sí, aunque de modo que lo oyese Filemon, “que informaría de todo á su confesor, y que no volvería á verse insultada en las calles por ningún fraile grosero.”

—Ahora confesará allá adentro sus pecados, menos los que acaba de cometer á nuestra vista, y golpeará su pecho, y llorará como una verdadera Magdalena. ¡Ah, jóven! aun ignoras las modas de la ciudad. Cuando tengas mas años, en lugar de decir duras verdades á una hermosa dama que lleva una cruz en la frente, te prestarás á ir hasta las columnas de Hércules si te lo exige, en cambio de su cooperación para llegar á ser un predicador á la moda ó obtener quizá un obispado.

Filemon prosiguió en silencio su marcha al lado del anciano eclesiástico, lleno de asombro y con el alma enferma....

—Y esto es lo que el mundo tiene que

mostrarme.... ¡Cañas que el viento sacude, y hombres con lujosos vestidos, propios únicamente para los palacios de los reyes!

¡Por aquello había dejado el antiguo monasterio tan querido, los sencillos goces y los amigos de la niñez, y se había arrojado en el rugiente torbellino del trabajo y la tentación! Sentíase disgustado con el anciano eclesiástico por haber disipado su sueño; descaba creer que sus quejas eran solo exageraciones de un mal humor cínico, ó de un desaliento egoísta. Sin embargo, Arsenio ¿no le había prevenido con tiempo, anunciándole palabra por palabra lo que debería encontrar.... lo que había encontrado? La grande idea de San Pablo, ¿era, pues, un vano é imposible sueño? ¡No! La palabra de Dios no podía menos de cumplirse; en la Iglesia no cabía el error. La falta no podía estar en ella, sino en sus enemigos; no, como decía el anciano, en su demasiada prosperidad, sino en su esclavitud. ¿Cómo había de marchar la Iglesia con entera libertad en la senda de la salud, hallándose oprimida y aprisionada por los príncipes de la trer-

ra? ¡Y cómo podían estos ser sino los tiranos y antecristos que eran, mientras estuviesen amenazados y engañados por la filosofía pagana, y por los vanos sistemas de la humana sabiduría? Si Orestes era la maldición de la Iglesia de Alejandría, entonces Hipatia era la maldición de Orestes. Sobre la cabeza de ésta pesaba la verdadera culpa; ella era la raíz del mal. ¿Quién lo extirparía?...

¿Por qué no habría de ser él? La empresa podía ofrecer peligros; pero, feliz ó desgraciada, tenía que ser gloriosa. La causa del cristianismo necesitaba de grandes ejemplos. ¿No era posible.... (y su juvenil corazón latía con fuerza al pensarlo) no era posible, por algún grande acto de atrevimiento, de abnegación, de divina locura de la fé, semejante á la de David en los antiguos tiempos cuando salió á combatir con el gigante, despertar un noble entusiasmo en almas egoístas é incontinentes, y traer á la memoria de sus contemporáneos, logrando quizá que ajustasen á ellos sus vidas, los modelos de aquellos mártires que eran el orgullo, la gloria, la herencia de Egipto? Y al presentarse á su imaginación, una tras otra las figu-

ras de hombres sencillos y de mugeres débiles que habian resistido á la tentacion y la vergüenza, al tormento y la muerte, para vivir siempre en la memoria del género humano y sentarse entre los escogidos de la celeste corte, brillando sus frentes por toda la eternidad con la corona de los mártires, su corazon latió fuerte y apresuradamente, y solo deseó que se presentase el momento oportuno de atreverse y morir.

Y el deseo creó la oportunidad. Porque apenas se reunió con sus hermanos visitantes, cuando el pensamiento que le absorbía le impulsó á hablar de nuevo, y empezó á pedirles con ardor mas noticias ácerca de Hipatia.

En este particular, no obtuvo verdaderamente sino nuevas invectivas; pero, cuando sus compañeros, despues de hablar de los últimos sucesos, mencionaron la gran derrota del paganismo veinte años antes, en el patriarcado de Teófilo, á Olimpíodoro y su turba de secuaces, que con la fuerza de las armas defendieron muchos dias el Serápeo contra los cristianos, haciendo salidas y atormentando y asesinando á los prisioneros que cogian; cuando recor-

daron los mártires que, en medio de aquellas columnas suspendidas sobre sus cabezas, habian preferido morir en el tormento á sacrificar á Serapis; y la victoria final y el soldado que, en presencia de la asustada multitud abrió la grande quijada del ídolo colosal, y destruyó para siempre el encanto del paganismo, el corazon de Filemon ardió por distinguirse como aquel soldado, y calmar su agitada conciencia con algun hecho mas indisputable de cristiana valentía. No habia ya ídolos que romper; pero la filosofia estaba aún en pie.— ¡Por qué no llevar la guerra al centro del campo enemigo, y encerrar á Satanás en su cueva! ¿Por qué algun hombre de Dios no penetraria valerosamente en la sala donde esplicaba la hechicera, y testificaria contra ella en su misma presencia?

—Hazlo, si te atreves, dijo Pedro. Nosotros no descamos ver nuestras cabezas rotas por todos los jóvenes nobles y libertinos de la ciudad.

—Yo lo haré, contestó Filemon. ®

—Se entiende, si su santidad te permite disponer tan locamente de tí mismo.

—Cuidado con lo que hablas. Injurias á los bienaventurados mártires, desde San Esteban á San Telémaco, calificando de locura semejante accion.

—Informaré á su santidad de tu insolencia.

—Como quieras, dijo Filemon, el cual absorto en su nueva idea, cifraba todos sus deseos en llevarla á cabo. La conversacion no pasó adelante.

—Insufrible va haciéndose la presuncion de los actuales jóvenes, dijo Pedro al patriarca aquella tarde.

—Tanto mejor. Asi se aumentará el vigor de los mas viejos en la carrera de las buenas obras. Pero ¿quién es hoy el presuntuoso?

—Ese mozalvete á quien Pambo envió del desierto, el cual se ha atrevido á ofrecerse como campeón de la fé contra Hipatia. Ha propuesto que irá á la sala donde esplica y la argüirá en su cara. ¿Qué te parece este ejemplo de modestia y desconfianza juvenil?

Cirilo no contestó.

—¿Qué respuesta tendré el honor de llevarle? ¿Un mes de destierro á Nitria, sin tomar mas que pan y agua? Seguro

estoy de que no dejarás impunes tales cosas, pues de lo contrario la autoridad y la disciplina acabarian.

Cirilo permaneció un instante mas en silencio; mientras tanto se anubló la frente de Pedro. Por último, el patriarca dijo:

—La causa necesita mártires. Envíame á ese jóven.

Pedro bajó las escaleras encogiéndose de hombros; y con una expresion de semblante demasiado parecida á envidia, dió el recado de Cirilo al trémulo Filemon, que cayó de rodillas, no bien entró en la habitacion del patriarca.

—Me han dicho que deseas ir á la sala en que esplica la muger pagana y argüirla. ¿Tienes valor para ello?

—Dios me lo concederá.

—Serás asesinado por sus discípulos.

—Puedo defenderme, respondió Filemon, echando una perdonable ojeada á sus fornidos miembros. Y si no, ¿hay por ventura muerte mas gloriosa que el martirio?

Cirilo se sonrió.

—Prométeme dos cosas.

—Dos mil si quieres.

—Es bastante difícil cumplir tan solos. La juventud es fácil en hacer promesas y mas aún en olvidarlas. Prométeme que, acontezca lo que acontezca, no darás el primer golpe.

—Te lo prometo.

—Prométeme, además, que no arguirás con ella.

—¿Y entonces?

—Contradice, denuncia, desafía; pero nada de razones, porque no estás instruido; porque tienes fe, pero no sabiduría ni elocuencia; y ella, mas sutil que la serpiente, maneja perfectamente el sofisma. Si obras de otro modo se reirán de tí y huirás de allí avergonzado. Prométeme no arguir.

—Te lo prometo.

—Vé, pues.

—¿Cuándo?

—Cuanto mas pronto, mejor. Pedro, ¿á qué hora esplica mañana esa muger?

—Hoy la hemos visto ir al Museo á las nueve.

—Entonces irás mañana á esa hora. Toma dinero.

—¿Para qué sirve esto? preguntó Filemon, pasando los dedos curiosamente

por la primeras monedas que habia manejado en su vida.

—Para que te dejen entrar. En casa de la filósofa nadie entra sin dinero. No sucede así en la iglesia de Dios, abierta todo el dia al pobre y al esclavo. Si lo gras convertirla, bien; si no. . . .

—¡Sí, dijo Pedro amargamente á Filemon, ya fuera de la presencia de Cirilo, sube á Ramoth Gilead y prospera, jóven loco! ¿Qué mal espíritu te envió aquí para alimentar la única flaqueza del noble patriarca?

—¿Qué quieres decir? ¿qué flaqueza es esa? preguntó Filemon con toda la altivez de que fué capaz.

—Esa flaqueza consiste en la idea de que por medio de sermones, protestas y martirios se puede extirpar á los cananitas, cuando esto solo se conseguirá con la espada del Señor y de Gedeon. Su tio Teófilo concibió esto bastante bien. A no ser así, Olimpodoro se hubiera apoderado de Alejandría, y hoy el incienso ardería aun ante la imagen de Serapis. ¡Vé, sí, y que ella te convierta! Toca la cosa maldita, como Acam, y concluirás por depositarla en tu tienda. Acompaña á las hijas de Madian, y te

unirás á Belfegor, y comerás las ofrendas de los muertos.

Después de esta consoladora sentencia, ambos se separaron.

### CAPITULO VIII.

#### EL VIENTO DE ORIENTE.

Cuando Hipatia salió al día siguiente en todo el brillo de su gloria, con una comitiva de filósofos y filosofastros, de estudiantes y caballeros, que llenos de respetuosa admiración la seguían hacia el sitio donde esplicaba, un andrajoso mendigo, acompañado de un perrazo de mala catadura, se plantó delante de ella, y estendiendo su puerca mano, le pidió una limosna.

Hipatia, cuyo refinado gusto no podía sufrir la vista, y mucho menos el contacto, de ningún objeto escualido ni degradado, se retiró un poco y dijo á su esclavo que la librase de aquel hombre dándole una moneda. Sin embargo, muchos de los jóvenes se consideraban iniciados en el noble arte de dar matracas,

arte en boga á la sazón en las universidades de Africa, y al cual debemos estar agradecidos, pues que llevó á San Agustín de Cartago á Roma; y cumpliendo con la moda usual de atormentar á la primera sencilla criatura que encontraran, por medio de burlas é insultos, empezaron una serie de chistes personales que el mendigo soportó con estoica resignación. Fuéle alargada la moneda; pero, desviando suavemente la mano del esclavo, permaneció sin moverse y resuelto, al parecer, á impedir que Hipatia prosiguiese su camino.

—¿Qué quieres? ¡Alejad de aquí, señores, á este miserable y á su espantoso perro! dijo la pobre filósofa algo asustada.

—Yo conozco este perro, dijo uno de la comitiva; es de Aben-Ezra. ¿Dónde le has hallado, picaro, antes de que se perdiese?

—Donde tu madre te encontró á tí, en el mercado de esclavos. Hermosa Sibila, ¿te has olvidado de tu mas humilde discípulo, como estos jóvenes que están tratando ya de enseñar á su maestro en el noble arte de burlarse de la gente?

unirás á Belfegor, y comerás las ofrendas de los muertos.

Después de esta consoladora sentencia, ambos se separaron.

### CAPITULO VIII.

#### EL VIENTO DE ORIENTE.

Cuando Hipatia salió al día siguiente en todo el brillo de su gloria, con una comitiva de filósofos y filosofastros, de estudiantes y caballeros, que llenos de respetuosa admiración la seguían hacia el sitio donde esplicaba, un andrajoso mendigo, acompañado de un perrazo de mala catadura, se plantó delante de ella, y estendiendo su puerca mano, le pidió una limosna.

Hipatia, cuyo refinado gusto no podía sufrir la vista, y mucho menos el contacto, de ningún objeto escualido ni degradado, se retiró un poco y dijo á su esclavo que la librase de aquel hombre dándole una moneda. Sin embargo, muchos de los jóvenes se consideraban iniciados en el noble arte de dar matracas,

arte en boga á la sazón en las universidades de Africa, y al cual debemos estar agradecidos, pues que llevó á San Agustín de Cartago á Roma; y cumpliendo con la moda usual de atormentar á la primera sencilla criatura que encontraran, por medio de burlas é insultos, empezaron una serie de chistes personales que el mendigo soportó con estoica resignación. Fuéle alargada la moneda; pero, desviando suavemente la mano del esclavo, permaneció sin moverse y resuelto, al parecer, á impedir que Hipatia prosiguiese su camino.

—¿Qué quieres? ¡Alejad de aquí, señores, á este miserable y á su espantoso perro! dijo la pobre filósofa algo asustada.

—Yo conozco este perro, dijo uno de la comitiva; es de Aben-Ezra. ¿Dónde le has hallado, picaro, antes de que se perdiese?

—Donde tu madre te encontró á tí, en el mercado de esclavos. Hermosa Sibila, ¿te has olvidado de tu mas humilde discípulo, como estos jóvenes que están tratando ya de enseñar á su maestro en el noble arte de burlarse de la gente?

Y el mendigo, levantando su ancho sombrero de paja, dejó ver las facciones de Rafael Aben-Ezra. Hipatia retrocedió con un grito de sorpresa.

—¡Ah! estás atónita. ¿De qué, por favor?

—De verte así.

—¿Por qué? ¿No nos has estado predicando largo tiempo la gloria que resulta de abstraerse de todo lo que alhaga los sentidos? Hace formar muy mala idea del aprecio en que tienes á tus discípulos y del valor que das á tu elocuencia, el que de tal modo te consterne porque uno de ellos te ha obedecido al fin.

—¿Qué significa ese disfraz? preguntó Hipatia y una docena de voces juntamente con la suya.

—Voy á Italia, como otro Diógenes, en busca de un hombre. Cuando le encuentre, experimentaré sumo placer en volver á participarte tan sorprendente noticia. ¡Adios! Deseaba contemplar otra vez cierto semblante, aunque me he trasformado, como ves, en cínicó; y de hoy en adelante no pienso tener mas maestro que mi perra, la cual, afortunadamente, no se hace pagar la

instruccion que proporciona, de otro modo, permanecería ignorante, pues mi riqueza patrimonial voló ayer por la mañana. Sin duda sabes el plebiscito contra los judíos, que ha sido llevado á cabo bajo los auspicios de cierto tribuno del pueblo.

—¡Eso es infame!

—Y peligroso, querida Hipatia; porque el buen éxito es contagioso.... y la casa de Teon puede ser saqueada con la misma facilidad que lo ha sido el barrio de los judíos.

—Vamos, vamos, Aben-Ezra, esclamaron los jóvenes; eres demasiado buen compañero para resignarnos á perderte. Haremos una suscripcion en beneficio tuyo, ¿eh? y vivirás un mes con cada uno de nosotros. ¿Cómo nos vamos á divertir sin tí?

—Gracias, amigos; pero habeis sido demasiado tiempo juguetes míos, para que pueda reducirme á serlo vuestro. Señora, dignate oirme una palabra antes de marchar.

Hipatia se inclinó hácia adelante, y valiéndose de la lengua ciríaca, le dijo apresuradamente y en voz baja:

—¡Quédate, te lo suplico! Eres el

mas sabio de mis discípulos.... quizá mi único verdadero discípulo.... Mi padre hallará donde ocultarte de la persecucion de esos miserables; y si necesitas dinero, acuérdate de que es tu dendor.... No te hemos devuelto aún el dinero que....

—Hermosa Musa, aquel dinero fué la paga de mi entrada en el Parnaso. Yo sé que estoy en deuda contigo; y he traído para tí mis ahorros en la forma de esta sortija de ópalo. En cuanto á admitir un asilo cerca de tí, prosiguió bajando mas la voz, y hablando como ella en siriaco, Hipatia la pagana es demasiado amable para la paz del alma de Rafael el judío. Dicho esto, se quitó del dedo la sortija de Miriam y se la presentó.

—Imposible! dijo Hipatia poniéndose de color de escarlata, no puedo aceptarla.

—Te lo ruego. Es la última carga terrestre que me queda, si se exceptúa esta prision de carne y hueso, en la que mi puñal abrirá una salida si llega á ser imposible soportarla mas tiempo. Pero no es mi ánimo dejar mi concha si de mí depende, sino cuando y como

me acomode; y no habiendo duda de que, si llevo conmigo esta sortija, alguno de los circunceliones de Heracliano me romperá la cabeza para obtenerla, por eso te suplico la aceptes.

—Jamás! ¿Por qué no la vendes y buscas un asilo al lado de Sinesio? El te lo concederá.

—Asilo, convengo; pero no descanso. Seria como levantar mi tienda en el cráter de Etna; porque se empeñaria dia y noche en persuadirme á que aceptase ese ecléctico farrago, que ha dado en llamar cristianismo filosófico. En suma, si no quieres la sortija, pronto voy á disponer de ella. Nosotros los orientales sabemos ser espléndidos y vanos, como cumple á los señores del mundo.

Pronunciadas estas palabras, se volvió á la turba de filósofos:

—Oídme, jóvenes de Alejandría. ¿Hay alguno entre vosotros que desee pagar sus deudas de una sola vez?... Ved el arco-iris de Salomon, un ópalo como nunca lo ha visto hasta ahora Alejandría, que bastaria para comprar á cualquiera de vosotros, juntamente con su papá, mamá y hermanos macedonios, sus caballos, sus loros, sus pavos reales, por

doble de su precio en cualquier mercado de esclavos del mundo. El que desee poseer una joya del valor de diez mil monedas de oro, necesitará solo cogérle de la zanja en que voy á arrojarla. ¡Jóvenes Fedrias y Pamfili, saltad á ver si la atrapais! No faltarán Lais y Tais que os ayuden á gastarla.

Y levantando en alto la joya, iba á lanzarla á la calle, cuando le detuvieron el brazo por detras y se la arrancaron de la mano. Volviose bastante irritado, y vió á su espalda á la vieja Miriam, en cuyos ojos se pintaban la furia y el desprecio.

Bran se abalanzó al cuello de la anciana en un instante; pero el brillo de la mirada de Miriam la obligó á retroceder. Rafael llamó á la perra, y dirigiéndose tranquilamente á los burlados espectadores, dijo:

—Paciencia, mis desafortunados amigos. Habreis de reunir dinero por vosotros mismos: ¿cómo ha de ser! Sin embargo, desde la partida de mi nacion, esto ofrece mas dificultad que nunca. Los supremos destinos, á quienes, como lo conoceis perfectamente cuando os achispais, ni aun los filósofos pueden resistir, han devuelto el arco-iris de Sa-

lomon á su primitivo dueño. Adios, reina de la filosofía. Cuando encuentre al hombre en cuya busca voy, te avisaré. Madre, te acompaño para oír de tu boca una palabra amistosa antes de separarnos; si bien, prosiguió riéndose al alejarse de allí juntos, has obrado mal en privar á uno de nuestra nacion del esquisito placer de ver á esos perros paganos saltar dentro de la zanja por un efecto de su generosidad.

Hipatia prosiguió caminando hacia el Museo, sumamente turbada por tan extraño encuentro, y por el fin aun mas extraño que habia tenido. Cuidó, sin embargo, de no dejar traslucir ninguna señal exterior de su profundo interés hasta verse sola en su pequeño gabinete, unido al salon de lecciones; y allí, arrojándose en una silla, se puso á pensar, sintiendo por último, con no poca sorpresa y disgusto, resbalar las lágrimas por sus megillas. Con todo, en su seno no se abrigaba la menor chispa de afecto hacia Rafael; y si hubo alguna vez peligro de ello, el astuto judío se encargó de hacerlo desaparecer con el chancero y privado tono que empleaba siempre que veia apuntar un sentimien-

to profundo en sí mismo ó en los demas. En cuanto á los cumplimientos con que celebraba la belleza de Hipatia, ésta, como demasiado acostumbrada á tales demostraciones, los recibia con indiferencia. Pero conocia, segun acabamos de oírsele decir, que habia perdido quizá su único verdadero discípulo; mas aún... tal vez su verdadero maestro. Porque veia con bastante claridad que, bajo aquella máscara de Sileno, estaba oculta una naturaleza capaz de... más quisá de lo que ella se atrevia á imaginar. Siempre le habia encontrado superior á ella en habilidad práctica; y aquella mañana se habia convencido de lo que recelaba hacia tiempo, á saber: que tambien la dejaba atrás en ese ardor moral, en esa fuerza de voluntad que buscaba inútilmente en los enervados griegos que componian su círculo. Hasta en aquellas materias en que Rafael se declaraba su discípulo, Hipatia se habia recreado alternativamente en descubrir que él era el único de su escuela que parecia comprender á fondo y como por instinto todas sus palabras; y la hacian temblar la desagradable sospecha de que Rafael estuviese meramente

jugando con ella, con sus matemáticas y geometría, con su metafísica y su dialéctica, como un maestro de esgrima que se ejercitase tirando el florete y reservase su verdadera fuerza para algun objeto mas digno de él. Muchas veces una paradoja ó una pregunta del judío habian hecho vacilar sus mas hermosos sistemas y abierto horribles abismos de duda hasta en las verdades mas palpables, al parecer; ó alguna semiburlesca alusion á aquellas Escrituras hebreas, en las cuales él no habia querido nunca confesar hasta dónde y cómo creia, la hizo indignarse imaginando que Rafael se consideraba en posesion de un fondo reservado de ciencia, mas profunda y segura que la suya, que no queria partir con ella.

A pesar de todo, Hipatia se sentia irresistiblemente atraida hácia el judío. El lujo constante y deliberado de éste, que á ella le asustaba, era para Aben-Ezra, segun solia repetir con jactancia, á modo de un vestido que se pondria y quitaria á voluntad; y justamente acababa de probar que sus palabras no carecian de fundamento, presentándose como un digno rival de grandes filóso-

fos estóicos de otro tiempo. ¿Hubiera podido hacer mas el mismo Zenon? Por otra parte, Rafael le habia sido muy útil prácticamente. El, de motu proprio, resolvía sus problemas matemáticos; buscaba autoridades, mantenía en orden á los discípulos con la acritud de sus palabras, y proporcionaba otros nuevos con las gracias de su ingenio, con sus argumentos; y por último, con el no menos poderoso atractivo de su incomparable cocinero y de su bodega. Sobre todo, hacia en favor de Hipatia las veces de un terrible y valiente perro, que la defendía contra las bandas de groseros y á menudo brutales sofistas, restos de los antiguos Cínicos, Estóicos, y contra las escuelas académicas que, con veneno creciente, según costumbre de los partidos, en su decrepitud atacaban el hermoso castillo de naipes del Neoplatonismo, como una estéril amalgama de todos los sistemas de filosofía griega, con todas las supersticiones orientales. Estos Filisteos habian temido la pluma y la lengua de Rafael mas aún que las del caballeresco obispo de Cirene, y eso que éste, á juzgar por alguna de sus cartas, los aborrecía tanto co-

mo era capaz de aborrecer á criaturas humanas; es decir, no con mucha acrimonia.

Pero las visitas de Sinisio eran pocas y muy de vez en cuando; la distancia entre Cartago y Alejandria, el trabajo de su diócesis, y mas que todo, la creciente diferencia de miras entre él y su hermosa maestra, disminuían el precio de su proteccion. Y ahora faltaba tambien Aben-Ezra, y con él mil planes y esperanzas. ¡Cuán á menudo habia soñado Hipatia con que le convertiría al eabo á la fé filosófica en los antiguos dioses, y le haría su instrumento para detener la corriente del humano error!... ¿Quién ocuparía su puesto? ¿Plutarco de Atenas? Era demasiado viejo. ¿Siriano? Un mero lógico, que violentaba el texto de Aristóteles, obligándole á decir lo que ella sabia y él debiera haber sabido, que Aristóteles nunca pensó. ¿Su padre? Un hombre para quien todo se reducía á triángulos y secciones cónicas. ¡Cuán necios le parecían todos al lado del insondable judío!... Arañas de lindas telas.... Pero ¿las moscas se dejarían coger en ellas? Constructores de hermosas casas... ¡Si á lo menos el pue-

blo quisiese entrar y vivir en ellas! ¡Predicadores de selecta moralidad... que sus discípulos no practicaban! Sin ella, segura estaba de que la filosofía debía morir en la ciudad de Alejandria. ¿Y era su saber... ó otros encantos mas mundanos... los que le daban el necesario influjo para mantenerla viva? ¡Triste pensamiento! ¡Oh! ¡Pluguiera al cielo fuese fea, tan solo para evidenciar el poder de sus doctrinas!...

¡No! La contienda era ya bastante temible. Hipatia hubiera aceptado con júbilo cualquier auxilio, aunque terrestre y carnal. Pero, ¿habia alguna esperanza de éxito? Lo que necesitaba era hombres que obrasen mientras ella se detenía á pensar; y esos justamente no los encontraría en ninguna parte, escepto (bien lo sabia) en el clero cristiano, al cual odiaba. Así, el sacrificio de esta temible Ifigenia aparecía á lo lejos como inevitable, y la única esperanza de la filosofía estaba en su desesperacion.

Hipatia enjugó sus lágrimas, entró con orgullo en el salon, y subió á la tribuna, semejante á una diosa, en medio

de los aplausos de su auditorio..... ¿Qué le importaban? ¿Harian aquellos individuos lo que ella les dijese? Estaba á la mitad de la leccion, y aun no habia podido recobrase y lanzar de su mente el recuerdo de Rafael. En este punto principiaremos.

.....  
“¡La verdad! ¿Dónde está la verdad, sino en la misma alma? Los hechos, los objetos no son mas que fantasmas, espectros materiales de esta noche terrena, á cuya vista el alma, que duerme aquí en el cieno de la materia, tiembla, y llama á sus temblores sentido y percepcion. Sin embargo, esos sueños en estado de vigilia, que denominamos vista y sonido, del mismo modo que los que tenemos cuando dormimos realmente, escitan en nosotros la idea de seres misteriosos é inmateriales, libres de las ligaduras del tiempo y del espacio: divinos mensajeros, á quienes Zeus, compadeciéndose de sus hijos, que gimen encerrados en esta prision de carne, mandó despertar en ellos el recuerdo de ese verdadero mundo de las almas, de donde proceden. Una vez realizado esto en el filósofo; viendo, al

traves del velo de los sentidos y de los hechos, la verdad espiritual, de la cual ellos no son mas que la vestidura momentánea empleada en ocultar aquello mismo que hacen palpable, puede muy bien despreciar el hecho por la doctrina, la cáscara por la pepita, el cuerpo por el alma, de la cual este no es mas que el símbolo y el vehículo. ¿Qué importa, pues, al filósofo que estos nombres de individuos, Hector ó Priamo, Elena ó Aquiles, representen personas ó mitos? ¿Qué importa que hablasen ó pensasen como el de Scios dice que lo hacian? ¿Qué importa, tampoco, que el mismo Homero haya tenido ó no una existencia terrestre? El libro está aquí; aquí está la palabra que los hombres llaman suya. A quien quiera que perteneciesen estos pensamientos en un principio, ahora son míos. Yo me los he apropiado, los he pensado, los he hecho parte de mi alma. Aun mas, fueron y serán siempre partes de mí misma; porque ellos, como lo fué el poeta, como lo soy yo, no son mas que una parte del alma universal. ¿Qué importa, pues, que la noche envuelva aquellos poderosos pensamientos de an-

tiguos profetas? Ocúpense otros en conciliar los fragmentos cíclicos, ó en vindicar el catálogo de las naves que fueron á Troya. ¿Qué ha perdido el filósofo aunque se pruebe que los primeros son contradictorios y que el último ha sido intercalado? Las ideas están allí y nos pertenecen. Abramos nuestros corazones para recibirlas, procedan de donde procedan. En los libros sucede como en los hombres, nuestras almas solo deben tener comercio con el alma; y el alma del libro es todo lo que en él se encuentra de hermoso, verdadero y noble. Nos es indiferente que el poeta haya obrado con entera conciencia de las intenciones que en él descubrimos; en todo caso, esas intenciones deben hallarse en sus versos, porque si no, ¿cómo las veriamos nosotros? Hay, tanto en el vulgo profano como entre los que llevan aun bajo el manto del filósofo un corazón tambien profano, personas que consideran estas interpretaciones meramente como juegos arbitrarios y sofisticos de la fantasía. A ellas toca manifestar el objeto que Homero se propuso, si son absurdas las intenciones espirituales que en él en-

contramos; decir al mundo por qué es admirable Homero, si en él no existe lo que, en nuestro dictámen, le recomienda á la admiración de los hombres. ¿Dirán que el general lauro de que ha gozado durante tantos siglos ha sido inspirado por lo que parece ser su primera y literal intención? Mas aún, ¿se atreverán á imputarle esta intención literal? ¿Podrán suponer que la divina alma de Homero se degradase hasta escribir sobre festines actuales y físicos, sobre nupcias, danzas, robos nocturnos de caballos, fidelidad de perros y de porquerizos, enlaces entre dioses y hombres; ó que debe á estas vulgaridades el título de padre de la poesía, que le ha adjudicado el mas sabio de todos los siglos? ¡Miserable pensamiento, propio solo de la grosera y estúpida raza incapaz de apreciar sino lo que es palpable y está sujeto á la prueba de los sentidos! Seria como creer lo que nos dicen las Escrituras cristianas, cuando hablan de una divinidad que tiene manos y piés, ojos y oídos, que condesciende en prescribir modelos de muebles y de utensilios culinarios, y cuya perfección se consuma naciendo—¡re-

pugnante pensamiento!—de una doncella de aldea, y contaminándose con las miserias de los mas viles esclavos.

—¡Es falso! ¡Es una blasfemia! ¡Las Escrituras no pueden mentir! gritó una voz desde el extremo mas distante de la sala.

Era la de Filemon. Habia estado escuchando toda la lección, ó mejor dicho, habia estado observando, fuera de sí, la belleza de Hipatia, la gracia de sus maneras, la melodia de su voz, y sobre todo, el laberinto de su retórica, que brillaba ante los ojos de su alma como una tela de araña resplandeciente con el rocío. Un mar de nuevos pensamientos y cuestiones, ya que no de dudas, se agolpó á cada sentencia sobre su agudo entendimiento griego, con tanta mayor fuerza, tanto mas irresistiblemente, cuanto que su facultad especulativa estaba aun del todo desierta y vacía, sin que la protegiese ningun cultivo científico contra el embate de las olas. Por la primera vez en su vida se halló frente á frente con las cuestiones cardinales de todo pensamiento: “¿Qué soy, y adónde voy?” “¿Qué es lo que puedo saber?” Y en la terrible lucha empeñada con

ellas, había olvidado el objeto que le trajera allí. Al fin sintió que era preciso deshacer aquel encanto. ¿No era una pagana y una falsa profetisa? Oyó en sus últimas frases algo que le prestaba materia para el ataque; y parte por la indignacion que había excitado en él la blasfemia, parte por forzar su naturaleza á entrar en accion, salió de su estupor y habló.

Levantose un grito general.

—¡Afuera con el fraile! ¡Arrojad al rústico por la ventana! esclamaron una docena de jóvenes. Algunos de los mas valientes empezaron á trepar por los bancos para dirigirse contra él; y Filemon estaba felicitándose interiormente al ver tan próximo su glorioso martirio, cuando la serena y argentina voz de Hipatia apaciguó aquel tumulto en un momento.

—Dejad al jóven que oiga, señores. Es un fraile y un plebeyo, y no alcanza mas; le han enseñado así. Dejadle tomar asiento tranquilamente, y quizá podamos enseñarle de otra manera.

Y sin interrumpir, ni aun por una mudanza de tono, el hilo de su discurso, prosiguió diciendo:

“Oid ahora un pasaje del sexto libro de la *Iliada*, en el cual la última noche me ha parecido ver vislumbres de algun poderoso misterio. Lo conocéis perfectamente, y sin embargo, os lo voy á leer; pues el sonido y la pompa de tan alta poesía predispondrá nuestras almas para recibir mejor la ideas de una sabiduría sublime. Abamnon, el maestro, dice muy bien que el alma era en un principio armonía y ritmo, y antes de entregarse al cuerpo había escuchado la armonía divina. Por eso, cuando despues de unida al cuerpo, oye aquellas melodías que se asemejan mas á la armonía divina, las acoge con júbilo, recuerda por su medio esta armonía, se siente impelida hácia ella, en ella encuentra su refugio, y de ella participa tanto como le es posible.”

En seguida hirió los oídos de Filemon, por la primera vez, el poderoso y rotundo verso homérico:

Así habló la celosa despensera;  
Y Héctor, que presuroso de su alcázar  
Salía por volverse, por el mismo  
Camino que viniera, recorría  
Las anchurosas calles. Y la inmensa

Ciudad atravesando, ya llegaba  
Junto á la puerta Escea que salida  
Daba á la gran llanura; cuando triste  
A encontrarle corrió su tierna esposa;  
Andrómaca, nacida del valiente  
Etron, de Cilicia soberano,  
Que en Teba, capital de la selvosa  
Hipoplacia, habitó cuando vivía.  
Hija de este gran rey, y con riqueza  
Mucha dotada, la feliz esposa  
Era Andrómaca de Héctor; y á encontrar.  
Entonces vino acompañada solo (le  
De la nodriza, que arrimado al seno  
Á Astianaete llevaba. Era este niño  
De Héctor única prole, y parecía  
Un lucero, y su padre le pusiera  
El nombre de Escamandrió; pero todos  
Los Téneros Astianaete le llamaban,  
Porque Héctor era el baluarte firme  
Que á Ilion defendía. Cuando el héroe  
Al niño vió, se sonrió en silencio;  
Y Andrómaca, acercándose afligida,  
Lágrimas derramaba. Y al esposo  
Asiendo de la mano, y por su nombre  
Llamándole, decía acongojada:  
“¡Infeliz! tu valor ha de perderte:  
Ni tienes compasion del tierno infante,  
Ni de esta desgraciada que muy pronto  
En viudez quedará; porque los griegos,

Cargando todos sobre tí, la vida  
Fieros te quitarán. Más me valiera  
Descender á la tumba, que privada  
De tí quedar; que si á morir llegases,  
No habria para mí ningun consuelo,  
Sino llanto y dolor. Ya no me quedan  
Tierno padre ni madre cariñosa.  
Mató al primero el furibundo Aquiles,  
Mas no le despojó de la armadura,  
Aun saqueando á Teba; que á los dioses  
Temia hacerse odioso. Y el cadáver  
Con las armas quemando, á sus cenizas  
Una tumba erigió; y en torno de ella  
Las ninfas que de Júpiter nacieron,  
Los Oréades, álamos plantaron.  
Mis siete hermanos en el mismo día  
Bajaron todos al averno oscuro;  
Que á todos de la vida despiadado  
Aquiles despojó, mientras estaban  
Guardando los rebaños numerosos  
De bueyes y de ovejas. A mi madre,  
La que antes imperaba poderosa  
En la rica Hipoplacia, prisionera  
Aquí trajo tambien con sus tesoros,  
Y admitido el magnífico rescate  
La dejó en libertad; pero, llegada  
Al palacio que fuera de su esposo,  
La hirió Diana con suave flecha.  
Héctor! tú solo ya de tierno padre,

Y de madre me sirves y de hermano,  
Y eres mi dulce esposo. Compadece:  
A esta infeliz, la torre no abandones:  
Y en orfandad no dejes a este niño  
Y viuda a tu muger. En la colina  
De silvestres higueras coronada  
Nuestra gente reunen; que es el lado  
Por donde facilmente el enemigo  
Penetrar puede en la ciudad, y el muro  
Escalar de Ilion. Hasta tres veces  
Por esa parte acometer tentaron  
Los mas ardidos de la suerte aquea.  
Los Ayaces, el rey Idomeneo,  
Los dos Atridas y el feroz Diomedes;  
O ya que un adivino este paraje  
Les hubiese mostrado, ó que secreto  
Impulso los hubiese conducido."

Respondió el héroe á su afligida espo-  
"Nada de cuanto dices se me oculta; (sa:  
Pero temo tambien lo que dirian  
Contra mi los troyanos y troyanas  
Si cual cobarde de la lid huyera.  
Ni lo permite mi valor, que siempre  
Intrépido ha sabido presentarme  
En la liza, y al frente de los Téucros  
Pelear animoso por la gloria  
De mi padre y la mia. Bien conozco,  
Y el corazon y el alma lo presienten,  
Que ha de llegar el dia en que asolado

Será el fuerte Ilion, y en que perezcan  
Priamo y su nacion tan poderosa.  
Pero no tanto la comun ruina  
Que a los demas troyanos amenaza,  
Ni de Hércules la suerte y de mi padre  
El rey Priamo siento y mis hermanos,  
Que muchos valientes por la diestra  
De nuestros enemigos en el polvo  
Derribados serán, como la titya:  
Que alguno de los principes aqueos  
Dejándote la vida, por esclava  
A Argos te llevará, bañada en lloro.  
Y allí, de una extranjera desdeñosa  
Obediente á la voz, á pesar tuyo  
Y á la necesidad cediendo dura,  
La tela tejerás, é irás por agua  
A la fuente Meseida ó Hiperea.  
Y cuando vayas, los Argivos todos  
Que te vean pasar triste y llorosa,  
El uno al otro se dirán alegres:  
—Esa es la viuda de Héctor el famoso  
Campéon, que de todos los troyanos (ro  
Era el mas fuerte, cuando en torno al mu-  
De Ilion con los griegos peleaban.—  
Así alguno dirá, y al escucharle  
Nuevo dolor affigirá tu pecho,  
Y mucho entonces sentirás la falta  
De tu Héctor, el solo que podría  
De esclavitud sacarte si viviese.

La tierra amontonada mi cadáver  
Antes oculte, que llevarte vea  
Por esclava, y escuche tus gemidos.”  
Así decía, y alargó la mano  
Para tomar en brazos al infante;  
Pero, asustado el niño, sobre el pecho  
De la nodriza se arrojó gritando.  
Porque al ver la armadura refulgente  
Y la crin de cabello que terrible  
Sobre la alta cimera tremolaba,  
Se llenó de pavor. Su tierno padre  
Y su madre amorosa se reían,  
Y el héroe se quitó de la cabeza  
El casco reluciente, y en el suelo  
Poniéndole, en sus brazos al infante  
Tomó y le acarició. Y el dulce beso  
Imprimiendo en su cándida mequilla,  
Esta plegaria al soberano Jove  
Dirigió y á los otros inmortales:  
“¡Padre Jove! ¡Y vosotras, bienhadadas  
Deidades del Olimpo! Concededme  
Que mi hijo llegue á ser tan esforzado  
Como yo, y á los Téucros aventaje  
En pujanza y valor, y que algun día  
Sobre Ilion impere poderoso;  
Y que al verle volver de las batallas,  
Trayendo por despojo en sangre tinto  
El arnés de un guerrero, á quien la vida  
El mismo haya quitado, diga alguno:

—Este es mas valeroso que su padre.  
Y Andrómaca se alegre al escucharlo.”

Así dijo, y en manos de su esposa  
Al niño puso, y la doliente madre,  
Mezclando con sus lágrimas la risa,  
Le recibiera en el fragante seno (1).

“Tal es el mito. ¿Imagináis que en él quisiese Homero presentar á la admiración de los siglos lugares comunes como el brutal afecto de una madre y los terrores de un niño? Séale permitido al filósofo, con su conocimiento mas profundo, sin que se le tache de visionario, ver al través de los anteriores versos algun misterio mas hondo.

“El alma escogida, por ejemplo.... ¿Su nombre no es Astianaete, rey de la ciudad, guía y señor de todo lo que le rodea, por el simple hecho de su parentesco etéreo, aunque no lo sabe? Niña aún, descansa en el fragante seno de su madre la Naturaleza, nodriza y enemiga, sin embargo, del hombre; Andrómaca, como el poeta la llama perfectamente, porque combate, cuando crece y llega al estado de hombre, con el mismo á

(1) Traducción de Hermocalla.

quien alimentó en la infancia. Es hermosa, pero imprudente; pues nos trata, según la costumbre de las madres, con una indulgencia que raya en debilidad; y temiendo que salgamos en busca de las grandes realidades de la especulación, no sea que la olvidemos por la gloria, desearía que pasásemos la juventud en el harem, y que jugásemos eternamente sobre sus rodillas. Y el alma escogida, ¿no tiene también un padre á quien no conoce? Héctor, que está afuera — independiente de la Naturaleza, de la cual, no obstante, es marido, — el Alma plástica, que lo invade todo, que forma, que organiza, á quien los hombres llaman Zeus el legislador, Éster el fuego, Osiris el dispensador de la vida; á quien el poeta nos presenta como el defensor de la ciudad mítica, de la armonía, del orden, de la belleza en todo el universo? Aparte está su abuelo . . . Priamo, la existencia primera, padre de muchos hijos, la Razon absoluta; invisible, tremendo, inmóvil en su distante gloria; y sin embargo, sometido á esa unidad sin fondo que Homero llama Nada. El Origen de todo lo que existe, y no obstante,

Nada en Sí mismo, inefable, sin predicado.

Desde El y por El el alma universal penetra en todo lo criado, para cumplir las órdenes de aquella razón, de la cual sale y se derrama, á su pesar, en la multitud de las apariencias materiales, combatiendo las fueras brutas de la grosera materia, destruyendo todo lo que es impuro y no armoniza con ella, y estrechando contra su seno la belleza y todo aquello en que ve su reflejo; imprimiendo en esta su sello y reproduciendo su semejanza, sea estrella, demonio ó alma del elegido; y sin embargo, como el poeta insinúa en su antropomórfico lenguaje, asediada entretanto por cierta tristeza, oprimida en medio de todas sus tareas por el sentimiento de la fatalidad, por la idea de esa Unidad Primera, de quien el alma ha emanado en un principio, de quien ella y su padre la Razon se separaron, cuando se atrevieron á pensar y obrar, sosteniendo que eran libres.

“En este tiempo, ¡ay! Héctor, el padre, combate, mientras sus hijos duermen y se erian; ha marchado á la guerra y ellos no le conocen; no conocen, no

saben que ellos, los individuos, no son mas que porciones de él, el universal. No obstante, de vez en cuando (¡benditos tres veces aquellos que deben a su parentesco celestial el que tales momentos formen parte de sus destinos!) de vez en cuando brilla en el alma humana la intuición del inesplicable secreto. En la estrellada gloria de una noche de verano; en el rugido de un caudaloso Nilo, que lleva la fertilidad en sus olas; en los pavorosos abismos de la bóveda del templo; en las salvas melodías de los antiguos cantores Orficos; ó ante las imágenes de aquellos dioses, de cuya perfecta hermosura los divinos teosofistas de Grecia tomaron una pasajera sombra, y con el repentino poder del éxtasis artístico la sumergieron, como haría la vara de un encantador, en un eterno sueño de blanca piedra; en medio de todos esos objetos se refleja sobre la luz interior del espíritu, la visión, hermosa y terrible, de una fuerza, una energía, un alma, una idea, única, y sin embargo, múltiple; que pasa al través de las cosas criadas, como el viento al través de las cuerdas de la lira, sacando de ellas una armonía celes-

te; sangre vital que recorre el millon de venas del universo, y que brota de un gran corazón invisible, cuyas atronadoras pulsaciones oye á lo lejos el espíritu, latiendo eternamente en la honda soledad, mas allá de los cielos y de las vías lacteas, mas allá de los espacios y de los tiempos, que no son en sí mismos sino venas y canales de un mar que todo lo fecunda.

“¡Felices una y mil veces los que se han atrevido, aun faltándoles el aliento, cegados por las lágrimas de una temible alegría, y cayendo de rodillas en el mayor desamparo, al sentirse á modo de hojas secas en el torbellino que barre el universo; felices, digo, los que se han atrevido á mirar, aunque fuese un solo instante, el terror de tan glorioso espectáculo; y que, como el niño Astianacte, no se han asido trémulos del cuello de la madre Naturaleza, asustados por el esplendor de las armas de Hecctor y por el brillo de su cimera! ¡Felices una y mil veces, aun cuando sus pupilas, quemadas por el exceso de luz, se reduzcan á cenizas en sus concavidades! . . . ¡No sería un noble fin haber visto á Zeus, y morir como Semele,

abrasado por su gloria? ¡Felices una y mil veces! aunque sus entendimientos vacilen á impulso de la divina embriaguez, y los cerdos de Circe los llamen en adelante locos y entusiastas. En efecto, son entusiastas, porque la Divinidad está en ellos, y ellos en la Divinidad. Con el tiempo, esta carga de individualismo se desvanece, y reconociéndose como porciones del Alma universal, se elevan, al través y mas allá de la Razon de que el alma procede, hasta la fuente de todo, la inefable y Suprema Unidad, y en viéndola, se convierten por este acto en partes de su esencia. Ellos no hablan mas, pero Ella habla en ellos; y todo su ser, en virtud de la gloriosa luz solar cuyos rayos se han atrevido, como el águila, á mirar sin débil temblor, se transforma en armonioso vehículo de las palabras de la Divinidad, y pasivo en sí mismo, profiere los secretos de los dioses inmortales. ¡Qué extraño que al mayor número parezcan visionarios? Sea así. ¡Que rian cuanto quieran! Pero no me pidais que os enseñe cosas inesplícables, superiores á todas las ciencias; cosa que ni la dialéctica ni la razon han podido alcanzar, que deben ser vistas

únicamente, confesando en seguida la imposibilidad de esplicarlas. Fuera de aquí, ¡oh, tú que no crees en la academia! ¡Fuera de aquí, Cínjco, que te burlas de todo! ¡Fuera de aquí, Estóico, que adoras los sentidos é imaginas que el alma recibe su ciencia de esas apariencias materiales que ella misma crea! ¡Fuera de aquí!... Pero no, ¡quedaos y reid, si así os place! Todo se reduce á pasar unos cuantos dias mas en esta cárcel de nuestra dégradacion, y luego cada cosa volverá á su fuente; la gota de sangre al corazon profundo, el agua al rio, el rio al mar; y la gota de rocío que cayó del cielo, subirá otra vez al cielo, lanzando léjos de sí el polvo que la obligó á bajar con su peso; derretida la nieve que la habia tenido encadenada á la yerba de la tierra; elevándose mas y mas, al través de las estrellas y los soles, al través de los dioses y de los padres de los dioses, creciendo su pureza en las vidas sucesivas hasta entrar en la Nada, que es todo, y hallar por último su morada definitiva....”

Al llegar aquí, Hipatia se detuvo repentinamente; en sus ojos se veian bri-

llar algunas lágrimas, y toda su figura parecía estremecerse y dilatarse, en medio del entusiasmo que la arrebató. Permaneció un momento inmóvil y mirando con ardor á su auditorio, como si esperase escitar en él algun sentimiento poderoso en relacion con el suyo; en seguida, recobrándose, añadió en tono mas tierno y no exento de cierta tristeza:

“Idos ya, discipulos míos. Hipatia no tiene hoy nada mas que decirnos. Idos, y ahorradle á lo menos (pues que al cabo es muger) la vergüenza de conocer que os ha comunicado mas de lo que debia, alzando el velo de Isis delante de personas cuyos ojos no estan aún bastante purificados para ver la gloria de la diosa. ¡Adios!”

Acabó de hablar; y Filemon, en el momento que el encanto de su voz cesó de obrar sobre él, saltó de su asiento y atravesó rápidamente el corredor hasta encontrarse en la calle. . . .

¡Qué hermosa! ¡Qué tranquila y llena de compasion hacia él! ¡Qué entusiasta con todo lo que era noble! ¡No habia hablado ella tambien del mundo invisible, de la esperanza de inmortalidad,

de la conquista del espíritu sobre la carne, justamente como lo hubiera hecho un cristiano? ¿Era tan inmenso el abismo que los separaba? Entonces, ¿por qué las aspiraciones de Hipatia habian despertado en su corazon ecos semejantes á los que solian despertar las oraciones y lecciones de los Lauros? Pareciéndose tanto el fruto, ¿no debia parecerse tambien la raíz? . . . ¿Seria todo aquello una impostura? ¿Seria Hipatia un ministro de Satanás bajo la forma de un ángel de luz? Porque luz era. . . En sus ojos, en sus labios, en sus acciones brillaban la pureza, la sencillez, el valor, el entusiasmo, la ternura. . . ¿Una pagana que no creia! . . . ¿Qué significaba todo esto? . . .

Pero faltábale el golpe final que debia completar la estremada confusión de su espíritu. Porque, aun no habia andado cincuenta varas, cuando su amigo, el de la cesta de fruta, á quien no habia vuelto á ver desde que desapareció bajo los piés de la multitud en la puerta del teatro, le asió del brazo y prorumpió en las siguientes frases, pudiendo apenas respirar de cansado:

—¡Los. . . dioses. . . prodigan sus

favores.... á aquellos que.... que menos los merecen! ¡Temerario é insolente rústico! Y es esta la recompensa de tu locura!

—¡Vete! dijo Filemon, no encontrándose en aquel momento con ánimo de renovar sus relaciones con el porterillo. Pero el encargado de custodiar los quitasoles tenía bien echada la garra á la piel de cordero.

—¡Loco! ¡Hipatia, la misma Hipatia te envía á llamar! ¡Si, la vas á ver, vas á hablar con ella, mientras que yo.... yo, el iluminado.... yo, el obediente.... yo, el adorador.... que hace tres años me estoy arrastrando en el arroyo á fin de que la orla de su vestido toque la punta de mi dedo mas pequeño.... yo.... yo.... yo....

—¿Qué quieres, loco?

—¡Ella te llama, miserable, insensato! Teon me ha enviado.... á mí, que apenas puedo respirar á causa de la carrera y de la envidia.... ¡Vé, favorito de los injustos dioses!

—¿Quién es Teon?

—¡Su padre, ignorante! El me envía á decirte que vayas á casa de Hipatia.... á su casa.... aquí.... enfrente.... mañana

á las tres.... ¡Oye y obedece!.... Pero están saliendo del Museo y todos los quitasoles van á trocarse. ¡Ay, desdichado de mí!

Y el pobre porterillo retrocedió apresuradamente; mientras que Filemon, flotando entre el temor y el deseo, no cesó de correr en todo el camino que conducía al Serápeo, sin cuidarse de carruajes, de elefantes, ni de las personas que iban á pié; y despues de haber sido derribado en tierra por un insolente portero, y de haber dejado un pedazo de su piel de cordero entre los dientes de un camello furioso, sin tener tiempo para vengar ninguno de estos insultos, llegó á casa del arzobispo, tropezó en la puerta con Pedro, y pidió temblando una audiencia á Cirilo.

## CAPITULO XI.

### EL ARCO ROTO.

Cirilo oyó la narracion de Filemon, y el mensaje dirigido á éste por Hipatia con tranquila sonrisa, y en segura des-

favores.... á aquellos que.... que menos los merecen! ¡Temerario é insolente rústico! Y es esta la recompensa de tu locura!

—¡Vete! dijo Filemon, no encontrándose en aquel momento con ánimo de renovar sus relaciones con el porterillo. Pero el encargado de custodiar los quitasoles tenía bien echada la garra á la piel de cordero.

—¡Loco! ¡Hipatia, la misma Hipatia te envía á llamar! ¡Si, la vas á ver, vas á hablar con ella, mientras que yo.... yo, el iluminado.... yo, el obediente.... yo, el adorador.... que hace tres años me estoy arrastrando en el arroyo á fin de que la orla de su vestido toque la punta de mi dedo mas pequeño.... yo.... yo.... yo....

—¿Qué quieres, loco?

—¡Ella te llama, miserable, insensato! Teon me ha enviado.... á mí, que apenas puedo respirar á causa de la carrera y de la envidia.... ¡Vé, favorito de los injustos dioses!

—¿Quién es Teon?

—¡Su padre, ignorante! El me envía á decirte que vayas á casa de Hipatia.... á su casa.... aquí.... enfrente.... mañana

á las tres.... ¡Oye y obedece!.... Pero están saliendo del Museo y todos los quitasoles van á trocarse. ¡Ay, desdichado de mí!

Y el pobre porterillo retrocedió apresuradamente; mientras que Filemon, flotando entre el temor y el deseo, no cesó de correr en todo el camino que conducía al Serápeo, sin cuidarse de carruajes, de elefantes, ni de las personas que iban á pié; y despues de haber sido derribado en tierra por un insolente portero, y de haber dejado un pedazo de su piel de cordero entre los dientes de un camello furioso, sin tener tiempo para vengar ninguno de estos insultos, llegó á casa del arzobispo, tropezó en la puerta con Pedro, y pidió temblando una audiencia á Cirilo.

## CAPITULO XI.

### EL ARCO ROTO.

Cirilo oyó la narracion de Filemon, y el mensaje dirigido á éste por Hipatia con tranquila sonrisa, y en segura des-

pidió al joven, encargándole trabajo para aquella tarde en la ciudad, y previniéndole no dijese palabra de lo que habia pasado, y que volviese por la noche á recibir sus órdenes, pues ya habria tenido tiempo de reflexionar sobre el asunto. Filemon salió, pues, con sus compañeros y recorrió calles asquerosas por efecto de la porquería y la pobreza, hijas de la ociosidad obligada y del crimen. Terriblemente real y práctico era todo aquello; pero él lo veía confuso, como si estuviese soñando. Ante sus ojos brillaba siempre un semblante; en sus oídos sonaba una voz argentina. . . . “Es un fraile, y no sabe mas. . . .” ¡Es cierto! ¡Y cómo sabria mas! ¡Podia él decir lo mas que habia que saber en aquel grande y nuevo universo, habiendo pasado hasta allí la vida metido en una de sus mas estrechas grietas? No conocia mas que un solo lado de las cosas. ¡Y si estas contasen dos? ¡No tenia derecho. . . . es decir, no era propio, bueno, prudente oír á las dos partes, y luego juzgar?

Quizá Cirilo no anduvo acertado en enviar al joven á practicar actos de beneficencia sin prescribirle antes su de-

ber respecto á la invitacion de Hipatia. No habia calculado los nuevos pensamientos que atormentaban á Filemon; y tal vez fueran ininteligibles para él, si los conociese. Educado bajo las reglas del mas severo dogma, en los vastos establecimientos monásticos de Nitria, que eran en sí mismos un mundo de produccion industrial, no menos que de ejercicio religioso, y acostumbraban á los frailes, por su aproximacion á la gran ciudad, á aquel mundo, objeto de su desprecio; envuelto desde la niñez en las intrigas de su altivo y ambicioso tio Teófilo, Cirilo le habia sucedido en el patriarcado de Alejandria sin haber experimentado nunca el veneno de la duda; y podia, sin el menor eserpulo, emplear su terrible energia y su claro entendimiento en la causa de la Iglesia. ¡Cómo simpatizaría, pues, con el pobre joven de veinte años, arrancado de improviso de la tranquila y sombría caverna de los Lauros, y arrojado en medio del tumulto y del brillo deslumbrador del mundo? Tambien él se habia criado en el claustro; pero la vida ocupada de Nitria, sin descanso, sin sencillez, sin afectos humanos, era diametralmente

opuesta al gobierno de las distantes y pobres comunidades de cenobitas, que meditaban en los solitarios valles que se internan en el corazón de los desiertos de la Nubia. Allí Filemon había encontrado en un venerable anciano la simpatía de una madre y el cuidado de un padre, y ahora necesitaba el estímulo de una voz apacible, la mirada benévola de un amigo, y estaba solo y con el corazón enfermo.... Y entretanto la voz de Hipatia asediaba incesantemente sus oídos, como un torrente de armonía.... Aquel alto entusiasmo, tan dulce y modesto en su grandeza; aquel tono de piedad (pues en una persona tan amable no podía llamarse desprecio) con que se dirigía al mayor número; aquel delicioso fantasma de ser un entendimiento escogido.... diverso de la multitud.... “¿Y soy yo enteramente como la multitud?” dijo para sí Filemon, mientras se sentía vacilar bajo el peso de un enfermo que llevaba acuestas. “No puede encontrarse para mí un trabajo más á propósito que este, que cualquier mozo de carga del muelle es capaz de desempeñar tan bien como yo? ¿La tarea en que me ocupo, no habrá

deteriorado algo mis facultades? ¿No tengo entendimiento, gusto, razón? Yo pudiera apreciar lo que ella decía. ¿Por qué mis facultades no han de ser educadas? ¿Por qué la ciencia ha de estar vedada para mí únicamente? Hay una gnosis cristiana como la hay pagana. Lo que fué permitido á Clemente (é iba á nombrar á Orígenes, pero se detuvo al borde de la heregia) debe serlo también á mí. ¿Mi ansia de saber no es señal de que existe en mí la capacidad de la ciencia? Seguramente mi esfera es el estudio más bien que la calle.

Y entonces sus compañeros (no podía menos de confesarlo) empezaron á ser menos venerables á sus ojos. Por más que se empeñase en olvidar las censuras del anciano eclesiástico, tenía el hecho ante sí. Aquellos hombres eran groseros, feroces, turbulentos.... ¡tan diferentes de ella! Sus conversaciones parecían mera charla, y algunas hasta escandalosas; las más encerraban malos juicios, versando por lo regular sobre la ambición particular de este hombre ó sobre la orgullosa mirada de aquella mujer; ocupándose en si fulano había asistido á la Eucaristía el domingo an-

terior, ó si zutano habia salido despues del sermon; y murmurando de los que se habian quedado y de los que se habian marchado. . . . Sospechas sin fin, burlas, quejas. . . . ¿Cómo habian de cuidarse de la eterna gloria y de la vision beatifica? El pobre jóven, sintiendo avivarse su facultad de censurar con la influencia de las censuras de los demas, creia ver, bajo las humildes frases en que hablaban de sus obras de amor y de la recompensa futura de sus presentes humillaciones, un profundo y mal encubierto orgullo, una fé en su propia infalibilidad, una intolerancia despreciativa de todos los hombres, por venerables que fuesen, si disentian de su partido en la cosa mas ligera. Hablaban con desden de las tendencias de Agustin á latinizar, y execraban abiertamente á Crisóstomo, como el mas vil é impío de los cismáticos. Pero, cuando al hablar de guerras y desolaciones pasadas y futuras, no les oia una palabra de lastima hacia las víctimas; cuando últimamente, á la sola mencion de Orestes y de Hipatia, como su consejera, habian prorrumpido en imprecaciones, llamando sobre ellos la mal-

dicion de Dios, Filemon se estremeció, preguntandose á sí mismo involuntariamente, si eran aquellos los ministros del Evangelio; si eran aquellos los frutos del Espiritu de Cristo. . . .

Esta pregunta formaba un eco débil, lejano, semejante al ruido sordo, precursor del terremoto; y sin embargo habia abierto, como aquel en el suelo, una grieta en su creencia, en su esperanza, en el recuerdo de su ser, una hendidura del grueso de un cabello. . . . Solo del grueso de un cabello, pero bastaba con esto para que todo su mundo, así interior como exterior, cambiase de forma y estallase cada una de sus coyunturas. ¿Qué sucederia si debiese caer hecho pedazos? La sola idea le volvia loco y dudaba de su identidad. La luz del cielo habia alterado su color. Por último, la firme tierra que pisaba no era una realidad sólida, sino una frágil concha que cubria. . . . ¿el qué?

La pesadilla se desvaneció y respiró nuevamente. ¿Qué extraño sueño! El sol y el cansancio le habian causado vértigos y se habia olvidado de cuanto le rodeaba.

Fatigado con el trabajo, y mas aún con

el pensamiento, volvió aquella tarde, deseando y temiendo á un tiempo que el patriarca le permitiese hablar á Hipatia. Casi esperaba á ratos que Cirilo le considerase demasiado débil para ello; y en el momento siguiente, todo su orgullo y atrevimiento, por no decir su fé y su esperanza, le excitaban á ir. ¡Si pudiese á lo menos arrostrar la presencia de la terrible encantadora y censurarla en su cara! ¡Pero era tan amable, tan noble su aspecto! ¡Cómo hablarla en tono que no fuese de blando consejo, de piedad, de súplica? ¡No le sería posible convertirla... salvarla? ¡Pensamiento glorioso! ¡Conquistar semejante alma para la verdadera fé! ¡Ser capaz de mostrar, como primer fruto de su mision, al mas ilustre adalid del paganismo! Valia la pena de haber vivido para conseguir esto, despues de lo cual no importaba morir.

El palacio arzobispal, cuando Filemon entró en él, se hallaba en un estado de fermentacion mayor que el que tenia de costumbre. Grupos de frailes, clérigos, parabolanos y vecinos ricos y pobres, ocupaban el patio y discurrían agitadamente; y una multitud de mon-

ges recién llegados de Nitria, con el cabello y la barba descompuestos, las facciones descarnadas á consecuencia del continuo ayuno, y envueltos de la cabeza hasta los piés en sus largos hábitos, estaban gesticulando violentamente y excitaban con palabras destempladas á sus compañeros mas pacíficos á vengar algun insulto inferido á la Iglesia.

—¿De qué se trata? preguntó Filemon á un vecino de porte magestuoso, que estaba mirando, con rostro perplejo, hácia las ventanas de las habitaciones del patriarca.

—No me preguntes, pues es cosa que no me interesa. ¡Por qué su santidad no sale y les habla? ¡Santísima Virgen, Madre de Dios, haz que salgamos bien de todo esto!

—¡Cobarde! gritó un monge á su oído. Estos mercaderes no se cuidan mas que de sus tiendas. Mejor que perder un dia de despacho, quisieran ver las iglesias saqueadas por los paganos.

—¡No los necesitamos! exclamó otro. Nosotros manejamos á Diógenes y su hermano, y podemos manejar á Orestes. Envíe la respuesta que le acomode; de todos modos el diablo tendrá su presa.

—Hace dos horas que debieran haber vuelto; sin duda no estarán ya vivos.

—El no se habrá atrevido á tocar al arcediano.

—A todo es capaz de atreverse. Cirilo no ha hecho bien en enviarlos como ovejas entre lobos. ¿Que necesidad habia de decir al prefecto que los judíos se habian marchado? Demasiado pronto lo hubiera sabido por sí mismo en el momento que necesitase pedir prestado dinero.

—¿Qué es lo que sucede? preguntó Filemon á Pedro, que se presentó á la sazón en el cuadrángulo, recorriéndolo á paso largo, y al parecer, fuera de sí de rabia.

—¡Ah! ¿Tú aquí? ¡Bien puedes irte hasta mañana, necio! El patriarca no está en disposición de hablar ahora contigo. ¿Por qué habria de hacerlo? Hay gentes que han formado de sí mismas tal opinion, que.... Vamos, bien puedes irte. Si no has perdido el juicio, ve-te y vuelve mañana. Veremos si el que se eleva á sí propio no es abatido antes que todo concluya!

E iba á salir, cuando Filemon, sin tomar su cólera, le detuvo.

—Su santidad me ordenó le viese antes de....

Pedro se volvió á él lleno de furia.

—¡Loco! ¿Te atreverías á presentarte á él con tus fantásticos sueños en momentos como estos?

—El me ordenó que le viese, dijo Filemon con la disciplina verdaderamente militar de un monge, y le veré, á pesar de todo el mundo. El corazón me anuncia que tú deseas privarme de sus consejos y de su bendicion.

Pedro le miró un instante con maligna expresion; y en seguida, sin que el jóven lo esperase, le dió un bofetón y gritó pidiendo auxilio.

Si el golpe se lo hubiese dado Pambo en los Lauros una semana antes, Filemon lo hubiera llevado con paciencia; pero dándoselo aquel hombre, y sin aguardarlo, como la coronacion de su desaliento y disgusto, le era intolerable. Así, en un instante, las largas piernas de Pedro estaban tendidas en el suelo, mientras él bramaba como un toro, llamando en su socorro á todos los mouges de Nitria.

Una docena de manos descarnadas y

morenas estaban asidas del cuello de Filemon cuando se levantó Pedro.

—¡Cogedle, cogedle! gritaba éste. ¡Es un traidor! ¡Un herege! ¡Está de acuerdo con los paganos!

—¡Al suelo con él! ¡Echadle de aquí! ¡Llevedle al arzobispo!

Entretanto Filemon consiguió librarse de ellos, y Pedro volvió á la carga.

—¡Atestiguo con todos los buenos cristianos! ¡Me ha molido á golpes en el patio de la casa del Señor, en medio de tí, oh Jerusalem! ¡Y estubo en el salon de lecciones de Hipatia esta mañana!

Levantose un grito de piadoso horror. Filemon apoyó su espalda contra la pared.

—¡Su santidad el patriarca me envió!

—¡Confiesa, confiesa! ¡Engañó la piedad del patriarca para que le dejase ir, so pretexto de convertirla; y ahora mismo quiere penetrar hasta Cirilo, excitado únicamente por el deseo carnal de ver á la hechicera en su casa mañana!

—¡Escándalo! ¡Abominacion! Y todos embistieron al pobre jóven.

Subiósele la sangre á la cabeza. La parte respetable de la multitud, como

acontece en tales casos, se retiró prudentemente y dejó á Filemon á merced de los mas turbulentos, no queriendo dañar su reputacion de ortodoxia, ya que supongamos no se acordara de poner á salvo sus personas; y el jóven se defendió como pudo. Buscó con los ojos una arma, pero no habia ninguna.

—¡Permitidme salir de este patio! Dios sabe si soy herege, y á El apelo. El santo patriarca será informado de vuestra iniquidad. No os molestaré; os dejaré que me llameis herege, ó pagano, si os place, con tal de atravesar ese umbral, hasta que vuelva de órden de Cirilo y os eubra de vergüenza.

Dicho esto, se abrió paso hasta la puerta, en medio de las burlas de la multitud, que hacian agolpar toda su sangre á las mejillas. Por dos veces al atravesar el pasaje embovedado le acometieron; pero los mas moderados entre sus perseguidores, sirvieron de freno á los demas. Sin embargo, Filemon, á fuer de jóven exaltado, no pudo dejarlos sin dirigirles por despedida algunas palabras; y ya en el umbral, se volvió á ellos y les dijo:

—Vosotros que os llamais los discí-

pulos del Señor, y os pareceis mas bien á los endemoniados que habitan dia y noche en las tumbas, gritando y cortándose con piedras. . . .

En un instante se vió acometido por todos, y afortunadamente para él, fué á parar en medio de una partida de eclesiásticos, que venian precipitadamente de la calle, con los rostros palidos de terror.

—¡Se ha negado! exclamó el que iba delante. ¡Ha declarado la guerra á la Iglesia de Dios!

—¡Oh, amigos míos! dijo el arcediano, nos hemos librado como el pájaro de la red que le tiende el cazador. El tirano nos tuvo dos horas aguardando á las puertas de su palacio, y despues envió liectores contra nosotros con varas y hachas, diciendo que era el único mensaje que enviaba á los autores de motines.

—¡Al patriarca! ¡Vamos á ver al patriarca!

Y la multitud entró de nuevo en el patio, dejando á Filemon solo en la calle. . . . y en el mundo.

¿A dónde iria ahora?

En su furia anduvo unas ciento ó mas

varas antes de hacerse á sí mismo esta pregunta; y cuando llegó el caso de dirigírsela, no se encontró dispuesto á responder á ella. Caminó á la ventura, como si fuese lanzado del puerto en medio de un mar sin orilla, ceñido de tinieblas: el cielo y la tierra no eran nada para él. Estaba solo en la ceguedad de su ira.

Gradualmente una idea fija, como un fanal, empezó á brillar al través de su tormenta. . . . Ver á Hipatia y convertirla. Tenia para ello la licencia del patriarca. Esto le justificaría y le proporcionaría un triunfo mas glorioso que el de ningun César, en el cual llevaría cautiva, en las cadenas del Evangelio, á la reina del paganismo. Le quedaba esto para hacerle grata la vida.

Su cólera fué calmándose á medida que anduvo arriba y abajo á la débil luz del crepúsculo de la tarde, hasta que por último perdió enteramente el camino. ¿Qué le importaba? Al dia siguiente encontraría á lo menos el salon de lecciones. Llegó por fin á una calle ancha, que le pareció conocer. ¿Era la puerta del Sol aquella que se veía á lo léjos? Filemon corrió indiferentemente hácia

ella, y se halló al cabo en la grande esplanada, donde le habia engañado el porterillo tres días antes. Estaba, pues, cerca del Museo y de la casa de Hipatia. El destino le habia conducido, sin él saberlo, al teatro de su empresa. Era un buen presagio; y Filemon hubiera querido dirigirse allí desde luego, pues lo mismo dormiría en la grada de la puerta de Hipatia que en otra cualquiera, y lograría quizá ver á la filósofa, á pesar de lo tarde de la hora, saliendo ó entrando. Por otra parte, debia convenirle acostumbrarse á su vista, para no sentirse confuso al día siguiente delante de aquella hechicera. Además, si hemos de decir la verdad, su independencia y su libre albedrío, subyugados, ó mas bien adormidos por la disciplina de los Lauros, habian empezado á vivir con una vida salvaje, y le producian un misterioso placer, que no habia experimentado sino desde que era un niño desobediente, y que consistia en hacer lo que le acomodase, bueno ó malo, simplemente por ser su gusto. Toda criatura dotada de libre albedrío, tiene momentos semejantes. ¡Dichosos aquellos que no han carecido, como el po-

bre Filemon, de la educacion necesaria para saber contrarestarlos! Pero él debia aprender aún, mejor dicho, sus tutores debian convencerse de que la senda mas segura para llegar el hombre á obedecer voluntariamente y á refrenar con energía sus pasiones, no es la esclavitud, sino la libertad.

El no estaba cierto de cuál era la casa de Hipatia; pero en cuanto á la puerta del Musco, no le cabia la menor duda. Así, se sentó al pié de la pared del jardin, influyendo en él de un modo beneficioso la fresca noche, el augusto silencio y el rico perfume de mil flores exóticas que llenaban el aire con su balsamo. Allí sentado, esperó en vano entrever el único objeto que ocupaba su imaginacion. ¿Cuál de aquellas casas era la suya? ¿Cuál era la ventana de su habitacion? ¿Daba á la calle? ¿Qué tenia que hacer la fantasía de Filemon con habitaciones de mugeres? . . . Sin embargo, no podia menos de fijar la vista en una ventana abierta, que dejaba ver dentro una lámpara encendida, y su imaginacion se entregaba á una porcion de conjeturas y esperanzas. Hasta dió algunos pasos mas para ver mejor el in-

terior brillante de aquel aposento. A pesar de su altura, logró distinguir estantes de libros y cuadros en las paredes. ¿Era su voz la que acababa de oír? ¡Sí!... una voz de muger, leyendo versos, se percibía claramente en el silencio de la noche, tan profundo, que ni siquiera se oían mover las hojas de los árboles. Filemon quedó como clavado allí por la curiosidad.

De repente cesó la voz, y la figura de una muger se aproximó á la ventana, donde permaneció inmóvil mirando al cielo estrellado y aspirando, al parecer, la gloria, el silencio, el rico perfume.... ¿Sería ella? Filemon sentía precipitarse las pulsaciones de todo su cuerpo.... ¿Sería Hipatia? ¿Qué estaba haciendo? No podía distinguir sus facciones; pero el resplandor de una brillante luna oriental le mostraba una frente dirigida hácia arriba, en medio de doradas trenzas que ocultaban todo su rostro, excepto las blancas manos cruzadas sobre su seno.... ¿Estaba orando? ¿Eran aquellas sus brujerías de la media noche?

Y su corazón palpitó cada vez con mas fuerza, hasta casi imaginar que ella pudiese sus latidos oír.... La descono-

cida seguía inmóvil, con los ojos fijos en el cielo, semejante á una estatua de marfil y oro. Y detrás, en lo interior de la habitación, se veían pinturas, libros, un mundo entero de ciencia y hermosura desconocidos.... Y ella, la sacerdotisa de aquel templo, le convidaba á imitarla y á ser sabio. ¿Era una tentación? Quiso huir de allí... ¡Locura! ¿Acaso tenía seguridad de que fuese Hipatia?

De repente hizo un movimiento. Ella miró hácia abajo, le vió, y desapareció cerrando la ventana. En vano, ya que la aparición se había desvanecido, Filemon volvió á sentarse, y aguardó que reapareciese, casi maldiciendo haber deshecho el encanto. La ventana no volvió á abrirse, el joven, fatigado, se encontró al poco tiempo caminando en sueños hácia los Laureos, bajo el influjo de una balsámica noche semitropical.

CAPITULO X.

LA ENTREVISTA.

Filemon fué despertado al amanecer del siguiente día por los criados que iban á barrer la sala de lecciones, y empezó á pasearse, bastante triste, arriba y abajo, deseando y temiendo á la par que pasasen las tres horas, transcurridas las cuales sería admitido en casa de Hipatia. Pero no habia probado alimento desde las doce del día anterior; apenas habia dormido tres horas aquella noche, y habia estado trabajando, corriendo y combatiendo por espacio de dos días sin un momento de tranquilidad de cuerpo ni de espíritu. Enfermo de hambre y de cansancio, y lleno de dolores desde la cabeza hasta los piés, á causa del duro lecho de granito que acababa de dejar, se sintió incapaz de reunir sus ideas para la próxima entrevista. No se le alcanzaba el modo de conseguir qué comer; pero, teniendo dos manos, podía á lo menos ganarse una moneda transportando alguna carga; de consiguiente, se dirigió á la esplanada en busca de

trabajo. No habia ninguno, por desgracia; y se sentó en el parapeto del muelle, entreteniéndose en observar la multitud de sardinas que jugaban sobre los escalones de mármol bañados por las olas, y en admirar los cangrejos y langostas de mar que subian y bajaban arastrándose para comerse los despojos de peces muertos. Por último, su espíritu, demasiado fatigado para pensar en ninguna otra cosa, se absorvió en la contemplacion de una poderosa lucha entre dos grandes cangrejos, que tenian prendida fuertemente, cada cual con una pata, su respectiva rama de alga, mientras que con las demas tiraban, uno de la cabeza y otro de la cola, de un pez muerto. ¿Cuál de ellos vencería? ¿Cuál? Y durante cinco minutos Filemon estuvo solo en el mundo con los dos héroes luchadores. . . . ¿Serian tal vez emblemáticos? ¿No pudiera el cangrejo superior representar á Cirilo, el inferior á Hipatia, y en el pez muerto no pudiera estar representado él mismo? . . . Pero repentinamente aquel espectáculo concluyó: el pez se dividió por la mitad, y los emblemas de Hipatia y de Cirilo, desprendiéndose de sus res-

pectivas ramas de alga con el sacudimiento, cayeron, llevando cada cual su medio pez, y desaparecieron en los azules abismos de tan ridículo modo, que Filemon soltó la carcajada.

—¿Qué motivo hay para tal risa? preguntó detrás de él una voz que le era bien conocida, al mismo tiempo que una mano le tocó familiarmente la espalda.

Se volvió y vió al porterillo, el cual llevaba en la cabeza una cesta de higos, uvas y sandías; objetos que el fraile contempló con ávidos ojos.

—Bien, mi jóven amigo, ¿y cómo no estás en la iglesia? Mira detrás de tí á todos los santos que entran en el Cesáreo.

Filemon prorumpió de bastante mal humor en sonidos inarticulados.

—¡Hola! ¿Indispuesto ya con el sucesor de los apóstoles? Mi profecía se ha cumplido. ¿Qué tal?

¡Pobre Filemon! Disgustado consigo mismo, por conocer que el portero tenía razón; temblando ante la idea de publicar las faltas de los cristianos; mas aún, de hacer su confidente á aquel tonfo, y sin embargo, deseando en su ais-

lamiento desahogarse con alguno, refirió casi á su pesar los sucesos de la última noche, y acabó pidiendo al porterillo que le sugiriese un medio de ganar su almuerzo.

—¡Ganar tu almuerzo!... ¡El favorito de los dioses... El huésped de Hipatia habria de ganar su almuerzo, mientras yo tenga un óbolo que partir con él? ¡Bajo pensamiento! ¡Jóven! yo te he hecho una injusticia. Ayer por la mañana, obrando de una manera antifilosófica, dejé que la envidia alborotase las olas del Océano de mi inteligencia. Hey somos ya amigos, y hermanos en el odio á la raza monástica.

—No los aborrezco, dijo Filemon. Pero, esos salvajes de Nitria...

—Son los modelos mas perfectos; y si tú aborreces á esos, es evidente que aborreces á todos los demas. No en vano he aprendido yo la lógica. ¡Ahora, levántate! El mar acaricia nuestros miembros cubiertos de polvo; las Ne-reidas y los Tritones, sin exigir dinero por ello, nos convidan á los baños de la naturaleza. En casa, un gran pescado humea sobre la alegre mesa, el cuerno está rebozando con la cerveza, y las ce-

bollas adornan la fuente; ¡vamos, pues, huésped mío y hermano!

Filemon devoró ciertos escrúpulos que le acometían de admitir el convite de un pagano, convencido de que, á no ser así, no tendría que devorar ninguna otra cosa; y despues de bañarse en el mar acompañó al hospitalario porterillo hasta la casa de Hipatia, donde el último dejó su diaria racion de frutas, y en seguida entró con él en una calle angosta, donde, en el piso bajo de un caseron con una escalera comun, llena de chiquillos, de gatos y de pollos, fué introducido por su huésped en una sala pequeña; y allí, el incitante olorillo del pescado cocido reanimó el corazon del monge.

— ¡Judit! ¡Judit! ¿qué haces? ¡Mármol del Pentélico! ¡Espuma de vino tinto! ¡Lirio del lago Marcótis!.... ¡Oyes, maldita Andrómeda negra? ¡Si no traes al instante el almuerzo, te voy á abrir en canal!

La puerta interior se abrió, y apareció trémula, con varios platos en las manos, una negra alta, vestida, segun acostumbraban los de su raza, con una camisa de algodón blanco, un zagalejo

encarnado y un turbante amarillo, tambien de algodón, rodeando su cara negra de tal modo, que hubiera podido servir de punto de mira á una milla de distancia. Dejó los platos, y el portero magestuosamente condujo á Filemon á su asiento, mientras que ella se retiró, y permaneció de pie sirviendo con la mayor humildad á su señor, el cual no tuvo á bién presentar al monge la negra hermosura que componia todo su serrallo.... Pero, sin duda, semejante acto de cortesía hubiera sido inútil; pues apenas el primer trozo de pescado estuvo seguro en la boca del pobre Filemon, cuando la negra se lanzó á él, le cogió por la cabeza le cubrió de besos.

El porterillo se levantó gritando, con un cuchillo en una mano y un puero en la otra, mientras que Filemon, no menos escandalizado, saltó tambien de su asiento y se desembarazó de la negra, que, viendo la imposibilidad de desahogar por mas tiempo sus sentimientos sobre la cabeza del jóven, cambió de táctica, se echó al suelo y empezó á besarle los piés.

— ¡Qué significa esto? ¡Delante de mí!

¡Levántate, muger sin vergüenza, ó te mato!

Y el porterillo tiró de ella, hasta harcerla poner de rodillas.

—Es el monge. ¡Es el jóven de quien te dije que me habia salvado de maros de los judíos la otra noche! ¡Qué buen ángel le ha enviado aquí, para que yo pudiera darle gracias?

Así esclamaba aquella infeliz, mientras que las lágrimas corrían por su negra y lustrosa cara.

—Yo soy ese buen ángel, dijo el portero, con una mirada de profunda satisfaccion. Levantate, hija del Erebo; te concedo el perdon, por la circunstancia de no ser mas que una muger. ¡No dice el poeta que "la muger es esclava de la pasion, al paso que el hombre tiene imperio sobre la pasion y sobre ella?...!" ¡Jóven! ¡ven á mis brazos! Con razon dicen los filósofos que el universo es mágico, y que en sí mismo y por medio de misteriosas simpatías enlaza lo semejante á lo semejante. El instinto profético de tus beneficios futuros, me atrajo á tí como por una invisible cadena desde que te ví la primera vez. Tú eras un

espíritu familiar mio, mi hermano, aunque no lo conocieses.... Por eso no te alabo.... no, ni te doy gracias, aunque me hayas conservado la única palma que presta sombra á mi fatiga; la sola flor de loto (negra, no blanca, en este caso especial) que nace para mí en este grande Océano de fango. Lo que has hecho, lo has hecho por instinto, por impulso divino; no podias menos de haerlo, como ahora no puedes menos de comer ese pescado; y no debes ser elogiado por ello.

—Gracias, dijo Filemon.

—Compréndeme. En las escuelas, nuestra teoria para tales casos es la siguiente (á lo menos, lo ha sido, en los últimos seis meses): en tí y en mi existen, como resultado de un origen comun, partículas semejantes. Causas semejantes producen efectos semejantes; nuestras atracciones, antipatías, impulsos, son por lo tanto, en circunstancias parecidas, absolutamente iguales: y así, tú hiciste la otra noche lo mismo que yo hubiera hecho en tu caso.

Filemon consideró cuestionable la última parte de la teoria; pero no habia cesado aún de comer y su boca estaba

demasiado llena de pescado para meterse á argüir.

—Y por eso, prosiguió el porterillo, debemos mirarnos en adelante como una sola alma en dos cuerpos. Concedo que te ha tocado la mejor parte corpórea de la division.... pero el alma es lo que constituye la persona. Creeme; yo no desdeñaré nuestra fraternidad. Si alguno te insultare en lo porvenir, llámame; que si te oigo, este brazo derecho....

E intentó dar un golpecito en la cabeza de Filemon; pero como éste le excedía en estatura, hasta el punto de llevarle la cabeza y los hombros, la tentativa no tuvo el menor éxito. Entonces el porterillo cogió la calabaza de la cerveza, y llenando de este líquido un cuerno de vaca, lo levantó en el aire con el dedo pulgar fijo en el extremo mas delgado.

—¡A la Décima Musa y á tu entrevista con ella!

Dijo, y separando el pulgar, derramó una gran cantidad de líquido en su boca, no tomando aliento hasta dejar vacío el cuerno; en seguida se limpió los labios, lo alargó á Filemon, y se avalan-

zó con nuevo ardor al pescado y las cebollas.

Filemon, á quien todo aquello parecía soberanamente absurdo, no tenía ninguna invocacion que hacer, excepto una que consideraba demasiado sagrada para el actual estado de su entendimiento; así, se limitó á ver de imitar la accion del porterillo, y lo que consiguió fué llenarse de cerveza los ojos, la nariz, el pecho; y por último, que se le pusiera negra la cara con la sofocacion, mientras que su huésped le observaba sonriéndose.

—¿Segun eso, ignoras los usos antiguos y clasicos, conservados en este centro de civilizacion por los descendientes de los héroes de Alejandro?... ¡Judit! levanta la mesa. ¡Ahora, al santuario de las Musas!

Filemon se levantó, no sin rezar á la conclusion de la comida. Un respetuoso *Amen* se oyó al otro extremo de la sala; lo habia pronunciado la negra. Al notar que el jóven la miraba, bajó los ojos modestamente y se retiró llevándose los restos del almuerzo. Filemon y el porterillo se encaminaron á casa de Hipatia.

—¿Tú muger es cristiana? preguntó el monje cuando estuvieron fuera.

—¡Hem! . . . su alma bárbara se inclina á la supersticion. Con todo, para ser muger y negra, es buena y económica, aunque necesita, como todos los animales de baja ralea, que se la castigue de vez en cuando. Yo me casé con ella fundado en motivos filosóficos. Me era necesaria una muger por muchas razones; pero, acordándome que el filósofo debe dominar los apetitos materiales y elevarse sobre los ruines deseos de la carne, aunque su naturaleza le impulse á satisfacerlos, traté de hacer que el placer fuese lo mas desagradable posible. Tenia la eleccion de varias lisidas. . . y los parientes de éstas, oriundos de antiguas familias macedónicas, como yo, no se oponian á la boda; pero yo necesitaba una muger de gobierno, con cuyos deberes no se avenia la falta de un brazo ó de una pierna.

—¿Por qué no te casaste con una muger colérica y regañona? preguntó Filemon.

—Excelente observacion, contestó el porterillo. Y si te he de decir la verdad, el ejemplo de Sócrates asaltó luminoso

mas de una vez mi imaginacion. Pero, ¿y la calma filosófica, mi querido jóven, y la pacífica contemplacion de lo inefable? Yo no podia prescindir de estos lujos. Así, habiendo ahorrado, por la bondad de Hipatia y de sus discípulos, una corta suma, salí, compré una negra y alquilé seis habitaciones en el caseron que acabamos de dejar, donde admito jóvenes alumnos de la Divina Filosofía, mediante la competente retribucion.

—¿Tienes inquilinos ahora?

—Ciertas habitaciones están ocupadas por una señora de alta clase. El filósofo debe abstenerse, sobre todo, de habladurias. Refrenar su lengua es. . . Pero, hay un gabinete para tí; y en cuanto á la sala de recibo de donde hemos salido. . . ¿no somos, por ventura, hermanos? Podemos combinar nuestras comidas, del mismo modo que lo están ya nuestras almas.

Filemon le dió las mas expresivas gracias por el ofrecimiento, aunque sin aceptarlo; y dentro de diez minutos se encontró á la puerta de la misma casa que habia estado observando la noche antes. —Era, pues, Hipatia la muger que

había visto!... Un portero negro le dirigió á una esclavilla, la cual le condujo, al través de claustros y corredores, á la gran librería, donde cinco ó seis jóvenes se ocupaban bajo la inspeccion de Teon, en copiar manuscritos y dibujar diagramas geométricos.

Filemon miró con curiosidad aquellos símbolos de una ciencia que le era desconocida, costándole trabajo creer que pudiese tambien él llegar á entender algun día sus misterios; pero tuvo que bajar los ojos al notar que los jóvenes contemplaban con desprecio su piel de cordero hecha pedazos y sus cabellos desaliñados. Apenas pudo reunir sus ideas lo suficiente para obedecer las indicaciones del venerable anciano, el cual le llevó en silencio fuera de la sala, atravesando en su compañía, sin que dejasen de sonar á sus oídos las risas de los alumnos, la antesala por donde había entrado, y siguiendo á lo largo de una galería, hasta que se detuvo y llamó suavemente á una puerta.... ¡Debia estar dentro!.... ¡Ahora!.... ¡Al fin!.... Las rodillas de Filemon se tocaban una con otra; su corazón se hundía en mil abismos.... ¡Pobre joven!...

De buena gana hubiera retrocedido, no parando hasta verse en la calle.... pero, ¿el paso que iba á dar no era su única esperanza, su único objeto?.... ¿Por qué no habría hablado aquel anciano? Si á lo menos hubiese dicho alguna cosa.... Si á lo menos le hubiese mirado con malos ojos, con desprecio.... Pero, tan gravemente impasible como un hombre ocupado en una faena indiferente para él y que desease darlo á entender así, el anciano abrió la puerta, y Filemon le siguió.... ¡Allí estaba Hipatia! mas radiante de gloria que nunca; mas aún que cuando resplandecía con el entusiasmo de su elocuencia; mas que la noche antes, velada por trenzas de oro y coronada por los rayos de la luna. Estaba sentada, sin mover un solo dedo cuando ellos entraron. Saludó á su padre con una sonrisa, que valió por toda su aparente falta de cortesía hacia él, y en seguida fijó sus grandes ojos pardos en Filemon.

—Hija mia, aquí tienes al joven. Has deseado que te le trajeran, y siempre he creído que sabes mejor que nadie lo que conviene.

Otra sonrisa de Hipatia puso fin á las

palabras de su padre, y el anciano se retiró humildemente á otra puerta, con algo de ansiedad en el rostro, y allí se detuvo y miró hacia atrás, sin quitar la mano del pestillo.

—Si necesitas de alguien, ya sabes, no tienes mas que llamar: todos estaremos en la librería.

Hipatia se sonrió por tercera vez, y el anciano desapareció, dejando á los dos solos.

Filemon permanecía de pié, trémulo y con los ojos clavados en el suelo. ¿Dónde estaban las hermosas frases que tenia dispuestas para cuando llegase la ocasión? No osaba levantar los ojos y fijarlos en aquel semblante, por temor de que se los hiciese saltar de la cabeza. Y sin embargo, cuanto mas tiempo pasaba sin mirar el rostro de Hipatia, mayor era su certeza de que estaba observándole, y mayor la escasez de hermosas frases que esta certeza le producía. . . . ¿Cuándo rompería ella el silencio? Quizá deseaba que hablase él primero. Hipatia debía empezar, pues era la que habia querido que viniese. . . . Pero permanecía sin desplegar los labios examinándole de piés á cabeza, tan

inmóvil como si fuese una estatua, con las manos cruzadas sobre el manuscrito que descansaba en sus rodillas. Suponiendo que su atrevimiento la hiciese sonrojar, no se hallaban los ojos de Filemon en estado de conocerlo.

¿Cuándo terminaría aquella intolerable suspension? Quizá ella sintiese la misma repugnancia á hablar que él. Pero alguno debía ser el primero; y, como sucede siempre, la parte mas flaca, impelida por el temor, rompió el silencio en tono medio indignado y medio apologetico.

—Me has enviado á llamar, dijo Filemon.

—En efecto. Me pareció, al fijar la vista en tí durante mi leccion, ántes y despues de que fueses bastante áspero para interrumpirme, que tu ofensa provenia de mera ignorancia juvenil. Me pareció que tu rostro revelaba mas noble naturaleza que la que los dioses acostumbran dispensar á los frailes. Para que yo pueda cerciorarme de si me he equivocado ó no en mi juicio, quiero me digas qué idea te ha traído aquí.

Filemon consideró esta pregunta como inspirada por el cielo, pues se ponía

en camino de cumplir su comision. Sin embargo, titubeó y respondió con un esfuerzo desesperado:

—Reprenderte por tus pecados.

—¿Mis pecados? ¿Qué pecados? pregunto Hipatia, levantando sorprendida, aunque con cierta magestad, sus grandes ojos pardos, ante los cuales se abatieron los del monge, sin saber por qué.

¿Qué pecados? El los ignoraba. ¿Temia acaso el aspecto de una Mesalina? Pero, ¿no era una pagana y una hechicera?... Y con todo, Filemon se sintió cortado, tartamudeó, bajó la cabeza, cual si le asustase el sonido de sus mismas palabras.

—Las torpes hechicerías... y el desarreglo, peor que las hechicerías, en que dicen....

No pudo proseguir; porque al alzar los ojos, solo vió una terrible y tranquila sonrisa en aquel semblante, no habiendo sus palabras logrado alterar el color de aquellas mejillas de mármol.

—Dicen!.... Sí, los hipócritas y calumniadores; fieras del desierto, é intrigantes fanáticos, que, segun las palabras del que llaman su Señor, recorren el cielo y la tierra para buscar un pro-

sélito, y cuando le han encontrado, le hacen dos veces mas hijo del infierno que ellos. Vete.... te perdono.... eres joven, y no conoces aún los misterios del mundo. La ciencia te enseñará algun dia que la forma exterior es el sacramento de la belleza interior del alma. Un alma, así creí yo que revelaba tu rostro; pero me equivoqué. Solo los corazones ruines son capaces de abrigar tan ruines sospechas, juzgando á los demas por sí mismos. ¡Vete! ¿Es mi aspecto de.... La sola figura piramidal de estos dedos, si supieses leer su simbolismo, desmentiria tus palabras.

Y el brillo de su glorioso semblante le hirió de lleno, como los rayos de sol al reflejarse en la superficie de un espejo.

¡Pobre Filemon! ¿dónde están tus elocuentes argumentos, tus teorías ortodoxas? El monge luchó orgullosamente con su corazon de hombre, y probó á desviar sus ojos; pero era como si la aguja imantada tratase de deshacer el encanto que la atrae al Norte. En un momento sintió, á pesar suyo, vergüenza, remordimientos, deseo de alcanzar el perdón; y se encontró de rodillas an-

te ella, rogándole con palabras poco dignas y entrecortadas que le perdonase.

—Vete... te perdono. Pero sabe, antes de irte, que la leche divina que cayó del seno de Here, teniendo la planta que tocaba de una eterna blancura, no era mas pura que el alma de la hija de Teon.

Filemon miró el semblante de Hipatia, y un instinto infalible le dijo que sus palabras eran verdaderas. Era un monge acostumbrado á considerar el pecado animal como el peor de todos... como "la grande ofensa," en cuya comparacion todos los demas pecados eran veniales. Pero donde existia la pureza física, ¿no debian encontrarse todas las otras virtudes? Las demas faltas desaparecian bajo el brillante velo de aquella grande hermosura, y en su abatimiento se expresó como sigue:

—¡Ah! ¡no me desprecies! ¡No me echés de tu lado! No tengo amigos, casa ni maestro. La noche última hui de los hombres que profesan mi fé, abrumado de insultos é injusticias y disgustado con su ferocidad é ignorancia. No me atrevo, no puedo, no quiero volver á la oscuridad de los Lauros de la Te-

baida. ¡Tengo mil dudas que resolver, mil preguntas que hacer, sobre ese gran mando antiguo del que nada conozco... y de cuyos misterios tú sola, dicen, posees la clave! Soy cristiano; pero estoy sediento de ciencia. ¡No prometo creerte; no prometo obedecerte; pero déjame oír tus lecciones! Enséñame lo que sabes, para que pueda compararlo con lo que sé... ¡Si es que (y tembló al pronunciar estas palabras) si es que sé alguna cosa!

—¿Has olvidado los epítetos que acabas de aplicarme?

—¡No! ¡no! Pero olvidalos tú; me fueron sugeridos. Yo... yo no los creía cuando los dije. Me costó una agonía el pronunciarlos; pero lo hice figurándome que así te salvaba. ¡Oh! ¡permíteme que pueda volver y oírte. Desde lejos... desde el mas distante rincon de tu sala de lecciones. ¡Guardaré silencio, y no me verás. Ayer tus palabras despertaron en mí... no, no dudas; pero, debo oír aun mas, ó ser tan miserable interiormente como lo soy en mis circunstancias exteriores!

Y miraba hácia arriba con ademán suplicante.

—Levántate. Ese tono y esa actitud no son propios ni de ti ni de mí.

Y cuando Filemon se levantó, ella se puso también de pie, y pasó á la librería, donde estaba su padre, volviendo con él á los pocos minutos.

—Sígueme, jóven, dijo el anciano, descansando su mano con bastante afabilidad en el hombro de Filemon.... Tú y yo podemos arreglar el resto de este asunto.

Filemon le siguió, sin atreverse á mirar á Hipatia, mientras que toda la sala giraba ante sus ojos.

—Sé que has dicho cosas groseras á mi hija, pero ella te ha perdonado....

—¿Me ha perdonado? preguntó el monge estremeciéndose.

—¡Ah! Tienes razon de admirarte. Pero tambien yo te perdono. Sin embargo, ha sido una suerte para ti que no te oyese yo; pues de otro modo, viejo y todo como soy, no sé lo que hubiera hecho. ¡Ah! ¡no la conoces, no la conoces! Y los ojos del anciano pedante, brillaron con el orgullo del amor paterno.... ¡Ruega á los dioses te concedan algun dia una hija por el estilo (es decir, si aprendes á merecerla), tan vir-

tuosa como sábia, tan sábia como hermosa! Ciertamente, me han recompensado por mis trabajos en su servicio. ¡Mira, jóven! aunque hayas contraido pocos méritos para ello, aquí está una prenda de tu perdon, por la cual las personas mas ricas y nobles de Alejandria dan con gusto muchas onzas de oro; á saber: una tarjeta de libre admision en lo porvenir á todas sus lecciones. Ahora vete; has sido favorecido mas de lo que merecias; lo cual te enseñará que el filósofo practica lo que el cristiano se contenta con predicar, y vuelve bien por mal.

Dicho esto, entregó á Filemon la consabida tarjeta, y encargó á uno de los secretarios que le acompañase hasta la puerta exterior.

Los jóvenes le miraron desde sus asientos cuando pasaba con rostros en que se leian la sorpresa y el temor, y no pensando ya evidentemente en el absurdo de su piel de cordero y de su tez morena; y él salió á la calle con el sentimiento de asombro y confusion propio de uno que, mediante un salto desesperado, se ha sumergido en un mundo para él nuevo. Trató de alegrar-

se; pero no se atrevió á ello. Ante él todo era ansiedad, todo incertidumbre. Se habia entregado á merced de las olas; estaba en el gran rio. ¿A dónde le conduciría éste?... ¿Acaso no era aquel el gran rio? ¿El género humano en todos los siglos no habia flotado sobre su superficie? Ahora bien; ¿era únicamente un rio desierto, que decrecia bajo el ardiente sol, y estaba destinado á perderse á pocas millas de aquel sitio, en medio de las estériles arenas? ¿Arsenio y la fé de su niñez tenian razon? ¿El mundo antiguo caminaba rápidamente á su fin, y el reino de Dios se hallaba próximo? ¿Tenia razon Cirilo, y la Iglesia Católica debia pasar por todas las alternativas de la propagacion, la conquista, la destruccion y la reedificacion, hasta que los reinos de este mundo llegasen á ser los reinos de Dios y de su Cristo? Entonces.... ¿para qué le serviría la antigua ciencia que deseaba adquirir? Y sin embargo, si estaba cerca el dia en que todo seria aniquilado, y los tiempos habian de continuar empeorando hasta el fin.... ¿cómo podia ser qué?....

—¿Qué hay de nuevo? preguntó el porterillo, que le habia estado guar-

dando abajo todo aquel tiempo. ¿Qué hay de nuevo, favorito de los dioses?

—Voy á vivir y á trabajar contigo. En este momento no me preguntes mas. Estoy.... estoy....

—Los que bajaban á la caverna de Trofonio y veian lo inefable, permanecian atónitos durante tres dias, amigo mio.... ¿Así te sucederá á tí!

En seguida marcharon juntos á ganarse el sustento.

Pero entretanto, ¿qué hacia Hipatia en aquel nebuloso Olimpo, donde vivia lejos del ruido y de las luchas de los hombres?

Se ha sentado otra vez, con su manuscrito abierto ante ella; pero está pensando en el jóven monge.

—Hermoso como Atinoo.... mejor dicho, como el mismo Febo, despues de haber matado la serpiente Piton. ¿Por qué no llegaria él tambien á ser matador de Pitones y otros horribles monstruos, criados en el fango de los sentidos y la materia? ¿Tan atrevido y lleno de ardor!.... Le perdono aquellas palabras por el mero hecho de haber osado dirigirmelas en casa de mi padre.... Y sin embargo, ¡tan tierno, tan dispuesto

al arrepentimiento y á una noble vergüenza!... No debe ser de origen plebeyo; sin duda corre por sus venas sangre patricia; se conoce en todas sus actitudes, en el tono de su voz, en el movimiento de la mano y de los labios. Imposible que pertenezca al comun de los hombres. ¿Qué persona vulgar ha buscado nunca la ciencia por su propio impulso?... ¿Y tanto como he ansiado tener un verdadero discípulo! He querido encontrarle entre los afeminados mozalvetes que pretenden escuchar mis lecciones. Pensaba haber hallado uno... y en el momento de perderle, otro se presenta, dotado de una naturaleza mas fresca, pura y sencilla que lo fué jamás la de Rafael. A juzgar por todas las leyes de la fisonomía, por todo el simbolismo de los gestos y de la voz, por la complexion, por el instinto de mi corazón, ese joven fraile pudiera ser el instrumento pronto, valiente y sumiso para realizar todos mis sueños. Si yo lograra hacer de él un Longino, me atreveria á representar el papel de una Zenobia, teniéndole por consejero.... ¿Y quién seria mi Odenato?... ¿Orestes?... ¡Qué horror!

Se cubrió el rostro con la mano por un minuto.

—¡No! dijo enjugándose las lágrimas. ¡Esto... y cualquier cosa... y todo, por la causa de la filosofía y de los dioses!

¿Puede ahora el autor pedir la misma libertad que se le concedió al poeta en la antigua comedia griega, de mostrarse una sola vez, arrojando por unos cuantos minutos la mascara dramática, y dirigiéndose á sus lectores á fin de ponerlos al corriente de algunos hechos generales necesarios para la inteligencia de su historia?

Quizá debiera haberse hecho esto al principio, como en la citada comedia, por medio de un prólogo; pero el autor, con tal omision, quiso mostrar á los lectores que los consideraba bastante instruidos para poder seguirle, mas bien en elase de críticos que de alumnos, al través de un campo histórico perfectamente conocido.

Sin embargo, puede convenirle, al paso que reclama la indulgencia de aquellos que saben mucho mas que él

en este asunto, dar un ligero bosquejo de la época que ha elegido para teatro de su novela.

Por algo mas de cuatrocientos años, el Imperio Romano y la Iglesia Cristiana, que aparecieron en el mundo casi al mismo tiempo, se habian estado desarrollando, como dos grandes poderes rivales, en mortal lucha por la posesion de la raza humana. Las armas del Imperio no habian sido meramente una opresora fuerza fisica y un ánsia cruel de conquista, sino otras aun mas poderosas, a saber: su genio sin igual para la organizacion, y un sistema uniforme de leyes y de orden en lo exterior. Este era generalmente un bien real para las naciones conquistadas, porque sustituia á las miserias fortuitas y arbitrarias de una guerra salvaje, una expoliacion fija y regular; y el mismo sistema atraia al lado del Imperio a los ciudadanos ricos de todo pueblo vencido, concediéndoles participacion en el despojo de las masas trabajadoras que les estaban sometidas. Estas, en los distritos rurales, yacian en completa esclavitud, mientras que en las ciudades su libertad nominal de poco les servia, pues que solo se li-

braban de morir de hambre por las limosnas del gobierno, y su brutal buen humor era debido á un vasto sistema de espectáculos en que se saqueaban los reinos de la naturaleza y del arte para satisfacer la admiracion, la incontinen- cia y la ferocidad de un degradado po- pulacho.

La Iglesia habia estado combatiendo contra esta vasta organizacion durante cuatrocientos años, armada únicamente de su poderosa mision y de la manifes- tacion de un espíritu de pureza y vir- tud, de amor y abnegacion, mas capaz, segun el éxito lo demostró, de suavizar y unir los corazones de los hombres, que toda la fuerza y el terror, toda la organizacion mecánica, todos los atrac- tivos sensuales que el Imperio opuso á aquel Evangelio, en el cual, instintiva- mente y á primera vista, habia descu- bierto su mortal enemigo.

Pero ya la Iglesia habia triunfado. A pesar de las crueldades de los persegui- dores; á pesar de la atmósfera infecta de pecado que la rodeaba; á pesar de haberse formado, no de una raza de hombres puros y aislados, sino de la masa de los mismos que la insultaban y

perseguián; á pesar de tener que sufrir en su seno los continuos embates de las malas pasiones á que sus hijos se habían entregado alguna vez; á pesar de las mil heregias que brotaban al rededor y dentro de ella, pretendiendo que se considerasen como porcion de su gremio, y que ganaban prosélitos por el mismo exclusivismo y la misma arrogancia que ostentaban; á pesar de todo, la Iglesia había triunfado. Los emperadores se pusieron de su parte. La última tentativa de Juliano para restablecer el paganismo, probó únicamente que la antigua fe había perdido todo su poder en las masas; y á su muerte, la gran corriente de la nueva opinion prosiguió su marcha sin estorbo, y los príncipes de la tierra se dejaron llevar por ella, aceptando, á lo menos de palabra, las leyes de la Iglesia como suyas; reconociendo un Rey de reyes, á quien ellos también debían homenaje y obediencia, y llamando á sus esclavos "pobres hermanos."

Pero si los emperadores se habían vuelto cristianos, no así el Imperio. Se cortaban algunos abusos aislados; ora un edicto disponía visitar las cárceles y

aliviar la suerte cruel de los presos; ora un Teodosio entraba por algun tiempo en la senda de la justicia y la humanidad, gracias á las severas amonestaciones de San Ambrosio. Pero el Imperio continuaba siendo el mismo; una gran tiranía esclavizaba aún las masas, oprimía la vida nacional, y se enriquecía, y enriquecía también á sus dependientes, por medio de un vasto sistema de pública rapiña; no habiendo esperanza para la raza humana mientras siguiese dominando. Además, había aun entre los cristianos personas que veían, como después Dante, en el "fatal don de Constantino" y en la tregua entre la Iglesia y el Imperio, nuevos y mas terribles peligros. ¿El Imperio, no aspiraba á extender sobre la misma Iglesia aquella sombra con que había marchitado todas las demas formas de la humana existencia? ¿no quería convertirla en esclavo oficial suyo, por cierto estipendio, mimándola cuando fuese obediente y castigándola siempre que se atreviese á hacer uso de su libre albedrío; y no le encomendaba, con refinada hipocresía, el cuidado y la asistencia de las masas, cuya sangre era su alimento? Así pen-

saban muchos cristianos entonees, y á mi entender, no iban descaminados.

Pero si la condicion soeial del orbe civilizado era anómala al principio del siglo quinto, su estado espiritual lo era aun mas. La fusion universal de razas, idiomas y costumbres, que se habia verificado por espacio de cuatro siglos bajo las leyes del Imperio, produjo una córrespondiente fusion de creencias, una fermentacion universal de pensamientos humanos y de fè. Toda creencia honrada en las antiguas supersticiones locales del paganismo, habia sucumbido ante la idolatría mas palpable y material del culto tributado á los emperadores; y los dioses de las naciones, incapaces de salvar á las personas que habian confiado en ellos, se reducian uno á uno á vasallos del *Divus Cesar*, siendo despreciados por el filósofo rico y adorados únicamente por las clases inferiores, en las que los antiguos ritos servian aún de pretesto á sus apetitos groseros, ó favorecian la riqueza é importancia de alguna localidad especial.

Entretanto los entendimientos de los hombres, una vez rotas sus antiguas barreras, vagaban á la ventura en mares

desconocidos de dudas especulativas; especialmente en el Oriente, que mas metafísico y contemplativo, trataba de resolver por sí las cuestiones de la relacion del hombre con lo invisible, por medio de aquellos mil cismas, heregias y teosofias (es una desgracia para la palabra filosofia el usarla en el presente caso), cuyo recuerdo llena hoy de asombro á las personas estudiosas, incapaces igualmente de contar y de explicar sus fantasías.

Con todo, aun esos, como otros varios desahogos del libre pensamiento humano, tuvieron su utilidad y dieron su fruto. Presentaron á las inteligencias de los eclesiásticos mil cuestiones nuevas que necesitaban resolverse, á menos que la Iglesia no quisiera renunciar á su pretension de ser la gran maestra y el oráculo del alma humana. Estudiar esas cuestiones, en atencion á que se ofrecian á cada paso; sentir demasiadas veces por una triste esperiencia; como Agustin, el eucanto de sus atractivos; eliminar las verdades á que aspiraban de la falsedad que prometian en reemplazo de aquellas; presentar á la Iglesia Católica como capaz de satisfacer

en los grandes hechos que proclamaba hasta las mas sutiles preguntas metafísicas de un siglo enfermo.... tal fué la obra de aquel tiempo; y se enviaron hombres que la realizasen, ayudándoles en su trabajo las mismas causas que habian producido la revolucion intelectual. La mezcla general de ideas, creencias y razas, hasta las facilidades meramente físicas de comunicacion entre los diferentes puntos del Imperio, contribuyeron á dar á los grandes Padres cristianos de los siglos cuarto y quinto una amplitud de observacion, una profundidad de pensamiento, una paciencia y tolerancia tales, podemos decirlo sin temor de que se nos desmienta, como la Iglesia no ha visto desde entonces sino rara vez, y el mundo nunca; á lo menos si juzgamos á aquellos grandes hombres por las cualidades que tenian y no por las que les faltaban, y creemos, como estamos obligados á creer, que si hubieran vivido hoy, y no entonces, se habrian sobrepuesto á esta generacion como sobresalieron en aquella. Y así, un siglo que, al conocimiento superficial de un burlon como Gibbon, parece tan solo un confuso caos de sensualidad y

anarquía, de hipocresía y fanatismo, produjo un Atanasio y un Gerónimo, un Crisóstomo y un Agustin; absorbió en la esfera del Cristianismo todo lo que habia de mas estimable en los filósofos de Grecia y Egipto y en la organizacion social de Roma, como una herencia para las naciones futuras; y echó en países extrangeros, valiéndose de agentes ignorantes de su mision, los cimientos de todas las ciencias y de la moral europeas.

Pero las Iglesias egipcia y siria, estaban destinadas á trabajar, no para sí mismas, sino para nosotros. Las señales de decrepitud se habian manifestado ya sobradamente en ellas. La peculiar inclinacion de los entendimientos greco-orientales, que hizo fuesen los grandes pensadores de aquella época, produjo el efecto de desviarlos de la práctica y dirigirlos á la especulacion; y las razas de Egipto y Siria fueron afe-minadas, y quedaron físicamente exhaustas en el trascurso de algunos siglos, durante los cuales no hubo ninguna infusion de sangre nueva que reanimase el troncó. Mórvidas, egoistas, físicamente indolentes, incapaces, entonces

como ahora, de libertad personal ó política, suministraban material para formar fanáticos, pero no ciudadanos del reino de Dios. Las ideas de familia y de vida nacional habian perecido en Oriente por el mal influjo que ejerciera la práctica universal de la esclavitud, y tambien por la degradacion de los judios, que habian sido largo tiempo vivo testimonio de aquellas ideas. El apasionado carácter oriental, como todos los que son de suyo débiles, halló la total abstinencia mas fácil que la templanza, el pensamiento religioso mas halagüeño que la accion piadosa, y un mundo monástico surgió en el Oriente, tan vasto, que en Egipto se decia rivalizaba numéricamente con la poblacion lega, resultando, al mismo tiempo que una disminucion enorme en la suma del mal moral, otra no menos enorme en la poblacion. Semejante país no podia resistir de modo alguno á la creciente tirania del imperio oriental. En vano trataron hombres como Crisóstomo y Basilio de oponer su personal influencia á las infames intrigas y villanías de la corte de Bizancio; el rápido descenso del cristianismo de Oriente continuó sin

freno durante dos miserables siglos mas, en los mismos momentos que crecia el desarrollo de la Iglesia de Occidente; y en tanto que los sucesores del gran San Gregorio estaban arreglando y civilizando una Europa recién nacida, las Iglesias de Oriente desaparecian ante los invasores mahometanos, fuertes con la confianza en aquel Dios, á quien los cristianos, mientras que se entregaban á odios y persecuciones reciprocas por argumentos acerca de él, negaban y blasfemaban en todos los actos de su vida.

Porque la salud de una Iglesia no depende solo de la creencia que profesa, sino de la fé y la virtud de sus hijos. La *mens sana* debe tener un *corpus sanum* donde residir. Y aun respecto de la Iglesia de Occidente, los altos destinos que la aguardaban no se hubieran podido cumplir, sin alguna infusion de sangre nueva y mas pura en las venas de un mundo agotado y corrompido por la influencia de Roma.

Y esa nueva sangre, en la época de este relato, estaba próxima. La grande inundacion de aquellos godos, cuyos tipos mas puros son hoy los noruegos y

los alemanes, si bien todas las naciones de Europa, desde Gibraltar á Petersburgo, les deben los mas preciosos elementos de fuerza; avanzaba, ola tras ola, en su curso constante al Sudoeste, al través del territorio romano, y sin detenerse hasta alcanzar las playas del Mediterráneo. Aquellas tribus barbaras traian consigo, en el círculo mágico de la influencia de la Iglesia occidental, los materiales que ésta requería para la construcción de un cristianismo futuro, y que no podía encontrar ni en el Imperio de Occidente ni en el de Oriente: una moral pura; el respeto tributado á la muger, á la familia, á la ley; justicia igual para todos; libertad individual; tanta capacidad como los romanos para el poder práctico, y no mucho menos agudeza imaginativa y especulativa que los orientales.

Su fuerza se sintió de una vez. Su vanguardia, confinada con dificultad por tres siglos mas allá de los Alpes orientales, á costa de sangrientas guerras, habia sido admitida, donde quiera que esto era practicable, al servicio del Imperio; y el nervio de las legiones romanas estaba compuesto de oficiales y sol-

dados godos. Pero el principal cuerpo habia llegado ya, y una tribu en pos de otra descendian de los Alpes y se agolpaban á las fronteras del Imperio. Los hunos, inferiores á ellos individualmente, los acosaban por la espalda con el irresistible peso del número; Italia, con sus ricas ciudades y fértiles campiñas, les excitaba al robo; como auxiliares, habian conocido su fuerza y la debilidad de los romanos; pronto se halló un *casus belli*. . . . ¡Qué imprudentemente obraron los hijos de Teodosio, negándose á usar con los godos la generosidad acostumbrada y que les impedia atacar el Imperio! . . . El diluvio se precipitó sobre las llanuras de Italia, y el Imperio de Occidente fué desde aquel dia un idiota moribundo, mientras que los nuevos invasores dividieron entre sí la Europa. Los diez años anteriores á la época de esta novela habian decidido la suerte de Grecia; los tres últimos la de Roma. Las enormes riquezas que cinco siglos de rapiñas habian acumulado en torno del Capitolio, cayeron en poder de hombres vestidos con pieles de cordero y cuero de caballo; y la hermana de un emperador creyó que su

hermosura, su virtud, su orgullo de raza, no desmerecerian si daba la mano al héroe del Norte, que la llevó de Italia como su cautiva y su esposa, para encontrar nuevos reinos en el Sur de Francia y España, y arrojar á los recién llegados vándalos, al través del Estrecho de Gibraltar, á las entonces florecientes costas del Africa del Norte. Por todas partes los miembros desgarrados del mundo antiguo se estaban cociendo en la caldera de Medea, para salir de allí enteros, jóvenes y fuertes. Los longobardos, la raza mas noble, habian hallado un punto de descanso temporal en la frontera austriaca, despues de vagar mucho tiempo al Mediodia de las montañas de Suecia, para ser echados de allí pronto por los hunos, y, cruzando los Alpes, dar su nombre á las llanuras de Lombardía. Algunos años mas de guerras, y los francos serian dueños de las tierras que baña el Rhin Inferior; y antes de ponerse blancos los cabellos de los discípulos de Hipatia, Hengisto y Horsa habrian desembarcado en las playas de Kent y habria surgido una nacion inglesa en aquellos parajes.

Pero la Providencia no permitió que

nuestra raza, triunfante en todos los demas puntos, extendiese su dominio mas allá del Mediterráneo, ni aun en Constantinopla, que conserva hoy en Europa la fé y las costumbres del Asia. El mundo oriental pareció cerrado, por alguna dura sentencia, al único influjo que pudiera regenerarle. Todas las tentativas de la raza goda para establecerse al otro lado del mar, sea en la forma de un reino organizado, como hicieron los vándalos en Africa; sea en la de una banda de salteadores, como lo intentaron los godos en Asia, á las órdenes de Gaios; sea en la de una guardia pretoriana, como los varangos de la edad media; ó en la de invasores religiosos, como los cruzados, tuvieron por resultado la corrupcion y desaparicion de los colonos. La extraordinaria reforma moral que, segun Salviano y sus contemporáneos, llevaron á cabo en el Africa Septentrional los vándalos conquistadores, no les valió de nada: perdieron mas de lo que daban. El clima, el mal ejemplo y el lujo del poder, los degradaron en un siglo, convirtiéndoles en una raza de amos de esclavos, destinados á sucumbir á impulso de los ejérci-

tos semi-godos de Belisario, y con ellos desapareció la última probabilidad de que las razas godas hubiesen de ejercer en el mundo oriental la misma disciplina dura, aunque saludable, que había vuelto la vida al mundo de Occidente.

Pero en el periodo á que se refiere esta novela, el espíritu greco-oriental estaba aún á la mitad de su grande obra. Aquella admirable sutileza metafísica que, en frases y en definiciones, á menudo sin sentido para nuestros groseros entendimientos, veía los símbolos de las mas importantes verdades espirituales, y creía que de la distincion entre *homousios* y *homiousios* podia depender el destino de la raza humana, estaba combatiendo en Alejandría, antiguo baluarte de la filosofía griega, con los estériles restos del mismo pensamiento científico á que debía su extraordinaria cultura. El aislamiento monástico en que los padres de aquel periodo vivían respecto de sus familias y de los deberes nacionates, les facilitaba el llevar á cabo la empresa, permitiéndoles, si no otra cosa, tratar las cuestiones con un ardor y una constancia imposibles á las inteligencias mas sociales y prácticas de

los hombres del Norte. Nuestro deber es, en vez de burlarnos como ciertos pedantes ilusos, dar gracias al cielo de que se encontrasen personas, justamente cuando mas se necesitaban, capaces de hacer por nosotros lo que nosotros no hubiéramos hecho jamás en nuestro propio beneficio; esto es, dejarnos, como una preciosa herencia comprada realmente con la sangre de su raza, una metafísica á la vez cristiana y científica, que en vano se ha intentado despues mejorar, y luchar victoriosamente con aquella estraña familia de monstruos teóricos, engendrados por la filosofía griega unida al simbolismo egipcio, á la astrología caldea, al dualismo parsi y al espiritualismo bramínico. . . . fantasmas hermosos y brillantes, de los cuales se dirá algo mas en el siguiente capítulo.

CAPITULO XI.

OTRA VEZ LOS LAUROS.

Ni un sonido, ni el movimiento de un objeto interrumpian el profundo silen-

tos semi-godos de Belisario, y con ellos desapareció la última probabilidad de que las razas godas hubiesen de ejercer en el mundo oriental la misma disciplina dura, aunque saludable, que había vuelto la vida al mundo de Occidente.

Pero en el periodo á que se refiere esta novela, el espíritu greco-oriental estaba aún á la mitad de su grande obra. Aquella admirable sutileza metafísica que, en frases y en definiciones, á menudo sin sentido para nuestros groseros entendimientos, veía los símbolos de las mas importantes verdades espirituales, y creía que de la distincion entre *homousios* y *homivousios* podia depender el destino de la raza humana, estaba combatiendo en Alejandría, antiguo baluarte de la filosofía griega, con los estériles restos del mismo pensamiento científico á que debía su extraordinaria cultura. El aislamiento monástico en que los padres de aquel periodo vivían respecto de sus familias y de los deberes nacionates, les facilitaba el llevar á cabo la empresa, permitiéndoles, si no otra cosa, tratar las cuestiones con un ardor y una constancia imposibles á las inteligencias mas sociales y prácticas de

los hombres del Norte. Nuestro deber es, en vez de burnarnos como ciertos pedantes ilusos, dar gracias al cielo de que se encontrasen personas, justamente cuando mas se necesitaban, capaces de hacer por nosotros lo que nosotros no hubiéramos hecho jamás en nuestro propio beneficio; esto es, dejarnos, como una preciosa herencia comprada realmente con la sangre de su raza, una metafísica á la vez cristiana y científica, que en vano se ha intentado despues mejorar, y luchar victoriosamente con aquella estraña familia de monstruos teóricos, engendrados por la filosofía griega unida al simbolismo egipcio, á la astrología caldea, al dualismo parsi y al espiritualismo bramínico. . . . fantasmas hermosos y brillantes, de los cuales se dirá algo mas en el siguiente capítulo.

CAPITULO XI.

OTRA VEZ LOS LAUROS.

Ni un sonido, ni el movimiento de un objeto interrumpian el profundo silen-

cio del valle de Scetis. Las sombras de las rocas, aunque desvaneciéndose á cada momento ante la creciente claridad de la aurora, oscurecian todavía aquel cuadro, y una línea ondulante de niebla se veía aún sobre la superficie del arroyuelo. Los penachos de las palmeras colgaban inmóviles como si aguardasen resignados los ardores del sol que se aproximaba. Al fin, en medio de los verdes surcos del jardin del monasterio, dos pardas figuras que estaban de rodillas se levantaron, é interrumpieron aquel silencio con los lentos y débiles golpes de sus azadas entre los guijarros.

—Estas habas crecen admirablemente, hermano Aufugo. Podrémos verificar nuestra segunda siembra, con la bendicion de Dios, una semana antes que el último año.

La persona á quien se dirigian estas palabras no contestó; y su compañero, despues de observarle algun tiempo en silencio, volvió á decir:

—¿Qué te pasa, hermano? Observo en tí hace algun tiempo una melancolía impropia de un hombre de Dios.

Un hondo suspiro fué la única respuesta. El que habia hablado dejó la

azada en el suelo, y poniendo cariñosamente su mano en el hombro de Aufugo, le preguntó otra vez:

—¿Qué te pasa, amigo? Me guardaré de emplear contigo mi derecho de abad para conocer los secretos de tu corazón: pero seguramente ese corazón no abriga nada indigno de que yo lo oiga, si bien no merecí oirlo.

—¿Por qué no he de estar triste, Pambo, amigo mio? ¿No dice Salomon que hay un tiempo para la tristeza?

—Es verdad; pero hay otro para la alegría.

—No, no lo hay para el penitente, sobre quien pesan muchos pecados.

—Recuerda lo que el bienaventurado Antonio acostumbraba á decir: “No confies en tu rectitud, ni eches menos lo pasado.”

—No hago ni lo uno ni lo otro, Pambo.

—No hables con esa seguridad. La confianza que tienes en tí mismo, ¿no es la que te hace echar menos lo pasado, el cual te muestra que no eres lo que quisieras ser?

—Pambo, amigo mio, dijo Arsenio con solemnidad, te dare cuenta de todo. Mis pecados no han pasado aún; porque

Honorio, mi discípulo, vive todavía, y en él viven la flaqueza y la miseria de Roma! Si hubiesen pasado, ¿cómo vería yo levantarse sin cesar ante mí una noche y otra, esa turba de espectros acusadores, almas de hombres degollados en las batallas, de viudas y de huérfanos, de vírgenes del Señor, que lanzan pavorosos gritos entre las manos de los bárbaros; espectros que rodean mi lecho y esclaman: “¡Si hubieras cumplido con tu deber, no nos veríamos así! ¿Qué has hecho del cargo imperial que Dios te cometió?...”

Y el anciano ocultaba su rostro en las manos, y lloraba amargamente.

Pambo descansó de nuevo su mano con ternura en el hombro de Arsenio.

—¿No hay orgullo en lo que estás diciendo, hermano mío? ¿Quién eres tú para cambiar el destino de las naciones y el corazón de los emperadores, que están en la mano del Rey de reyes? Si has sido débil é imperfecto en tu obra (pues infiel, respondo que no has sido nunca) El te colocó allí por tu misma imperfección para que lo que ha sucedido pudiese suceder; y tú no hiciste más que sobrellevar tu carga.... aus-

que no fuiste tú, y sí El, quien la llevó por tí.

—Entonces, ¿por qué me atormentan esas visiones nocturnas?

—No las temas, amigo. Son espíritus malos, y por lo mismo mentirosos. Si fueran espíritus buenos, solo te hablarían de piedad, de perdón, de estímulo. Pero si son apariciones ó demonios, deben ser malos, porque son acusadores, como el diablo, acusador de los santos. El es el padre de las mentiras, y sus hijos se le parecerán. ¿Qué dice el bienaventurado Antonio? Que un monge no debe ocupar su entendimiento con vanos espectros ni darse por perdido; sino que debe más bien estar alegre, como el que sabe que está redimido y en manos del Señor, donde el diablo no puede causarle ningún daño. Porque (solía decir) los demonios se conducen con nosotros según el estado en que nos encuentran. Si nos ven abatidos y sin fé, nos aterran aun más para poder sumirnos en la desesperación. Pero si nos ven llenos de fé y alegres en el Señor, con nuestras almas henchidas de la gloria futura, entonces retroceden y huyen humillados y confusos.

¡Alégrate, amigo mio! Esos pensamientos son propios de la noche, hora de Satanás y de las potestades del abismo, y con el alba desaparecen.

—Sin embargo, á los hombres les son reveladas cosas en sus lechos y en visiones nocturnas.

—Sea así. Pero á tí nada te ha sido revelado en tu lecho, excepto lo que tú sabes ya mucho mejor que Satanás, es decir, que eres pecador. En cuanto á mí, amigo mio, aunque no dudo que sucedan esas cosas, creo que el día, y no la noche, nos trae revelaciones.

—¿Como, pues?

—Porque durante el día puedo ver y leer ese libro escrito, como la Ley dada en el monte Sinaí, sobre tablas de piedra, por el dedo del mismo Dios.

Arsenio le miró con curiosidad; Pambó se sonrió.

—No ignoras que, como muchos santos hombres de otros tiempos, carezco de instrucción, y que ni aun conocia la lengua griega hasta que tú, con la bondad de un hermano, me la enseñaste. Pero, ¿no has oido lo que Antonio dijo á cierto pagano que le echaba en cara su ignorancia de los libros? “¿Qué es

primero, le preguntó, el espíritu ó la letra?... ¿El espíritu contestas? Pues sabe que el espíritu sano no necesita de letras. Mi libro es toda la creación, que se extiende ante mí, y en la que puedo leer siempre que quiera la palabra de Dios.”

—¿Supongo que no desprecias la ciencia, amigo mio?

—Soy viejo entre los monges, y he visto la conducta que han observado muchos; y entre ellos mi sencillez cree haber visto hombres consumiéndose en el estudio y atormentando su alma, para averiguar si debian preferir esta ó aquella doctrina, mientras que no sabian con Salomon, que en la mucha ciencia va envuelto mucho disgusto, y que en tanto que se afanaban en interpretar la letra del mensaje de Dios, su espíritu se alejaba cada vez mas aprisa de ellos.

—¿Y cómo has conocido eso en los hombres á que aludes?

—Viendo que á medida que se aumentaba su ciencia teológica y su celo por la ortodoxia de la letra, eran menos buenos y misericordiosos; estaba

menos llenos de confianza de Dios y de pensamientos consoladores para sí y sus hermanos, hasta el punto de parecer que habian oscurecido su alma con disputas, capaces solo de engendrar disturbios, y que habian olvidado del todo el mensaje escrito en ese libro con que se contentaba el bienaventurado Antonio.

—¿Qué mensaje es ese de que hablas?

—¡Mira! dijo el anciano abad extendiendo su mano hácia el desierto de Oriente, y juzga como un sábio por tus mismos ojos.

Mientras hablaba, los rayos del sol naciente, descendiendo de roca en roca, inundaron de luz y de vida la escena que los rodeaba. El astro del día se levantó al través de la parda niebla del desierto, y cuando bañó de su gloria todo el valle, los vapores se deshicieron en mil fantásticas figuras, dejando brillar la corriente del agua entre las rocas. Las golondrinas salieron á centenares de las hendiduras de la piedra, y comenzaron su aérea danza; el jerboa, despues de haber hurtado su comida en el jardin del monasterio, se retiraba de

oculto y á saltos; los lagartos de color oscuro abrian sus ojos bajo las piedras, y viendo que era de dia, arrastraban sus inflados cuerpos hácia donde hallaban mas caliente la arena, y enroscándose como para librarse del frio, se dormian nuevamente; el pervóptero, que se consideraba señor del valle, despertó con un chirrido lastimero, y levantándose y estirándose despues de su sueño de la noche, se puso á acechar inmóvil las alondras que cantaban sobre los peñascos; mientras que, desde el distante Nilo, sonando al través de las vueltas del valle, se oian el graznido de los pelicanos y los gansos, y el silbido del francolin y el chorlito; últimamente, las voces de los monges se oian cantando el himno de la mañana por algun aire rústico oriental; y un nuevo dia habia comenzado en Scetis, como los anteriores y los que debian seguirse, semana tras semana y año tras año, de trabajo y oracion, tan tranquilos como un sueño.

—¿Qué te enseña esto, Aufugo, amigo mio?

Arsenio no contestó.

—A mí me enseña que Dios es luz, y que en El no hay la menor oscuridad.

Que la vida y la alegría son eternas en su presencia. Que El es el que da, y se deleita en su generosidad; el que ama, y cuya misericordia se extiende á todas sus obras. . . . ¿por qué no ha de extenderse hasta ti, hombre de poca fè? Mira aquellas bandadas de pájaros. . . . ¿y no eres tú de mas valor que muchos gorriones, tú por quien Dios permitió que su Hijo muriese? . . . ¡Ay, amigo mio! Nosotros debemos buscar la imagen de Dios en la naturaleza; cuando persistimos en dirigir los ojos á lo interior y examinar curiosamente nuestras imperfecciones, nos forjamos un Dios á nuestra semejanza, y creemos que nuestra oscuridad y la dureza de nuestro corazon son los modelos de su luz y su amor.

—Tus palabras son mas propias de un filósofo que de un penitente católico. En cuanto á mí, siento que necesito mirar mas á lo interior y no menos. El exámen mas profundo de mí mismo, la abstraccion mas completa á que pueda aspirar aun aquí, esto es lo que quiero. Deseo. . . . (perdóname, amigo mio) deseo cada vez mas la vida solitaria. Esta tierra está maldecida por el pecado del

hombre; y así me parece, que cuanto menos la veamos, mejor.

—Puede que yo hable como un filósofo ó como un pagano; sin embargo, pareceme, como suele decirse, que mas vale medio pan que ninguno; que el hombre sábio debe aprovecharse de lo que tiene, y no desechar una leccion porque el libro esté algo estropeado y sucio. La tierra me enseña mucho mas. ¿Cerraré mis ojos para no ver aquellas cosas invisibles de Dios que están manifestadas claramente por las cosas visibles, solo porque algun dia me serán manifestadas con mas claridad que ahora? Y tocante á lo que has dicho de mayor abstraccion, ¿es muy mundana nuestra vida de Scetis?

—Amigo mio, cada hombre tiene su vocacion, y para cada uno un método peculiar de vida es mas edificante que otro. En mi caso, te diré que los hábitos de entendimiento que adquirí en el mundo, me asedian, á mi pesar, aquí mismo. No puedo menos de observar las acciones de los demás, de estudiar sus caracteres, de formar planes para ellos, de ocuparme en pronosticar su suerte futura. Ni una sola palabra, ni

un gesto de nuestra reducida familia hay que no desvie mi entendimiento de alguna cosa necesaria.

—¿Y te figuras que el anacoreta tiene en su celda menos distracciones?

—Las suyas se limitan á proveer á las necesidades imprescindibles de la vida, y éstas pueden reducirse á coger unas cuantas raíces y yerbas. Los hombres han vivido ya como las bestias; bueno es, pues, que vivan también como los ángeles. . . . ¿y por qué no habría de vivir así yo?

—¿Y tú eres el hombre sábio de este mundo. . . . el que ha estudiado los corazones de los demás. . . . el que anatomiza el suyo propio! ¿No has descubierto que el hombre, además de tener un estómago exigente, lleva dentro de sí un corazón corrompido? He visto muchos hombres, que en su prisa por huir de los enemigos exteriores, se han olvidado de cerrar la puerta de su corazón á peores enemigos, prontos á introducirse en él. Muchos monges, amigo mio, cambian de sitio, pero no destruyen por eso la angustia de su alma. He conocido algunos que, obligados á alimentarse de sus ideas en la soledad, se

han arrojado desesperadamente de las rocas, y han traspasado su cuerpo para librarse de pensamientos que un compañero, una voz cariñosa, habrían alejado de ellos. He conocido otros tan envanecidos con las penitencias destinadas á humillarlos, que han despreciado todos los medios de gracia, cual si fuesen ya perfectos; y rehusando hasta la Santa Eucaristía, han vivido halagados por sueños y visiones que les sugerían los espíritus malos. Uno sobre todo, en la locura de su orgullo, se resistió á que le aconsejase ningún hombre. . . . diciendo que no llamaría á ningún hombre su maestro. ¿Y cuál fué su fin? El que acostumbraba alabarse de que podía vagar todo un día en el desierto sin comer ni beber; el que se jactaba de sostener su vida por tres meses consecutivos solo con yerbas silvestres y el Pan Bendito, impedido de un fuego interior, huyó de su celda para ir á frecuentar los teatros, el circo, las tabernas; y concluyó su miserable vida en una glotonería desesperada, diciendo que todas las cosas no eran más que fantasmas, negando su existencia, y hasta la de Dios.

Arsenio sacudió la cabeza.

—Sea.... Pero mi caso es diferente. Tengo que confesar todavía otra cosa, amigo mío. Cada día me persigue mas el recuerdo de ese mundo de que he huído. Conozco que si volviera á él no hallaría placer en sus pompas, que despreciaba aun cuando vivia en medio de ellas. Los cantos de hombres y mugeres no tienen ya ningun atractivo para mí, ni puedo ya distinguir lo que como ni lo que bebo. Y sin embargo.... los palacios de aquellas siete colinas, sus hombres de Estado y sus generales, sus intrigas, sus derrotas y sus triunfos.... (porque aun pudieran levantarse de su postracion y vener) asaltan de continuo mi imaginacion; no hay momento en que no me seduzcan, como á la mariposa la luz que la ha quemado ya una vez, con un terrible encanto, al que por fin cederé ¡miserable de mí! contra mi voluntad; ó me libraré de él huyendo á algun desierto lejano, de donde el retorno sea imposible.

Pambo se sonrió.

—¡Y eres tú, vuelvo á decir, el hombre sábio y lleno de experiencia, el escudriñador de corazones! ¡Y quieres

huir del pequeño convento de los Lauros, que á ratos distrae tus pensamientos de tales sueños, para sepultarte en una soledad, donde serás su víctima! ¡Bien, amigo! ¿qué mal hay en que algunas veces te sientas inquieto y formes planes por este ó aquel hermano? Mejor es sentir ansiedades por otros que por uno mismo. ¡Mas vale tener algo que amar.... y hasta porque llorar.... que ser en una solitaria caverna el mundo de sí propio.... ó quizá, como muchos á quienes he conocido, constituir de su misma persona su Dios!

—¡Sabes lo que estás diciendo? preguntó Arsenio con cierta agitacion.

—Digo, que huyendo un hombre á la soledad se segrega de todo lo que forma al cristiano; esto es, la obediencia, la ayuda prestada á sus semejantes, la abnegacion.... hasta de la comunión de los santos.

—¿De qué manera?

—¿Cómo has de mantener comunión con aquellos á quienes no puedes mostrar amor! ¿Y cómo has de mostrar amor sino con amorosas obras?

—Puedo, á lo menos, orar dia y no-

che por todo el género humano. ¿No tiene esto un lugar.... mejor dicho, no tiene el lugar preferente en la comunión de los santos?

—El que no puede rogar por hermanos á quienes ve, y cuyos pecados y tentaciones conoce, es difícil que ruegue con fervor, amigo Aufugo, por hermanos á quienes no ve, ó por otra cosa cualquiera. Y el que no quiere trabajar por sus hermanos, cesará pronto de rogar por ellos ó de amarlos. Además, ¿no está escrito, que el hombre que no ama á su hermano, á quien ha visto, menos amará á Dios, á quien no ha visto?

—Repito, ¿sabes á dónde conducen tus argumentos?

—Soy un hombre sencillo, y no entiendo de argumentos. Si una cosa es verdad, que conduzca donde conduzca, siempre será adonde quiera Dios.

—Pero, en ese caso, sería preferible para un hombre casarse, procrear hijos y mezclarse en el tumulto de los afectos carnales, á fin de tener mas personas que amar y por quienes temer y trabajar.

Pambo guardó silencio un instante.

—Soy un monge, dijo al fin, y no un

lógico. Pero repito, que si dejas los Lauros por el desierto, es contra mi voluntad. Mejor quisiera, si mi deseo hubiera de hacerse, verte instalado cerca de la metrópoli, en Trœe ó en Canope, por ejemplo, donde pudieras tomar parte en las batallas del Señor. ¿De qué sirve aprender la sabiduría del mundo, si no ha de emplearse en el bien de la Iglesia? Basta. Vámonos.

Y los dos ancianos atravesaron el valle para dirigirse al monasterio, muy agenos de la respuesta práctica á sus argumentos que los aguardaba en la celda del abad Pambo. Allí encontraron un hombre alto y de rostro severo, ocupado en satisfacer su hambre con dátiles y mijo, sin olvidarse del vino de palmera, único regalo de la casa, y que no se sacaba mas que para obsequiar á un huésped.

La espléndida y cortés hospitalidad de los orientales, no menos que la prudente bondad de los monges cristianos, impidieron al abad interrumpir al extranjero; y solo despues que hubo acabado de comer, le preguntó Pambo su nombre y el asunto que allí le traia.

—Me llamo Pedro, y vengo de orden

de Cirilo con cartas y mensajes para el hermano Aufugo.

Pambo se levantó é inclinó respetuosamente!

—Dígnate acompañarnos á la celda de Aufugo.

Pedro los siguió con aire de importancia á su pequeña choza; y allí, sacando del pecho la carta de Cirilo, la entregó á Arsenio, el cual se sentó, leyéndola y releyéndola con ceñuda frente, mientras que Pambo le contemplaba asustado, no atreviéndose á interrumpir meditaciones que creía de insondable profundidad.

—Estos son, sin duda, los últimos días, dijo Arsenio al cabo, de que habla el profeta, en que muchos correrán acá y allá. ¿Conque Heracliano se ha dado á la vela para Italia?

—Hace tres semanas que unos mercaderes de Alejandría encontraron su armada en alta mar.

—¿Y el corazón de Orestes se endurece cada vez mas?

—Sí, es otro Faraon, aunque, hablando con verdad, quien le inspira es Hipatia, la pagana.

—Siempre he temido yo mas á esa

muger, que ha todas las escuelas de los paganos, dijo Arsenio. Pero ¡y el conde Heracliano, á quien consideraba el mas sábio y justo de los hombres! ¡Ay! ¡ay! ¿qué virtud es capaz de resistir, cuando la ambicion se apodera del corazón humano?

—Terrible, realmente, dijo Pedro, es el deseo del poder; pero en cuanto á Heracliano, yo empecé á desconfiar de él desde que le ví tan indulgente con los Donatistas.

—Cierto. Así un pecado trae en pos de sí otro.

—Yo considero la indulgencia con los pecadores como el peor de los pecados.

—No tan así, dijo Pambo humildemente.

Pero Pedro, desentendiéndose de aquella interrupcion, se dirigió á Arsenio.

—Y ahora, ¿qué respuesta me dá tu sabiduría para su santidad?

—Un momento.... aguarda un momento.... Necesita pensarse.... Deberia conocer mejor el estado de las cosas. ¡Supongo que él se habrá puesto

en comunicacion con los obispos de Africa y tratado de unirlos á su partido?

—Hace dos meses. Pero los porfia- dos cismáticos están aun celosos de él, y se mantienen á distancia.

—Cismáticos es un termino demasia- do duro. ¿Ha enviado á Constantinopla?

—Necesita una persona acostumbra- da á las cortes; y cree que tu experien- cia pudiera tomar á su cargo esa mision.

—¿Mi experiencia? ¿Quién soy yo? ¡Ay! ¿Es la tentacion diaria! Que envíe á quien mejor le acomode.... Sin em- bargo.... si yo estuviese.... á lo me- nos en Alejandria.... mis consejos....

Sin duda veria un camino mas despeja- do.... Acontecimientos imprevistos pu- dieran ocurrir.... Pambo, amigo mio, ¿crees que seria pecado obedecer al san- to patriarca?

—¡Ah! ¡Ah! dijo Pambo riéndose, ¿y eres tú el que, no hace un instante, es- tabas decidido á huir al desierto? ¡Y ahora que oyes á lo léjos el rumor de la batalla, estás impaciente en el valle, como el viejo caballo de guerra? ¡Ve, y Dios sea contigo!

—¿Hablas de veras?

—¿Qué acabo de decirte en el jardín?

Ve, y envíame noticias de nuestro hijo.

—¡Ah! ¡imperdonable olvido! En to- do este tiempo no me habia acordado de preguntar por el. ¿Cómo se encuen- tra el jóven?

—¿Qué jóven?

—Filemon, nuestro hijo espiritual, que enviamos á Cirilo hace tres meses, dijo Pambo. No me cabe duda de que á estas horas tendrá buena colocacion.

—¿Quien, él? Se ha marchado.

—¿Se ha marchado?

—Sí, y con la maldicion de Júdas so- bre su alma. A los tres dias de estar allí, me maltrató públicamente en el pa- tio del palacio arzobispal, abandonó la fé de Cristo, y huyó á reunirse con la pagana Hipatia, de quien está enamo- rado.

Los dos ancianos se miraron pálidos de terror.

—¿Enamorado de Hipatia? dijo al fin Arsenio.

—¡Es imposible! añadió Pambo. ¡El jóven debe de haber sido tratado dura é injustamente! Alguien le habrá insultado; y como no habia visto hasta en- tonces sino bondad para con él, no ha- brá podido sufrir. ¡Hombres crueles!

¡Dios os pedirá cuenta de la sangre de ese niño!

— ¡Esta es, dijo Pedro levantándose con orgullo, la justicia de la tierra! ¡Culpame á mí, culpa al patriarca, culpa á todos, menos al pecador! ¡Como si una cabeza ardiente y un corazón todavía mas ardiente, no bastasen para explicarlo todo! ¡Como si fuese la primera vez que un joven loco cae en las redes que le tiende un hermoso semblante!

— ¡Oh, amigos míos, amigos míos! exclamó Arsenio: ¿por qué os injuriáis uno á otro sin motivo? Yo... únicamente yo merezco censura. ¡Yo te aconsejé, Pambol!... Yo te envié... ¡Yo debiera haber sabido... lo que hacia, conociendo tan bien el mundo, con arrojar al pobre inocente en medio de las tentaciones de Babilonia! ¡Ese es el resultado de todos mis proyectos! ¡Y ahora su sangre caerá sobre mi cabeza, como si no tuviese ya bastantes pecados que expiar! ¡Sí, iré á rescatar á mi Josef, al hijo de mis viejos años, de manos de los Madianitas! ¡Iré contigo... ahora... al instante! ¡No descansaré hasta encontrarle, y abrazaré sus rodillas hasta que se com-

padezca de mis cabellos blancos! Que Heracliano y Orestes sigan su camino... Yo le encontraré, repito. ¡Oh, Absalon! ¡Hijo mio! ¡Pluguiese á Dios que hubiera muerto por ti, hijo mio! ¡Hijo mio!

## CAPITULO XII.

### LOS GOCES SENSUALES.

La casa que Pelagia y el Amal habian alquilado despues de su vuelta á Alejandría, era una de las mas magnificas de la ciudad. Hacia tres ó mas meses que vivian en ella, y en este tiempo el gusto de Pelagia habia suplido lo poco que le faltaba para llegar á ser un paraíso de goces sensuales. Pelagia era rica; y sus huéspedes godos, poseyendo con exceso despojos romanos, cuyo uso no entendian, la dejaban, y tambien á sus niñas, gastar con ellos los tesoros que habian ganado en muchos y terribles combates. ¿Qué les importaba? Con tal que tuviesen bastante que comer, y mas aún que beber, ningun uso mejor

¡Dios os pedirá cuenta de la sangre de ese niño!

— ¡Esta es, dijo Pedro levantándose con orgullo, la justicia de la tierra! ¡Culpame á mí, culpa al patriarca, culpa á todos, menos al pecador! ¡Como si una cabeza ardiente y un corazón todavía mas ardiente, no bastasen para explicarlo todo! ¡Como si fuese la primera vez que un joven loco cae en las redes que le tiende un hermoso semblante!

— ¡Oh, amigos míos, amigos míos! exclamó Arsenio: ¿por qué os injuriáis uno á otro sin motivo? Yo... únicamente yo merezco censura. ¡Yo te aconsejé, Pambol!... Yo te envié... ¡Yo debiera haber sabido... lo que hacia, conociendo tan bien el mundo, con arrojar al pobre inocente en medio de las tentaciones de Babilonia! ¡Ese es el resultado de todos mis proyectos! ¡Y ahora su sangre caerá sobre mi cabeza, como si no tuviese ya bastantes pecados que expiar! ¡Sí, iré á rescatar á mi Josef, al hijo de mis viejos años, de manos de los Madianitas! ¡Iré contigo... ahora... al instante! ¡No descansaré hasta encontrarle, y abrazaré sus rodillas hasta que se com-

padezca de mis cabellos blancos! Que Heracliano y Orestes sigan su camino... Yo le encontraré, repito. ¡Oh, Absalon! ¡Hijo mio! ¡Pluguiese á Dios que hubiera muerto por ti, hijo mio! ¡Hijo mio!

## CAPITULO XII.

### LOS GOCES SENSUALES.

La casa que Pelagia y el Amal habian alquilado despues de su vuelta á Alejandría, era una de las mas magnificas de la ciudad. Hacia tres ó mas meses que vivian en ella, y en este tiempo el gusto de Pelagia habia suplido lo poco que le faltaba para llegar á ser un paraíso de goces sensuales. Pelagia era rica; y sus huéspedes godos, poseyendo con exceso despojos romanos, cuyo uso no entendian, la dejaban, y tambien á sus niñas, gastar con ellos los tesoros que habian ganado en muchos y terribles combates. ¿Qué les importaba? Con tal que tuviesen bastante que comer, y mas aún que beber, ningun uso mejor

creían poder hacer del resto de sus riquezas, que empleándolas en divertir á sus damas. . . . Y cuando no les quedase nada. . . . Entonces se marcharian á cualquier parte. . . . y ganarian mas. . . . Todo el mundo estaba ante ellos esperando ser saqueado, y ellos querían llenar su misión donde mejor les conviniere. Entretanto, no tenían prisa. El Egipto les suministraba profusión de alimentos de todas clases, que podían contentar paladares mas delicado que los suyos. Y por lo que toca al vino. . . pocos de ellos se acostaban sin embriagarse toda una semana. ¿Qué mas habían de desear las almas de los guerreros, ni aun en los salones del Valhalla?

Así pensaba la partida que ocupaba el patio interior de la casa, una calurosa tarde de la misma semana en que el mensajero de Cirilo había interrumpido de un modo tan brusco el reposo de Sætis.

En cuanto al reposo de los huéspedes de Pelagia, nadie aún lo había alterado. La gran ciudad rugía afuera. Orestes maquinaba; Cirilo contra-maquinaba; y el destino de un continente pendía (ó parecía pender), trémalo en la balan-

za; pero el tumulto exterior así turbaba el sosiego de aquellos perezosos titanes, como pudiera el ruido de las ruedas de un carro turbar á los papagayos y loros que poblaban, bajo un tendal de hilo de metal dorado, el patio interior de la casa de Pelagia. ¿Por qué se cuidarian ellos de semejantes cosas? Cada nuevo desórden, cada nueva ejecucion, conspiracion, bancarrota, ¿no era una señal de que el fruto estaba madurándose para el saqueo? Hasta la rebelion de Heracliano y la conspiracion que se sospechaba hallarse tramando Orestes, eran para los mas jóvenes é ignorantes godos una especie de juego de niños, al que podían asistir, y reirse, y apostar de la mañana á la noche; mientras que, en concepto de los mas avisados, como Wulf y Smid, eran solo señales de la corrupcion general. . . . nuevas grietas en aquellas grandes paredes, sobre las cuales se proponian con la sencilla é infantil conciencia de su poder, enarbolar la bandera de la victoria cuando se les antojase.

Y mientras llegaba la ocasion, ¿qué mejor cosa que comer, beber y dormir? Verdaderamente habían escogido un si-

tio encantador en que cumplir mision tan alta. Columnas de pórvido de color de púrpura y verde, entre las cuales brillaban los blancos miembros de delicadas estatuas, ceñían un estanque, en que habia un juego de agua que salpicaba perennemente las hojas de los naranjos y las mimosas, mezclando su murmullo con el canto de los pájaros tropicales que anidaban entre las ramas.

A un lado de la fuente, á la sombra de un palmito de hojas anchas, descansaban los fuertes miembros del Amal, tendidos sobre almohadones, con su cabellera amarilla coronada de hojas de vid, y teniendo en la mano una copa de oro, que habia sido ganada á los Rajahs indios por Cosroes, el Parto, á Cosroes por los generales romanos, á los generales romanos por los héroes de la piel de cordero y el cuero de caballo; Pelagia estaba al lado del dormido Hércules-Dionisos, apoyada en la orilla del estanque, sumergiendo perezosamente sus dedos en el agua, y gozando, como los mosquitos que cubrían su superficie, en el mero placer de la existencia.

En la opuesta orilla del estanque, servido cada cual por una Hebe de ojos

negros, que llenaba las copas y ayudaba de vez en cuando á vaciarlas, descansaban los especiales amigos y compañeros del Amal, Goderico, hijo de Hermanrico, y Agilmundo, hijo de Cniva, que, lo mismo que el Amal, se jactaban de descender de los dioses; y por último, el mas importante y sagrado personaje, Smid, hijo de Troll, reverenciado por su sabiduría, superior á la de los hijos de los hombres; pues no solo podia hacer y componer todo, desde un puente de barcas á un brazalete de oro, herrar los caballos y curarlos, aliviar por medio de hechizos todas las enfermedades de los hombres y las bestias, grabar runas, interpretar presagios bélicos, anunciar el tiempo, alborotar los vientos, y finalmente, vencer en la lucha á todos, escepto á Wulf, hijo de Ovida; sino que, durante su permanencia entre los medio civilizados mesogodos, habia tomado bastantes nociones de latin y de griego, y una idea grosera de leer y escribir.

A unas cuantas varas de allí estaba el anciano Wulf tendido de espaldas, con las rodillas en el aire y las manos cruzadas detrás de la cabeza, comen-

tando, medio dormido, la siguiente conversacion:

—Excelente vino, ¿no es verdad?

—Sí, excelente. ¿Quién lo compró para nosotros?

—La vieja Miriam, en una almoneda de un arrendador de contribuciones. El tanante hizo bancarrota, y Miriam dijo que habia comprado el vino por la mitad de su precio.

—Mucho elogiáis á esa bribona de Miriam. Seguro estoy de que la vieja zorra ha hincado bien el diente en el negocio.

—¿Qué nos importa? Podemos pagar como hombres, si ganamos como hombres.

—No lo podremos mucho tiempo mas, obrando de este modo, murmuró Wulf.

—Entonces iremos á ganar mas. Estoy causado de no hacer nada.

—La gente no necesita hacer nada, á menos que no sea esa su voluntad, dijo Goderico. Wulf y yo estuvimos corriendo á caballo la otra mañana por las arenosas colinas. Yo no habia tenido apetito hacia una semana, y desde entonces devo como un lobo.

—¿Corriendo? ¿En esos brutos de largas piernas y colas pobladas, como una zorra sobre zancos, que el prefecto os indujo con engaño á comprar?

—Lo que os aseguro es que levantomos una multitud de esos.... No sé que nombre les dan aquí.... Ciervos con cuernos de cabra.

—¿Antilopes?

—Sí. Y los perros se lanzaron entre ellos, como un halcon en medio de una bandada de patos. Wulf y yo galopamos por aquellos malditos montones de arena, hasta que los caballos no pudieron mas; y cuando volvieron á adquirir brío, hallamos á cada pareja de perros con un ciervo muerto debajo. ¿Qué mas pudiera desear un hombre, no siéndole dado combatir? Os los comisteis, y así no teneis que reiros.

—Bien; segun eso, las únicas cosas de algun valor que produce Alejandría son perros.

—¿Y mugeres hermosas! dijo una de las jóvenes.

—Convengo en ello. Pero los hombres....

—¿Los qué? Yo no he visto un hombre desde que vine aquí, exzepto uno

ó dos trabajadores en los muelles; todos son eclesiásticos y mozalvetes, á quienes supongo no ireis á llamar hombres.

—¿Qué es lo que saben hacer además de montar monos?

—Filosofar, según dicen.

—¿Y qué es eso?

—No lo sé; supongo será una especie de. . . .

—¡Pelagia! ¿Sabes qué viene á ser eso de filosofar?

—No, ni me importa.

—Yo lo sé, dijo Agilmundo con cierto aire de superioridad. Yo vi un filósofo el otro día.

—¿Y qué especie de cosa era?

—Os lo diré! Estaba paseándome en la calle grande, en dirección del puerto, y ví una multitud de chicos. . . . aquí los llaman hombres. . . . entrar en un portal. Pregunté á uno de ellos qué ocurría, y el bribon, en vez de responderme, señaló mis piernas y provocó á reír á todos los demás monos. Yo, entonces, le pegué en las orejas, y cayó al suelo.

—Así hacen todos en cuanto se les pega en la orejas, dijo el Amal pensati-

vo, como si hubiese encontrado una gran ley inductiva.

—¡Ah! dijo Pelagia alzando los ojos y con su encantadora sonrisa, no son gigantes como vosotros, que haceis á una pobre muger sentirse como una gacela en las garras de un leon.

—Continuaré. Ocurrióseme que, hablando en lengua goda, el chico pudiera no haberme entendido, pues que era griego. Entré por lo tanto en el portal, para ahorrar preguntas y ver por mí mismo. Uno de los presentes me alargó la mano. Yo supuse que sería para pedirme dinero, y le di dos ó tres monedas de oro y un golpe en la oreja, que por cierto le derribó en tierra; pero me pareció que quedaba muy satisfecho. Entré, pues.

—¿Y qué viste?

—Un gran salon, bastante ancho para contener mil héroes, lleno de esos picaros de egipcios echando garabatos con pinceles sobre tablillas, y al extremo de él la muger mas bella que he visto en mi vida, con hermosos cabellos y ojos azules, hablando, hablando. . . . No pude entender lo que decía, pero los monos parecían encontrarlo muy bueno;

pues primero la miraban á ella, y despues sus tabillas, abriendo la boca como ranas sedientas. A la verdad, era tan hermosa como el sol, y hablaba como una muger Alruna. No que yo comprendiese una palabra; pero lo que es ver de un modo ú otro todos podemos. Al fin, me quedé dormido; y cuando desperté y salí, encontré á uno que me entendia, el cual me dijo que era la famosa doncella, la gran filósofa. Esto es todo lo que sé de filosofía.

—¡Qué lástima de muger entre esos afeminados pisaverdes! ¿Por qué no se casa con algñn héroe?

—Porque no hay aquí ninguno en estado de casarse, dijo Pelagia; excepto algunos que están ya comprometidos, y mucho mas ventajosamente.

—Pero ¿qué es lo que hablan y aconsejan al pueblo esos filósofos, Pelagia?

—¡Oh! ellos no dicen á nadie que haga nada. . . . á lo menos, si lo dicen, no veo que ninguno les dé oído: hablan de soles y estrellas, de justicia é injusticia, de almas y espíritus, y otras cosas por el estilo; también recomiendan la templanza en los goees. Sin embargo, nun-

ca he visto á uno de ellos mas feliz que los demas hombres.

—Esa debe haber sido una doncella Alruna, dijo Wulf para sí.

—Es una criatura muy preciada de sí misma, y yo la aborrezco, dijo Pelagia.

—No lo dudo, murmuró Wulf.

—¿Qué es una doncella Alruna? preguntó una de las jóvenes.

—Algo que se parece á ti como un salmon á una sanguijuela. Héroes, ¿queréis oír una saga?

—Con tal que sea fria dijo Agilmundo, que trate de hielo, pinos y tempestades de nieve. En tres dias mas voy á quedar completamente asado.

—¡Oh! dijo el Amal. ¿Si nos viésemos otra vez en los Alpes, aunque fuese solo por dos horas, resbalando por aquella nieve sobre nuestros escudos, con el silbo del granizo á nuestros oídos! Aquello si que era diversion.

—Para los que podian conservar su asiento, dijo Goderico. ¿Y el que caia de cabeza en un ventisquero y se enteraba en cincuenta piés de nieve, y necesitaba ser metido dentro de un caba-

llo acabado de matar para que volviese á la vida?

—No serias tú, de seguro, dijo Pelagia. ¡Oh, admirable criatura! ¡Cuántas cosas has hecho y sufrido!

—¡Bien! exclamó el Amal con una mirada de necio amor propio. Supongo que he visto bastante en mi tiempo, ¿eh?

—Sí, Hércules mio; has concluido tus doce trabajos y salvado á tu pobre Hesione, despues de dar cima á todos ellos, cuando estaba encadenada á la roca, para servir de pasto á los horribles monstruos marinos; y ella te amará y te librárá de nuevos trabajos para conservarte á su lado.

Diciendo así, Pelagia rodeó con sus blancos brazos el cuello de toro del Amal, y le estrechó contra su pecho.

—¿Quereis oír mi saga? dijo Wulf impaciente.

—Queremos, sí, contestó el Amal; cuéntanos algo para pasar el tiempo.

—Que hable de nieve, dijo Agilmundo.

—¿Y no de las esposas Alrunas?

—De ellas tambien, dijo Goderico; mi madre lo era, y así debo defenderlas.

—Lo era, sí. Eres digno hijo suyo.

Ahora, escuchad, lobos de los Godos.

Y el anciano tomó su pequeño laud, ó su *fidel*, que es como probablemente lo llamaria, y comenzó á cantar, acompañándose:

Junto al faego de los campamentos

He bebido con héroes;

A orillas del Danubio,

Calentándome en la trinchera,

He oido á los sagas,

Hombres de los Longobardos,

Sábios y viejos,

Con voces dulces como miel.

Espantando el lobezno,

Espantando el buho,

Sacudiendo las guirnaldas de nieve

De las ramas de los pinos,

Al estrellado cielo

Sube su canto.

Cantaban que el pueblo de Winil

Sobre la helada superficie

Resbalando, desde la Escania

Vinieron á Seoring;

Cantaban de Gambara,

La amada de Freya,

Madre de Ayo,

Madre de Ibor;

Cantaban que los hombres de Wendel,

Ambri y Assi,  
Al pueblo de Winil  
Fueron con palabras de guerra:  
"Sois pocos, ¡oh extranjeros!  
Y nosotros somos muchos;  
Pagadnos ahora peaje y tributo,  
Paño de lana, anillos y bueyes;  
Si no, seréis sentenciados  
Al banquete del cuervo."  
Entonces, empuñando el puñal,  
Embrazando la piel de toro,  
Guarnecida de hierro,  
Salieron todos los Winils,  
Salieron los hijos de la Alruna,  
Ayo é Ibor,  
Y marcharon con la ira en el corazón.  
Las mugeres lloraron mucho,  
Mucho lloró la esposa Alruna  
Triste en su estado.

Mas allá de las tierras donde nace el día,  
Sobre los hielos flotantes  
Fué la hermosa Freya  
Deslizándose hasta Scoring.  
Blancos estaban los pantanos,  
Y helados ante ella;  
Pero estaban verdes los pantanos,  
Y floridos detrás de ella.  
De sus dorados rizos

Sacudiendo las flores de primavera  
De sus vestidos  
Sacudiendo el viento Sur,  
Alrededor en los abedules  
Despertando los tordos  
Y haciendo que todas las castas esposas  
Deseasen la vuelta de sus héroes;  
Buena y repartiendo amor,  
Llegó á Scoring.  
Llegó á la presencia de Gambara,  
La mas sábia de las Valas.  
"¡Vaya. ¿Por qué lloras?  
A lo léjos, en el ancho cielo azul,  
Desde arriba, en el palacio de Elfin,  
Oí tu llanto."

"No pares el curso de mi llanto,  
Hasta que uno pueda pelear contra siete.  
Tengo hijos, heroes de alta estatura,  
Los primeros en el manejo de la espada;  
Hoy, á manos de los Wendels,  
Aguilas deben destrozarlos;  
Mientras que sus infelices madres  
Moleran el trigo para los Wendels."

Lloró la esposa Alruna,  
La besó la hermosa Freya:  
"Léjos, en las tierras donde nace el día,  
En el alto Valhalla,

Hay una ventana abierta;  
Su umbral es el pico nevado,  
Sus postes son surtidores de agua,  
Los nubarrones tempestuosos su dintel;  
Sobre ella doradas nubes  
Se amontonan para formar el techo,  
Léjos en el palacio de Elfin,  
Arriba en el ancho cielo azul.

Cada mañana se sonríe desde allí  
Odin, padre de todos;  
Bajo el techo de nubes  
Tiene sonrisas para los héroes,  
Sonrisas para las castas esposas,  
Sonrisas para las yeguas paridas,  
Sonrisas para el trabajo de los herreros.  
De aquellos será la espada de la fortuna,  
Y con ella la gloria,  
Así Odin lo ha jurado. . . .  
Que primero en la mañana  
Le encontraren y saluden."

Todavía lloraba la Airuna.  
"¿Quién le saludará?  
Aquí solo hay mugeres;  
Léjos, en los pantanos,  
Detrás de los tilos,  
En vano aguardan  
La suerte favorable del combate

Todos los héroes de Winil,  
Uno contra siete."  
La Reina se sonrió con dulzura.  
"Oye ahora mi consejo;  
Recibe la sabiduría,  
Amada de Freya.  
Toma contigo tus mugeres,  
Doncellas y casadas:  
Sobre vuestros tobillos  
Atad las blancas bragas;  
Sobre vuestros senos  
Atad la dura cota;  
Sobre vuestros labios  
Plegad largos rizos con arte;  
Así, guerreros barbudos  
El Rey Odin os juzgará,  
Cuando desde la parda orilla del cielo  
Al salir el sol le saludéis."

El hijo de la noche conducía  
Sus caballos de pelo dorado;  
Sobre los campos de Oriente  
Brillaban sus crines.

Se sonrió bajo el techo de nubes  
Odin, padre de todos,  
Aguardando la batalla;  
Freya estaba junto á él.

"¿Quiénes son aquellos corpulentos hé-  
Membrudos Longobardos? (toes,

¡Sobre el baño de los cisnes  
Por qué gritan, dirigiéndose á mí?  
Los huesos deben romperse. (da,  
Los lobos deben tener abundante comi-  
Donde quiera que esos hombres terribles  
Hagan uso de sus espadas.”

Freya se sonrió con dulzura.  
“Un nombre les has dado;  
Ni á tí ni á ellos avergüences;  
Lo pueden llevar muy bien,  
Dáles la victoria;  
Son los primeros que te han saludado,  
Dáles la victoria,  
¡Hermano mio!  
Doncellas y esposas son esas,  
Esposas de los Winils;  
Pocos son sus héroes,  
Y lejos, en el camino de la guerra,  
Sobre el baño de los cisnes,  
Gritan dirigiéndose á tí.”

El entonces se sonrió como rey;  
Y le agradó aquella astucia,  
A él, Odin, padre de todos;  
Y dijo, sacudiendo las nubes:  
“Hábiles son las mugeres,  
¡Son atrevidas é importunas!  
Longobardos se llamarán,

Los cuervos les darán las gracias.  
Donde las mugeres son héroes,  
¿Qué serán los hombres?  
Suya es la victoria;  
¡No necesitan de mí!”

—Ahora bien, dijo Wulf cuando aca-  
bó de cantar; ¿es esto bastante frio para  
vosotros?

—Demasiado, ¿no es cierto, Pelagia?  
preguntó el Amal riéndose.

—Sí, prosiguió el anciano con amara-  
gura; tales eran vuestras madres, tales  
vuestras hermanas, y tales deberán ser  
vuestras esposas, si quereis permanecer  
mucho tiempo sobre la haz de la tierra...  
Mugeres que se cuiden de algo mas que  
de comer bien, beber con exceso y des-  
cansar suavemente.

—Es verdad, príncipe Wulf, dijo  
Agilmundo; pero, bien considerado to-  
do, no me gusta la saga. Se parece  
mucho á eso de que dice Pelagia tratan  
los filósofos... justo é injusto, y co-  
sas por el estilo.

—No lo dudo.

—Pues bien, á mí me agrada una sa-  
ga verdaderamente buena, que hable de  
dioses y gigantes, de reinos de fuego, de

reinos de nieve, del Æsir, haciendo hombres y mugeres de dos palos, y así todo.

Si, dijo el Amal, algo que no se parezca a nada de lo que uno ha visto en el mundo; algo semejante a los sueños del que está ebrio; algo grande é ininteligible, que tenga é uno pensando toda la mañana siguiente.

—Bien, dijo Goderico; mi madre fué una muger Alruna, y así no quiero yo ser el pájaro que manche su nido. Sin embargo, diré que me gusta oír hablar de fieras, de espectros, de ogros, de nicores, de algo que uno pudiese matar, si se diese el caso, como lo hacían nuestros padres.

—Vuestros padres no mataran nunca nicores, dijo Wulf, si hubieran sido....

—Como nosotros.... Entiendo, dijo el Amal. Pero, ya que eres bastante viejo para poder ser nuestro padre, es fácil, príncipe, que hayas visto algún nicor.

—Mi hermano vió uno en el mar del Norte, de tres brazas de largo, con el cuerpo de bisonte, la cabeza de gato, las barbas de hombre y colmillos que le llegaban al pecho; estaba en acecho de

pescadores, y él le hirió de un flechazo, de modo que huyó al fondo del mar y no volvió á subir á la superficie.

—¿Qué es un nicor, Agilmundo? preguntó una de las jóvenes.

—Un diablo marino que se come los marineros. Los habia en abundancia en países de donde vinieron nuestros padres, y también ogros, que salian de los pantanos para introducirse en los salones por la noche, cuando los guerreros estaban durmiendo, y chuparles la sangre y huir léjos, léjos, y saltar sobre su victima.... así.

Pelagia, mientras duró la saga, habia permanecido con la vista fija en el estanque y jugando con el agua, como una persona indiferente. Quizá fuera para ocultar su sonrojo y algo muy semejante a dos ardientes lágrimas que se desprendieron de sus ojos sin que nadie lo observase. En este momento levantó la cabeza repentinamente, y dijo:

—Supongo que habrás matado muchas de esas terribles criaturas, ¿eh, Amalrico?

—No he tenido esa buena suerte, querida. Nuestros abuelos les dieron tan

buena caza, que cuando nosotros nacimos no quedaba ninguno.

—Sí, vuestros abuelos eran hombres, murmuró Wulf.

—En cuanto á mí, prosiguió el Amal, el animal mayor que he matado fué una serpiente en los pantanos del Danubio. ¿Qué largo tenía, príncipe? Te sobró tiempo para verlo, pues que continuaste comiendo y mirando, mientras ella trataba de romperme los huesos.

—Cuatro brazas, respondió Wulf.

—Junto á ella estaba un toro que acababa de matar. Yo me aproveché de su comida, ¿no es verdad, Wulf?

—Sí, dijo el regañon anciano algo ablandado; fué un buen combate.

—¿Por qué, pues, no compones sobre él una saga, en lugar de componerlas sobre lo justo y lo injusto, y otras cosas por el mismo estilo?

—Porque me he vuelto filósofo. Iré á oír á esa doncella Alruna esta tarde.

—Bien dicho. Irémos todos. Preciso es buscar en qué pasar el tiempo.

—¡Oh! ¡no! ¡no! ¡tú no irás! esclamó Pelagia enlazando apasionadamente con sus brazos el cuello del Amal.

te—¿Por qué no, hermosa?

—Es una hechicera. . . . No te amaré mas si te atreves á ir allá. Tu única razon es el elogio que ha hecho Agilmundo de su hermosura.

—¡Sea! ¿Temes acaso que me agraden mas sus cabellos rubios que los tuyos negros?

—¿Yo? ¿Temer yo? dijo levantándose y palpitando de ira. ¡Ea, jóvenes! También irémos nosotras. . . . todas. . . . sin miedo á esa monja, que se cree demasiado sabia para hablar á una muger y demasiado pura para amar á un hombre. ¡Traedme mis joyas! ¡Ensillad mi mula blanca! ¡Irémos con real pompa! ¡No nos avergonzaremos de llevar la librea de Cupido, amigas mias. . . . chal de color de azafran y todo! ¡Vamos á ver si la impudente Afrodita no es digna rival de Pallas Atene y su mochuelo!

Diciendo así se precipitó fuera del cláustro.

Los tres jóvenes prorumpieron en una careajada, mientras que Wulf los miraba con severa aprobacion.

—¿Deberas que deseas ir á oír á la filósofa, príncipe? preguntó Smid.

—Donde quiera que se encuentra una muger santa y sabia, el guerrero

no debe avergonzarse de escucharla. ¿No nos mandó Alarico que no ofendiésemos en Roma á las monjas? Y si bien no soy cristiano, como él lo era, no creo que deshonre al sectario de Odin recibir la bendición de esas mujeres; y yo quiero recibir la de ésta, Smid, hijo de Troll.

### CAPITULO XIII.

#### EL FONDO DEL ABISMO.

¡Al fin he llegado! dijo Rafael Aben-Ezra hablando consigo mismo. He cogido tierra con toda seguridad en el fondo de lo insondable, divirtiéndome en el firme suelo de la nada primitiva, y hallando mi nuevo elemento, como los niños que empiezan á nadar, no muy impracticable ciertamente. Ningun hombre, ángel ni demonio puede hoy salirme con que soy demasiado débil para creer ó negar cualquier fenómeno ó teoría concerniente al cielo ó la tierra; ni que tal cielo, tierra, fenómenos ó teorías existan.... Sin duda, no soy

bastante dogmático para negar ni asegurar que haya sensaciones.... en número demasiado grande para que sirvan de alivio.... pero, en cuanto á ir mas léjos, por induccion, deduccion, análisis ó síntesis, renuncio á ese oficio de Aracne, y no quiero tejer mas telas de araña con mi alma.... si tengo alma. ¿Sensaciones?... ¿Qué son las sensaciones sino partes de uno mismo.... si este *uno mismo* existe? ¿Quién ha infundido en la cabeza del hombre esa idea infantil, de que hay algo fuera de él que produce las sensaciones? Parecidas son las que se tienen en sueños, y es sabido que no hay realidad correspondiente á ellas.... ¡Sabido! ¡Tú no lo sabes! ¿Cómo osas llevar tu dogmatismo hasta afirmarlo? ¿Por qué tus sueños no han de ser tan reales como tus pensamientos en estado de vigilia? ¿Por qué tus sueños no han de ser realidad, y tus pensamientos en estado de vigilia sueños? Uno ú otro, ¿qué importa?

“¿Qué importa verdaderamente? Años enteros he estado observando (á no ser que esto tambien haya sido sueño, cosa muy probable) cuántos saltimbanquis han hecho cabriolas en la cuerda tiran-

no debe avergonzarse de escucharla. ¿No nos mandó Alarico que no ofendiésemos en Roma á las monjas? Y si bien no soy cristiano, como él lo era, no creo que deshonre al sectario de Odin recibir la bendición de esas mugeres; y yo quiero recibir la de ésta, Smid, hijo de Troll.

### CAPITULO XIII.

#### EL FONDO DEL ABISMO.

¡Al fin he llegado! dijo Rafael Aben-Ezra hablando consigo mismo. He cogido tierra con toda seguridad en el fondo de lo insondable, divirtiéndome en el firme suelo de la nada primitiva, y hallando mi nuevo elemento, como los niños que empiezan á nadar, no muy impracticable ciertamente. Ningun hombre, ángel ni demonio puede hoy salirme con que soy demasiado débil para creer ó negar cualquier fenómeno ó teoría concerniente al cielo ó la tierra; ni que tal cielo, tierra, fenómenos ó teorías existan.... Sin duda, no soy

bastante dogmático para negar ni asegurar que haya sensaciones.... en número demasiado grande para que sirvan de alivio.... pero, en cuanto á ir mas léjos, por induccion, deducccion, análisis ó síntesis, renuncio á ese oficio de Aracne, y no quiero tejer mas telas de araña con mi alma.... si tengo alma. ¿Sensaciones?... ¿Qué son las sensaciones sino partes de uno mismo.... si este uno mismo existe? ¿Quién ha infundido en la cabeza del hombre esa idea infantil, de que hay algo fuera de él que produce las sensaciones? Parecidas son las que se tienen en sueños, y es sabido que no hay realidad correspondiente á ellas.... ¡Sabido! ¡Tú no lo sabes! ¿Cómo osas llevar tu dogmatismo hasta afirmarlo? ¿Por qué tus sueños no han de ser tan reales como tus pensamientos en estado de vigilia? ¿Por qué tus sueños no han de ser realidad, y tus pensamientos en estado de vigilia sueños? Uno ú otro, ¿qué importa? “¿Qué importa verdaderamente? Años enteros he estado observando (á no ser que esto tambien haya sido sueño, cosa muy probable) cuántos saltimbanquis han hecho cabriolas en la cuerda tiran-

te de la filosofía; y todos ellos son muñecos de madera, formados con hilos de metal, que vienen á ser *petitiones principii*. . . . Cada filósofo cree haber resuelto la cuestion, y camina adelante, con el orgullo del que ha obtenido un triunfo, y se alaba de probarlo todo despues. No es extraño que su teoria convenga al universo, cuando él antes ha cercenado al universo para que convenga á su teoria. Yo he intentado resolver mas de una. . . . estremeciéndome, ¿á qué negarlo? Al llegar al minimum de la reduccion. . . . porque supongo no es posible descender mas que al simple *Yo soy yo*. . . . á no ser (cosa igualmente demostrable) al *Yo no soy yo*. Recuerdo (ó sueño) que ofreci á ese dulce sueño, llamado Hipatia, deducir todo lo que hay en el cielo y en la tierra, desde los principios astronómicos de Hiparco hasta el número de plumas que tiene el ala de un arcángel, de esa sencilla proposicion, si antes ella queria escribirme su demostracion, como una especie de *pousto* para el vértice de mi pirámide invertida. Pero no se dignó hacerlo. . . . Es comun desdeñarse de ejecutar aquello para lo cual uno conoce que es im-

potente. . . . Se contentó con responder "que era un axioma, igual al de uno y uno que componen dos. . . ." ¡Cuál se quedó el dulce sueño cuando le dije que no consideraba axioma lo uno ni lo otro; y que el parecernos que uno y uno componen dos, no era mas segura prueba de que fuesen dos en realidad, y no trescientos sesenta y cinco, que la de que un hombre en la apariencia honrado, no debiese ser un pícaro; y cuál se quedó despues cuando le pregunté, al apelar ella á la experiencia universal, cómo se haria para probar que la locura combinada de todos los locos podia convertirse en sabiduria!

¡*Yo soy yo*, un axioma! ¿Qué derecho me asiste para decir que *soy yo* y no otro? ¿Cómo lo sé? Yo, ó mas bien, algo, siente un número de sensaciones, deseos, pensamientos, ideas (¡cargue el diablo con todas!) nuevas á cada instante, y cada una en lucha con todas las demas; y entonces, en vista de esa infinita multiplicidad y contradiccion, que solo yo noto, soy ilógico hasta el punto de esclamar: *Yo soy yo*; y juro que soy una cosa, cuando todo lo que sé es que el diablo es el único que sabe lo que soy.

¡De todas las buenas deducciones de la experiencia esta es la mejor! ¡No sería mas filosófico concluir que yo, que nunca he visto, sentido ni oído lo que llamo mi *yo*, soy eso que he visto, oído y sentido (ni mas ni menos); soy esa sensación que llamo caballo, hombre muerto, asno; como esos cuarenta mil asnos de dos piernas, que aparecen corriendo allá abajo por salvar sus vidas, con la idea de que son algo.... como yo tambien imaginé, en mi necia costumbre de imputarles lo mismo que encuentro en mi *yo*.... ¡maldita palabra! La locura de mis antepasados (suponiendo que los haya tenido) ha estorbado que adquiriese otra costumbre mejor.... ¿Por qué no he de ser todo lo que siento.... ese cielo, esas nubes.... el universo entero? ¡Hércules! ¿qué genio creador debe ser mi sensorium!.... Voy á componer una poesía.... épico-burlesca, en veintidos libros, titulada: *El universo, ó Rafael Aben-Ezra*; y tomaré por modelo el *Margites de Homero*. ¿De Homero? ¡Mio! ¿Por qué el Margites, como todo lo demas, no ha de haber sido una sensación de mi *yo*? Hipatia solia decir que la poesía de Homero era una parte de ella....

solo que no podia probarlo.... pero, yo he probado que el Margites es una parte de mi.... ¡Lo cual no significa que yo crea mi prueba.... el excepticismo lo prohíbe! ¡Oh! ¡pluguiera al cielo que todo este desagradable universo fuese aniquilado, para que la experiencia me enseñase de ese modo si queda algo del *yo*, cuando todos los objetos exteriores han desaparecido!.... ¡Necio y dogmático! ¿y cómo sé yo que así se aprenderia eso? Y si se aprendiese, ¿qué necesidad habria de enseñarlo?

“Me atrevo á decir que hay una respuesta que cuadra á todo esto. Yo pudiera escribir una muy buena en media hora; pero luego no la creeria.... ni la réplica.... ni la contra-réplica.... Así.... tengo sueño y hambre.... ó mas bien, el hambre y el sueño me tienen á mí.”

Y Rafael concluyó su meditacion con un gran bostezo.

Este consolador discurso fué pronunciado en una sala de lecciones á propósito para semejantes monólogos. En medio de las desnudas paredes de una torre destruida por el fuego en la Campiña de Roma, sobre un monton de yerba seca, rodeado por unos cuantos pinos que

mados y negros con el humo, estaba sentado Rafael Aben-Ezra, esforzándose en hallar la última fórmula del gran problema humano. Dada la existencia del yo, hallar la de Dios. Desde allí podía disfrutar la extensa perspectiva de la llanura, cubierta de arboles rotos, trigos hollados por los piés, quintas aun humeando, y demas horribles señales de una reciente guerra; y á lo léjos hacía las tranquilas montañas de color de púrpura y el plateado mar hacía el cual se dirigia, grandes líneas negras de movibles manchas, que ora corrian juntas, ora se separaban, deteniéndose unas veces, retrocediendo otras para seguir luego su curso por algun nuevo canal, mientras que de tiempo en tiempo un brillo de centellas blancas y agudas atravesaba aquellas densas y negras masas.... El conde de Africa se habia lanzado á disputar el imperio del mundo.... y habia perdido.

“Magnífico y viejo sol! dijo Rafael. ¡Cuán alegremente baña con su resplandor las hojas de espada que se ven á lo léjos, sin cuidarse de que cada centella lleve ó no un grito de muerte tras sí! ¡Y por qué se cuidaria? No es de su incum-

bencia. Los astrólogos son necios. La mision del sol es brillar, y su excesivo brillo es, en verdad, una de mis sensaciones poco satisfactorias. ¿Qué significa esto? ¡Es cosa agradable, sin disputa!”

Mientras discurría así, una columna de tropas avanzaba al través del campo, en direccion de aquel punto.

“Si estas unevras sensaciones mias me hallan aquí, infaliblemente producirán en mí una nueva sensacion, que hará imposibles todas las demas.... ¿Y qué cosa mejor pudieran hacer por mí?... Sí; pero, ¿como sé que la harian? ¿Qué prueba tengo de que si un fantasma de dos piernas introduce un duro fantasma de metal entre mis sensaciones, esas sensaciones serán las últimas que experimentaré? ¿El que yo me ponga pálido, y yazga en silencio, y en uno ó dos dias me convierta en carne de corneja, es una razon para que no deba sentir? ¿Y cómo sé yo lo que sucederá? Veo que acontece esto á ciertas sensaciones de mi pupila.... ó de otra parte.... ¿qué importa cuál? que llamo soldados; pero ¿qué analogia existe entre lo que parece sucede á esas sensaciones individuales,

llamadas soldados, y lo que puede ó no acontecer realmente á todas mis sensaciones reunidas, qué llamo *yo*? ¿Produciría yo manzanas, si un fantasma viniera y me plantara? Entonces ¿por qué habria de morir si otro fantasma viniera y me atravesara el costado?

“Sin embargo, tampoco lo niego, pues no soy dogmático. Positivamente los fantasmas se dirigen á mi torre; y de todos modos, es mas seguro huir de aquí. Pero, en cuanto á perder el sentimiento, continuó levantándose y guardando unas cuantas cortezas enmohecidas de pan en la mochila, eso, como todo lo demas está por probar. Porque... si ahora, cuando me asiste alguna excusa para imaginarme una cosa que ocupa un sitio, casi me vuelve loco el número de mis sensaciones, ¿qué será cuando sea comido, y me convierta en polvo, é indudablemente en muchas otras cosas ocupando muchos otros lugares? ¿No se multiplicarán entonces las sensaciones, de una manera insoportable? ¿Lo juraría, si fuese capaz de jurar por algo! ¿Ser cambiado en el sensorium de cuarenta miserables cornejas distintas nuas de otras, ademas de dos ó tres zorras y

un grande escarabajo negro! Huiré, como los demas.... si los demas existen. ¡Vamos, Bran!....”

“¡Bran! ¿dónde estás? ¿dónde estás, desgraciada é inseparable sensacion mia? ¿Alimentáudote ya de esos soldados muertos? Bien; la lástima es que este necio y contradictorio gusto mio, despertándome el hambre, me impida seguir tu ejemplo. ¿Por qué he de recibir lecciones de mis fantasmas-soldados y no de mi fantasma-perra? ¡Esto es ilógico! ¡Bran! ¡Bran!”

Y salió y silbó inútilmente llamando á la perra.

“¡Bran! Desgraciado fantasma, que no se desvanece ni de dia ni de noche, descansando en mi seno hasta cuando sueño; y que tampoco permite que yo me desvanezca y resuelva el problema (si bien no ereo haya tal problema): ¿por qué me sacaste del mar en Ostia? ¿Por qué no dejaste que me trasformara en una multitud de cangrejos? ¿Cómo sabias tú ni yo que no son gente muy alegre, y que las dudas filosóficas no alteran su sosiego en lo mas mínimo?... Pero, quizá no eran cangrejos, sino fan-

tasmas de cangrejos.... Y, por otra parte, ¿si los fantasmas-cangrejos producen sensaciones alegres, por qué no las producirán los fantasmas-cornejas? Así, cualquiera que sea el resultado, es indiferente; y puedo muy bien esperar aquí, y parecer que me convierto en corneja, como sucederá sin duda.— ¡Bran!.... ¿A qué aguardar por ella? ¿Qué gusto puede darme el sentimiento de una cosa con cuatro piés, piel de colores, orejas cortadas y hocico largo, siempre entre lo que parecen ser mis piernas? ¡Ahí está! ¿dónde te has detenido? ¿No me ves dispuesto á emprender mi marcha, con el palo y la mochila al hombro? ¡Vamos!”

Pero la perra, mirándole como solamente estos animales saben hacerlo, corrió á la espalda de la mina, volvió adonde él estaba, y así estuvo yendo y viniendo, hasta que Rafael la siguió.

“¿Qué es esto? ¡Esta es una nueva sensación acompañada de una venganza! ¡Oh!, tropel de apariencias materiales! ¿no bastaba con vosotras, sino que era preciso añadiéseis á vuestro número también éstas? ¡Bran, Bran! ¿No podías haber buscado otro día mejor que este

en el año para regalar mis oídos con la agradable música de uno... dos... tres... nueve perrillos ciegos?”

Bran por toda respuesta corrió al agujero donde su nueva familia estaba arrastrándose y chillando; sacó un perrillo en la boca y lo puso á los piés de Aben-Ezra.

“Inútil, te lo aseguro. Estoy perfectamente instruido de lo que pasa. ¡Cómo! ¡Otro?... ¡Vejestorio! ¡crees, como las hermosas damas, que lo que te ha sucedido es cosa para envanecerte?... Pero ¿si va á sacar toda la camada!... ¿En que estaba pensando últimamente? ¡Ah!.... el argumento era contradictorio, sí, porque yo no podía argüir sin emplear los mismos términos que repudiaba. Bien.... Y.... ¿por qué no habria de ser contradictorio? ¿Por qué no?... Se debe tambien sostener esto. ¿Por qué una cosa no podria ser verdadera y al mismo tiempo falsa? ¿Qué daño resulta de que una cosa es falsa? ¿Qué necesidad hay de que sea verdadera? ¡Verdadera!.... ¿Qué es la verdad? ¿Por qué una cosa ha de ser peor siendo ilógica? ¿Por qué ha de existir lógica de ninguna clase? ¿He visto yo jamas un

animalillo huir con la *Lógica* acuestas? ¿Que sé yo de ella, sino que es una sensación de mi alma... supuesto que tenga alma? ¿Qué prueba es esta de que yo deba obedecerla á ella, y no ella á mí? Si una pulga me pica, me libro de esta sensación; y si la *lógica* me molesta hago lo propio. Conviene enseñar á los fantasmas á desaparecer cortesmente. La única esperanza de consuelo está en resistir débilmente á la tiranía que ejercen sobre uno las ideas y sensaciones... todos los filósofos lo confiesan... ¿y qué divinidad es la *lógica* para que deba ser la única excepcion?... ¿Qué quieres, vieja? Te advierto que hoy, ni mas ni menos que una monja, tienes que elegir entre los vínculos de familia y los del deber."

Bran le cogió por el extremo de la ropa y le atrajo adonde estaban los perrillos: en seguida tomó uno de éstos y lo levantó hácia él, repitiendo lo mismo con otro.

"¡Injusto animal! Supongo no te atreverás á esperar que cargue con tus perros."

Y Rafael volvió la espalda para marcharse.

Bran se echó sobre sus patas traseras y empezó á ahullar.

"¡Adios, pues! has sido, es verdad un agradable sueño... Pero si te empeñas en imitar á todos los fantasmas..."

Y se puso en camino.

Bran corrió tras él saltando y ladrando; luego, acordándose de sus hijos, retrocedió, intentó llevarlos uno á uno en la boca, despues todos; pero no pudiendo, se echó y ahulló.

"¡Vamos, Bran! ¡Vamos, querida!"

La perra estuvo yendo y viniendo de él á los perrillos y viceversa, hasta que de repente se paró, dejó caer la cola y se dirigió poco á poco á sus hijos con un profundo murmullo de reprension.

"¡Si bien se considera, dijo Rafael, tienes razon! Aquí están nueve cosas que han venido al mundo; fantasmas ó no, aquí están: no puedo negarlo. Son algo, y tú tambien eres algo; ó á lo menos bastante parecida á algo. ¿Y tú no eres tan buena como yo, y ellos tambien, y con el mismo derecho á vivir que tengo yo? Así, ¡por los siete planetas! los llevaré conmigo."

Dicho esto, retrocedió, ató los perrillos en un pañuelo, y echó á andar: Bran

ladraba, chillaba, saltaba, corría entre las piernas de Rafael, sin saber cómo expresarle su alegría.

—¡Adelante! ¡a donde quieras! El mundo es ancho. Serás mi guía, mi tutor, mi reina de la filosofía, solo por el sentido común de que estás dotada. ¡Adelante, nueva Hipatia! ¡Te prometo no oír hoy mas lecciones que las tuyas!"

Se puso en marcha con bastante dificultad, ya atravesando por entre cadáveres, ya subiendo á una pared, á fin de salirse del camino y evitar alguna partida de caballería, ó alguna cuadrilla obscena de ladrones, que se ocupaban en despojar y robar á los muertos.... Por último, enfrente de una extensa quinta, trasformada á la sazón en un esqueleto negro y humeante, se encontró al saltar una pared, junto á un montón de bastantes cadáveres que habian sido apilados contra el muro del jardín. Allí se habia luchado de un modo terrible tres horas antes.

—¡Sácame de este estado miserable! ¡Mátame, por piedad! dijo á sus piés una voz lastimera.

Rafael miró al suelo, y vió que el infeliz estaba herido y mutilado de una

manera que no daba lugar á la menor esperanza.

—Lo haré, amigo, si tal es tu deseo.

Así diciendo, desenvainó el puñal. El desgraciado extendió la garganta, esperando el golpe con espantosa sonrisa. Sus ojos se encontraron con los de Rafael, y éste sintió que le faltaba el ánimo y se levantó.

—¡Qué consejo me das, Bran?

Pero la perra estaba lejos de allí, saltando y ladrando con impaciencia.

—Obedezco, dijo Rafael.

Y siguió al animal, mientras que el herido le llamaba angustiosamente y en tono de reconvenccion.

—No aguardará mucho. Esos ladrones no serán tan débiles como yo.... ¡Es extraño! Según mis reminiscencias armenas, me hubiera creído tan exento de semejante flaqueza como cualquiera de mis antepasados los Cananitas.... Y sin embargo, un mero espíritu de contradicción me impidió matar á ese infeliz, precisamente por lo mismo que me rogaba lo hiciese.... Hay en esto mas de lo que cabe en esa gran pirámide invertida de *Yo soy yo*.... Olvidémoslo, y ante todo aprendamos de memoria las lec-

ciones de la perra. ¿A dónde nos dirigimos, Bran? ¡Ah, increíble transformación! Esta es la misma hermosa quinta que vi ayer por la mañana, con los asientos del jardín entre lechos de flores, justamente como las jóvenes los dejaron, y los pavos reales y faisanes de color de plata andan corriendo de un lado para otro, admirados de que sus lindas amas no vayan a echarles de comer. Hay aquí un montón de escombros y de corrupción, que encontrarán las jóvenes cuando se atrevan a volver de Roma, quejándose entonces de los horrores de la guerra que les destruye todos sus arbolillos, y de la crueldad de los soldados que les matan y se comen sus pobres tortolas. ¿Por qué no? ¿A qué llorar otras cosas... que son como éstas irremediables, ó que tal vez no necesitan remedio? ¡Ah! ¡Bajo aquel árbol frutal decausa un bizarro sugeto!"

Rafael se acercó á un círculo de cadáveres, en medio de los cuales yacía, medio apoyado contra el tronco del árbol, un oficial de elevada estatura, en la flor de su edad viril. Su casco y armadura, con hermosos embutidos de oro, estaban cortados y abollados por cien

golpes; su escudo atravesado de parte á parte; su espada rota en la yerta mano que la tenía aun asida. Separado de su tropa, hizo la última parada bajo aquel árbol, metido hasta la rodilla en medio de las gayas flores de verano, y allí yacía cubierto, como por burla... ó por lástima... de la madre naturaleza, de rosas marchitas y de frutas de color de oro, que habian caído de las ramas en aquella terrible lucha. Rafael se detuvo un momento á contemplarle con una triste sonrisa.

"¡Bien!... ¡has vendido cara tu creida personalidad! ¡Cuántos hombres mataste!... Nueve... once... ¡Hombre presuntuoso! ¡Quién te ha dicho que tu vida valía tanto como las once que destruiste?"

Bran se acercó al cadáver, quizá porque le supusiera vivo á causa de su posición; arrimó las narices á la fría mejilla, y retrocedió con un triste ahullido.

"¡Eh? ¡Es así como debe mirarse este fenómeno?... Bien; en último resultado, siento tu suerte... casi te amo... Todas tus heridas están hechas por delante, cual deben ser las que reciba un hombre. ¡Pobre necio! ¡Ni Lais ni Tais

volverán á rizar esos magníficos bucles! ¿Qué bajo relieve es este que adorna tu escudo? ¿Venus recibiendo á Psiquis en la morada de los dioses!... ¡Ah! ¡A estas horas ya habrás descubierto cuanto hay de verdad en las alas de Psiquis! ¿Cómo sé yo eso? Y sin embargo, ¿por qué, á pesar de mi sentido comun [si tengo alguno], te estoy hablando, á tí, y amándote, y compadeciéndote, si eres nada ahora, y probablemente siempre lo has sido? ¡Bran! ¿qué derecho tienes de compadecerle sin dar tus razones en debida forma, como hubiera hecho Hipatia? Perdóname, jóven... pero, existas ó no, me es imposible dejar ese collar que cuelga sobre tu pecho, para que esos lobos que andan por ahí lo conviertan en aguardiente.”

Diciendo así, se inclinó y quitó, con bastante suavidad, al guerrero un magnífico collar que le servía de adorno.

“No lo quiero para mí, te lo aseguro. Como la manzana de oro de Atè, *detur digniori*. ¡Ven aquí, Bran!”

Y ató las joyas alrededor del pescuezo de la perra, la cual, envaneida con tal carga, saltó y se puso en marcha ladrando, en dirección de Ostia, por el

mismo camino que habían traído hasta allí, viniendo del mar. Rafael la siguió, sin cuidarse de saber adonde, y entre tanto continuó hablando consigo mismo en voz alta, como acostumbran las personas de mal humor y fuertemente excitadas.

...“¿Y el hombre decanta su dignidad, su inteligencia, su céleste parentesco, sus aspiraciones á lo invisible, á lo hermoso, á lo infinito... a todo lo que no se le parece!... ¿Qué pruebas tiene de ello? Sin duda los infelices que yacen en estos contornos son perfectos modelos de humanidad. ¿Y qué aspiraciones hácia el infinito han tenido desde que nacieron, como no sea á beber vino infinitamente? Comer, beber; destruir cierto número de su especie; reproducir cierto número de seres de la misma, cuyas dos terceras partes mueren en la infancia, causando mortal pena á sus madres y gastos á sus padres putativos... Y luego... ¿qué dice Salomon? Lo que les sucede á ellos, sucede también á los irracionales. Como uno muere, así muere el otro, todos respiran lo mismo, y el hombre no tiene ninguna preeminencia sobre el animal, porque todo es vani-

dad. Todos van á parar á un sitio; todos son de polvo, y vuelven á ser polvo. ¿Quién es el que sabe que el aliento del hombre sube, mientras el de la bestia baja hácia la tierra? ¿Quién, sapientísimo antepasado! No soy yo, ciertamente. Rafael Aben-Ezra, ¿en qué eres tú mejor que una bestia? ¿Qué preeminencia tienes, no meramente sobre esta perra, sino sobre las pulgas á quienes con tal jactancia maldices? Al hombre le cuesta mucho la casa, la ropa, el fuego... lo que es una excelente prueba de su sabiduría, cuando la pulga, sin ningun trabajo por su parte, sabe aprovecharse de mi sábana mucho mejor que yo. El hombre hace ropas, y la pulga vive en ellas... ¿quién es mas sabio de los dos?...

“Pero... el hombre está caído... ¡Bien! y la pulga no. Tanta mayor ventaja tiene sobre el hombre, porque es lo que fué hecha, y llena la verdadera definición de la virtud... lo cual no podemos decir igualmente nosotros. Y si el antiguo mito fuese cierto, y el hombre hubiese caído por querer elevarse en sus obras mas que la pulga, eso probaria que no era capaz de ellas.

“Pero ¿sus artes y sus ciencias?... El sonido de los cascabeles de esos niños grandes me hace daño... Un asno presuntuoso en una generacion, cuyo trabajo y disgusto crecen sin cesar, y que concluye por morir como mueren los locos; y diez millones de brutos y esclavos, justamente donde lo fueron sus abuelos y donde lo serán sus hijos y nietos, hasta el fin de la farsa... Lo que ha sucedido es lo mismo que sucederá; y nada nuevo hay bajo el sol...

“En cuanto á vuestros palacios, ciudades y templos... ¡Contemplad esta Campiña y juzgad!... Las picaduras de pulgas desaparecen al cabo de un rato... y lo mismo les pasa á ellos. ¿Son acaso mas que las hinchazones que nosotros, pulgas humanas, hacemos en la piel de esta vieja tierra?... ¿Hacemos? No; causamos meramente, como las pulgas causan las picaduras... ¿Qué son todas las obras de los hombres, sino una especie de desorden cutáneo en el cuero enfermo de la tierra, y nosotros una raza de pulgas grandes, que corremos por entre su piel, á la cual llamamos arboles? ¿Por qué no seria la tierra un animal? ¿Cómo sé yo que no lo es? ¿Por qué es de-

masiado grande? ¡Bah! ¿qué es grande y qué es pequeño? ¿Por qué no tiene la forma de un animal?... Mirad dentro de la red de un pescador, y ved qué formas hay allí. ¿Por qué no habla?... Quizá no tenga que decir, estando demasiado ocupado. Quizá no pueda hablar con mas juicio que nosotros.... En ambos casos, muestra su sabiduría, refrenando la lengua. ¿Por qué se mueve en una direccion necesaria?... ¿Cómo lo sabeis? ¿Podeis asegurar que en este momento no está jugueteando con todas las siete esferas á la vez? Y si lo hace.... tanto mayor es su sabiduría, si esa es la direccion que mas le conviene. ¡Oh! ¡Es una baja sátira de nosotros y de nuestras ideas sobre lo hermoso y lo adecuado, decir que una cosa no puede estar viva y ser racional, justamente porque sigue una senda con firmeza, en vez de vagar de un modo fantástico sin método ni orden, como nosotros y las pulgas, desde que nacemos hasta que morimos! Además, si concedéis, con el resto del mundo, que las pulgas son menos nobles que nosotros, porque son nuestros parásitos, habreis de conceder que nosotros somos menos nobles que la tier-

ra, porque somos sus parásitos.... Positivamente, esto parece mas probable que nada de lo que he estado considerando por muchos dias.... Y, sea dicho de paso, ¿por qué los terremotos, las inundaciones y las pestes, no serian otros tantos medios con que cuenta el viejo y sabio animal para rascarse, cuando las pulgas humanas, y sus palacios y ciudades le molestan demasiado con sus picaduras?"

En una vuelta del camino le sacó de esta provechosa meditacion un grito, que por lo agudo conoció lo habia lanzado una muger. Levantó los ojos y vió cerca de él, entre las humeantes ruinas de una casa de campo, á dos fascinerosos que se llevaban á una jóven, con las manos atadas atras, mientras que la infeliz dirigia su vista hácia las ruinas, como si dejase algo querido allí, y luchaba en vano, sujeta como estaba, por librarse de aquellos dos hombres y retroceder.

"Conducta injustificable en pulgas. ¡Eh! ¡Bran! ¿qué piensas de esto? ¿Por qué no seria una buena suerte para ella esa captura, si tuviese la tranquilidad de espíritu suficiente para conocerlo?"

Pues, en último resultado, ¿qué le sucederá? Que será conducida á Roma, donde se la venderá como esclava.... Y prescindiendo de unos cuantos disgustos que ocasionará el traspaso, y la preocupación con que algunas personas se resisten á permanecer una hora en el mercado con las, menos ropas posibles, acabará probablemente por estar mucho mejor alojada, alimentada, adornada y festejada segun el deseo de su corazón, que las noventa y nueve de sus cien hermanas pulgas.... hasta que empiece á ponerse vieja.... lo que ha de suceder si no muere antes... Y si no ha hallado medio de conseguir que su amo le devuelva la libertad, y no ha reunido algunos ahorros en todo ese tiempo... la culpa será suya. ¡Eh, Bran?"

Pero Bran disentia completamente de su amo en aquel caso; porque despues de haber estado observando á los dos bribones uno ó dos minutos, con la cabeza inclinada á un lado, se arrojó sobre ellos, repentina y silenciosamente, como acostumbran los mastines, y derribó á uno en tierra.

"¡Oh! esto es, como dicen en Alejandria, "oportuno y bello" en el caso pre-

sente. Bien.... obedezco. A lo menos tus lecciones son mas prácticas que lo que fueron nunca las de Hipatia. ¡Quiera el cielo que no haya algunos pícaros mas en las ruinas!"

Y precipitándose sobre el segundo ladrón, le dejó muerto de una puñalada, yendo en seguida hácia donde Bran tenia al primero cogido por la garganta.

—¡Misericordia! ¡Misericordia! esclamó el miserable. ¡La vida! ¡Concédeme la vida!

—A media milla de aquí me suplicaba otro que le matase; ¿á cuál de vosotros dos deberé complacer?... porque es imposible que ambos pidais con justicia.

—¡La vida! ¡Concédeme la vida!

—Es un apetito carnal, que es preciso aprender á vencer, dijo Aben-Ezra levantando el puñal.

En un momento todo estuvo consumado, y Bran y él se separaron de aquel sitio.... Pero ¿dónde habia ido la jóven? Hácia las ruinas; Rafael la siguió, y entretanto Bran corrió á prodigar sus maternos cuidados á los perrillos, que aquel habia colocado sobre una piedra.

—¿Qué buscas, pobre niña? preguntó

Rafael á la jóven en latin. No te haré el menor daño.

—¡A mi padre! ¡á mi padre!

—Aben-Ezra le desató las manos; y ella, sin detenerse á darle gracias, corrió hácia un monton de piedras y de vigas caidas. y empezó á cavar con todas sus pequeñas fuerzas, llamando sin cesar á su padre.

“¡Tal es la gratitud de una pulga á otra pulga! pensó Rafael. ¿Por qué la mera costumbre de llamar á uno padre, y no amo ó esclavo, ha de producir una pasion de esta clase?... ¡Hábito brutal!... ¡Qué servicios puede el mencionado hombre hacer ó haber hecho, que merezcan?... ¡Aqui está Bran!... ¡Qué juzgas tú de esto, filósofa mia?”

Bran se echó y observó tambien. Las tiernas manos de la jóven estaban llenas de sangre, á causa de las piedras, mientras que sus doradas trenzas caian sobre sus ojos y se enredaban en sus impacientes dedos, pero no por eso interrumpia su faena. Bran pareció comprender de repente el caso, y corriendo al monton de escombros, empenzó á cavar tambien con todas sus fuerzas.

Rafael se levantó, y encogiéndose de hombros, tomó parte en la obra.

—¡Malditos instintos animales! Sofocan mucho á uno. Pero ¿qué significa esto?

Un débil suspiro se oyó debajo de las piedras, descubriéndose en seguida un cuerpo humano. La jóven se precipitó, repitiendo á gritos el nombre de su padre. Rafael la quitó de allí con dólzura, y poniendo en accion toda su fuerza, sacó de entre las ruinas á un hombre de mediana edad y de buena presencia, con uniforme de oficial de alta categoria.

Aun respiraba. La jóven levantó su cabeza y la cubrió de besos. Rafael miró alrededor en busca de agua, y habiendo encontrado una fuente y un cantaro roto, humedeció las sienes del herido hasta conseguir que abriera los ojos y diera señales de vida.

La jóven estaba sentada junto á él, acariciando su recobrado tesoro, y bañando el rostro de su padre con sus lágrimas. ®

—Eso no me concierne, dijo Rafael. ¡Vamos, Bran!

La jóven se arrojó á sus piés, beaó

sus manos, le llamó su salvador, su libertador enviado por Dios.

—Nada de eso, querida niña. Debes dar las gracias á mi maestra, la perra, no á mí.

Y ella le tomó por la palabra, y rodeó con sus tiernos brazos el pescuezo de Bran; y Bran la comprendió, meneó la cola y lamio el dulce rostro de la joven cariñosamente.

—¡Todo esto es de un absurdo intolerable! dijo Rafael. Tengo que marcharme, Bran.

—Imposible que quieras dejarnos. ¡Imposible que quieras dejar morir aquí á este anciano!

—¡Por qué no? ¡Qué mejor cosa pudiera sucederle!

—Ninguna, murmuró el oficial, que no había hablado hasta entonces.

—¡Dios mio! ¡es mi padre!

—¡Y qué?

—Es mi padre.

—¡Y qué?

—¡Debes salvarle! ¡Y le salvarás te digo!

Hablando así, cogió el brazo de Rafael con el imperio que le daba su posición.

El se encogió de hombros, pero se sintió, sin saber por qué, inclinade á obedecerla.

—Lo mismo puedo hacer eso que otra cosa cualquiera, pues que no tengo que hacer nada. ¡A dónde iremos ahora?

—Adonde te acomode, respondió el herido. Nuestras tropas han sido derrotadas, nuestras águilas han caído en manos del enemigo. Somos tus prisioneros de guerra. Te seguiremos adonde nos lleves.

—¡Tal es mi fortuna! ¡Una responsabilidad nueva!—¡Por qué no he de poder moverme, sin animales vivos, desde pulgas arriba, apegados á mí? ¡No me basta tener nueve perrillos sobre mis espaldas, y en pos de mí un animal viejo; que persiste en salvar mi vida, sino que he de cargar también con un respetable anciano rebelde y su hija? ¡Por qué el destino no ha de concederme el limitar mis cuidados á mi mismo? Amigo, te devuelvo la libertad, á tí y á tu hija. El mundo es bastante ancho para que en él quepamos todos. No exijo ningún rescate.

—Pareces filósofo, amigo mio.

—¿Yo? ¡no lo permita el cielo! He caminado al través de ese cenegal, y estoy ya á la otra parte. Para arrojar de mí las últimas manchas de lodo, no he necesitado azufre ni exorcismos, sino tus soldados y su obra de esta mañana. La filosofía es inútil en un mundo compuesto de locos.

—¿Te incluyes tú también en ese número?

—Sin duda, buen anciano. No exceptuo á nadie. Si puedo de algun modo probarte mi locura, lo haré.

—Entonces ayúdanos á mi y á mi hija á llegar á Ostia.

—Excelente prueba. Bien. Mi perra parece haber tomado ese camino; y por otra parte, me pareces dotado de bastante dosis de imbecilidad humana para ser digno compañero mio. ¿Espero que no querrás pasar por sábio?

—¿Dios sabe que no! ¿No pertenezco al ejército de Heracliano?

—Es verdad; y esta jóven ha llegado á ser á tu lado una loca tan grande, que ha infestado hasta la perra.

—De ese modo seremos tres locos que partimos de compañía.

—Y como de costumbre, el mayor de

todos debe ayudar á los demas. Pero tengo ya en mi familia nueve perrillos. ¿Cómo podré llevaros á vosotros y á ellos?

—Yo me encargo de los perrillos, dijo la jóven; y Bran, despues de observar el cambio con ojos algo recelosos, pareció quedar conforme, y colocó alegremente su cabeza bajo la mano de la hija del herido.

—¿Eh? ¿Tienes confianza en ella, Bran? dijo Rafael en voz baja. De veras que voy á emanciparme de tus instrucciones, si exiges en mí semejante necesidad. Pero, allí anda vagando una mula sin dueño, y nada impide que nos sirvamos de ella.

Cogió en efecto la mula, montó en ella al herido, y se pusieron todos en marcha, dejando el camino real y tomando por una senda que, segun el oficial, que parecia conocer perfectamente el país, debia conducirlos á Ostia con seguridad.

—Si llegamos allí antes de ponerse el sol, estamos salvados, dijo.

—Y entretanto, añadió Rafael, la perra y este puñal, que, como tengo cuidado de avisar á todos, está delicadamente envenenado, se encargarán de librarnos de merodeadores. Sin embargo,

continuó hablando consigo mismo, "¿qué loco tan completo soy! ¿Qué interés puede inspirarme este rebelde ineircunciso? El menor mal será que, si somos aprehendidos, lo que sucederá muy probablemente, se me crucificará por haberle ayudado á huir. Pero, si nos salvamos... un nuevo lazo va á unirme á esas pulgas, á cuya compañía he preferido la miseria y el hambre. ¿Quién sabe cuál será el fin de esto?... ¡Bah! Ese hombre será como todos. De seguro, antes que concluya el día, ó se mostrará ingrato, ó intentará hacer el papel de saltimbanqui-heróico, ó me proporcionará algun pretexto para despedirme de él. Entretanto, no deja de haber mérito en el hecho de encontrar á una persona respetable, con una hija jóven además, bajo la direccion de ese loco de Heracliano; circunstancia que realmente me pone en la curiosidad de descubrir en qué variedad de pulgas debo clasificarle."

Pero mientras Aben-Ezra discurría así respecto del padre, no podía menos de pensar en la hija, y mas de una vez sus ojos se fijaron en ella. Indudablemente la jóven era muy hermosa. Sus

tacciones no tenían la regularidad perfecta de las de Hipatia, ni su estatura era tan imponente; pero su rostro brillaba con una expresion de vigor y de alegría, de ternura y de modestia, que antes no habia visto unidas en un mismo semblante; y al verla caminar con paso firme y ligero al lado de su padre, recogiendo sus esparecidas trenzas mientras andaba, riéndose al sentir agitarse su ruidosa carga, y contemplando con júbilo el rostro del autor de sus dias, que se reponia gradualmente, no podia menos de mirarla una vez y otra, sorprendiéndose al hallar por respuesta la expresion franca de una gratitud, que estaba tan distante de la gazmoñería como de la coquetería. . . . "Es una señora, pensó Rafael, pero no de la ciudad, seguramente. En ella se ve la naturaleza. . . . ó alguna otra cosa, pura é inmaculada, sin ninguna de las adiciones y adornos humanos." Y empezó á sentir un placer, que su gastado corazón no habia experimentado hacia mucho tiempo, solo en contemplarla. . . .

—Positivamente se encuentra un gusto necio en conseguir que se sonrian otras pulgas. . . . ¡Qué asno soy! ¡como

si no hubiese bebido toda esta copa has-  
tas las heces muchos años hace!

Caminó en silencio algun tiempo,  
hasta que el oficial, volviéndose á él le  
dijo:

— ¡Me permitirás ¡oh tú á quien debo  
la vida, y á quien hubiera dado antes las  
gracias, si no me lo impidiese esta de-  
bilidad que va desapareciendo! me per-  
mitirás te pregunte quién eres?

— Una pulga, señor... una pulga...  
nada más.

— Pero una pulga patricia, segura-  
mente, si he de juzgar por tu lenguaje  
y tus maneras.

— No es exacto. La verdad es que he  
sido rico, y que podré serlo nuevamen-  
te, así me lo dicen, cuando mi locura  
llegue al extremo de desearlo.

— ¡Oh! ¡si fuésemos ricos! dijo suspi-  
rando la jóven.

— Serías muy desgraciada, amiga mia.  
Cree á una pulga que ha hecho ya ese  
experimento.

— ¡Ah! ¡pero rescatariamos á mi her-  
mano! y ahora no podemos encontrar  
dinero hasta volver á Africa.

— Ni aun entonces, dijo el oficial en  
voz baja. ¡Olvidas, pobre niña, que hi-

potequé todos mis bienes para reclutar  
mi legion? No debes temer el ver las  
cosas como son en sí.

— ¡Ah! ¡y está prisionero! ¡y será ven-  
dido como esclavo!... y quizá... ¡le  
crucificarán, porque no es romano! ¡Ah!  
¡le crucificarán!...

Y prorumpio en abundante llanto...  
De repente se enjugó las lágrimas, y  
sus ojos resplandecieron otra vez.

— ¡No! perdóname ¡oh padre! ¡Dios  
protegerá á sus fieles!

— Querida niña, dijo Rafael, si te dis-  
gusta realmente esa suerte que puede  
caber á tu hermano, y necesitas unas  
cuantas monedas para impedirla, quizá  
pueda yo encontrártelas en Ostia.

La jóven le miró con cierta incredu-  
lidad, reparando en sus harapos; y lue-  
go, ruborizándose, le pidió perdón por  
sus mudos pensamientos.

— Bien, como quieras suponer; pero  
mi perra ha sido tan afable hasta ahora  
contigo, que tal vez consienta en rega-  
larte ese collar que lleva. Yo iré á casa  
de los rabinos y todo quedará arregla-  
do. Así, pues, no llores. Aborrezco los  
gritos; y los perrillos son un coro más  
que regular para la presente tragedia.

—¿Los rabinos? ¿Eres judío? preguntó el oficial.

—Si lo soy. Y tú cristiano, según presumo. Quizá tengas escrúpulo de admitir tal oferta (en general, tu secta, tratándose de tomar, no los tiene) de un individuo de nuestra obstinada é inéxtil raza. Pero no temas los remordimientos de tu conciencia, pues te aseguro que soy tan poco judío de corazón como cristiano.

—¡Dios te ayude, pues!

—Alguno, ó alguna cosa me ha ayudado demasiado durante treinta y tres años. Pero, perdóname; estas palabras no son propias de un cristiano.

—Debes ser un buen judío, antes de que puedas ser un buen cristiano.

—Es posible. No trato de ser ni lo uno ni lo otro. . . . ni tampoco un buen pagano. Amigo mío, dejemos este asunto, como superior que es á mí. Con tal que logre ser tan buen animal como mi perra (suponiendo demostrado que sea bueno ser bueno), quedaré satisfecho.

El oficial le miró con digno y afable dolor. Rafael observó su mirada, y conoció que no se hallaba en presencia de un hombre vulgar.

—Tengo que cuidar de mis palabras, ó si no, sospecho que me veré enredado en algun diálogo regular socrático. . . . A mi vez, amigo, me será permitido preguntarte ¿quién eres? Seguramente que mi intención no es entregarte á ningún César, Antioco, Teglah-Falasar, ni otras pulgas que se complacen en devorar pulgas. . . . Ellas engordan ya bastante sin necesitar de tu sangre. Así, yo te pregunto únicamente como un estudiante de la gran nada en general, que los hombres llaman universo.

—Esta mañana era prefecto de una legion. Lo que soy ahora, tú lo sabes tan bien como yo.

—Precisamente es eso lo que no sé. Me admira mucho ver tu serenidad, cuando, según todas las analogías que existen entre las pulgas, debieras estar lamentando tu suerte como Aquiles á orillas del mar, ó pretendiendo sobrellevarla, como me enseñaron á hacerlo cuando jugaba al Estoicismo. Sin duda no perteneces á esa secta, pues hace un momento te confesaste loco. ®

—Y pasarías mucho tiempo ¿no es verdad? antes que lograses que uno de ellos hiciese igual confesion. Bien, sea

asi. Soy un loco; sin embargo, si Dios nos ayudase á llegar á Ostia, ¿por qué no me habia de alegrar?

—¿Y por qué deberias alegrarte?

—¿Puede suceder cosa mejor á un loco, que enseñarle Dios á conocer que lo es cuando él se creia el mas sábio entre los sábios? Oyeme. Hace cuatro meses que tenia salud, honor, tierras, amigos... todo lo que pudiera desear el corazon del hombre. Y si, por insana ambicion, he preferido aventurar todo esto á seguir los solemnes consejos del amigo mas verdadero y del santo mas sábio que pisa la tierra, ¿no debo alegrarme de que Dios me haya probado, aun valiéndose de una leccion como esta, que el amigo que nunca me habia engañado antes, tenia razon tambien en este caso; y que el Dios que me ha librado durante eurenta años de trabajos y de guerras, siempre que me he atrevido á ejecutar lo que á mis ojos era justo, no me ha olvidado todavía ni ha renunciado al ingrato cuidado de mi educacion?

—¿Y quién es ese amigo sin par?

—Agustin, obispo de Hipona.

—Hum! El mundo, en general, hubiera ganado si el gran dialectico ejer-

ciera su fuerza de persuasion con el mismo Heracliano.

—Lo hizo, pero inútilmente.

—No lo dudo. Conozco al cortés conde lo suficiente para juzgar el efecto que un sermon produciria en su suave y vulpina determinacion.... “Un instrumento en las manos de Dios, querido hermano.... Debemos obedecer su llamamiento, hasta la muerte, &c., &c.”

Y Rafael se reia amargamente.

—¿Conoces al conde?

—Tanto como soy capaz de conocer á un hombre.

—Entonces, lo siento por tu sagacidad, dijo el prefecto con tono severo; pues que no ha podido discernir mas que eso en tan augusto carácter.

—Amigo mio, no dudo de su excelencia, aun mas, de su inspiracion. ¿Qué bien supo adivinar el momento á propósito para dar de puñaladas á su compañero, el anciano Estilicon! Pero ciertamente, como dos hombres del mundo, nosotros debemos saber ya que cada hombre tiene su precio....

—¡Oh! ¡calla! ¡calla! dijo la jóven en voz baja. No puedes imaginarte la pena que le estás causando. Adora al conde;

y no fué la ambicion, como pretende, sino solo su lealtad hácia él, la que le trajo aquí contra su gusto.

—Querida niña, perdóname. Por consideracion á tí me callo....

—¿Por consideracion á mí? ¡Oh! ¿por qué no por consideracion á tí mismo? ¡Cuán triste cosa es oír á una persona... á una persona como tú, burlándose y hablando mal!

—¿Por qué? Si los locos son locos, y con seguridad se les puede llamar así, por qué no hacerlo?

—¡Ah! ¿Si Dios tuvo bastante misericordia para enviar á su Hijo á morir por nosotros, nos faltará á nosotros la suficiente para no juzgar á los hombres con demasiada dureza?

—Niña mia, déjate de nuevas teorías antropológicas al hablar con un filósofo gastado. Lo que conviene es andar mas aprisa si queremos llegar á Ostia esta noche.

Pero fuese por lo que fuese, Rafael no volvió á burlarse durante mas de media hora.

Sin embargo, mucho antes de que llegasen á Ostia, la noche se les habia he-

chado encima, y su situacion empezó á ser muy poco segura. De voz en cuando un lobo, atravesando el camino para dirigirse á su horrible festin, salia como un espectro de entre las tinieblas y volvía á sumergirse en ellas, respondiendo al gruñido de Bran con mostrarle sus blancos dientes. Luego, las voces de alguna partida de merodeadores sonaban groseras y fuertes en medio de la silenciosa noche, y les hacian titubear y detenerse un rato. Por último, peor que todo, la acompasada marcha de una columna imperial empezó á oírse como un trueno lejano en la llanura. ¡Se dirigía á Ostia! ¿Qué sucedería si llegaba antes de que el ejército derrotado se hubiese rehecho, y pudieran defenderse el tiempo suficiente para efectuar el reembarque?... ¿Qué sucedería si?... Mil posibilidades, á cual mas terribles, se agolparon á sus imaginaciones.

—Supongamos que encontramos las puertas de Ostia cerradas, y á los imperialistas formados fuera, dijo Rafael, medio hablando consigo mismo.

—Dios protegerá á sus fieles, respondió la joven; y Rafael no tuvo corazon

para destruir su esperanza, aunque consideraba las probabilidades de salvarse menores á cada momento. La pobre niña estaba cansada; la mula tambien; y mientras iban arrastrandose á un paso que no dejaba duda de que la columna llegaria á Ostia una hora antes que ellos, para unirse á la vanguardia de los perseguidores y ayudarlos á embestir la ciudad, la jóven tenia que apoyarse mas de una vez en el brazo de Rafael. Su calzado, nada á propósito para tal caminata, hacia tiempo que se habia roto, y sus delicados piés brotaban sangre. Rafael lo conoció en su andar vacilante, y notó ademas que ni un suspiro ni un murmullo asomaron á sus labios. Pero no podia remediarlo; y principió á maldecir la idea que le habia conducido á arrojar lejos de sí las sandalias, como indignas de la absoluta independencia de un cínico.

De este modo continuaron caminando, mientras que Rafael y el prefecto, adivinando cada cual los terribles pensamientos del otro, daban gracias á la oscuridad que ocultaba á la jóven la desesperacion impresa en sus fisonomías; ella, por otro lado seguia hablan-

do alegremente, casi con risa, á su silencioso padre.

Al fin la pobrecilla pisó una piedra mas puntiaguda que las demas.... y con un repentino grito cayó al suelo. Rafael la levantó, y ella trató de seguir; pero cayó otra vez.... ¿Qué partido tomar?

—Lo esperaba así, dijo el prefecto con voz lenta y grave. ¡Oyeme! judío, cristiano ó filósofo, Dios parece haberte dado un corazón al que puedo confiar-me. Te encomiendo esta niña... tu propiedad, lo mismo que yo, por derecho de guerra. Súbela en esta mula. Date prisa con ella.... en la direccion que te acomode.... pues Dios os acompañará á todas partes. ¡Y ojalá se conduzca él contigo como tú con ella en lo futuro! ¡Para este viejo soldado, que ha sido vencido, lo mejor es morir!

Y trató de desmontar; pero á causa de la debilidad que le ocasionaban las heridas, cayó sobre el pescuezo de la mula, Rafael y la jóven le cogieron en sus brazos.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Imposible! ¡Cruel! ¡Oh!.... ¿Crees que te hubiera seguido

hasta aquí desde África á pesar de tus súplicas, para abandonarte ahora?

— ¡Hija mía, lo mando!

La jóven permaneció inmóvil y en silencio.

— ¿Desde cuándo has aprendido á desobedecerme? Amigo, ayuda á bajar á este anciano, y déjale morir en el sitio que le corresponde... en el campo de batalla donde le colocó su general.

La jóven se sentó anegada en llanto.

— Veo que no tengo quien me ayude, dijo su padre apeándose solo. La autoridad desaparece ante la vejez y la humillación. ¡Victoria! ¿Le faltan á tu padre pecados de que dar cuenta, para que quieras se presente ante Dios con tu sangre también sobre su cabeza?

La niña continuó llorando y sin moverse; mientras que Rafael, agotada ya su imaginación, intentaba inútilmente persuadirse de que todo aquello no le concernía.

— Estoy, dijo al fin, al servicio de cualquiera de los dos, ó de ambos, en vida ó muerte; únicamente os pido que resolvais pronto... ¡Infierno! ¡nuestra suerte está ya decidida!

En aquel momento, el ruido de las pisadas y voces de la columna de caballería pareció aproximarse con rapidez.

Victoria se echó á los piés de Rafael... Su debilidad y su pena se habían desvanecido.

— ¡Hay un medio... un solo medio de salvarle! ¡Ayúdale á subir á aquella altura! Ayúdale, mientras yo salgo al encuentro á los ginetes. Mi muerte los detendrá el tiempo suficiente para que puedas ponerle á salvo.

— ¿Tu muerte? exclamo Rafael cogiéndola del brazo; si creyera que...

— Dios protegerá á sus fieles, respondió la jóven tranquilamente, y colocando su dedo índice sobre los labios.

En seguida se desprendió de Abenezra con la fuerza que le prestaba su heroísmo, y desapareció en las tinieblas.

Su padre quiso seguirla, pero cayó con el rostro contra la tierra, sollozando. Rafael le levantó y procuró llevarle al sitio indicado por Victoria; pero sus rodillas se tocaban una con otra; un débil sudor parecia aflojar todos sus miembros... Hubo una pausa, que para su impaciencia fué de un siglo... Las pisadas de la caballería se acercaban cada

vez mas. . . . La luna, saliendo de repente de en medio de las nubes, mostró á la jóven de pié, con los brazos abiertos delante de las cabezas de los caballos. ¿Una gloria celeste parecia bañar todo su cuerpo. . . . ó era esto efecto de las lágrimas que asomaban á sus ojos? Oyose entonces el ruido que forman los cascos de los caballos en el camino cuando arrancan repentinamente. . . . Rafael apartó el rostro y cerró los ojos. . . .

— ¿Quién eres? gritó una voz.

— Victoria, la hija de Mayorico, el prefecto.

La voz de la jóven era débil, pero sin embargo, tan clara y tranquila, que cada sílaba sonó en los oídos de Aben-Ezra. . . .

Un grito agudo despues seguido del confuso murmullo de muchas voces, hicieron que Rafael levantara los ojos á pesar suyo. . . . Un ginete habia echado pié á tierra y cogido á Victoria en sus brazos. El corazón humano, dormido en el judío por mucho tiempo, cobró nueva vida dentro de su pecho, y sacando el puñal, corrió adonde estaba la columna, exclamando:

— ¡Miserables! ¡Primero muerta!

La punta del arma brilló sobre la cabeza de Victoria. . . . y en el mismo instante Aben-Ezra cayó al suelo, medio aturdido; pero volvió á levantarse con la energía de la locura. . . . ¿Qué brazos eran los que le rodeaban afectuosamente? . . . . ¡Los de Victoria! ¿Qué significaba esto?

— ¡Sálvale! ¡No le mates! ¡El nos salvó á nosotros! ¡Amigo mio! ¡Es mi hermano! ¡Estamos salvados! ¡Oh, no toques al perro! ¡le debo la vida de mi padre!

— Ambos nos hemos equivocado, sin duda, dijo un jóven tribuno, con la voz trémula de alegría. ¿Dónde está mi padre?

— A cincuenta varas de aquí. ¡Quieta, Bran! ¡Oh, Salomon, mi antepasado! ¿por qué no me has impedido llegar á ser tan rematado loco? ¡Y para justificarme, tendré que continuar la farsa!

Es inútil referir lo que pasó en los cinco minutos siguientes, al fin de los cuales Rafael se encontró cabalgando en un excelente caballo de batalla al lado del jóven tribuno, que llevaba delante de él á Victoria. Entretanto dos soldados iban sosteniendo al prefecto en su mula, y convencian á este poífia-

do animal de que no era tan incapaz de trotar como habia creído, valiéndose de los convinados argumentos de un breva-je de vino y dos puntas de espada, mientras que llenaban á su general de felicitaciones y le besaban las manos y los piés.

—Los soldados de tu padre parecen considerarse deudores para con él; ¿seguramente no será por haberlos acampado en el sitio mas á propósito para poder huir?

—¡Infelices! dijo el tribuno sonriéndose; hemos tenido un pánico mayor que todos los que describen Arriano ó Polibio. Pero él ha sido respecto de ellos un padre mas bien que un general; y no es muy comun el que veinte hombres de corazon, pertenecientes á un ejército derrotado, se decidan por su propia voluntad á retroceder y dirigirse á las filas enemigas en busca de un anciano, con la mera esperanza de que pueda disfrutar aún de vida.

—¿Entonces, vosotros sabiais dónde encontrarnos? preguntó Victoria.

—Algunos lo sabiamos; y él mismo nos mostró ayer esta senda, cuando eligió el punto en que debíamos situarnos,

añadiendo que tal vez nos seria útil en alguna ocasion... como asi ha sucedido.

—Pero se me dijo que habias caido prisionero. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido por tí!

—¡Necia! has creído que el hijo de mi padre se hubiera dejado coger vivo? Yo, con la primera tropa, nos salvamos por las paredes de jardín, y nos abrimos camino hácia la llanura hace tres horas.

—¿No te aseguraba yo, dijo Victoria volviéndose á Rafael, que Dios protegeria á sus fieles?

—Es verdad, contestó Aben-Ezra, sepultándose en una larga y silenciosa meditacion.

#### CAPITULO XIV.

##### LAS ROCAS DE LAS SIRENAS.

Los últimos cuatro meses habian estado bastante llenos de ocupaciones y de acontecimientos para Hipatia y Filemon; pero los unos y los otros tuvieron ese carácter gradual y uniforme,

do animal de que no era tan incapaz de trotar como habia creído, valiéndose de los convinados argumentos de un breva-je de vino y dos puntas de espada, mientras que llenaban á su general de felicitaciones y le besaban las manos y los piés.

—Los soldados de tu padre parecen considerarse deudores para con él; ¿seguramente no será por haberlos acampado en el sitio mas á propósito para poder huir?

—¡Infelices! dijo el tribuno sonriéndose; hemos tenido un pánico mayor que todos los que describen Arriano ó Polibio. Pero él ha sido respecto de ellos un padre mas bien que un general; y no es muy comun el que veinte hombres de corazon, pertenecientes á un ejército derrotado, se decidan por su propia voluntad á retroceder y dirigirse á las filas enemigas en busca de un anciano, con la mera esperanza de que pueda disfrutar aún de vida.

—¿Entonces, vosotros sabiais dónde encontrarnos? preguntó Victoria.

—Algunos lo sabiamos; y él mismo nos mostró ayer esta senda, cuando eligió el punto en que debíamos situarnos,

añadiendo que tal vez nos seria útil en alguna ocasion... como así ha sucedido.

—Pero se me dijo que habias caido prisionero. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido por tí!

—¡Necia! has creído que el hijo de mi padre se hubiera dejado coger vivo? Yo, con la primera tropa, nos salvamos por las paredes de jardín, y nos abrimos camino hácia la llanura hace tres horas.

—¿No te aseguraba yo, dijo Victoria volviéndose á Rafael, que Dios protegeria á sus fieles?

—Es verdad, contestó Aben-Ezra, sepultándose en una larga y silenciosa meditacion.

#### CAPITULO XIV.

##### LAS ROCAS DE LAS SIRENAS.

Los últimos cuatro meses habian estado bastante llenos de ocupaciones y de acontecimientos para Hipatia y Filemon; pero los unos y los otros tuvieron ese carácter gradual y uniforme,

que hace no sea necesario detenerse mucho en ellos, prefiriendo mostrar lo que ha sucedido, principalmente por sus efectos.

El robusto y altivo hijo del desierto estaba á la sazón trasformado en un estudiante pálido y meditabundo, oprimido por el peso de los pensamientos, generadores de cuidados, y de una fatigada memoria. Pero aquellos recuerdos eran todos recientes. Con su entrada en el salón de lecciones de Hipatia, y en los hermosos reinos de la ciencia griega, una nueva vida habia empezado para él; y los Lauros, y Pambo, y Arsenio, parecian oscuros fantasmas de alguna existencia anterior, que se desvanecian cada día ante la irrupcion de nuevos y sorprendentes conocimientos.

Mas, aunque los amigos y las escenas de su infancia habian desaparecido tan presto de su horizonte, no estaba, sin embargo, solo. Su corazón habia encontrado una morada mas grata, si no mas saludable, que las conocidas por él hasta entonces. Porque durante aquellos cuatro meses de estudio, se habia formado entre Hipatia y el hermoso jóven una de esas puras y sin embargo apa-

sionadas amistades (démóslas mas bien con San Agustín el sagrado nombre de amor) que, á pesar de ser bellas y santas cuando unen al jóven con el jóven y á la doncella con la doncella, solo llegan á la perfeccion entre el hombre y la muger. No hay en la tierra lazos comparables á la adoracion desinteresada de una doncella hácia un santo eclesiástico, ó á la que un jóven entusiasta profesa á una sabia y tierna matrona, la cual, en medio del tumulto del mundo, del orgullo de la hermosura y de los cuidados de esposa y de madre, le prodiga consejos y estímulos; no hay ninguno; si se exceptúa el mismo amor conyugal. La segunda de esas relaciones, de madre mas bien que de hermana, era la que habia ligado á Filemon con una cadena de oro á la admirable doncella de Alejandria.

Desde que empezó á frecuentar el salón de lecciones, Hipatia adaptó sus discursos á lo que se figuraba debian ser las necesidades espirituales del alumno; y muchas miradas dirigidas á él, cuando pronunciaba alguna sentencia de peculiar importancia, hacian latir el corazón del pobre jóven, pensando que aque-

llas palabras le tenían por blanco. Pero antes de que pasase un mes, notando ella la profunda atención con que Filemon oía sus lecciones, había persuadido á su padre á que le colocase en la librería en clase de alumno, como los demás jóvenes ocupados allí diariamente en copiar y estudiar los autores entonces de moda.

Al principio le veía, aunque pocas veces. . . . menos de las que hubiera deseado; pero temía las lenguas maldicientes, tanto paganas como cristianas, y se contentaba con que su padre la informase todos los días de los progresos del joven. Cuando solía entrar por un momento en la librería, donde Filemon estaba sentado escribiendo, ó pasaba junto á él al dirigirse al Museo, se cruzaba entre los dos una mirada, que en ella expresaba aprobación y en él gratitud, lo cual era suficiente para ambos. El encanto de Hipatia obraba de un modo seguro, y tenía demasiada confianza en su causa y en sus fuerzas para querer apresurar una transformación que creía infalible.

—Debe empezar por el principio, pensaba en sus adentros. “Con las ma-

temáticas y con Parménides tiene bastante hasta ahora. Sin instruirle en las ciencias liberales, no puede adquirir una fé digna de los dioses, á quienes algún día le presentaré; lo demás equivaldría á transferir su ignorancia y fanatismo cristiano al servicio de esos dioses, cuyo altar no debe frecuentar mas que el hombre que ha pasado al través de los vestíbulos sucesivos de la ciencia y la filosofía.”

Pero pronto, sintiéndose atraída hacia él tanto como deseaba atraerle, le empleó en copiar manuscritos para su uso. Devolviale Hipatia sus temas y declamaciones, corregidas por su propia mano, y Filemon los iba colocando en el desván que tenía en casa de Eudemon, como preciosos símbolos de honor, después de exponerlos a los ojos llenos de respeto y de envidia del porterillo. De este modo trabajaba desde el anochecer hasta horas muy avanzadas de la noche, considerando bien pagado el ejercicio incesante de una semana con una sola sonrisa ó con una palabra de aprobación, y se retiraba luego á desahogar su alma con su huésped sobre el tema inagotable para ambos, á saber:

Hipatia y sus perfecciones. Filemon hubiera hablado á menudo de lo mismo á sus compañeros de pupilaje; pero se lo impedía, no solo el temor á sus afectadas maneras de ciudad, sino tambien á su moralidad, asistiéndole justos motivos para recelar de ella. Deseaba recorrer las calles, proclamando á la faz de todos el tesoro que habia encontrado, é invitádoles á venir y participar de él en su compañía. Porque en su puro amor no tenian cabida los celos. Si la hubiera visto prodigando á miles de personas mayores favores que los que á él le habia hecho, se habria alegrado con la idea de que habia en la tierra otros tantos seres felices y los habria amado como hermanos, por merecer tal atencion de parte de ella. En cuanto á su belleza fisica, desde que pasó el primer arrebato de admiracion, cesó de mencionarla... hasta cesó de pensar en ella. Era natural que fuese hermosa: tenia derecho á serlo... como complemento de sus demas gracias; pero respecto de él aquella hermosura era lo que la sonrisa de la madre para el niño, la claridad del sol para la calandria, la brisa de las montañas para el cazador... un

elemento inspirador de que se alimentaba sin saberlo. ¡Solo cuando dudaba por un instante de algun aserto demasiado sorprendente ó fantástico, se paraba á considerar la grande hermosura de aquella de quien procedia; y entonces su corazon imponia silencio á su juicio, no pudiendo imaginar que de unos labios tan perfectos saliesen palabras que no fuesen verdaderas, ni que en una cabeza de reina como la suya se formasen pensamientos vulgares!... ¡Pobre loco! sin embargo, ¿no era natural esto?

Luego, gradualmente, cuando Hipatia pasaba junto al jóven y le veia leyendo en alguna alcoba de los jardines del Museo, le invitaba con una mirada á unirse á los admiradores que la rodeaban y tambien á su padre, y que se figuraban reproducir los dias de los sábios atenienses en los jardines de otro Acaemo. Hasta le habia llamado á su lado cuando estaba sola con su padre: y entonces, una pasajera observacion, audiente y personal, sin dejar por eso de ser mesurada y elevada, le convencia de que Hipatia sentia hácia él mas profundo interés, mas viva simpatía que hácia los demas; que no era para ella un

mero alumno que debía instruir, sino un alma á la que deseaba educar. Y aquellos deliciosos rayos de sol eran cada vez mas frecuentes y duraderos; porque Hipatia encontraba en tales instantes el convencimiento de que no se habia equivocado al juzgar las fuerzas y sensibilidad del jóven; y en ellos Filemon, fuese pública ó privadamente, parecia cada vez portarse con mas dignidad. En efecto, ademas de la natural dulzura y dignidad que acompañan á la belleza física, y sin contar la modestia, moderacion y profunda vehemencia que habia adquirido bajo la disciplina de los Lauros, su carácter griego iba descubriendo toda su viveza, sutileza y versatilidad, hasta parecerle á Hipatia algun jóven Titan, cuando le comparaba con los frívolos y falsos charlatanes que componian su círculo escogido.

Pero el hombre no puede vivir ni de amor platónico, ni de otras especies mas prolíficas de este comun alimento; y en el primer mes Filemon se hubiera acostado muchas noches muerto de hambre, manteniéndose despierto, por causas muy distantes de la meditacion filosófica, si no le hubiera socorrido su mag-

nánimo huésped, cuyo corazon no decaia un solo momento, ni respecto de si mismo ni de los demas seres humanos. En cuanto á salir Filemon con él á ganar el pan, no queria ni que se mentase semejante cosa. ¿No era creible que si encontraba á algunos de aquellos pícaros monges en la calle, embestirian con él y se lo llevarian consigo á viva fuerza? Fuera de que habia algo de impiedad en permitir que un estudiante de tantas esperanzas descuidase lo *Divino inefable* para atender á las bajas necesidades de la boca. De consiguiente, no le exigia alquiler ninguno por su habitacion. . . . ninguno, de positivo; y tocante á la comida, todo se reducía á trabajar un poco mas, á fin de hacer provision para ambos. ¿No tenian sus vecinos multitud de chiquillos que alimentar, mientras que él, gracias á los inmortales, habia sido demasiado sabio para no cargar la tierra con animales que añadirían á la fealdad de su padre el tartáreo color de su madre? Sin contar que Filemon le pagaría cuando llegase á ser un gran sofista y reuniese dinero, como lo reuniría un dia ú otro; y entretanto algun feliz cambio podia

sobrevenir, hallándose visiblemente protegidos por los dioses. Estaba, por otra parte, seguro de que el día en que vió la primera vez á Filemon, los planetas le eran favorables, hallándose Mercurio ca... había olvidado que... con Helios, circunstancia que, en su sentir, prometía á Filemon una carrera semejante á la del glorioso y devoto emperador Juliano.

Filemon rechazó esta idea, en la cual le parecía encontrar una horrible verosimilitud; pero debiendo aprender filosofía y necesitando comer pan, le fué forzoso someterse.

Una noche, pocos días despues de ser admitido como discípulo de Teon, halló con mucha admiracion suya, en la mesa de su desvan, una moneda de oro. A la mañana siguiente la llevó al portero, suplicándole que averiguase á quién pertenecía y la devolviese. Pero ¡cuál fué su sorpresa cuando su huésped, en medio de cabriolas y gesticulaciones sin fin, le dijo con cierto aire de misterio, que no se trataba en aquel caso de ninguna pérdida; que los atrasos de sus alquileres habian sido pagados; y que por la bondad de las potestades celestes,

recibiría cada mes una cantidad igual! En vano Filemon quiso saber á quién debía aquel socorro. Eudemon guardó resueltamente el secreto, y llamó sobre la cabeza de su muger un completo tártaro de inútiles maldiciones si daba sueta á la lengua (aunque la infeliz criatura no parecía abrir jamas los labios desde por la mañana hasta la noche) y revelaba tan gran misterio.

¿Quién seria aquel amigo desconocido? Solo habia una persona capaz de semejante hecho.... Y sin embargo, no se atrevia.... (el pensamiento era demasiado delicioso) á imaginar que fuese ella. Sospechaba de su padre, pues el anciano le habia preguntado varias veces por el estado de su bolsa. Es verdad que Filemon habia dado siempre respuestas evasivas; pero no era extraño que el generoso anciano adivinase la verdad. ¿No debía ir y darle las gracias? Quizá fuese preferible no decir nada. Si él... ó ella.... (porque de todos modos, ella habia permitido, y tal vez indicado el presente) hubiesen querido que él les diese las gracias, no habrian ocultado tan cuidadosamente su generosidad.... Pero ¡qué reconocido no de-

bia estarle! ¡Qué placer sentía en hallarse en deuda con ella de alguna cosa... de todo! ¡De buena gana le sería deudor hasta de la vida!

Tomó, pues, la moneda, se compró una capa como la que usaban los filósofos, y siguió su camino lleno de alegría.

Pero ¿qué se había hecho su fe en el cristianismo?

Sucedió lo que por lo regular sucede en tales casos. No había muerto, pero sí se había adormecido. Continuaba creyendo, y el suponer lo contrario, hubiera excitado su indignación; pero la geometría, las secciones cónicas, las cosmogonías, la psicología ocupaban todo su tiempo, y no le quedaba un solo instante que dedicar al cristianismo. Recordaba á veces su existencia; mas, aun entonces, ni la afirmaba ni la negaba. Cuando hubiese resuelto las grandes cuestiones (aquellas que Hipatia había establecido como raíces de todo conocimiento), á saber: la formación del mundo, el origen del mal, la naturaleza humana, con algunas otras materias preliminares, entonces tendría tiempo para entregarse, ayudado de la ciencia ad-

quirida, al estudio del cristianismo; y si esta religion no se hallaba de acuerdo con esa ciencia, según Hipatia parecía pensar... entonces... ¿qué sucedería entonces?... Filemon procuraba alejar de su mente tan desagradables posibilidades. ¿Posibilidades? Era imposible... La filosofía no podía inducir á error. ¿No la había definido Hipatia, diciendo que era la investigación humana de lo invisible? Y si descubría por su medio lo invisible, ¿no equivaldría á que lo invisible se le hubiese revelado á él? Y que había de descubrirlo era indudable, pues la lógica y las matemáticas no podían equivocarse. Si cada paso era correcto, la conclusión debía serlo también; así, tendría que acabar por entrar en la buena senda (suponiendo que el cristianismo lo fuese) y volver á combatir por la Iglesia, con la espada que habría arrancado á Goliath el Filisteo... Pero aun no había ganado la espada; y entretanto, la instrucción era obra difícil y suficiente para el día el bien, como asimismo el mal que de ella emanaban. ®

Siéndole, pues, dado dedicarse enteramente al estudio, mediante la moneda de oro que recibía cada mes, llegó

á ser lo que Pedro hubiera denominado con su natural impolítica, un pagano. Al principio entraba en las iglesias cristianas, por un hábito de conciencia, pero los hábitos se adormecen pronto. El temor de que le descubriesen y se apoderasen de él, hizo que su asistencia fuese cada dia mas rara; y manteniéndose en lo posible separado de la congregacion, como un adorador solitario y secreto, no tardó en encontrarse tan distante de los demas cristianos en el corazon, como lo estaba en la vida diaria.

Conoció que ni sus pensamientos ni sus deseos marchaban de acuerdo con los de aquellos; ademas de que no hablaba con ningun cristiano, porque la negra, muger del porterillo, parecia huir de él, lo cual Filemon no sabia si atribuir á modestia ó á terror; y así, apartado exteriormente de la *Comunion de los santos*, fué alejándose tambien interiormente, y cesó de ir á la iglesia. Sin saber por qué, miraba á otra parte siempre que pasaba por delante del Césareo, y Cirilo y toda su poderosa organizacion se convirtieron para él en otro mundo, con el cual estaba menos rela-

cionado que con los planetas que giraban sobre su cabeza, y cuyos misteriosos movimientos, simbolismos é influjos, descubrian á su estraviada imaginacion las esplicaciones astronómicas de Hipatia.

Esta observaba semejante cambio con creciente orgullo, figurándose que Filemon seria el instrumento para realizar por fin sus esperanzas. Segun es costumbre de las mugeres, le coronaba, en su fantasía, con todas las perfecciones que hubiera deseado que poseyese, como con las que positivamente manifestaba, de suerte que Filemon hubiera quedado tan atónito como envenecido si hubiese visto la caricatura idealizada de sí propio que la amable entusiasta habia pintado para su recreo particular. Dichosos fueron aquellos meses para la pobre Hipatia. Orestes, por una ú otra razon, habia cesado de insistir en sus pretensiones, y el sacrificio de Ifigenia no ocupaba ya sino el último y mas sombrío término del cuadro. Quizá ella podria ahora conseguir la realizacion de sus planes sin Orestes. No obstante... ¡habia que aguardar tanto tiempo! Pasarian años antes que

la educacion de Filemon estuviere completa, y con ellos se perderian oportunidades preciosas para nunca mas volver.

—¡Ah! decia á veces suspirando, ¡si Juliano hubiese vivido una generacion mas tarde! Entonces hubiera llevado todos mis tesoros, ganados á costa de tantos afanes, á los piés del Poeta del Sol, y le hubiera dicho: "¡Tómame!... Héroe, guerrero, hombre de estado, sábio, sacerdote del Dios de la Luz, ¡toma á tu esclava, mándala... envíala... al martirio, si quieres!" ¡Corto precio habria sido este para comprar el honor de ser el último de tus apóstoles y acompañar en su tarea intelectual á Yamblico, Máximo, Libanio y demas sábios que rodeaban el trono del último verdadero César!

## CAPITULO XV.

### MAS VIENTO DE ORIENTE.

Hipatia habia evitado siempre cuidadosamente discutir con Filemon sobre

ninguno de aquellos puntos en que disenta de la fé primera del monge. Contentábase con dejar que la divina luz de la filosofia penetrase por su propia fuerza y dedujese sus conclusiones. Pero un dia, en el tiempo mismo en que este relato comienza de nuevo, se sintió tentada á hablar mas claramente á su discípulo. Teon habia puesto en manos de éste algunos dias antes una nueva obra de Hipatia sobre matemáticas; y la mirada de placer y adoracion con que el jóven la saludó al encontrarla en los jardines del Museo, provocó su curiosidad y la indujo á averiguar los milagros que su sabiduría hubiese hecho hasta allí. Detúvose, pues, é indicó á su padre que diese principio á una conversacion con Filemon.

—¡Bien! dijo el anciano con alentadora sonrisa. ¿Y cómo encuentra nuestro discípulo su nuevo. . .

—Mis secciones cónicas, ¿no es eso lo que quieres dar á entender, padre? Difícil será que en mi presencia se explique francamente. ®

—¿Por qué no? dijo Filemon. ¿Por qué no habria de manifestarte, lo mismo que á todo el mundo, el nuevo y ad-

la educacion de Filemon estuviese completa, y con ellos se perderian oportunidades preciosas para nunca mas volver.

—¡Ah! decia á veces suspirando, ¡si Juliano hubiese vivido una generacion mas tarde! Entonces hubiera llevado todos mis tesoros, ganados á costa de tantos afanes, á los piés del Poeta del Sol, y le hubiera dicho: “¡Tómame!... Héroe, guerrero, hombre de estado, sábio, sacerdote del Dios de la Luz, ¡toma á tu esclava, mándala... envíala... al martirio, si quieres!” ¡Corto precio habria sido este para comprar el honor de ser el último de tus apóstoles y acompañar en su tarea intelectual á Yamblico, Máximo, Libanio y demas sábios que rodeaban el trono del último verdadero César!

## CAPITULO XV.

### MAS VIENTO DE ORIENTE.

Hipatia habia evitado siempre cuidadosamente discutir con Filemon sobre

ninguno de aquellos puntos en que disienta de la fé primera del monge. Contentábase con dejar que la divina luz de la filosofia penetrase por su propia fuerza y dedujese sus conclusiones. Pero un dia, en el tiempo mismo en que este relato comienza de nuevo, se sintió tentada á hablar mas claramente á su discípulo. Teon habia puesto en manos de éste algunos dias antes una nueva obra de Hipatia sobre matemáticas; y la mirada de placer y adoracion con que el jóven la saludó al encontrarla en los jardines del Museo, provocó su curiosidad y la indujo á averiguar los milagros que su sabiduría hubiese hecho hasta allí. Detúvose, pues, é indicó á su padre que diese principio á una conversacion con Filemon.

—¡Bien! dijo el anciano con alentadora sonrisa. ¿Y cómo encuentra nuestro discípulo su nuevo. . . .

—Mis secciones cónicas, ¿no es eso lo que quieres dar á entender, padre? Difícil será que en mi presencia se explique francamente. ®

—¿Por qué no? dijo Filemon. ¿Por qué no habria de manifestarte, lo mismo que á todo el mundo, el nuevo y ad-

mirable campo de ideas que han abierto para mí en unas cuantas horas?

—¿Y cómo? preguntó Hipatia sonriéndose, cual si supiese de antemano la respuesta del joven. ¿En qué se diferencia mi comentario del texto original de Apolonio, sobre el cual lo he cimentado tan fielmente?

—¡Oh! se diferencia tanto como un cuerpo vivo de uno muerto. En lugar de áridas investigaciones sobre las propiedades de las líneas rectas y curvas, he hallado una mina de poesía y teología. Cada fórmula matemática me ha parecido trasformada, como por un milagro, en el símbolo de algún principio noble y profundo del mundo invisible.

—¿Y crees que el filósofo de Perga no vió otro tanto? ¿ó te figuras que podemos pretender sobrepujar en profundidad de conocimientos á los antiguos sabios? No dudes de que ellos, como los poetas, solo aludian á cosas espirituales, aun cuando parecen hablar de objetos físicos; y que si cubrian el cielo con esa vestidura terrestre, era para ocultarlo á las miradas de los profanos; mientras que nosotros, en estos degenerados tiempos, tenemos que interpretar

y explicar cada pormenor á los torpes oídos de los hombres.

—¿Crees, amigo mio, preguntó Teon, que las matemáticas sean útiles al filósofo de otro modo que como vehículos de verdad espiritual? ¿Hemos de estudiar los números meramente como medios de ajustar cuentas; ó como Pitágoras, para deducir de sus leyes las ideas fundamentales del universo, del hombre, de la Divinidad misma?

—Ciertamente este último me parece su fin mas noble.

—¿Hemos de estudiar las secciones cónicas para conocer mejor cómo han de construirse las máquinas, ó mas bien para hallar por su medio los símbolos de las relaciones de la Divinidad con sus diferentes emanaciones?

—Usas tu dialéctica como el mismo Sócrates, padre, dijo Hipatia.

—Si lo hago, es únicamente con un objeto temporal. Sentiria acostumbrar á Filemon á suponer que la esencia de la filosofía debe encontrarse en esas menudas investigaciones de palabras y análisis de nociones, que parecen constituir la principal virtud de Platon á los ojos de las personas que, como el sofis-

ta cristiano Agustín, adoran su letra y no atienden á su espíritu; sin ver que aquellos diálogos, que ellos se figuran el altar, no son sino vestíbulos....

—Di mejor velos, padre!

—Velos, si, con que el filósofo quiso confundir la grosera mirada de los que solo se guían por apetitos carnales; y también vestíbulos, al través de los cuales el alma instruida pudiese entrar en el santuario, visitar los jardines de las Hespérides y coger el dorado fruto del Parménides y del Timeo.... En cuanto á mi, diré que con tal que quedasen esos dos libros, poco me importaría que todos los demas pereciesen mañana.

—Debes exceptuar á Homero y á Orfeo, padre.

—Si, para la multitud.... Pero ¿de qué le servirían sin algun comentario espiritual?

—Le dirían tan poco, quizá, como el círculo dice al carpintero que traza uno con su compás.

—¿Y qué significa el círculo? preguntó Filemon.

—Puede tener infinitos significados, como los demas fenómenos naturales; y esos significados serán mas profundos

á medida que sea mayor la exaltacion del alma que lo considere. Como la única figura perfecta, es el simbolo de la totalidad del mundo espiritual, que, lo mismo que él, es invisible, menos en su circunferencia, donde lo limita el grosero fenómeno de la sensual materia. Y á la manera que el círculo se origina de un centro, también invisible, un punto, segun la definicion de Euclides, al que no pueden asignarse ni partes, ni tamaño, el mundo de los espíritus gira en torno de un ser insondable, invisible é indefinible; en sí mismo, como tantas veces he repetido, nada, pues solo es concebible por la negacion de todas las propiedades, incluyendo en ellas la razon, la virtud, la fuerza, y sin embargo, como el centro del círculo, causa de todas las demas existencias.

—Lo veo, dijo Filemon. Por el momento, sin duda, la idea de aquella Divinidad insondable le hirió como una idea fria y estéril.... pero la causa de esto pudo ser únicamente la torpeza de sus percepciones espirituales. De todos modos, si fué una conclusion lógica, debió ser exacta.

—Basta por ahora. En adelante pue-

des ser (creo conocerte bastante para predecir que sarás) capaz de reconocer en el triángulo equilátero inscrito en el círculo y que le toca solo con sus ángulos, los tres supra-sensuales principios de la existencia, contenidos en la Divinidad, cual se manifiesta en el universo físico, coincidiendo con sus últimos límites, y no obstante, como él, independiente de esa invisible Unidad central que nadie se atreve á nombrar.

—¡Ah! dijo el pobre Filemon, avergonzándose de su torpeza: sin duda no soy digno de que se desperdicie conmigo tanta sabiduría.... Pero si no es mucho atrevimiento en mí preguntar.... ¿No considera Apolonio el círculo, como las otras curvas, independientes de su centro en cuanto á su existencia, y engendradas solo por la seccion de un cono por un plano que forme ángulo recto con su eje?

—Pero ¿no debemos trazar, ó á lo menos concebir un círculo que produzca ese cono? ¿Y el eje del cono, no está determinado por el centro del círculo?

Filemon quedó confundido.

—No te avergüences... lo que has hecho es, sin querer, poner de manifiesto

otro símbolo, quizá tan profundo como el anterior.... ¿Imaginas cuál?

Filemon no pudo acertar el nuevo símbolo.

—¿No vez en eso que, así como cada concebible seccion recta del cono engendra el círculo, así en todo lo que es hermoso y simétrico descubrirás la Divinidad, con tal que lo analices, en una direccion recta y simétrica?

—¡Hermoso! dijo Filemon; y el anciano añadió:

—¿No nos muestra tambien cómo se puede descubrir la única filosofía perfecta y original en todos los grandes escritores, con solo poseer los conocimientos necesarios para saber hallarla?

—Es verdad, padre mio; pero precisamente ahora deseo que Filemon se eleve, mediante los pensamientos que le he sugerido, á ese modo mas alto y espiritual de considerar la naturaleza, que nos la revela como revela el instinto (á lo menos en todas sus hermosas y nobles formas) á la Divinidad misma; deseo hacerle comprender que no basta decir con los cristianos, que Dios ha creado el mundo, si este aserto nos sir-

ve de excusa para pensar que su presencia, desde entonces, se ha retirado de él.

—Figúraseme, observó Filemon, que los cristianos no han sostenido nunca eso.

—De palabra, no; pero es indudable que suponen á la Divinidad Autor de una máquina muerta, la cual una vez formada, se moverá por sí misma, y rechazan como hereges á todos los pensadores filósofos, sean Góísticos ó Platónicos, que, no satisfechos con tan estéril y sordida idea del glorioso Todo, quieren honrar la Divinidad reconociendo su universal presencia, y creyendo honestamente el aserto de sus Escrituras, cuando dicen que El vive, se mueve y tiene su existencia en el universo.

Filemon indicó modestamente que el pasaje á que se aludia estaba expresado en la Escritura con palabras algo diferentes.

—Cierto. Pero si el pasaje es verdadero, su conversión debe serlo también. Si el universo vive, se mueve y tiene su existencia en El, ¿no debe El necesariamente penetrar todas las cosas?

—¿Por qué?... Perdona mi torpeza y esplica.

—Porque si no penetrara todas las cosas, las cosas que no penetrase serian como intersticios en su ser, y estarian por tanto sin él.

—Es verdad, pero estarian dentro de su circunferencia.

—Buen argumento. Sin embargo, no vivirian en él, sino en sí mismas. Para vivir en él, tendrán que ser penetradas por su vida. ¿Crees posible, crees ni aun reverente afirmar que pueda haber alguna cosa dentro de la infinita gloria de la Divinidad, capaz de excluir del espacio que ocupa al ser á quien debe lo que vale, y que en un principio ha de haber penetrado esa misma cosa, para comunicarla su organizacion y su vida? ¿Se habrá retirado, despues de crear, de los espacios que ocupaba durante la creacion, reducido á la baja necesidad de hacer sitio para su universo, y á sufrir el dolor (porque la analogia de toda la naturaleza nos dice que lo es) de un cuerpo extraño, como una espina dentro de la carne, subsistiendo dentro de su propia sustancia? Mejor es creer que su sabiduría y esplendor, semejan-

tes á una llama sutil y penetrante, se insinuaba exteriormente con irresistible fuerza, al través de cada átomo organizado, y que si se retirase un solo instante del pétalo de la mas humilde flor, todo lo que á este quedaria de su hermosura seria la materia grosera y el caos de que fué formada. . . .

—Si, prosiguió Hipatia, conformándose con el método de su escuela, que como por lo comun las escuelas que están en decadencia, preferia los discursos á la dialéctica, la síntesis á la inducción. . . . Mira aquella flor de loto levantándose, como Afrodita, de las olas en que ha dormido toda la noche, y saludando con su cuello de cisne á ese sol, cuyo curso seguirá amorosamente alrededor del cielo. ¿No hay en ella mas que materia bruta, cañas y fibras, color y forma, y esa vida sin objeto que los hombres llaman vegetacion? Era mucha mayor la ciencia de los sacerdotes egipcios, que veian en el número y la forma de esos pétalos de marfil y de esos estambres de oro, en el modo misterioso como la flor nace de las olas cada dia, en su bautismo por las noches, del cual sale todas las mañanas á disfrutar de

nueva vida, las señales de una idea divina, alguna misteriosa ley, comun á la misma flor, á la sacerdotisa vestida de blanco, que la lleva en las ceremonias del templo, y á la diosa á quien ambas fueron consagradas... ¡La flor de Isis!... ¡Ah! La naturaleza tiene sus símbolos tristes, asi como los tiene alegres. Y á medida que una nacion mal gobernada ha ido olvidando el culto á que debia su grandeza, por nuevas y bárbaras supersticiones, su flor sagrada ha ido siendo cada vez mas rara, hasta que (emblemático del culto á que acostumbraba tributar su perfume) hoy se la encuentra solo en jardines como estos; objeto de curiosidad para el vulgo, y para mí un monumento de la sabiduria y de la gloria que ha desaparecido.

Filemon, como se ve, estaba ya bastante adelantado en la ciencia, pues que las alusiones á Isis no le asustaban. Por el contrario, se atrevió á ofrecer consuelo á la hermosa afligida.

—El filósofo, dijo, no debe lamentar la pérdida de una mera idolatría exterior. Porque si, como parece que crees, hubiese una raiz de verdad espiritual en el simbolismo de la naturaleza, este

no puede morir. Y así la flor de loto de  
bera conservar su significado mientras  
que la especie exista en la tierra.

—¡Idolatría! respondió Hipatia con  
sonrisa. Espero que mi discípulo no  
volverá á repetir esa gastada calumnia  
cristiana. En cualesquiera supersticio-  
nes en que haya podido incurrir el pia-  
doso vulgo, hoy son los cristianos, y no  
los paganos, los ídólatras. Ellos, que  
atribuyen poder milagroso á los huesos  
de hombres muertos; que hacen tem-  
plos de osarios y se inclinan ante imá-  
genes de los seres mas humildes, de se-  
guro no tienen derecho á acusar de ido-  
latría al griego ó al egipcio, que perso-  
nifica en una forma de simbólica her-  
mosura ideas que las palabras no alcan-  
zan á esperar.

—¿Idolatría? ¿Adoro yo acaso el Faro  
cuando le contemplo horas enteras, con  
amoroso temor, como la señal del poder  
de Hellas, que todo lo conquistaba?  
¿Adoro la armonía del verso de Home-  
ro, cuando acojo con delicia las celestes  
verdades que me revela, y hasta amo el  
libro material, á causa del mensaje de  
que es portador? ¿Te figuras que haya  
quien, á no ser el vulgo, adore la imá-

gen, ó sueñe con que esta imagen ha de  
ayudarlo ú oirlo? ¿Por ventura, el aman-  
te equivoca el retrato de su amada con  
la realidad que vive y habla? Nosotros  
adoramos la idea, cuyo símbolo es la  
imagen. ¿Merecerémos censura porque  
usamos ese símbolo para representar la  
idea á nuestros afectos y emociones, en  
lugar de dejarles una noción estéril, una  
imaginacion vaga de nuestro pensa-  
miento?

—¿Entonces, preguntó Filemon con  
voz vacilante, pero sin poder contener  
su curiosidad, entonces tú adoras las  
divinidades paganas?

Filemon no comprendía por qué es-  
ta pregunta habria de excitar la suscep-  
tibilidad de Hipatia; pero es lo cierto  
que la excitó, pues contestó con bastan-  
te arrogancia:

—Si Cirilo me hubiese hecho esa  
pregunta, no me hubiera dignado con-  
testarle: A tí debo decirte que antes de  
que respondas á ella, necesitas saber  
qué son esos que apellidas dioses paga-  
nos. El vulgo, ó mas bien los que en-  
cuentran su interés en calumniar al vul-  
go para confundir á los filósofos con él,  
pueden imaginarlos simples seres hu-

manos, sujetos como el hombre á la pena y al amor, á las limitaciones de personalidad. Nosotros, al contrario, hemos aprendido de los primitivos filósofos de Grecia, de los sacerdotes del antiguo Egipto y de los sabios de Babilonia, á reconocer en ellos las fuerzas universales de la naturaleza, esos hijos del espíritu que todo lo vivifican, que no son mas que emanaciones diversas de la unidad primera; mejor dicho, varias fases de esta unidad, segun ha sido concebida en los diferentes climas y razas por los sabios de distintas naciones. Así, á nuestros ojos, el que reverencia á los muchos, adora realmente y de la manera mas completa y elevada á la unidad, de cuya perfeccion aquellos son los antitipos parciales; cada uno perfecto en sí mismo, y sin embargo, la imagen de una sola de sus perfecciones.

—Entonces, dijo Filemon, á quien esta explicacion cause grande alivio, ¿por qué aborreces tanto el cristianismo? ¿No puede ser uno de los muchos métodos?....

—Porque, respondió interrumpiéndole con impaciencia, porque el cristianismo se resiste á ser uno de esos mu-

chos métodos, y apoya su existencia en la negacion; porque se arroga la revelacion esclusiva de la Divinidad, y no quiere ver en su arrogancia que sus mismas doctrinas combaten semejante pretension, pareciéndose como se parecen á las de todas las demas creencias. No hay un dogma de los galileos que no se encuentre, bajo esta ó la otra forma, en alguna de esas religiones, de las cuales pretende desdenarse de tomar nada.

—Exceptuando, dijo Teon, su exaltacion de todo lo que es humano y plebeyo, de todo lo que es ignorante y humilde.

—Exceptuando... Pero allí viene una persona á la que no puedo... á la que no quiero encontrar. Tomemos por aquí... ¡pronto!

Hipatia, pálida como la muerte, condujo á su padre con antifilosófica prisa en otra direccion.

—Sí, continuó tan pronto como hubo recobrado su tranquilidad, si esa supersticion de los galileos se contentase con ocupar un puesto humildemente entre las otras *religiones lícitas* del imperio, no habria inconveniente en tolerarla como un bosquejo antropomórfico de cosas

divinas, adaptado á la inteligencia del vulgo; quizá peculiarmente adaptado por ser muy lisonjero para él. Pero....

—Otra vez tienes abí á Miriam, dijo Filemon, que se dirige á nosotros.

—¿Miriam? preguntó Hipatia severamente. ¿La conoces, pues? ¿Cómo es eso?

—Vive en casa de Eudemon, lo mismo que yo, respondió Filemon con franqueza. Lo cual no quiere decir que yo haya hablado nunca ni desee hablar á tan baja criatura.

—¿Nunca! ¡Te lo mando! dijo Hipatia casi en tono de súplica.

Pero á la zason no habia medio de evitar su presencia, y por fuerza Hipatia y su atormentadora se encontraron frente á frente.

—¿Una palabra! ¡Un momento, hermosa señora! exclamó la vieja prosternándose de un modo servil. No te des esa prisa cruel. Tengo.... ¡mira lo que tengo para tí! Y dejó ver, con cierto misterio, *el Arco Iris de Salomon*. ¡Ah! prosiguió, conozco que te vas á detener un instante, no por causa del anillo, ni tampoco de una persona que te lo ofreció en otro tiempo.... ¡Ah! ¿y dónde

está él ahora? ¡Quizá haya muerto de amor! A lo menos aquí tengo su último presente á la hermosa, á la cruel.... Bien, tal vez ella obró con cordura.... Ser una emperatriz.... ¡una emperatriz!.... Esto vale mas que todo lo que el pobre judío pudiera ofrecer.... Pero, sin embargo.... una emperatriz debe oír las peticiones de sus súbditos....

Todo esto fué dicho rápidamente, en tono bajo y adulatorio, y con mil contorsiones de todo su cuerpo, á excepcion de los ojos, que con la intensa fijeza de su brillo turbaban á Hipatia, y de cuya penetrante mirada no era posible librarse.

—¿Qué quieres? ¿Qué tiene que ver ese anillo conmigo? preguntó Hipatia medio asustada.

—El que lo poseyó en otro tiempo te lo ofrece ahora. ¿Recuerdas una pequeña ágata negra... cosa miserable?... Si no la has arrojado, como es probable lo hayas hecho, desea recobrarla por este ópalo.... piedra mucho mas propia, ciertamente, para una mano como la tuya.

—El me dió la ágata, y la conservaré.

—Pero, ¡y este ópalo.... cuyo valor es de diez mil monedas de oro.... en cambio de un objeto miserable, roto.... y que no vale una sola moneda?

—No trafico como tú, ni he aprendido á estimar las cosas por su precio en dinero. Si esta ágata valiese dinero, no la habria aceptado.

—Toma el anillo, tómalo querida, dijo Teon en voz baja y con impaciencia. Nos servirá para pagar todas nuestras deudas.

—¡Vaya si servirá! respondió la vieja, que parecia haberle oído.

—¡Como, padre! ¡Tú me aconsejas tambien ser tan mercenaria? Buena muger, continuó volviéndose á Miriam, no puedo esperar que entiendas la razon de mi repulsa, pues que tú y yo tenemos distintas ideas de lo que es ó no digno. Pero te diré que á causa del talisman grabado en esta ágata, ya que no por otras razones, me es imposible dártela.

—¡Ah! ¡á causa del talisman! ¡Perfectamente! ¡Eso se llama obrar sábia y noblemente como un filósofo! ¡Oh! no diré una palabra mas. ¡Que la hermosa

profetisa conserve la ágata; que tome tambien el ópalo; porque tambien en él hay un hechizo! El nombre con que Salomon obligaba á los demonios á cumplir sus mandatos. ¡Mira! ¡De qué no fueras capaz si supieses el modo de usarlo! Tener grandes y gloriosos ángeles, con seis alas cada uno, prosternándose ante tí donde quiera que los llamases, y diciendo: "Aquí estoy á tus órdenes; envíame." ¡Míralo, míralo!

Hipatia cedió á la tentacion, y examinó el anillo con mas curiosidad de la que hubiera deseado mostrar; entretanto la vieja prosiguió diciendo:

—¡Pero la instruida señora sabe el uso que debe hacerse de la ágata negra? ¡Se lo dijo, por ventura, Aben-Ezra?

Hipatia se sonrojó algo; dábale vergüenza confesar que Aben-Ezra no le habia revelado el secreto, probablemente por no creer que existia semejante secreto, y que el talisman habia sido para ella solo un curioso juguete, al que un dia le agradaba suponer dotado de alguna virtud oculta, riéndose al dia siguiente de la idea, como antifilosófica

y bárbara; así contestó severamente que sus secretos eran su propiedad.

—¡Entonces lo sabe todo!... ¡Afortunada señora!... Y el talisman debe haberle dicho si Heracliano ha perdido ó conquistado á Roma á estas horas, y si ella ha de ser madre de una nueva dinastía de Tolomeo, ó morir virgen, lo que no permitan los cuatro ángeles! Y sin duda se le ha aparecido ya el gran demonio, cuando ha frotado el lado liso, ¿no es verdad?

—Vete, loca; no creo como tú tales supersticiones infantiles.

—¡Supersticiones infantiles! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! dijo la vieja volviéndose para marcharse, con reverencias mayores que nunca. ¡Y todavía no ha visto al ángel!... ¡Ah! ¡Bien! quizá algún día, cuando la hermosa dama necesite saber cómo ha de usarse el talisman, acuda á la pobre vieja judía para que la instruya.

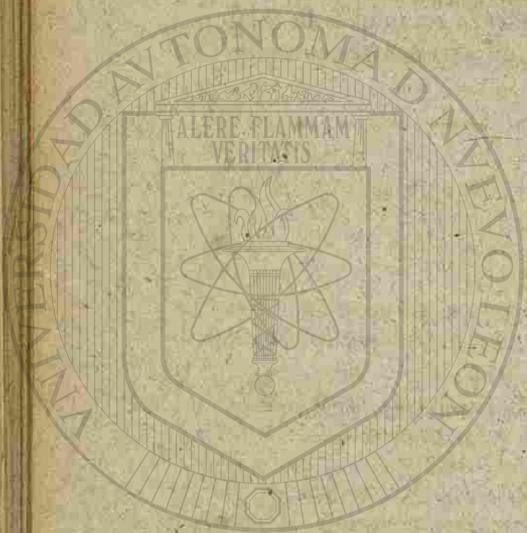
Y Miriam desapareció por una calle de árboles y se entró por las mas espesas matas, mientras que los tres soñadores prosiguieron su camino.

Léjos estaba Hipatia de figurarse que la vieja en el momento de verse sola se

habia arrojado sobre el césped, arrastrándose y mordiendo las hojas, como una fiera acometida de la rabia....

—“¡La tendré, esclamaba, la tendré, aunque haya de arrancarle con ella el corazón!”

FIN DEL PRIMER TOMO.



## INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO.

---

Capít. I.— <i>La sociedad moribunda,</i>	3
Cap. II.— <i>Los Lauros,</i>	40
Cap. III.— <i>Los Godos,</i>	64
Cap. IV.— <i>Miriam,</i>	90
Cap. V.— <i>Un día en Alejandria,</i>	115
Cap. VI.— <i>El nuevo Diógenes,</i>	152
Cap. VII.— <i>Los ofensores,</i>	166
Cap. VIII.— <i>El viento de Oriente,</i>	188
Cap. IX.— <i>El Arco roto,</i>	223
Cap. X.— <i>La entrevista,</i>	242
Cap. XI.— <i>Otra vez los Lauros,</i>	283
Cap. XII.— <i>Los goces sensuales,</i>	305
Cap. XIII.— <i>El fondo del abismo,</i>	328
Cap. XIV.— <i>Las rocas de las Sirenas,</i>	377
Cap. XV.— <i>Mas viento de Oriente,</i>	392

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEV  
LIOTEC